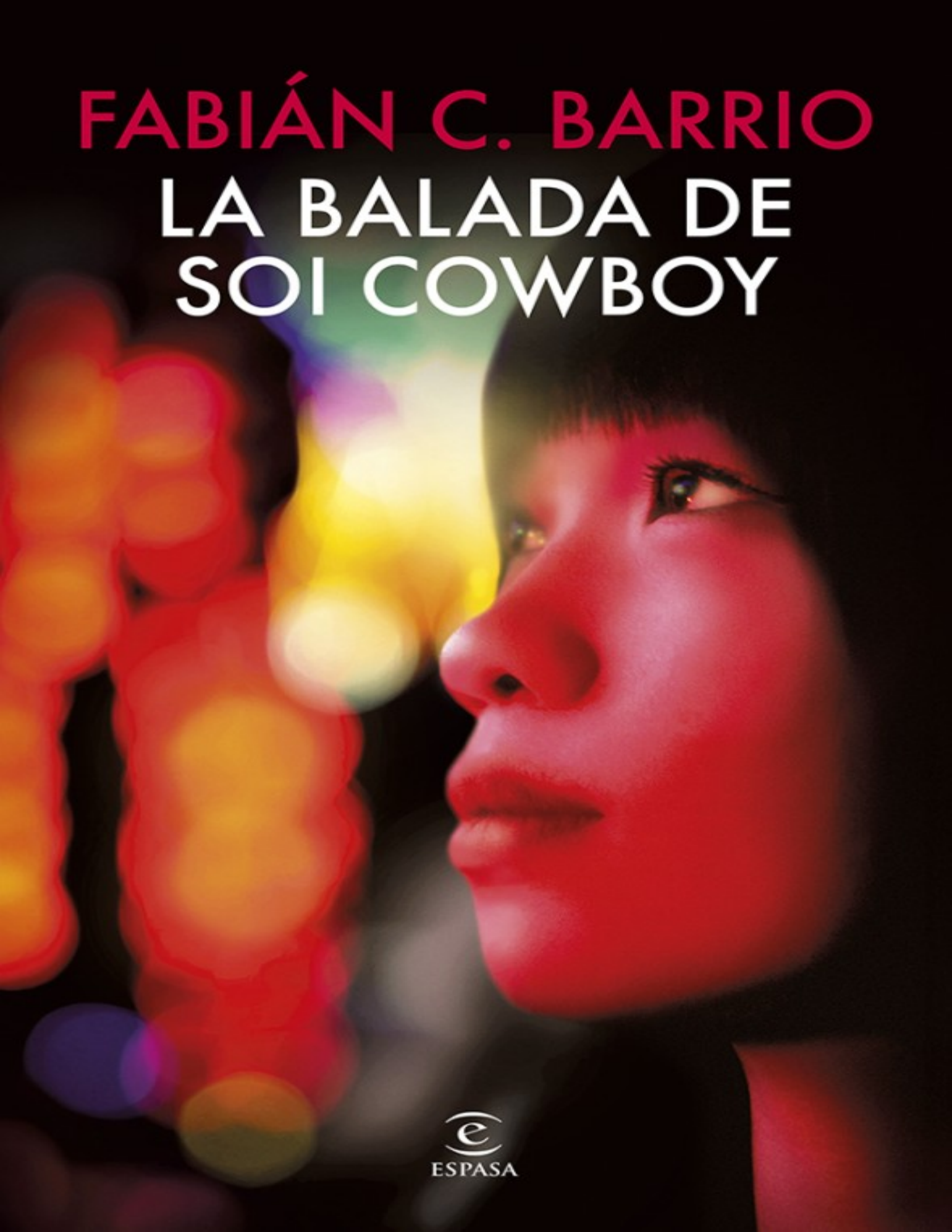
FABIÁN C. BARRIO

LA BALADA DE SOI COWBOY



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Primera parte. Nana de humo

- ARDE
- CRISÁLIDA
- UMBRAL
- TARIMA
- FARANGS
- PISTOLA
- JAY
- ESPEJO
- MOO

Segunda parte. Nana de cristal

- YARON
- DELILAH
- JARRÓN
- PODER
- ISAN
- VIENTRE
- PEZ
- CRISTAL
- HAMBRE
- MONZÓN

DAMA
VACÍO
METAMORFOSIS
ELLA

Glosario

Créditos

La balada de Soi Cowboy

Fabián C. Barrio



A mi padre. Porque también soy él.
F.

Hoy dejamos este cuerpo como un ropaje gastado,
y volveremos a tejer otro, porque el hilo que nos une
no se corta con la muerte.

CANTO FUNERARIO TRADICIONAL DE ISAN,
NORESTE DE TAILANDIA

No culpes a la luna si la noche es oscura,
ni al mar si las olas te arrastran.
Cada paso que diste ayer
escribe el sendero que pisas hoy.

Aunque este mundo llegue a su fin,
seguiré pasando la eternidad contigo.
Aunque debas nacer de nuevo,
yo también naceré y volveremos a unirnos.

Si te conviertes en el vasto mar azul,
entonces yo seré un pez.
Si eres un loto,
volaré cerca de ti y seré abeja.
Si te conviertes en cueva,
entonces, junto a ti, seré león valiente.

SUNTHORN PHU,
poeta tailandés (1786-1885)

Primera parte
Nana de humo

Cuando pienso en esa tierra que me ha dado mi ser, siempre siento que soy su hijo y que jamás me podré desprender de ella.

JAMES JOYCE,
escritor irlandés (1912-1941)

ARDE

Al alba, el aire cambia.
Y lo sientes, Nana.

Esa brisa queda que anuncia el comienzo de algo grande, el viento que huele a hierba seca y arrozales a punto de arder. Te quitas las sandalias de plástico y dejas que tus pies se hundan en el suelo polvoriento, el calor trepando desde la tierra hasta tus talones, una raíz que nace en ti y te conecta con todo. Oyes a lo lejos las primeras chispas, el crepitar leve que anuncia que los hombres del pueblo ya han empezado a encender las hogueras. Tus tíos, tus primos, todos allá afuera, con las antorchas en alto, convirtiéndose por un breve instante en pequeños dioses del caos, trazando líneas de fuego en los campos, pintando el mundo con sus manos rudas.

El cielo se llena de humo pálido surcado de siluetas de garzas, pero no te asusta. Es una bruma que danza con el viento, enredándose entre las ramas, subiendo, girando, como si los espíritus de los antepasados se alzaran con el fuego. Quieres estar aquí.

El primer incendio tiene siempre ese aire ceremonial. Las llamas son criaturas vivas, saltan de un campo a otro, devorando con hambre, pero también con gracia. El fuego juega a atraparse a sí mismo; casi puedes oír la quejumbre de los espíritus que viven en las raíces, las hojas, los arroyos y las piedras. Dicen que quemar limpia la tierra, pero tú sabes, con esa intuición pura que comienza ya a chisporrotear a los dieciséis años, que lo que se quema no es sólo caña seca, sino los restos de sueños antiguos, de vidas pasadas, de promesas que se cumplieron o no. El cambio flota como

un presagio que rehúye la forma, con su perfume áspero de rastrojo, su tacto de seda chamuscada, la nostalgia de las hojas muertas. Lo sientes antes de que lo veas, y cuando lo ves, ya estás dentro de él. Quieres estar aquí, aunque a los dieciséis años ningún querer sea limpio.

Papá siempre olía a humo.

Era un humo denso, dulzón, que no era ni tabaco, ni el fuego del fogón ni de los candiles del templo, más bien como si él mismo ardiera por dentro en una hoguera invisible. Mamá huele a papaya verde, a leche caliente, a tela limpia secada al sol, a sudor suave con talco Kodomo y a sábanas en las que has dormido una noche serena.

El altar de los abuelos huele a sangre, vidrio y pólvora.
La foto de Wanchai huele a jazmín y a plumerias.

Llevas un vestido amarillo que alguna vez fue de mamá, con semillas secas de chile verde pegadas al dobladillo y la tela rendida por mil lavados. Cierras los ojos y te dejas embriagar con el aroma picante del humo y de la papaya verde.

La papaya está crujiente y amarga. La rallas con ese ritmo ancestral que ya traías impregnado en tus huesos antes de nacer. El pistilo de madera golpea suavemente una música de mortero para los espíritus agazapados entre las hojas del tamarindo. Le añades ajo, guindilla, pescado fermentado, jugo de limón, azúcar de palma y una cucharadita de *pong chu rot*. Mamá dice que cocinas el *som tam* igual que tu abuela. El olor se abre como una flor obscena. Dulce, podrido, salado, feroz. Es sexo y muerte en un cuenco de plástico.

La casa es costra, callo, nido y trinchera. Las paredes son de bambú trenzado, remendadas con sacos viejos de fertilizante y láminas de zinc que cantan y chillan cada vez que llueve. El suelo de madera cruje como si quisiera protestar por algo. El techo, de palma

seca, deja pasar grandes gotas durante los monzones de junio y, a veces, cuando el cielo enfurece, aquí se cuelan ranas, insectos gigantes y algún murciélago en busca de cobijo.

Te detienes un instante y sales a ver cómo arden los prados. El sudor corretea entre tus omóplatos y el viento trae consigo el eco de un *pleng sao* viejo, de esos que las abuelas cantaban cuando la luna estaba llena y los búfalos aún murmuraban en sueños. El humo se enrosca en el aire, formando figuras que se mueven con pasos lentos, cubriendo el cielo con un manto de cenizas doradas que caen sobre tu pelo. Te ríes cuando la primera brizna de ceniza se posa en tu nariz, y la sacudes con la misma facilidad con la que te libras de los malos presagios. Porque hoy, en este día de quema, no hay lugar para la tristeza. Todo es fuego y aire, y tierra que está a punto de renacer.

Dicen que las mujeres de Isan son las más hermosas, pero también las que más mienten. Tal vez la belleza arrastre consigo una maldición.

Tú tienes esa belleza simple que brota sin esfuerzo y que recuerda un amanecer tibio. Los ojos de luna rota, oscuros, oblicuos y densos, cambian de forma cuando mientes. Parecen tranquilos, pero no descansan nunca. Una ceja se arquea más que la otra cuando juzgas en silencio, y la boca se te curva con la ironía que no sabes que tienes. Tus labios son grandes como manzanas de agua y llevan dentro el recuerdo de todos los besos que aún no han dado. Tus hombros son de alas de pajarillo, tu torso es delgado pero no frágil, con la firmeza que se hereda de haber cargado cosas invisibles; pesos que no se ven, pero que han moldeado la forma de tus costillas, la curva madura de tus caderas, el modo en que te abrazas cuando nadie te está mirando. Tienes cicatrices pequeñas: una quemadura vieja en el muslo, la línea blanca en el brazo que no quieres explicar. El pecho redondo, firme, con esa plenitud que se hereda o se gana. Tu pelo es largo, y a veces está sucio, a veces húmedo, y otras rezuma el olor de los perfumes de la noche. Caminas como si tuvieras que disculparte por ocupar espacio, con la

espalda tensa del que carga una piedra que no quiere que nadie la toque.

Y hay noches, sólo algunas, en que algo distinto se despierta en ti. Cuando no esperas ser vista. Cuando estás sola y no finges. Cuando ríes por algo tonto y cuando te limpias las lágrimas sin cuidado. Ahí aparece una belleza cruda, sin envoltorios ni artificios. Una belleza que no se puede explicar, simplemente es. Y que, hasta entonces, nunca habías aprendido a ver en ti misma.

Y esa eras tú. Aunque no lo creas.

Por aquel entonces, eras apenas una flor pequeña brotando tímida en la vastedad serena de los campos de Isan.

* * *

Repite conmigo, Nana:

El blanco es el color de la familia.
El rojo, el del peligro y el acecho.
El amarillo muestra un umbral.
El verde es el color de las mentiras dulces y la esperanza débil.
El azul es el color de la nostalgia.
El violeta, el de la presencia de los muertos y de una memoria que exige reparación.
El rosa te habla de la ternura rota.
El negro es la traición y el hechizo.
El gris es el olvido.
Y el naranja es la revelación.

* * *

Del cuartito que está al lado de la puerta brota un llanto de protesta que es barro hirviendo. El llanto se llama Wut. Tiene catorce años y el cuerpo torcido como una raíz vieja que quiso crecer recta, pero que se topó con la tozudez del suelo de piedra. Sus piernas apenas responden y sus manos tiemblan con voluntad ajena; un cuerpo tomado por un fantasma que danza a un ritmo errático que el

mundo es incapaz de seguir. No habla, no del todo, pero sus ojos —negros, líquidos, cuajados de un entendimiento salvaje— te perforan cuando los fijas demasiado tiempo sobre los tuyos. Wut no pide. Wut no miente. Wut observa.

Wut, amado Wut, frágil Wut. Wut torcido. Salvaje. Dulce. Frágil. Luminoso. Roto Wut. Siempre en compañía de las luciérnagas blancas.

Wut duerme en una camita baja hecha con una caja desvencijada y un colchón relleno de cáscara de arroz. Encima, una mosquitera azul que cuelga como la cúpula desinflada de un santuario olvidado. A su alrededor, juguetes tristes desparramados en el suelo de tierra batida: una botella con guijarros que suena como una maraca, una rueda de bicicleta sin llanta, un peluche mordido que encontraste en el vertedero del pueblo. Él ríe con las protestas de las cigarras, con el viento que susurra entre las rendijas, con la luz silábica que se filtra sobre el suelo y murmura un lenguaje secreto que sólo él entiende.

Las mismas cosas, a veces, lo hacen llorar también.

Durante el día, llevas a Wut al campo si puedes. Lo sientas sobre una manta al borde de los surcos de yuca y de los brotes de la caña de azúcar y él mira las nubes como si estuviera esperando que alguna de ellas bajara a buscarlo. A veces, cuando no hay arroz suficiente, mamá finge que ya comió y se lo da todo a él. Él no lo sabe, o sí, pero sonríe igual, con esa media sonrisa que parece una grieta de sol muriéndose en una máscara de piedra.

De vez en cuando, los vecinos sisean como serpientes: que es el karma, que es castigo, que es lo que pasa cuando una familia tiene la sangre sucia. Pero tú, Nana, sabes que Wut es otra cosa. Es una teselita frágil que no encajó en el mosaico de la vida. Es una herida luminosa. Una flor que brotó torcida en un campo olvidado.

Y cada noche, cuando lo acuestas, él te toca la mano con esos dedos que no obedecen del todo. Y tú sientes el Eco sencillo de algo que no se puede decir en ningún idioma: un amor roto, primitivo, que no pide nada más que estar. Que basta con estar. Cuando rozas

a Wut, su Eco siempre está en presente. Siempre es el aquí, el ahora, una felicidad simple desprovista de remordimientos o preocupaciones. Una tristeza fugaz. Un instante que muere sin conocer el motivo.

Nunca ves en él un pasado o un futuro.

Krarok nació flaco, con los ojos abiertos de par en par como si ya supiera que no tendría mucho tiempo para ser niño. Lo llamaron Krarok, ardilla, porque nunca paraba quieto, porque trepaba a todo, incluso al cuerpo cansado de papá, incluso a la tristeza de mamá.

Tiene ocho años, una sonrisa mellada que parte la noche en dos sin dificultad, un cuerpo pequeño, ágil, costras en las rodillas, y ojos que nunca se detienen en nada. Habla rápido, mezcla el tailandés con palabras inventadas, hace preguntas que desarman a los adultos y cuenta cosas que sólo los espíritus saben. Su voz es como el cucú de los *nók khao* al amanecer y su Eco, el de una cigarra nerviosa volando desnuda y libre sobre las cosechas. Le gusta esconderse bajo la casa, donde viven las sombras y los sapos, y salir gritando que encontró un tesoro: una tuerca oxidada, un hueso de pollo bonito, una piedra con forma de corazón. Duerme anudado al brazo inmóvil de Wut y lo cubre con una sábana vieja cuando tú olvidas hacerlo. Es el primero en correr cuando oye a alguien que llora. Es el que roba plátanos del altar para dárselos a los perros flacos del camino. Es como si Krarok hubiera nacido para equilibrar el peso del mundo sobre sus hombros pequeños. Como si su risa, desbordada y sucia, fuera el último hechizo que sostiene firme la casa.

* * *

¿Te acuerdas de Tee, Nana?

Claro que no. Ha transcurrido demasiado tiempo, han pasado demasiadas cosas, has sido demasiadas mujeres y pocas niñas, y él no fue en tu vida más que una brizna de paja chamuscada a merced del viento. Pero quiero que recuerdes cómo vuelves del campo con los pies polvorientos y las manos manchadas de savia. El sol

empieza a caer tras los arrozales y el calor se ha vuelto húmedo, denso, como una manta mojada sobre los hombros. El cielo, ese cielo tan tuyo, tiene el color de la carne de una guayaba madura.

Él está allí. Recuérdalo. Sentado en el muro del canal, los pies colgando, la camisa desabotonada hasta el ombligo, la vieja bicicleta posada con indolencia contra el papayo de la señora Chalida. Flaco, inquieto, con el pelo aún mojado, quién sabe si de sudor o de haberse bañado en el río. Te mira como si llevara todo el día esperándote, porque así es.

Caminas más despacio, con un miedo atroz de espantar el momento. Con el aire frágil de la tarde, pulsátil, vibrando quedo a tu alrededor.

El murmullo de las cigarras trepa desde los arbustos. Tee se baja del muro y camina contigo sin hablar. Huele a tierra caliente y *ya dom* reciente. Lleva la pulsera de hilo rojo que tú le habías hecho en clase, una tarde tonta de lluvia y aburrimiento. La lleva todavía. Eso te bastaba.

Cuando llegáis al cruce donde vive la vieja Kanya, te toma de la muñeca y te detienes. No te besa. No aún. Te mira tan de cerca que puedes verle un arañazo de zarza en la mejilla y una pestaña pegada a la sien.

—Pide un deseo —te dice.

Tú cierras los ojos, Nana, y deseas que ese instante no termine nunca. Es así como te roba aquel primer beso, torpe y fugaz. Luego echa a correr hacia el sendero que lleva al pueblo. Y tú te quedas ahí, con el corazón golpeteando tus costillas como un relojito de barro. El cielo ya es violeta y las cigarras siguen cantando.

Nunca hubo citas. Caminabais juntos al atardecer, los codos rozándose sin buscarlo, pero buscándolo. Compartíais gajos de *jackfruit* robados, risas entre los campos, historias inventadas bajo el cielo púrpura que se tragaba el día. Aquella tarde os refugiáis de la lluvia en la choza abandonada cerca del bosque. El mundo huele a tierra viva y hojas mojadas y los truenos retumban tímidos en el vientre del cielo. El aire está cargado, tibio, expectante.

—Eres bonita —dice con torpeza.

Qué fácil era, en aquella vida, unir los puntos del mundo.

Recuerda tu cuerpo temblando, Nana. Tee te aparta el pelo del cuello con mucho cuidado y en su Eco te ves a ti misma como un ser hecho de luz, de ternura, de coño y de deseo. Os buscáis sin prisa, como si cada pliegue, cada respiración, ya estuvieran escritos desde hace tiempo, mientras revolotea entre las vigas del techo una diminuta constelación de luciérnagas rosáceas. Los cuernos de la luna se asoman un breve instante entre las nubes para espiaros en silencio. Después os quedáis mirando, mudos, cómo la luz de la tormenta se filtra entre las tablas del techo, cabellitos de plata dibujados en la penumbra.

Así supiste que el amor podía ser limpio. Que podías ser piel, y ternura y promesa.

Ese fue Tee.

El primero.

El único que no quiso poseerte.

Sólo acompañarte. Codo con codo. Sin buscarlo, pero buscándolo.

Y al final, claro, lo olvidaste.

Hubo otros, por supuesto. También los has olvidado. Crecieron a tu lado con tierra en las uñas y sal cristalizada en los pliegues de los omóplatos. Jugando a ser hombres antes de tener barba, lavando sus bicicletas en el arroyo, fumando a hurtadillas y mascando betel.

Uno fue Tawan. Manos grandes y silencios viejos. Una voz que parecía prometer incendios, pero sólo sabía ofrecerte brasas tibias. Lo besaste una noche de luna nueva bajo las luces violetas del karaoke, y en algún momento creísteis que os queríais. Otro fue Lek, que vivía al borde del canal, con aquella moto Honda desganada que no arrancaba si no era con una patada furiosa. Lek tenía cicatrices en los codos y un lunar en la comisura del labio que parecía una nota al pie de un poema inconcluso. Sus caricias eran torpes y olía a cerveza. Y Anan. Escuchabais canciones juntos. Él siempre las susurraba aunque no conociera la letra. Era tu poeta improvisado, al follar gemía como un niño y al terminar te miraba con los enormes ojos de una rana de lluvia desconcertada y triste.

Todos pasaron por ti como trenes sin freno. Dejaron su hollín, su calor, una estela de vapor que se disipó pronto.

* * *

Papá siempre olía a humo, Nana. Recuérdalo. Incluso recién lavado, con ropa limpia, el día del Mérito, papá te olía a humo.

Empezó a oler así durante el festival de Phi Ta Khon. Era junio, tal vez julio, cuando los monzones comenzaban a llegar al fin en la ingravidez del cielo. Hace diez años, pero podrías jurar que fue en otro cuerpo, en otra vida. El aire estaba empapado entonces del aroma del fango y la fruta fermentada, como si en tu mundo frágil estuviera a punto de germinar algo que no sabías muy bien si sería flor o espina. Tenías siete años, Nana, y tus pies descalzos chapoteaban en los charcos rojos de barro. Tu padre tenía las manos fuertes, curtidas por machetes y arrozales, y una risa que podía espantar a los más traviesos espíritus del bosque profundo.

Aquel día te lleva al río, a ese rincón secreto donde las libélulas zumban como helicópteros de juguete. Te sube a sus hombros y cruza el agua turbia mientras tú gritas de alegría, fingiendo miedo. Él te susurra *jai yen yen*, corazón frío frío, con esa voz que es una mezcla de tabaco, café *boran* y la ternura ruda de un nudo de esparto. Y entonces, ahí arriba, sientes el olor a humo por primera vez, brotando de todos sus poros, asfixiante: de su pelo, de sus manos, de sus hombros, de sus axilas y de su aliento. Cazáis ranas. Con las manos. Tú ríes cada vez que una se escapa entre tus dedos como un secreto. Mamá cocina *tom saep* con las ranas y arroz glutinoso envuelto en hojas de banano. El olor del jengibre fresco y la hierba limón inunda los rincones de la casa. Las cigarras cantan un mantra interminable y la noche se vuelve espesa, arropada por un sueño que no quiere terminar nunca. Duermes abrazada al torso de papá, vigilada por las luciérnagas blancas, con el olor a humo embriagando tus sentidos todos, y piensas —sin saberlo— que eso es amor, el primero y tal vez el último. Silvestre, silencioso, sucio de

barro, áspero como el esparto, con sabor a *tom saep* y con olor a humo.

Una polilla inquieta vela vuestro sueño.

* * *

Arde.

Ahora el cielo cambia de tono otra vez, pasando del naranja al rojo, y te sientes en mitad de una pintura que cobra vida. El mundo se derrite y el aire vibra con el repicar de un tambor antiguo. Desde la distancia, el murmullo de los hombres se mezcla con las llamas crepitando, voces apagadas que parecen surgir desde el corazón de la tierra, como si los antiguos espíritus de los campos se desperezaran para presenciarlo todo.

Una brizna de hierba agoniza en el suelo cerca de tus pies. Te agachas y la observas mientras la llama la consume indolente, dejando sólo un rastro de humo delicado, casi hermoso. Por un segundo, piensas que tal vez tú también puedas renacer, salir de estas tierras resecas convertida en algo más, algo que no conoces, pero que sientes latir dentro de ti, con la misma intensidad que las llamas que ahora recorren los campos.

Entonces, levantas la mirada y ves a tu madre a lo lejos, de pie, junto al arrozal, rodeada de humo, con los ojos clavados en el horizonte, en algún lugar que tú no alcanzas a ver. Forma una visera con la palma de la mano derecha y parece esperar noticias que ya conoce. No dice nada, sólo observa el horizonte mientras el humo le habla de algo que tú aún no entiendes. Y en ese silencio solemne, en la quietud del momento, sientes un Eco débil que susurra que algo ha cambiado. En la tierra, y también dentro de ti. Una chispa, tal vez, a punto de crecer hasta convertirse en tu propio incendio.

Hay una cosa que no sabes, Nana, pero te la voy a contar. Y es que a mamá tú le olías a vertedero y a cristal desde que naciste.

Y eso le impedía conciliar el sueño por las noches.

El día de la quema ha comenzado y con él, todo lo que creías saber sobre el mundo empieza a desmoronarse, a volverse humo y ceniza, listo para convertirse en algo nuevo. Porque entonces, los oyes. Las voces de los hombres del pueblo, su manera áspera de murmurar, el crujido de los pies en la tierra seca y ese silencio extraño que sigue a cada frase, como si las palabras que van a decir tuvieran peso y quisieran soltar su lastre de una vez. Te acercas a la puerta, pegando la mejilla contra el marco, lo suficientemente cerca para escuchar, pero no tanto como para que te vean.

Aparecen por el camino. Siluetas en el humo.

—Nuan, ha ocurrido algo —dice uno, el más alto. Lo conoces, es Phong, el que se burla de los perros callejeros y escupe sin razón en el polvo del camino—. Es Kwan. —La voz de Phong se rompe como una rama seca y el resto de los hombres bajan la vista, incapaces de sostener la conversación con los ojos. La tensión es un animal que muerde el aire; ninguno parece poder domarlo. Uno escupe. Otro dibuja con el pie una ele en el polvo del camino.

Mamá no responde, sigue sin moverse, sin pestañear.

—Los campos... —continúa Phong, ahora tragando saliva, y miras cómo el sudor le resbala por la frente—. Kwan estaba allí. Lo intentó, trató de apagarlo... pero no pudo.

—¿No pudo? —responde tu madre, sin girarse, con una calma que te hiela los huesos. Como si ella misma fuera humo. Como si ella misma estuviera controlando los hilos del universo desde sus manos callosas, sosteniéndolo a punto de desplomarse. Como si ella misma lo hubiera sabido todo hace ya muchos años.

—Murió en el fuego, Nuan. —Las palabras caen como piedras en un pozo. Te golpean el pecho, aunque no entiendes por qué. Lo habías sentido en la tierra seca, en el viento y en el olor a humo de papá.

Desgarro. El presente, el pasado, el humo, el olor a caña quemada en los prados y la cara de tu padre, esa que siempre está manchada de tierra. Todo se funde en una sola imagen. El hombre que eras

capaz de imaginar siempre regresando, con la espalda doblada por la carga de las cañas de azúcar, ya no va a volver.

Y tú, atrapada entre la niña que eras ayer y quien serás mañana, te quedas ahí, mirando cómo los hombres asienten y se marchan, dejando sólo polvo en el aire, mientras tu madre recoge una olla y sigue cocinando. Como si nada hubiera cambiado, aunque sabes que todo acaba de romperse, que algo profundo y viejo acaba de desaparecer de tu vida para siempre.

Y entonces te das cuenta: tú también has quedado atrapada en el humo, Nana. Pero nadie lo ve. Tal vez ni siquiera tú misma.

Por ahora.

Crisálida

Sé que no quieres recordar a Wanchai, pero debes hacerlo. Tú tenías ocho años y eras todo su mundo, aunque por aquel entonces no lo sabías. Wanchai tenía sólo tres, era lindo y frágil como la aurora, y todo lo que aprendía de la vida lo copiaba de ti: cómo enroscar la lengua, cómo sostener una cucharita, cómo mirar con desconfianza a los adultos cuando hablaban en susurros. Dormíais en la misma esterilla de juncos, cabeza con cabeza, y el olor tenue de su cabello, a leche agria y espigas de arroz, siempre te reconfortaba. Recuerda el tacto suave de su piel y el murmullo quedo de su respiración en la noche. Recuerda los Ecos tenues de felicidad pura. Recuerda cómo jugabas a acompasar el ritmo de tu aliento con el suyo para llamar al sueño.

Y recuerda también cómo empezó todo. Primero una mueca, una lágrima sin llanto, un quejido de madrugada que pensaste que era tan sólo un mal sueño. Aquel día en que ya no quiso enroscar la lengua para ti.

La fiebre fue llegando con el sigilo de un ladrón silencioso y se lo empezó a llevar poquito a poco.

Una noche de lluvia densa, Wanchai se despertó gritando a tu lado como si una bestia invisible le estuviera arañando el cráneo desde dentro. Se dobló sobre sí mismo, sus pies casi rozando su cabeza, su espalda que parecía que iba a quebrarse como una rama seca. Wut, que sólo tenía seis años, se unió a sus lamentos sin comprender el porqué. Mamá entró corriendo en el cuarto, descalza, con el cabello revuelto, llamándolo por su nombre como si pudiera amarrarlo a la vida con su voz. Palpó su frente hirviente, su pecho

frágil, su vientre abombado, buscando un botón secreto para apagar su dolor.

Tú te acurrucaste en el rincón, detrás del cántaro azul y la silla coja. Mirabas desde ahí, convertida en piedra, con la boca entreabierta y el corazón bullendo como un puñado de grillos.

—El dinero, dame el dinero para el médico.

Papá corre torpemente y toma la latita de Ajinomoto que hay en la repisa de la cocina. Le ofrece un puñado de bahts sin contarlos, y mamá arropa a Wanchai con una manta vieja y sale sola, descalza, bajo la lluvia cálida de septiembre. La ves correr con Wanchai en brazos y su sombra se diluye bajo el monzón. Tiene ante sí ocho kilómetros de barro y raíces, de charcos y de guijarros que le cortan la planta de los pies, de sombras que se abren como fauces entre los árboles.

Wanchai aúlla, el alma devorada a mordiscos. El sonido te persigue incluso después de perderlos de vista; tú ahí, pegada a la ventana como una araña muda, los dedos marcando huellas translúcidas en el cristal empañado por tu aliento.

La selva respira vapor y sangre. Y mamá avanza. Con un bulto de carne caliente que tiembla, que se agita, que aúlla, que se retuerce y contorsiona entre sus brazos. El barro le llega a las rodillas, pero apura el paso, abriéndose camino bajo la lluvia. Avanza, avanza, corre sin aliento, apretando el cuerpo de Wanchai contra su pecho, sin detenerse, penetrando furiosa en la oscuridad, tanteando las sombras y tropezando en el lodo.

Y entonces, sucede.

Un suspiro largo. Y luego el silencio. La cabecita de Wanchai cae hacia un lado, lentamente, como si hubiera encontrado al fin una posición cómoda para conciliar el sueño.

Mamá se detiene. Ni siquiera ha llegado a ver las luces trémulas del pueblo a lo lejos. Mira su cara inmóvil, la boca entreabierta por la que se cuela la lluvia cálida, los ojos entornados como en un sueño plácido.

Wanchai es ahora más ligero. Como si algo se hubiese ido volando. Como si ya no estuviera del todo entre sus brazos.

Recuerda, Nana. No mires hacia otro lado ahora. Es tu pequeña mano la que acaricia su carita fría como si el sueño fuese apenas un paréntesis, como si aún pudiera abrir los ojos y enroscar la lengua para ti.

Wanchai está tendido en el centro del corredor, envuelto en una sábana blanca, sobre una plancha de madera que tu padre lavó con té caliente y sal para espantar a los malos espíritus.

Tú te arrodillas junto a él. Mamá y tú tomáis los jazmines uno por uno y hacéis con ellos un lecho suave. Formáis un óvalo de plumerias a su alrededor. La muerte se disfraza de jardín.

Te quedas mirándolo largo rato. Sacas la lengua y la enroscas. Pero Wanchai no responde.

—Wanchai —dices, agitando suavemente sus hombros—, despierta. Mira qué camita tan bonita hemos hecho para ti.

Alguien le hace una foto. La única foto que tenéis de él.

Al cabo de los días regresó.

Lo oíste reír entre los juncos.

Te protegía. Cuando cruzabas la vía del tren, cuando los perros sarnosos gruñían demasiado cerca, cuando te vencía la fiebre y delirabas entre palabras quebradizas, él aparecía. Su presencia era una sombra tibia en la pared, un parpadeo fugaz en el espejo, un escalofrío sin dolor. Comenzaste a hablarle en secreto. En los arrozales. En las esquinas sin luz del mercado nocturno. Le dejabas flores que robabas del altar de la escuela. Le hacías dibujos en hojas de cuaderno que luego enterrabas en macetas viejas. Enroscabas la lengua mirando a la luna llena. Y él respondía. Puertas que se abrían solas. Viento que olía a jazmín a pleno mediodía.

Y un día, desapareció. Su *bardo* terminó; encontró otra vasija en la que crecer.

* * *

El altar está en una esquina alta de la sala, justo donde la pared de madera cruje con la brisa y el tiempo. Gallinas que picotean entre las sombras. Arañas concentradas en sus quehaceres. Olor a *nam pla* y jabón de la ropa. Es un umbral entre este mundo roto y ese otro donde los muertos siguen comiendo papaya verde y riéndose con las bocas llenas a rebosar de betel rojo.

Sobre una repisa centenaria de teca descansan las fotos descoloridas: el abuelo Chaiya con su uniforme de la policía rural, tieso como una estatua en blanco y negro, pero castigado de cara a la pared y al lado del casquillo de la bala con la que se quitó la vida después de matar a la abuela; la abuela con su *pha sin* tejido a mano, la piel endurecida por las cosechas y los partos. Junto a ellos, una imagen borrosa del pequeño Wanchai dormido para siempre en su lecho de jazmines blancos y plumerias. Ahora además está la foto de papá, la primera en color. Ella también despide un tenue aroma de humo.

Encima, el Buda de latón. Dorado, pequeño, inclinado hacia la izquierda, como si escuchara los rezos de alguien que nunca se atreve a hablar en voz alta. A sus pies, un cuenco con arroz cocido del día, flores de jazmín marchitas, botellitas de bebida con azúcar y, más abajo, una peonza para Wanchai y una botellita de *lao khao*, para que los espíritus beban como beben los hombres de verdad: con rabia, por capricho, sin sed que apaciguar. Hay velas derretidas que parecen haber estado llorando siglos y una campanita plateada que sólo se toca en los días santos, cuando mamá se despierta de madrugada y entona un canto que nadie más recuerda del todo y que tú no has aprendido aún. El incienso perfuma las mantas y los cojines de la sala, y a veces un ruidoso *jing jok* de ojos saltones al que habéis bautizado Lek se pasea por el marco de las fotos, como un guardián indiferente haciendo una ronda innecesaria.

Ahora tú te arrodillas allí con más frecuencia, Nana, cada vez que sueñas con papá, o cuando el arroz no alcanza, o cuando el miedo se hace más denso que la noche. Porque en ese altar, donde el

tiempo se arrodilla contigo, aún viven los que se fueron. Están en las fotos. Están en el aroma dulzón de los jazmines. En el murmullo quebradizo de las hojas secas. En ese silencio espeso que lo envuelve todo cuando cierras los ojos y susurras:

Amado, yo aún estoy aquí.
Sé que no volverás.
Pero pienso en ti cada día.
Que la tierra te ame, te cuide, donde quiera que estés.
Que tengas el corazón tranquilo, en paz, y seas luz.

* * *

Lo sabes, Nana.

Aunque nadie te lo haya contado del todo, aunque las palabras siempre se detengan justo antes de cruzar el umbral. Lo sabes en la médula, en ese hueco frío que anida en tu pecho cada vez que tus dedos rozan el altar y la abuela hace acto de presencia muriendo ante ti una y mil veces. No lo recuerdas, porque no estabas —no eras siquiera un aliento en el vientre de mamá, apenas un germen de futuro—, pero la memoria no necesita ojos cuando quiere ver. Lo sentiste la primera vez que encendiste una varita de incienso y el humo se enroscó en tu cuello como una serpiente. Lo ves en los ojos secos de tu abuela muerta, esa mirada atrapada en la pálida fotografía que apenas alcanza a sostener el peso del silencio. Y lo ves en la foto de cara a la pared del abuelo en esa misma repisa, exiliado del mundo de los muertos, como si su nombre quemara la lengua de los vivos.

La historia duerme en el polvo, en las grietas del suelo, en las esquinas húmedas, en la manera en que mamá desvía la mirada cuando preguntas por qué la abuela nunca sonríe en la foto. Dicen que fue una discusión, una tontería. Que ella cayó. Que se golpeó la cabeza.

Pero tú lo has sentido distinto.

En los Ecos.

Siempre es igual. Una botella rota, sangre en las uñas, gritos que se disuelven con el canto de las cigarras. La sombra de un machete apoyado junto al marco de la puerta. Él borracho, oliendo a *lao khao* y a furia fermentada. Ella con los brazos extendidos como ramas secas para contenerlo, como si aún tuviera suficiente amor para cargar con él. Y luego, un golpe seco contra el cristal que tú misma sientes en tu sien. Un susurro ahogado mientras todo se apaga. El disparo que inunda la habitación, seguido del silencio final de las cosas rotas.

Aún no crees que papá no esté ya.

Lo traen envuelto en una sábana, como un fardo de arroz, y mamá no permite que lo veas. Krarok es despedido con un gesto tan seco que obedece sin rechistar, se va corriendo bajo la casa a reírse de los sapos. Mamá es una sombra esquiva y silenciosa con una palangana y una toalla arrugada.

El calor en Isan se mide en cuerpos. En cuántos sudores caben en un metro cuadrado de sombra. En la casa de tablas sueltas, donde hasta los perros buscan un rincón para morir de sueño, caminas descalza, deslizándote entre los susurros y las ollas de la cocina.

—Pase lo que pase, *sia naa*, no pierdas la Cara —te dice mamá mientras se retira al fondo con el cuerpo de papá.

La Cara es lo que debes mantener intacto, aunque te desangres por dentro. Por eso nunca se reprocha de frente. Los problemas se diluyen en sonrisas falsas y frases corteses. Porque confrontar directamente, hacer sentir mal al otro, gritar, llorar ante los vecinos o admitir una humillación, todo eso... es *perder la Cara*. Eso lo aprendiste antes de dar tus primeros pasos. Mamá nunca te gritaba en público, pero te castigaba con silencios que duraban días. Papá, incluso cuando se deshacía por dentro, mantenía esa máscara indescifrable de quien no quiere hacer temblar la frágil estructura del mundo. Cuando el abuelo mató a la abuela y después se voló la tapa de los sesos, lo que más dolió no fue la muerte: fue la vergüenza. El

escándalo. Que el pueblo llegara a enterarse. Eso sí fue *sia naa*. Por eso nadie lo menciona ya.

La Cara no se puede lavar con agua. Se reconstruye con años de silencio, de actos humildes, de evitar la confrontación. Se recupera con méritos en el templo, pegando pequeñas hojitas de pan de oro en los hombros de las estatuas de los monjes santos, con ceremonias, con palabras medidas y pesadas mil veces. Pero no siempre vuelve del todo. Por eso hoy no debes llorar, Nana. No llores. Papá no está lejos, incluso puede que vuelvas a verlo en tu vida.

Búscalo en el olor a humo.
Allí estará. No tengas miedo.

* * *

No olvides quién eras entonces.

Tú eras otra, Nana.

Antes del asfalto hirviendo, antes de las luces falsas y las calles que huelen a gasolina y promesas vencidas, tú eras un retal de campo verde.

No eras lista con los libros ni hábil para mentir. Tu sabiduría era la de las semillas: sabías cuándo callar, cuándo esperar a la primavera, cuándo ofrecer al viento un *wai* discreto y cuándo germinar sin hacer ruido. Tu sabiduría era líquida, la del agua que corre entre los surcos del arrozal. Sabías que el sol no perdona y que la lluvia puede ser amante o verdugo, dependiendo del capricho del cielo. Amabas la tierra como se ama a una abuela ciega, acariciando las arrugas de sus pies descalzos, sintiendo sus humores calientes, aceptando su rudeza sin preguntas vanas. El barro se te metía entre los dedos de los pies convertido en un idioma antiguo. Las ranas eran tus hermanas, los búfalos tus cómplices silenciosos, las luciérnagas tus consejeras. Los grillos cantaban himnos para ti cada noche y tú creías —a veces lo juras aún— que podías entenderlos.

Tú, Nana, eras el centro pequeño, brillante y trémulo de ese universo porque, allí, todos erais granos de arroz en una misma olla.

Te bastaba mirar cómo el viento peinaba los arrozales para saber que todo regresaba en un ciclo eterno. Que la vida venía y se iba, igual que las estaciones, igual que el hambre.

Papá volverá.

Y en ese vaivén, tú te mecías. Sin miedo.
Sin ansias.
Sabías trabajar con las manos. Sabías rezar sin palabras.
Sabías esperar.

Y, sobre todo, sabías pertenecer.

Antes de Bangkok, antes del neón y las heridas maquilladas, tú, Nana, no eras alguien flotando en el aire.

Eras una raíz.
Profunda. Anónima.
Firme, porque el viento del mundo aún no había intentado arrancarte.

* * *

Papá está muerto.
Su cuerpo está tendido en el cuarto de atrás, sobre una estera vieja de flores desteñidas. Mamá lo lava con agua de lluvia, recogida en un gran *ong* junto al corral. Le canta bajito un *mor lam* que suena como si brotara de una garganta de barro crudo. Cada movimiento es ceremonia: jabón de arroz, paño limpio, perfume de *ylang-ylang* que apenas disimula el olor de la carne quemada.

Estás ante el corral, recibiendo a parientes que no has visto desde que tenías dientes de leche. Viejos del pueblo con los ojos empañados por las cataratas y los años de sol. Tías encorvadas con collares de perlas falsas y bolsos de lino con aroma a naftalina. Espectros que todavía no han encontrado otro cuerpo en el que

quedarse y vagan entre rumores por los campos y los bosques. Vecinos que llegan en motocicletas prestadas, con camisetas de fútbol, una canasta de huevos y respeto severo. Trabajadores rudos de piel apergaminada que esnifan *ya dom* sin parar. Niños enclenques que corren de acá para allá, capitaneados por Krarok, persiguiendo grillos. Todos dicen lo mismo: *Khŏr hâi bpai dii,* que tenga un buen viaje. Pero ninguno se queda callado por mucho tiempo. Hablan. Chismorrean. Observan. Te juzgan como el que mide una grieta en la pared para ver si se agranda. Los gorjeos de Wut se cuelan como polillas desde la habitación que está al lado de la puerta de la entrada.

Abres el saco de arroz glutinoso que guardabais para el festival Loy Krathong. Hierves agua con un poquito de sal, cortas una gran papaya verde que trajo una vecina para hacer *som tam* sin cangrejo, sólo con chile, ajo y lima. No hay suficiente pescado seco, así que lo partes en tiras muy finas y lo mezclas con salsa de soja. Cocinas *kai jeow,* una tortilla inflada con aceite barato, y con cuatro huevos puedes darles un poquito a diez personas. Sirves todo en platos de plástico de distinto dueño y todos comen como si fuera un banquete. Con las manos, con urgencia, con esa especie de respeto hambriento que se tiene por los muertos cuando la comida es gratis. Tú no pruebas bocado, para que Wut pueda comer.

No pierdas la Cara, Nana. *Ya hai sia naa*.

Krarok monta a Wut en su carrito y los dos salen a correr con los demás niños por los campos, persiguiendo una cometa de papel. No hay ni un ápice de preocupación en sus vidas; así debe ser.

Algunos preguntan dónde está papá. Tú señalas atrás, sin hablar. Otros quieren saber si hizo testamento, si dejó deudas, si la tierra que tenía cerca del templo está en regla. No lo está. Y dejó deudas. Y, claro, no hizo testamento. Una vecina trae plátanos hervidos y un sobre con cuarenta bahts. Otra deja una botella de *lao khao* junto al altar por si papá tiene sed. El monje todavía no ha llegado, pero todos actúan como si ya estuvieran rezando.

Tú, Nana, no lloras. Te conviertes en crisálida. Sirves té frío con hojas de pandan y sonríes cuando te miran, aunque por dentro sientes que el mundo se hace añicos. Porque sabes que esta escena ya la viviste. En otro cuerpo. En otra muerte. Y que lo único que cambia es el sabor ácido de la papaya verde y la forma en que las cañas crepitan con el viento. Y los gorjeos de Wut, que son abejas encabritadas en un rayito de sol.

Se hace de noche y las luciérnagas amarillas revolotean sobre el tejado de chapa, cuchicheando.

Cuando todos se han ido, mamá se sienta ante ti en la sala vacía.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunta, por fin, en susurros.

Llegan así los días de la hucha menguante, porque la muerte nunca viene sola. Durante una semana larga, mamá, Krarok, Wut y tú os replegáis en el capullo de seda de vuestra casa. Una vecina piadosa trae un poquito de arroz con saltamontes fritos que su hijo Manop cazó esa mañana en la acequia. Mamá lava las paredes y los suelos con furia, y de las rendijas brotan nubecillas de recuerdos que se pierden en el techo de caña. Krarok se refugia bajo la casa en compañía de los sapos y de los grillos, habla a solas durante horas y no vuelve con ningún tesoro. Con el transcurrir de los días, la casa empieza a apestar a desesperación hervida a fuego lento.

Lo supiste mucho antes de que ardiera.

El olor.

Ese olor.

Tu padre olía así semanas antes de morir. Cada vez que pasaba junto a ti, dejaba una estela de incendio en el aire, y tú no sabías por qué el estómago se te apretaba como un nudo.

Después lo entendiste.

Una tarde, días después, se lo dices a mamá. En voz baja, como si alguien pudiera castigarte por nombrarlo.

—*Mae*... papá olía a humo... antes... yo lo sentía. Yo lo sabía.

Ella no te mira al principio. Sigue arrodillada, fregando el suelo en silencio. Pero entonces sus manos se detienen.

—*Yaai* también lo sentía —dice, al fin.

—¿La abuela? —preguntas.

—Sí. Y yo. Todas nosotras. Las mujeres. Podemos sentir lo que viene. Son Ecos. No siempre. A veces, no. Pero cuando el cuerpo habla, cuando el aire cambia... lo sabemos.

Todo encaja entonces: los sueños rotos, los escalofríos sin causa, las voces que no eran tuyas y que brotan del altar. Tu abuela lo escondía en los rezos. Tu madre lo acallaba barriendo el suelo. Tú no sabías que eso tenía nombre.

Los Ecos.

Transcurren muchos días muy largos. Mamá deja de hablar. Sólo barre. Barre enfurecida la casa entera, una y otra vez, como si pudiera espantar la ausencia de papá a escobazos. Los bahts que escondíais en la lata de Ajinomoto van desapareciendo poco a poco. Y tú, en el pueblo, preguntas en la tienda del mercado, en el 7-Eleven de la carretera, en la farmacia donde ya no se venden medicinas, en los campos donde el arroz espiga, pero nadie paga por recogerlo. Nadie tiene nada para una chica que no sabe nada y no tiene nada que ofrecer.

Es entonces cuando surge el nombre. La hija de la vecina. Khamla. Esa chica algo mayor que tú, que se fue a Bangkok y ahora manda dinero cada dos semanas. Trabaja en un karaoke, dicen. O en un salón de masajes. O en un bar de *farangs*. Nadie lo dice del todo. Pero el sobre llega. Llega. Con billetes reales.

Mamá no te pide que te vayas. No te lo exige. Pero sus ojos lo dicen: «Es esto o vernos morir de hambre». Tú, Nana, con las uñas de tierra y el corazón de miedo, asientes. Como quien firma un pacto con algo que no alcanza a entender del todo.

Pero algo dentro de ti vibra tenuemente. Es una vibración cruda, informe, una cosquilla molesta. Una larva que aún no sabe en qué

va a convertirse. Pero que está viva. Ha despertado. Hay algo en ti que no cabe en esas casas de madera con gallinas hozando en el estiércol y perros que duermen como si esperaran la muerte en cada siesta. Un escozor que no se lava con el agua del pozo. No sabes aún ponerle nombre, pero la gente lo llama ambición.

Escribes al número que te da la vecina. Al otro lado, responde bien entrada la noche Khamla. Con su pelo teñido de rojo, su vestido amarillo de charol, sonriéndole a la cámara en su foto de perfil, como si la ciudad fuera incapaz de devorarla. Como si el dinero valiera más que el alma. Como si fuera una flor de un planeta lejano y helado.

—Manda fotos.

Le envías una foto tuya sentada junto al arroyo, porque crees que el sol ese día se interesó en tu pelo de un modo distinto. Otra al lado de la moto cuando papá la estrenó y quiso teneros a las dos en la misma imagen.

—Sí, ven. Me acuerdo de ti.

* * *

El motor del tuctuc traquetea como una caja torácica rota y el viento huele a asfalto caliente, a mierda de búfalo y a despedida. Tú vas sentada en medio de ellos, con tu bolsa encajada entre las piernas y el estómago convertido en un nudo agrio de mariposas negras. Wut tararea en voz baja, la cabeza rendida sobre tu pierna, absorto en los colores del mundo.

Pero es Krarok el que no te habla. Está ahí, a tu lado, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, la viva estampa de un anciano resentido en miniatura. Ni una palabra ni una pregunta. Sólo rabia comprimida, silenciosa, obstinada, que burbujea en su garganta rascando el comienzo de unas lágrimas que se niega a dejar salir. Cuando intentas cogerle la mano, él la aparta.

—¿Te vas a escapar? —escupe por fin entre sus dientes mellados de ardilla.

No sabes qué responder. No sabes cómo explicarle a un niño que no es una huida. Que Bangkok no es un sueño, es un campo de minas que aún no tienes ni idea de cómo vas a atravesar.

Y tú te quedas ahí, sintiendo su furia pegada a tu piel como una quemadura pequeña de esas que se expanden lentamente sobre el papel. Duele más su silencio que cualquier sermón. Porque sabes que él aún cree que el amor es estar; aún no sabe que se puede amar yéndose lejos. Y tú te vas. Aunque te duela. Aunque no quieras. Tal vez.

La estación de autobuses de Maha Sarakham huele a polvo caliente, a pollo frito viejo, a meados y sudor de gente que ha estado esperando toda la noche. Te hacen una foto con un perro bonito para llenar de algo el poco tiempo que os queda juntos. El sol cae a plomo, como si el cielo quisiera retenerte, derretirte, obligarte a quedarte pegada al cemento. Pero tú ya estás con un pie en el primer escalón del autobús. Y mamá te agarra del brazo.

—Cuidado con los que mienten. Envía dinero. No olvides comer. Reza todos los días. Y no pierdas la Cara. *Ya hai sia naa*.

Pero tú no la escuchas del todo. Porque en sus ojos hay un pavor atroz. Hay algo que quiere quedarse contigo o que tú te quedes con ella. Algo que no sabrá cómo seguir viviendo cuando tú te vayas. Entonces, te agarra las manos con firmeza y puedes sentir, vívidos, los Ecos de la ausencia, del olor de las hojas de plátano ardiendo para purificarla tras su primera menstruación, el aroma del betel cuando las tías están sentadas en corro, hilando consejos entre risas, supersticiones y cuentos medio eróticos, el crujido seco de las cañas de azúcar bajo sus pies y el incienso apagado que huele una niña en el funeral de su madre, tu abuela. El perfume a jabón barato y el hambre que pasa cuando le da su ración de arroz a Wut. Y entonces, clavándote una mirada profunda, dice algo desconcertante, a la desesperada, entre dientes:

—Busca a la abuela Nattaya. Dentro de ti.

Krarok sigue con el ceño fruncido, haciendo enormes esfuerzos por no romper a llorar. Da pequeñas patadas a la acera y tiene los brazos cruzados para impedirte que lo abraces. Lo haces igualmente.

El chófer grita, el motor ruge y tú subes al autobús sin mirar atrás del todo. Sólo te giras un poco cuando el vehículo comienza a moverse. Lo suficiente para ver a Krarok empujando con todas sus fuerzas el carrito destartalado donde Wut se agita, con la cabeza echada hacia atrás, gritando tu nombre deforme con su voz rota: ¡Naaa-naaa!, como un canto quebradizo, como si la brisa fuera a llevárselo si no lo grita lo bastante fuerte.

Krarok corre en el marco de tu ventana. Descalzo, con la camiseta del Buriram FC llena de polvo y sudor y seguido por una estela de luciérnagas azules encabritadas. Corre al lado del autobús mientras el mundo se vuelve borroso detrás del cristal sucio y entre las lágrimas que arden. Empuja a Wut con la furia de quien no quiere entender lo que está pasando. Wut abre los brazos en su carrito como una pequeña libélula maltrecha intentando despegar contigo. Y tú, Nana, pegas la frente a la ventana y los ves por última vez: esa silueta desgarbada, esa despedida rota de marionetas de trapo.

—¡Naaaaaa-naaaaaa!

Tanto amor cabe en dos sílabas gritadas al viento.

Nadie cuenta que las mariposas sienten un dolor atroz cuando su crisálida se rompe. Nadie lo dice, pero es cierto. Las mariposas no nacen en un estallido de luz y belleza, como en los cuentos. No. Nacen rompiéndose, empapadas en humores fríos. Retorciéndose y sangrando. Empujando contra la prisión que las mantuvo a salvo, que las nutrió, que las protegió de la hostilidad del mundo. La crisálida se desgarra. Y ellas gritan. Con voz de mariposa, con todo el cuerpo. Un dolor sordo, puro, ancestral. Como si el precio de poder volar fuera dejar atrás aquello que amas profundamente y que un día supo protegerte.

Tú lo sabes, Nana.

Esa mañana, en la estación, tú eras mariposa y crisálida a la vez. El interior rompiéndose, el exterior desgarrado. Nadie te advirtió que

dolería tanto. Que cada paso lejos de casa sería como arrancarte la costra aún fresca de una herida reciente.

Mientras Krarok y Wut se rinden y se quedan allá atrás, envueltos en una nube de polvo y de luciérnagas, descubres que algo tuyo se queda también allí.

Que algo tuyo no subió al autobús.

Se quedó corriendo, con los pies en el polvo del camino, gritando tu nombre con voz rota desde la orilla de los campos de Isan.

UMBRAL

La ciudad empieza como un murmullo lejano, quedo, suave, pálido. Apenas un zumbido que se filtra entre los cristales empañados del autobús, mientras tú, con las piernas entumecidas por las horas de asfalto, el desfile de ciudades moribundas y de arrozales lozanos, despiertas del letargo justo cuando el cemento empieza a tragarse los últimos hilillos verdes.

Bangkok simplemente ocurre. Ni siquiera te estaba esperando. Y de pronto, sin saber cómo, eres un glóbulo más en la hemorragia silenciosa de niñas que Isan ofrece a la carne de la ciudad.

Primero son las luces. Rojas, verdes, parpadeantes. Ojos de espíritus urbanos, parpadeos tuertos atrapados en el corazón de semáforos eternos. Luego, el atasco: infinito, un millón de almas respirando al unísono, inmóviles en la lengua negra de asfalto ardiente. Después, el olor, que es cien olores en uno solo. Es incienso barato mezclado con sudor humano, gasolina mal quemada, ajo frito y ríos sucios que parecen agonizar bajo puentes oxidados. Tu nariz campesina se estremece, incapaz de distinguir entre el placer y la alarma. Te sientes minúscula, frágil, insignificante, perdida. Mientras tanto, la ciudad te observa convertida en una alimaña que no tiene ninguna prisa por tragarse su presa.

Ves dinero rezumando en cada esquina. En los zapatos caros de un *farang* que se agarra torpemente a su asiento en un tuctuc. En el rótulo de neón que promete cambio sin comisiones. En la cartera mal cerrada de una señora con blusa de Chanel falsa. En los taxis rosas, verdes, amarillos: colores que en Isan sólo existen atrapados en los sueños de los niños. En el portaequipaje de un mototaxi, repleto de paquetes. En las filas de adolescentes uniformadas

entrando en tromba a un centro comercial. En los ladridos histéricos de un perro que vive mejor que tú. Sigues sin saber que lo que sientes es ambición. No conoces la palabra. Pero la palabra te conoce a ti.

Las casas se apilan, se dan codazos, se amontonan, se insultan en dialectos eléctricos. Ya no hay campo, ya no hay gallinas, ya no hay cielo limpio ni búfalos de mirada lánguida. Las pantallas led vomitan anuncios de bebidas energéticas y pieles blancas perfectas. Los templos de hormigón bostezan monjes hipnotizados por sus teléfonos móviles.

El autobús gira por Vibhavadi Rangsit y empieza a desacelerar. Ahí estás tú, con los ojos abiertos como platos hondos y el corazón golpeteando contra las paredes de tu pecho mientras intenta reptar por tu garganta. La ciudad se te infiltra por las pupilas, se instala en ti como un parásito brillante, electrocuta tus nervios ópticos y anida en cada circunvolución de tu cerebro. Cada rótulo es un hechizo nuevo que aún no sabes descifrar. Cada persona, una hormiga presurosa, un misterio nervioso y malhumorado.

Cuando por fin el autobús se detiene en Mo Chit, el motor exhala el último aliento de una bestia malherida. Tú bajas. El calor te abofetea sin compasión.

Y ahí está: Bangkok.
Y ahí estás: tú.

Con la tierra de Isan pegada aún a tus tobillos, con el acento campesino anudado en la punta de tu lengua y con los ojos llenos de una ciudad que no se detiene ni para darte la bienvenida.

Pero te ve.
Oh, claro que te ve.

Bangkok te golpea a cámara lenta. Te engulle en cuanto pisas el suelo de la estación, donde el aire espeso arrastra el olor del aceite, el Ajinomoto y las flores mustias. Tu aldea no tiene nada de esto. Lo más parecido al gentío lo viste alguna vez en la feria de Songkran,

pero aquello era otra cosa: rostros familiares, sonrisas fáciles. Aquí es una marea oscura de ojos veloces, brazos cruzados, teléfonos que iluminan tenuemente caras moribundas, sopa hirviendo en cada esquina, putas baratas, fruta cortada, marañas de cables eléctricos. La ciudad te examina y luego te ignora, decide que eres una mota más en el engranaje que hace girar sus noches y días de excesos.

Empiezas a caminar, con el teléfono como única brújula. Aún no sabes nada de los callejones donde la ciudad se repliega, densa, como una promesa rota. Comida que se cocina a cualquier hora, un tufo dulzón de incienso mezclado con la pestilencia de aguas estancadas, perfumes baratos que se disuelven en el aire espeso de humedad, vaharadas de aire glacial que brotan de los 7-Eleven y rincones aprovechados al milímetro por puestos de verdura. La ciudad te prueba, te endurece un poco a cada paso que das.

—Ya llegué, Khamla —escribes en tu teléfono. Esperas un instante que se te antoja una eternidad hasta que recibes respuesta en forma de pelo rojo:

—Coge un mototaxi y corre, que a las siete nos vamos al curro. No le des más de cincuenta bahts, que son muy ladrones.

Subes a uno de los ocho mil mototaxis que esperan aburridos delante de la estación. El conductor ni te mira, sólo lee la dirección en el móvil que sostienes con dedos temblorosos y arranca sin preguntar. A tu espalda, Bangkok es una corriente interminable de luces y sombras, tiendas abiertas a cualquier hora, rostros pintados, neones rosados y azules que pronto van a ahogar las estrellas.

—Montas como una campesina —dice el conductor de la moto con divertida indiferencia, mirándote a través del espejo retrovisor. Es una figura irreconocible, oculta bajo varias capas de ropa y unas enormes gafas que lo protegen de los elementos.

Sukhumvit es un río caudaloso de hormigón, carteles luminosos y miasmas calizas. A un lado, clínicas dentales con rótulos en inglés y tailandés, donde sonríen bocas blanquísimas que no parecen de verdad. Farmacias con cruces verdes parpadeantes, algunas con monjes que se aburren en la puerta. Dos 7-Eleven cada tres esquinas, bostezando como templos de refrigerio perpetuo. En la

acera, una abuela menuda vende boletos. O quizás amuletos. O quizás mentiras. Nadie se detiene a preguntarlo. Una mujer empuja un cochecito de bebé, pero dentro jadea un perro lanudo vestido con camiseta de fútbol y gafas de sol. Cerca, un hombre duerme sobre cartones, cubierto con un manto espeso de mosquitos y resignación. El tráfico se arrastra a su lado sin apenas mirarlo.

Las motos rozan los espejos retrovisores de los coches con la audacia suicida de quien perdió el miedo hace tiempo. Los tuctucs colorean el tráfico con su traqueteo de motor viejo y sus chóferes que mastican betel y escupen largos gargajos rojos al asfalto.

Arriba, una mole metálica se alza con la elegancia de un centauro de cemento: el tren aéreo. Pilares gigantes sostienen puentes que se cruzan como anacondas en celo. Algunos tienen pantallas con anuncios en bucle que todavía eres incapaz de descifrar: cremas blanqueadoras, préstamos con intereses muy bajos, *influencers* de cera, un taladro a un precio irresistible o un servicio de cambio de divisas que promete no cobrar comisiones —*Superrich! Where value never gets lost!*—. En los edificios más altos, racimos de árboles brotan desde los balcones como si Bangkok intentara pedir disculpas por lo que un día robó a la naturaleza. Una confusa telaraña de cables lo preside todo a la espera de atrapar moscas eléctricas o sueños rotos, lo que llegue antes.

El conductor del mototaxi se detiene en los semáforos, mira vídeos absurdos y consulta su teléfono para ver a quién llevará después. Le es indiferente si ha de ser una bolsa de fideos recién cocinados o una campesina aterrada en busca de un futuro.

Pasas frente a un centro comercial escondido entre la confusión; desde fuera parece una caja de zapatos desvencijada, pero dentro brilla como un diamante falso. A la vuelta, hay un puesto ilegal de fideos con cangrejo, con una mujer que machaca las patas de los pobres bichos como si les estuviera extrayendo una confesión. Conserjes con cara de nada y gorra de charol bloquean el tráfico cuando sale algún coche negro con aires de importancia de un edificio de vidrio. Ellos mandan. Ellos no ven.

Y en medio del pandemonio, despuntan las imágenes del rey. Grandes, doradas, enmarcadas como iconos del dios definitivo. «El

padre de todos», dicen las letras debajo. Y tú, Nana, piensas en el tuyo. En el que ya no está. Y sientes que esta ciudad te tragará entera si no aprendes pronto a nadar entre sus reflejos.

El mototaxi se detiene tras preguntar a gritos a un anciano que vende fruta pelada. Has llegado a Khlong Maha Nak. El conductor te señala un callejón lúgubre. Aún no sabes si todo esto es un comienzo o si estás entrando en las fauces de un laberinto que no perdona.

—¿Me das tu Instagram? —pregunta el muchacho parapetado tras sus enormes gafas de sol. Sólo aciertas a sonreír.

Soi Maen Si 2 es apenas un capilar rendido en el cuerpo fatigado del suburbio. Una grieta tibia en la piel de varano de Bangkok. Las casas, con sus techos de chapa ondulada como sonrisas desdentadas y sus balcones enrejados, se inclinan unas sobre otras, conspirando en dialectos que sólo entienden los gatos callejeros y las cucarachas furtivas. El aire huele a tamarindo fermentado y a historias que no merece la pena contar. A curry recalentado y a arroz pegado en el fondo de una olla vieja que sigue cocinando sueños ajenos. La calle está viva. Es un fantasma que ignora que está muerto y sigue barriendo la acera, infatigable, con la misma escoba pelada.

De una alcantarilla brota el zumbido grave de las barcas en los canales cercanos. Motorcitos con alma de cigarra, correteando de acá para allá por venas acuáticas, intentando huir de sí mismos. El agua huele a metal, a mierda y a oración; cada gota lleva la plegaria de una abuela ya muerta y cagada.

El mercado se ha desparramado sobre la calle en un caos apenas contenido. No tiene límites ni reglas. Sólo voluntad. Puestitos hechos de lona, cajas viejas, carritos de supermercado rescatados del olvido. Venden de todo: frutas con espinas que parecen pensamientos reprimidos, pescados que aún recuerdan el río, amuletos que no funcionan, pero brillan bonito. Niños que juegan descalzos con una pelota invisible. La risa les brota como un

manantial en una grieta de mica. Una señora les lanza un balde de agua, y ríen todos.

El cielo está encapotado, pero no llueve.

Sólo amenaza.

Como todo aquí.

Subes por las escaleras, tu bolso golpeándote la cadera a cada escalón. Llamas a la puerta. Silencio. Vuelves a llamar. Te abren y ahí está: un *kathoey* alto, con una piel de goma muy lisa, que contrasta con el maquillaje brillante en sus ojos y labios; un rojo chillón que parece pintado con brocha gorda. Tal vez tenga un toque de elegancia. Te examina de arriba abajo; sus ojos astutos, duros pero ocultos tras unas lentillas azules, recorren cada rincón de tu cuerpo.

—¿Eres Nana? —te pregunta, con una voz tan grave y dulce que te descoloca, casi como una caricia que te rasguña, como un tambor amable y lejano. Parece una reina altiva y poderosa.

Asientes, aunque el asentir es más un acto de fe que de certeza.

—Soy Ploy.

El *kathoey* te invita a pasar. Se mueve muy despacio, como si cada gesto suyo hubiera sido ensayado en un planeta en el que el tiempo transcurre siguiendo otras reglas. La puerta se abre a una pequeña habitación abarrotada, donde el olor a perfume barato se mezcla con el hedor de la humedad y del humo de porros viejos. Hay un par de chicas tiradas en el sofá, mirando la televisión con ojos muertos, atrapadas en una espera eterna. Una de ellas es Khamla, la chica del pueblo. Tiene el pelo rojo brillante y las cejas rasuradas y tatuadas muy finas, que le dan un aire de máscara constante, la expresión inalterable de quien parece estar siempre a punto de entrar en escena. No te sonríe. Sólo asiente en reconocimiento, un gesto cansado, como si tú también fueras una pieza más en una cadena interminable. La rodea un puñadito de luciérnagas verdes muy pálidas.

—Chicas, esta es Nana.

—Hola, Nana.

—*Sawasdee ka,* Khamla.

—No me llames Khamla. Ese es el nombre de Isan. Aquí soy sólo Donut.

—¿Donut?

—Sí, un agujerito dulce que todo el mundo quiere comerse.

Las chicas ríen, cansadas. La sala es un rectángulo apretado, con paredes color melocotón que en algún momento habrán querido ser cálidas, pero que ahora sólo parecen transpirar fatiga. Hay ropa tendida sobre una cuerda que cruza el techo: sujetadores de encaje, tangas fluorescentes, una camiseta de Hello Kitty que dice «*Love me long time*» en letras rojas. En el pasillo del fondo se adivina un barril de aceite de cien litros, reconvertido en depósito de agua helada para ducharse con un cazo de plástico. El sofá donde dormirás es una ruina vencida, hundido en el medio, con una sábana manchada de rímel como única promesa de descanso.

—A ver —dice una de las chicas mirándote de arriba abajo—, ¿le hacemos una operación de tetas?

—Yo creo que no le hace falta.

—No, no le hace falta, tiene buenas peras. El mentón, a lo mejor...

—¿El mentón? ¿Qué coño dices? Si parece una muñeca.

—No necesita inversión.

Un televisor parpadea en silencio con un *lakorn* de época, mientras dos chicas en *shorts* diminutos se arreglan frente a un espejo manchado. Una se pinta los labios sin mirarse; la otra se depila las cejas con pinzas y una concentración casi sagrada. En el rincón, se sienta sobre una colchoneta Ploy, el *kathoey*, con una peluca rubia descansando a su lado como un animal dormido. Te mira y asiente. Despacio. Un felino de otro mundo. No dice nada. Pero su mirada susurra «bienvenida al nido».

La chica del pueblo, Khamla, ahora Donut, te hace un gesto lánguido para que te sientes con ella al borde del sofá y enciende un porro. Te ofrece una calada, pero tú no lo tomas. Ella lo deja con indiferencia sobre un cenicero hecho con una taza rota.

—Hoy vas a conocer a Mae Jintra —dice exhalando una larga voluta de humo por la nariz—. Ella es la *mamasan*. Te va a preguntar tu edad, tu signo zodiacal y si sabes sonreír cuando te

sientes mal. Miente todo lo que puedas y no lo digas todo. Nunca digas todo.

Una de las chicas ríe. Alguien abre una lata de cerveza. El ventilador gira, remueve el olor a perfume y sudor y lo hace rebotar de esquina en esquina.

—¿Y cómo es el trabajo? —preguntas, seguramente sin querer conocer la respuesta.

Donut no responde enseguida. Mira al techo como buscando ahí una contestación más suave que la realidad. Se pasa los dedos por el cabello teñido de rojo sangre y suspira.

Ploy, el *kathoey*, finalmente se adelanta.

—Es como bailar descalza sobre cuchillos. Al principio duele. Después también. Pero te acostumbras a sonreír mientras sangras.

Se ríe. Por costumbre.

—Los *farangs* vienen borrachos o solos —dice Donut al fin—. A veces tristes, a veces podridos por dentro. Tú les hablas como si fueran niños. Les das lo que buscan. Casi siempre lo que quieren es *boomboom* o *blowjob*. A veces que alguien los escuche hablar de su perro muerto o de la zorra de su exmujer en Durban. —Suelta el cigarro, lo aplasta en la taza descascarillada. Luego te mira, seria—. No todos tocan. Pero todos quieren algo. Y tú... tienes que aprender a dar sin darte. —Hace una pausa—. Si sabes hacer eso, vas a sobrevivir. Si no... te vas a romper.

Una de las chicas dice algo en la cocina y ríen.

El televisor muestra una mujer desolada llorando bajo la lluvia, como en todas las telenovelas.

Y tú te ves en el fondo de un río, mirando el mundo desde abajo, mientras el barro se te mete en los ojos y nadie se da cuenta.

—No te preocupes, querida —dice Ploy, inclinándose hacia ti, tomándote las manos—. Es más fácil de lo que parece.

En cuanto rozas sus manos suaves, lo sabes todo ya. Ploy tiene veintiún años, pero su alma pesa como si tuviera cincuenta. Camina con la gracia altiva de quien aprendió a disimular el dolor en lugar de evitarlo. Se sienta siempre con las piernas cruzadas, los tobillos

juntos, la espalda erguida de estatua de templo y en la mirada le brilla algo que al principio crees que es esperanza y luego comprendes que sólo es supervivencia. Se endereza al caminar, como si le doliera recordar que alguna vez corrió descalza entre gallinas y mierda. Hay algo hermoso en su impostura. Sus modales educados son una súplica muda. Es una niña de campo que se disfrazó de señora fina para que nadie la devuelva al barro del que salió.

Los Ecos te muestran su pequeño pueblo perdido entre arrozales y supersticiones, donde los búfalos tienen más nombres que los niños. Ves a sus padres calculando la inversión cuando jugaba con las muñecas de las hijas de los vecinos. Ves a su padre dándole anticonceptivos mojados en miel cuando tiene sólo siete años. La ves ante el espejo descascarillado de su habitación a los doce años, rozándose los senos que comienzan a asomar con timidez, como pequeñas granadas. Ves a su madre, enseñándole a ensartar collares de flores, a su padre mascando betel y diciéndole que en Bangkok los *kathoey* ganan mucho dinero. Que allá podría ser famosa, modelo, estrella. Que no se necesita usar los cojones para ser alguien en la vida.

La ves en su primer club nocturno, vestida como una muñeca de plástico recién sacada de su precinto, con pestañas postizas rebozadas en purpurina que le pican los párpados y tacones que le hinchan los pies. La ves acuclillada haciéndose una lavativa y observando con indiferencia coágulos de sangre disueltos en la mierda. La ves aprendiendo a sonreír con la boca y con los ojos. A repetir *hello sexy man* sin hacerle caso al dolor de garganta. Nunca estudió. Nunca besó por amor. Nunca supo lo que era un domingo en casa con sopa caliente. Pero no tardó en saber cómo defenderse, cómo calcular riesgos, cómo detectar a los hombres que pegan antes de levantar la mano. A veces llora en silencio, con la cara vuelta hacia la pared, sin arruinarse la base del maquillaje.

Cuando cruzaste esa puerta, fue ella quien te vio primero. Pero para ella no eras ni carne fresca ni competencia, sino alguien que está a punto de atravesar la misma jungla que ella misma lleva cruzando la vida entera.

—Si necesitas llorar —te dice—, aquí nadie te va a juzgar. Pero que no te vean los clientes. Ellos casi nunca pagan por las lágrimas.

Y en esa frase, toda su historia.

Donut abre tu mochila y observa con tristeza la poca ropa que has traído y decide prestarte un vestido verde de poliéster que apenas te permite respirar. Son las 5:55 y, como el cinco representa cambio y transformación, a Donut le parece la hora perfecta para salir de casa. Bajáis en tromba por las escaleras, rodeadas de un denso aroma a sudor viejo atrapado en ropa sintética.

El cielo está encapotado, Bangkok apesta a esa hora a tormenta eléctrica y a cloaca cuando las lluvias devuelven a la ciudad lo que ha ido escupiendo lentamente al Chao Phraya. Vais las cinco en fila, como aves de otra jungla, con vestidos ajustados y maquillaje que intenta —sin lograrlo del todo— esconder la falta de sueño y los sueños rotos.

El escuadrón sin patria.

El muelle del canal está encajado entre casas bajas con ropa a secar en tendales de plástico. Una familia combate el calor a base de Singhas y un par de bananeras en flor atraen una miríada de moscas de brillo azulado. Dos pájaros de colores conversan hastiados en una jaula de bambú. Un somier viejo sirve de muro de contención para una tonelada de basura a punto de desplomarse en el agua. El bote fluvial llega como un dragón oxidado, rugiendo. Tiene el número ocho, lo que a Donut le parece un buen presagio. Subís entre empujones y risas. Ploy se abanica con una servilleta mientras Mayuree se hace *selfies* frunciendo los morros. Donut, que lleva el liderazgo de quien arrastra una cuerda invisible, te hace señas para que lo mires todo. Un gesto que te dice: «Acostúmbrate al olor, al ruido, a la velocidad. Si Bangkok no te mata, te transforma».

El agua se sacude. Los cuernos torcidos de las torres doradas de los templos se asoman entre los edificios con la solemnidad de

espectros antiguos. Hay basura flotando: bolsas, botellas, un zapato... La ciudad parece mirarse en el reflejo pardo de su propio vómito.

Vas encajada entre Donut y Ploy, con el vestido verde ajustado y los labios medio pintados. Te meces al ritmo del motor y el canal entero es un útero tembloroso incapaz de decidir si parirte o engullirte de nuevo.

—Nanaaaa —canturrea Donut, arrastrando el nombre como si fuera una burla dulce—, tienes que practicar una cosa.

Se levanta, se lleva las manos al culo, lo tapa dramáticamente y grita con acento de muñeca de anime:

—Ketsu wa dame!

Las otras estallan en carcajadas. Ploy se abanica, una imita un gemido, otra le hace un gesto obsceno al conductor del barco, que ni parpadea.

—¿Y eso qué es?

—Es japonés. Te va a ser muy útil.

—¿Y qué significa?

—¡¡Por el culo no!! —responde Ploy, riéndose tanto que se le cae un pendiente al suelo del barco—. Por si algún monito amarillo raro se emociona demasiado. Tienes que decirlo con cara de inocente, así.

Te lo repiten en coro, como un conjuro ridículo.

—Ketsu wa dame!

—Ketsu wa dame!

—Ketsu wa dame!

Tú lo pronuncias bajito, entre risas nerviosas, sabiendo que esa frase no estará nunca en ningún diccionario serio. Pero al decirla, sientes que estás entrando a otro idioma, otro cuerpo, otra ciudad. Una versión de ti que nace esta noche y que empieza a formar parte de ese grupo de descaradas.

El barco salta al pasar por otra curva del canal. Las luces de los edificios se reflejan en el agua y el río se rompe en cicatrices luminosas. Te aferras al borde del barco, tratando de reír. Adentro, muy adentro, empieza a nacer algo trémulo.

—A ver —dice Donut—. Que quede claro. Aquí vienes a follar. Ni a bailar, ni a sonreír bonito, ni a hacerte la tímida. *Boomboom*. ¿Vale?

—Sí, lo sé.

—¿Tienes experiencia con tíos o vamos a tener que improvisar? —Su mirada parece llevar siglos esperando una respuesta. Recuerdas por un breve instante el rostro de Tee muy pegado al tuyo en aquella cabaña olvidada bajo la tormenta, las perlas de sudor en su frente, aquellas manos que nunca llegaste a amar del todo. Los labios urgentes y torpes de Tawan, las caricias toscas de Lek y los ojos grandes de rana de lluvia con los que Anan te miraba cuando todo había terminado entre gemidos quedos.

—La suficiente.

Donut se ríe, una carcajada ronca, sin alegría, pero con orgullo ajeno.

—«La suficiente», dice. Qué frase más peligrosa, nena. A veces, suficiente es demasiado, y otras no alcanza ni para empezar. ¿Sabes lo que quieren los clientes, Nana?

—¿Qué?

—Que les mientas bien. Que los mires como si fueran el único, aunque huelan a whisky barato y traigan la bragueta meada desde que cruzaron la puerta. No quieren tu cuerpo, quieren tu mentira. ¿Vas a saber mentir?

—Estoy aquí, ¿no?

Asiente brevemente.

—Entonces escucha bien: vas a ver cosas que te van a revolver el estómago. Algunos quieren que les escupas o que les cagues, otros que les digas que son tu papá. No te asustes. No reacciones. Nunca reacciones. Si ríes, que sea con las tetas. Si lloras, que sea en el baño, bajo la ducha.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Entonces no estés aquí. Aquí no se pregunta si quieres. Aquí se pregunta cuánto y por cuánto tiempo.

Bajáis muy cerquita de Siam, cruzando un laberinto de restaurantes de fideos que dormitan bajo un enorme puente. Desde este ángulo, la maraña de edificios al fondo parece la visión futurista

de una montaña de plexiglás deformada por el calor y el deseo. Un espejismo con aire acondicionado. Los rascacielos son obeliscos publicitarios que rezan con logotipos en lugar de *sutras*. Se repite en bucle un anuncio de Chanel monumental, la estampa de una diosa occidental que exige ofrendas de bahts y de silencios cómplices. El collar que adorna el edificio parece una cadena de presidiario, pero brilla como una salvación. Lo contemplas largo rato mientras te prometes que un día tendrás un collar así. Un grupo de cien muchachas hacen fotos a un enorme código QR que tapiza la pared de un edificio muy alto y chillan a la foto de una estrella de *T-pop*.

Abajo, un enjambre. Ves pasar el tren aéreo flotando sobre vuestras cabezas como un monstruo de acero domesticado. Cruza la escena rugiendo por encima del caos, ajeno a los bocinazos y los gritos de vendedores ambulantes. Las nubes, ligeras y difusas, lo observan todo con indiferencia desde las alturas. Camináis entre risas hacia el MBK, un coloso de siete pisos donde se vende todo y nada. Ahí se maquillan los últimos detalles, sacáis los espejitos de los bolsos, os retocáis los labios. Después, un taxi fluorescente se detiene con un chirrido. Subís las cinco, amontonadas, riendo como hienas, sudando, vivas.

El conductor es un simio anciano con cara de viejo verde y hombros devorados por la sarcopenia. Os mira por el retrovisor.

—¿A dónde, *n'ng*? —dice con una sonrisa torcida.

—Soi Cowboy*, p'cha* —responde Donut, y el taxi arranca con el alma nerviosa.

Donut está sentada delante, e inmediatamente le acaricia el brazo al taxista con descaro. Ploy le lanza una risa grave que corta el aire y tú —insegura, tímida— te dejas llevar, pones la mano sobre el respaldo del asiento del conductor, muy cerca de su cuello, y le rozas la nuca con tus uñas de Isan. Las otras lo magrean. Le dicen que está fuerte. Que ojalá todos los taxistas fueran así. Le prometen besos y Donut llega incluso a darle uno muy largo y húmedo, que se queda ardiendo como una roséola en su mejilla sin afeitar. Le soban la entrepierna entre risas y Donut le abre la bragueta mientras el hombre no aparta la mirada del atasco.

El taxi se detiene frente al callejón, que ahora duerme como una bestia a la que tal vez sea mejor no despertar.

—*Mai ao ngern, chai mai?* —dice Donut—. No vamos a pagar, ¿verdad?

El simio asiente, riéndose nervioso, con la mano aún oliendo a perfume barato y sudor de coño atrapado entre piernas cruzadas.

Bajáis, os sacudís las faldas y os acercáis al infierno como el que está a punto de entrar en un circo.

Todavía no sabes muy bien si estás actuando o si ya eres parte del guion. Como tampoco sabías que una ciudad podía tragar sin boca. Y, sin embargo, aquí estás, con los pies aún vibrando de las horas de autobús, los ojos clavados en ese delirio vertical que se alza como una jungla de cemento y cristal, donde los árboles son edificios y las flores son pantallas led que parpadean con promesas vanas. El aire huele a alquitrán caliente, a fideos con cerdo y a gasolina evaporada. Es una mezcla que te araña por dentro, que se te pega en los pliegues de la ropa con la gula de un amante hambriento.

Soi Cowboy está a unos pasos. No lo ves aún, pero ya lo sientes. Ejerce su influencia como un imán maligno. A medida que te aproximas, se agolpan más y más los carritos que venden ropa interior sexy, vibradores fluorescentes y pastillas falsas de Viagra y Cialis. Y ese zumbido eléctrico, esa vibración bajo la piel como si algo —algo húmedo y con la sonrisa de un áspid— te observara desde un resquicio del tiempo. Pasáis por delante de una hilera de esfinges talladas en obsidiana viva, un racimo de putas nigerianas envueltas en lentejuelas cansadas, con tacones rotos y miradas que han visto todo ya en cámara lenta. Se alinean como centinelas de una guerra sin bandera, esperando los primeros cuerpos o los últimos.

Una de ellas te mira. Y no a ti realmente, sino al agujero que llevas dentro del pecho. Hay un respeto tácito, una línea invisible forjada a base de cicatrices mutuas.

—Ten mucho cuidado con las negras —murmura Donut—. Ni las mires.

—Viven todas como monas en Omni Tower.

—No las mires.

—Sí, y cuidado con los argelinos. Qué asco de gente.

—No las mires.

Por un momento no sabes si son las putas las que esperan a los hombres o los hombres los que esperan a las putas. A tu alrededor, los *farangs* van montados en motos como soldados del absurdo, con cascos ridículos y mochilas fluorescentes. Es la primera vez que los ves con detalle. Parecen salidos de un videojuego que todavía no has aprendido a jugar. Al verlos pasar, te recuerdan a muñecos de goma. Muy frágiles. Adiposos. Flotadores de piscina. Muñecos de gelatina.

Y tú, Nana, tú vienes de Isan.

Del barro fresco. Del aroma del cilantro. De los gallos que cantan antes de que el sol decida nacer.

Aquí ya no hay gallos, sino bocinas; hay motos rugiendo como enjambres de avispas, hay semáforos que no se obedecen ni a sí mismos. La piel te suda en lugares que no sabías que podía sudar. Tus amigas se ríen, se ajustan la ropa, hablan de clientes, del *lady drink*, de piel de cerdo con color de billete. Pero tú no puedes. Todavía no. Todavía estás digiriendo todo esto mientras camináis por las pasarelas de hormigón que os llevan por encima del tráfico y os protegen del sol plomizo.

Un anuncio gigante te observa: una mujer de cara pálida, perfecta, de labios diseñados en un laboratorio, te sonríe desde la pared naranja de un edificio que vibra con aire acondicionado y deseo. Ella no existe, pero te juzga.

Y ahí lo ves. Al fin. Un cartel azul rodeado de luciérnagas de color naranja, rojo, amarillo.

SOI COWBOY.

El callejón con neón de venas abiertas. Y te detienes un segundo. Porque algo dentro de ti —algo primitivo, algo de antes, de abuela—

te dice que esto no es sólo una calle.

Es una entrada.
Una puerta.
Un umbral.

Primero la ves a ella. La llaman la Dama del Vertedero, pero ese nombre le queda pequeño, es intentar encerrar un tifón en una cajita de cerillas. No tiene edad. O, mejor dicho, las tiene todas: los siete años de la niña violada en la estación de tren de Muang Ngoi, los diecisiete de la anciana madre fugitiva que cruzó Laos con un feto medrando en la tripa, los cuarenta de la mujer que fue rica una semana y los ochenta de la vieja que se resiste a abandonar el barco. Llega arrastrando su carrito oxidado calle abajo. Va recogiendo cartones como si fueran mapas secretos, pistas olvidadas de un tesoro que sólo ella busca. Sus pies están desnudos, pero nunca sucios. El barro la respeta. La lluvia la esquiva. Las ratas, los gatos tuertos y las cucarachas hacen reverencias a su paso.

Nadie sabe dónde vive. Algunos dicen que bajo el puente de Asoke, otros, que en la azotea del edificio abandonado, con la única compañía de la antena manca, y los más locos aseguran que la vieron dormir dentro de un árbol hueco que sólo aparece cuando Bangkok cierra sus ojos de hiena. Su cuerpo es un palimpsesto de heridas antiguas y belleza superviviente de una bofetada a cámara lenta. El cabello le cae ante las mejillas como se desinfla un telón de teatro después del último acto: gris, con mechones de cobre que brillan cuando el neón los roza con tímido deseo. Sus ojos son dos rendijas por donde se cuela el fin del mundo antes de vomitar de puro vértigo una tromba de legañas. Y sus manos, oh, esas manos... parecen hechas de papel maché, pero escriben con la furia de los espíritus burlones.

Porque eso hace: escribe.

Escribe en inglés, posiblemente para sermonear a los *farangs*. En lao, para advertir a las putas. En birmano, por si alguna niña ha conseguido escapar de su prisión. En tailandés para los policías y los repartidores de carne. En las paredes de los burdeles, en los postes

de la luz, en la corteza de los almendros malabares, en los baños donde las chicas se maquillan antes de la función, en las aceras cuarteadas y los carritos de fruta.

Frases. Sentencias. Maldiciones.

«*Todo lo que se compra viene con deuda*».

«*La carne recuerda lo que el alma intenta olvidar*».

«*Aquí no hay amor, pero hay simulacros bellísimos*».

«*Hay pieles que se venden una vez. Hay otras que no se recuperan jamás*».

Y nadie sabe cuándo lo hace. Nadie la ha descubierto. Pero las frases están ahí, cada mañana y cada tarde, como tatuajes que la ciudad no se atreve a borrar.

El día que te roza —una caricia apenas, como si el viento tuviera dedos— algo se abre.

Un olor: mezcla de leche podrida, caucho y jazmín.

Un color: rojo vivo y estremecido.

Dos escenas: un hombre blanco gritándole a una niña que llora con los pantalones arrugados alrededor de los tobillos y una muchacha aterida de frío bajo la lluvia acurrucando un bebé recién nacido.

Y un sonido: una risa cargada de desdén.

La risa de la Dama, en cuyo eco la miseria, el pasado, el triunfo y el dolor se deshilachan en una broma torpe.

Y la Dama sigue.

Recoge un cartón. Se lo guarda bajo el brazo.

Y te susurra con acento extraño:

—Cuidado con los que más brillan. Son los que más sombras proyectan.

Y desaparece.

Como si nunca hubiese estado.

Como si la ciudad la engullera por un instante y luego se arrepintiera de haberlo hecho.

TARIMA

Donut te señala con desgana el hotel por horas a donde debes ir cuando un cliente te lo pida. Se limita a informarte de que el ascensor no funciona y a sugerirte que nunca ocupes la habitación cuatro, porque el cuatro es el número de la muerte para los chinos, y los chinos saben mucho de esas cosas. Luego, camináis hacia vuestro bar. Está en la primera planta de un edificio carcomido por una capa de moho moribundo, en la frontera oeste de Soi Cowboy. Subes las escaleras con cuidado porque algunas tablas crujen como si estuvieran a punto de rendirse bajo tu peso. El cartel de neón parpadea con un zumbido eléctrico, Night Shift Nurses, pero la E está muerta desde hace meses, dejando el letrero en un espasmo incompleto: Night Shift Nurs_s. Nadie se molesta en arreglarlo. Aquí nada se arregla del todo. Caminas a través de un pasillo abovedado, iluminado con muchas bombillas pequeñitas, que asemejan los pliegues de un enorme coño que te succiona por un lado y te escupe por el otro, convertida en algo distinto de lo que entró.

Hay lugares que tienen un aura extraña. Lugares idénticos a los demás, pero a los que la gente simplemente no le apetece ir. El Night Shift Nurs_s, para desgracia de su propietario, es uno de ellos. Lo llaman el Jefe, simplemente, y todos saben a quién se refieren. Llega como una sombra pesada, casi un rumor antes de convertirse en presencia. Lleva un desatascador en una mano y la promesa de un fajo de billetes en la otra. Le chilla a un muchacho pequeño y nervudo algo así como que el lavabo se ha vuelto a atascar y que hay que poner un cartel para que la gente no tire condones por el retrete. Es un holandés que llegó a Bangkok para empastillarse y dejar atrás la sombra alargada de su exmujer. El segundo día,

completamente borracho, compró con firma temblorosa los derechos de explotación del bar y ahora está pagando la penitencia. Al principio tenía grandes planes para el Night Shift Nurs_s, que se han cristalizado en vestir a todas las chicas de enfermeras y servir las copas en matraces de laboratorio. El resto lo desborda. Vive en el borde mismo de la ruina, y todo lo que lo rodea se contagia de esa sensación de estar a punto de desplomarse.

Juntas tus manos con timidez:

—*Sawasdee ka.*

Lo sigues hasta su despacho, un cuarto de menos de un metro cuadrado atiborrado de cajas de cerveza y carpetas de documentos al borde del colapso, con un par de monitores desde los que controla todo el local. Él se aproxima, inspeccionándote con la calma de un carnicero que evalúa un corte de carne. Sientes cómo te destapa, te desnuda con esa mirada que no distingue entre carne y espíritu, sólo busca adivinar la cantidad de noches que tu cuerpo podrá soportar antes de quebrarse. En su boca hay una sonrisa ladeada, burlona, una especie de mueca que no llega a ser de simpatía, aunque tampoco lo intenta.

Te toma del mentón, con una mano pesada y caliente, y te obliga a alzar la vista. Su aliento —tabaco, cerveza, dientes que han visto mejores días— te envuelve. Sus labios se mueven cerca de tu oído y su voz ronca te confirma lo que ya sospechas:

—Aquí no hay salida, querida. Lo único que tienes que hacer es sonreír y cumplir —dice en un tailandés con un fuerte acento de algún lugar remoto.

Mae Jintra se asoma por el quicio de la puerta. Parece una gata ufana.

—Te dije que era muy linda. Y con tetas como frutas.

—Si es un poco lista, puede sacar mucho dinero —responde el Jefe—. Tienes filo, no sé cómo explicarlo, pero tienes cara de niña viciosa, allá arriba matarán por ti. ¿Cómo quieres que te llame?

—Me llamo Nana —respondes casi en un susurro.

—Muy bien, Nana. Aquí se paga por día, que, si no, a final de mes no volvéis ninguna. Trescientos cincuenta bahts. Por cada *lady drink* que le endiñes al cliente, te llevas la mitad. Si el cliente quiere un

short time, me tiene que pagar tu salario. Y lo que le saques tú por tu cuenta o lo que hagas con él al salir por esa puerta me tiene sin cuidado. ¿Sabes inglés? *Do you understand me?*

—*Small English.*

—No sé si un poquito será suficiente, aunque no tienes que discutir con ellos la ética de Kant. Pero mejor que aprendas cosas como polla, leche y perrito.

Por un momento, temes que el Jefe decida que no tienes futuro si no puedes comunicarte con los clientes, así que te limitas a dibujar una sonrisa que esperas sea lo suficientemente seductora. Repites con timidez:

—*Small English.*

—Si no fuera tan viejo y no tuviera la polla tan perezosa te hacía una prueba aquí mismo. ¿Qué tal le das al *boomboom*?

—*Boomboom OK* —respondes bajando un poco la mirada—. *I like boomboom, boss.*

Decides tomar un poco la iniciativa y coges su mano mientras parpadeas lentamente en la esperanza de encender su deseo. La llevas a tus tetas mientras tus labios se abren en una ranura apenas perceptible. Él ríe brevemente negando con la cabeza.

—Tenéis una suerte de la hostia de no creer en el pecado carnal, ni en Jesucristo, ni la madre que lo parió.

—Es un trabajo muy fácil, querida —susurra Mae Jintra, acariciándote el pelo con la dulzura de un verdugo que quiere apaciguar a su víctima antes de dejar caer el hacha—. Cuando estés ahí arriba, no te olvides de buscar sus ojos. Busca sus ojos y no pares de mirarlos hasta que digan tu número.

Mae Jintra toma tu cara entre sus manos. Los Ecos muestran una colección de pollas circulando a toda velocidad. Gordas, flácidas, circuncidadas, corroídas por la sífilis, orgullosas, rendidas, ancianas, viriles, insistentes, desinfladas, torpes, minúsculas, delgadas, apetecibles, correosas, torcidas, resecas, muertas y goteando pus. Un cuarto solitario y oscuro y, sobre la cama revuelta, un puñado de billetes arrugados. Una mesa atiborrada de cosméticos baratos y un

canario muerto en la soledad de una jaula oxidada. Toma tu labio inferior con el pulgar y observa tus dientes.

—Mira qué bonitos son —murmura al Jefe, satisfecha.

Hay una montaña de bolsitos depositados en un rincón y ropa desordenada colgada de clavos en la pared. Te han dado tu uniforme, una cofia blanca, una bata perjudicada con un enorme escote y una cruz roja en la solapa derecha, y unas medias blancas envueltas en celofán. Donut te ha aconsejado que te quites las bragas, pero no te atreves.

—¿Estás depilada, niña?

—No, tía.

—Qué desastre. Mañana me vienes depilada, que los chochos de niñitas venden más. Pero no uses maquinilla, usa Silka Bai, que dura más y no te deja el coño como un erizo, y después me protestan porque les rasca la lengua. ¿Cuántos años dices que tienes?

—Dieci... ocho —respondes, resbalando.

—Veintiuno, ¿no? Perfecto. Por ahora no me enseñes el carnet, que seguro que lo has perdido. Quiero que hables con Sombat para que te haga uno. —Se va y regresa al cabo de unos minutos contando un enorme fajo de billetes. Te dedica una mirada larga y maternal—. Linda, muy linda, sí. Ese chochito va a dar mucho dinero. Por ahora, ponte este sujetador.

A las siete y media, cuando el cielo sobre Bangkok se deshilacha en jirones lilas y el aire empieza a sudar pachulí y *smog*, el Night Shift Nurs_s se despereza muy despacio, con el ronroneo de un viejo tigre hambriento que estira las zarpas preparándose para devorar la noche.

Primero, el altar improvisado a la puerta: una mesa de plástico coja. Mangos que lloran néctar espeso, sandías abiertas como heridas del amor, piñas con su corona podrida de arrogancia tropical. Un par de penes de madera y cuatro cigarrillos atados con un cordelito de esparto. Buda aposentado ahí, un rey rechoncho a punto de darse un banquete. Mae Jintra desenrosca el tapón de una botella de SangSom con un gemido apenas audible, un susurro de ultratumba. Las chicas forman un círculo y agitan la botella en el

quicio de la puerta, salpicando las escaleras que dan a la calle en reverencial silencio. Es un juego de engaños: a Buda se le ofrece dulzura y respeto, y a la calle se le arroja la sed. Lo sagrado y lo obsceno se dan la mano como amantes clandestinos que acabaran de conocerse en este lugar. Cada salpicadura de alcohol es un arpón, un conjuro, una red invisible que se extiende sobre la acera caliente para atrapar almas errantes: turistas con el corazón perforado, marineros de tierra firme, poetas deshidratados que no saben que esta noche, como todas, van a perder un pedazo de sí mismos, pobres tristes cuyos cuerpos empiezan a desmoronarse porque se han dado cuenta de que el fin está cerca ya. Todo el bar respira hondo en ese instante. Los ventiladores se desperezan gimiendo como animales viejos, las luces parpadean, las chicas ajustan sus ligueros, convertidas en guerreras antes del combate.

Soi Cowboy no ha despertado todavía: hiberna con un ojo abierto.

Algunas chicas vapean, sentadas en banquetas rosas, pájaros exóticos cansados de cantar. Otras, con las piernas abiertas bajo faldas minúsculas, cacarean con una desgana casi poética. No hay música todavía, sólo el murmullo de sartenes crepitando, bolsas de plástico agitadas por el viento, cucharones lejanos cuyo eco resuena igual que el de campanas sin credo. Las viejas arrastran carritos de comida: una ofrece frutas amarillas y rojas, ordenadas sobre hielo, que parecen joyas condenadas a derretirse. Otra, más humilde, tiene salchichas brillantes, huevos duros alineados como soldados y fideos de arroz que huelen a infancia arruinada. Todas agitan billetes de cien bahts sobre la comida para atraer la riqueza.

—¡Niñas! ¡Después de comer no olvidéis el colutorio!

Un *farang* solitario ya ha tomado asiento en el primer bar de la calle. Sostiene una cerveza tibia con la devoción que se ofrece a una reliquia. Tiene los ojos huecos, la mirada de quien no espera nada, ni siquiera compañía. Está aquí porque no sabe estar en otro lugar.

Y entonces pasa una moto que es un cuchillo que flota. Y el aire se agita. Y las luces, aún apagadas, parecen anunciarse con un parpadeo interno que presiente la cercanía de otra noche larga. Que

pronto volverá la música. Que los cuerpos volverán a bailar en la tarima coja.

A las ocho menos cuarto se enciende el primer neón. Es un parpadeo trémulo en la penumbra recién nacida. Un enjambre de polillas se apresura a saludarlo. El primer altavoz comienza a escupir música *funk*. Los carros de comida se dispersan calle arriba y calle abajo, obedeciendo a una orden secreta, despejando la ruta y convirtiendo una calle anodina en un estallido de arrogancias.

La Dama del Vertedero ha escrito su sentencia de esta noche: «*Aquí todo brilla justo antes de oxidarse*».

Afterskool enciende sus neones.
Spice Girls enciende sus neones.
Vicky's Secret enciende sus neones.
Suzie Wong enciende sus neones.
Baccará enciende sus neones.

Un chino se pasea danzando vestido de dragón, haciendo ruido y pidiendo limosna. Los indios que venden relojes falsos empiezan a deambular por las esquinas.

La calle es ahora una lengua fluorescente de deseo cansado.

El interior del Night Shift Nurs_s es un vómito de luces fucsias y espejos deformados, un delirio que grita desesperación y ruina. Las paredes están cubiertas de terciopelo sintético de un borgoña apagado, pero alguien pasó con un cigarro encendido y dejó cicatrices negras en la tela. Las sillas cojean. El suelo pegajoso guarda secretos de noches anteriores, un mosaico de alcohol derramado, sudor y quién sabe qué otros fluidos corporales. La barra que rodea la pequeña tarima está hecha de espejo, para que los clientes puedan bajar la mirada y contemplar discretamente un racimo de coños moviéndose en contrapicado y elegir el que más le apetezca.

Sobre ese escenario, ocho chicas con las pupilas dilatadas de yaba empiezan a bailar con la apatía de quien ya ha entendido todo lo

que necesita saber sobre la vida. Una se balancea lentamente agarrada a la barra de cristal, sus movimientos, más mecánicos que sensuales. La otra mastica chicle mientras hace un intento perezoso de contonearse al ritmo de un *remix* cutre de un *hit* de los noventa. Ni siquiera son hermosas, pero la iluminación es tan mala que nadie parece darse cuenta. El DJ es un tipo gordo con una camiseta negra de Singha Beer, que mezcla canciones sin ganas, prestando más atención a su teléfono que al público. Huele a cigarro rancio, a perfume barato, a aire acondicionado que debería haber sido limpiado hace seis veranos.

Aquí llegan los rezagados, los viejos lobos solitarios con camisas hawaianas empapadas de sudor, los turistas arrastrados por la inercia que no sabían dónde se metían, las parejas maduras en busca de una segunda oportunidad que los rescate del tedio, los borrachos demasiado ebrios para seguir con la fiesta en un sitio decente. Un alemán con la cara roja como un tomate se ríe solo en la barra mientras elige un chocho. Un británico con una barriga descomunal intenta convencer a una camarera de que se siente en su regazo. Ella sonríe sin que la sonrisa llegue a alcanzar sus ojos y le dice *maybe later, darling*, pero ambos saben que ese *later* no llegará nunca.

Afuera, la música de los bares más prósperos de Soi Cowboy sigue retumbando. La fiesta continúa en otra parte. Pero aquí, en el Night Shift Nurs_s, el tiempo se ha congelado. Una burbuja de decadencia chillona, de luces neón que parpadean sufriendo un ataque epiléptico. Un sitio que nunca ha sido elegante y que jamás lo será. Pero, aun así, alguien siempre vuelve. Alguien siempre cae aquí. Y cuando lo hace, el suelo pegajoso se asegura de que se quede varado un rato más.

Te has puesto el uniforme de enfermera, pero no has sido lo suficientemente valiente como para prescindir de las bragas. Donut guardó para ti el número diecinueve, porque el uno representa el dinero y el nueve el progreso. Te lo has clavado a la cadera como un talismán. Tienes la sensación de que todas las miradas se han fijado en ti a medida que recorres el breve trecho que te separa de la

tarima. Imaginas que así se sentirán los gajos de pomelo expuestos en una nevera de un 7-Eleven, bajo las luces fluorescentes. Aunque no conoces la palabra, la sensación sí: te sientes vulnerable.

Y Bangkok, vieja bruja de pestañas postizas, te abre las piernas.

Subes tres escalones hacia el escenario y una de las chicas te mira con desconfianza, pero te hace un hueco. Las demás están demasiado borrachas, incluso a esta hora, para prestarte la más mínima atención, y demasiado ocupadas en intentar capturar la mirada de los cuatro o cinco *farangs* que se aburren en su pequeño anfiteatro. Donut está ya con uno de ellos, cuchicheándole algo al oído, y se gira hacia ti y te lanza una sonrisa cómplice arqueando sus cejas tatuadas. Las chicas se mueven muy poquito al ritmo de la música, casi con indiferencia, administrando las energías para durar toda la noche ahí arriba. Haces lo posible por imitarlas, sintiéndote muy torpe. Acaricias la posibilidad de salir huyendo y refugiarte bajo una montaña de mantas, pero ahí sigues, moviéndote al ritmo de las demás chicas, aferrada a una barra de plexiglás rellena de agua que burbujea perezosamente. Por un momento, sientes la punzada de la ambición, aunque sigues sin conocer la palabra y ella siga conociéndote a ti. Al cabo de un rato, Mae Jintra hace un gesto severo desde su rincón y Donut abandona a su *farang*, sube a la tarima y se queda a tu lado, contoneándose un poco. Te da una palmada en el culo y te besa con descaro en los morros y os reís como las niñas que hace poco fuisteis, tan lejos de aquí.

Tu primer cliente aparece por la puerta como un espectro hinchado. Parece una enorme pera, con su cabecita pequeña atornillada a un cuerpo gomoso que se desparrama sobre dos piernas cortas. Está medio borracho y trepa con dificultad los escaloncitos de vuestro diminuto anfiteatro. Desde tu posición en la tarima, eres capaz de percibir en él un denso aroma a alquitrán y un bulto ponzoñoso creciendo poquito a poco, insidioso, en el fondo de su pecho. Su papada asemeja un durian inflado y huele igual de mal. Recuerdas el consejo de Mae Jintra y clavas tus ojos en los suyos,

como si no hubiera otra cosa en el mundo entero, como si pudieras crear un túnel de luz entre él y tú. Intentas atrapar su atención con la que crees que es la mejor de tus sonrisas mientras te mueves un poco al ritmo de la música. El devaneo de su mirada porcina se detiene un instante en ti. Le guiñas un ojo. Su labio superior tiembla un poco. Se saca un pañuelo del bolsillo con parsimonia y se seca la frente. Hace un pequeño gesto a Mae Jintra y le murmura algo mientras te observa fijamente. Mae Jintra se gira, asiente y te mira orgullosa. Te señala con un dedo convertido en oruga y tú bajas despacito de la tarima, sintiendo cómo las bragas se te encajan entre las nalgas sudadas, y haciendo grandes esfuerzos por no resbalar por las escaleras. Te sientas al lado del hombre, que respira con enorme dificultad. Pareces una muñeca de porcelana aterrorizada al lado de un varano hemipléjico y obeso. Inmediatamente, su mano derecha, que parece un saco de morcillas húmedas, se deposita sin disimulo sobre tu muslo.

—Soy Nana —dices, mirándolo fijamente a los ojos.

—Yo soy John —responde, aunque su voz suena más bien como el confuso barboteo de un jabalí.

—*Where you from?*

—Sudáfrica.

—*You haaaaandsome* —alcanzas a decir.

Os quedáis mirándoos fijamente, exhaustos por el intercambio intelectual. La música sigue sonando atronadora. John se infla y se desinfla resollando con gran dificultad. Tu mirada se queda atrapada en su enorme papada saturada de venitas rojas como un pañuelo de encaje. Intentas verla como una bolsa llena de dinero. Eso te reconforta.

—*Lady drink?* —te pregunta.

—Tequila —respondes sin perder el tiempo.

Mae Jintra te ha sugerido que pidas tequila porque es transparente, así que puedes beber tantos tequilas como quieras durante toda la noche, todos serán agua levemente perfumada. Una ilusión de tequila.

—¡A ver, un *lady drink* de tequila! —grita haciendo un aspaviento. Luego se te queda mirando—. Joder, eres una chinita muy bonita.

Empieza a sonar la melodía machacona del *APT.*, que estos días corea todo el mundo. Y de pronto —bam— cambia el *beat*, el bajo entra como un latido recién reanimado y las reinas de la noche despiertan en la tarima con esa electricidad programada que se enciende en los nervios cuando la coreografía del infierno exige precisión. Tacones como cuchillos rechinando contra el estrado de baldosas. Labios que se curvan en sonrisas que no les pertenecen. Una de las bailarinas lanza la cabeza hacia atrás y deja que el cabello vuele como si el mundo valiera la pena. Es un instante de éxtasis falso, sí, pero adictivo, y por un momento, si consiguiéramos paralizar ese arco maravilloso que crea su pelo suspendido en el aire, sería la muchacha más bella sobre la faz del planeta. Las chicas levantan las manos para provocar un movimiento telúrico de sus tetas, lanzan chilliditos de ardilla que rebotan por las paredes del local y luego se rompen en mil pedazos y se desparraman sobre las cabezas de los clientes. Después, agotadas, vuelven a moverse muy despacio con la languidez de las almas en pena.

El saco de morcillas de John que ha estado humedeciendo tu muslo se desliza un poco más arriba y llega a la frontera natural de la falda de enfermera. John resuella con un poco más de dificultad. Saca la cartera y enrosca unos cuantos bahts en el cubilete en el que le han traído la cuenta. Aprovechas para tragarte el tequila aguado, en la esperanza de que te infunda algo de valor e inspiración para saber de qué hablar con ese tipo.

—*What your job?* —maúllas finalmente con torpeza, chillándole al oído para hacerte entender sobre la melodía histérica de Rosé y Bruno Mars.

—Al ganado. Tengo quince mil acres en Karoo. Pero los negros lo ponen cada vez más difícil, los hijos de puta.

De nuevo, ese barboteo confuso, un poco como una ciénaga bullente. Lo cierto es que apenas has entendido su respuesta. Podría haberte contestado que es piloto de caza, maquillador de cadáveres o monje en el Wat Arun, que te habría dado un poco igual. Decides probar a provocarlo un poco y depositas tu manita en su muslo rollizo, acariciándolo suavemente. Le pegas un tímido tirón a los pelos de la pierna.

—*Is gooood.* Ah, qué bien —respondes con dulzura. Un *lady drink* para ti, otro para mamá.

John da un pequeño respingo y su labio superior vuelve a temblar. En ese preciso instante comprendes que es un ser insignificante y que no necesitas mucho para tenerlo a tu merced.

—Karoo es muy árida —logra murmurar John, ahogándose en su propia baba—. No es como aquí, ¿sabes? Tenemos ovejas Dorper. Para carne, no para lana. Esos bichos se pasan el día hurgando entre los arbustos del fynbos y no tienen que beber nada.

De nuevo, no aciertas a entender un carajo de lo que te está diciendo. Aunque parezca imposible, tú y John estáis a un eón de distancia. Vuestros cuerpos están muy cerca, pero vuestras mentes flotan en la ingravidez helada de galaxias lejanas. Acercas tu cara un poco más a la suya. Ahora el aroma inconfundible de las células cancerígenas se hace muy latente y te nubla como un manto oscuro. John, si es que ese es su nombre, no sólo es insignificante, sino que resulta incluso enternecedor. Llegan a ti los Ecos fugaces de un niño pequeño en un columpio ante una inmensidad amarilla y polvorienta. El aroma acre de una cuadra ovina. Dieciséis muchachos negros relucientes bajo el sol cavando una zanja al son de una canción en tswana. Las nubes grandes del infinito cielo africano. Una verja electrificada. El olor químico de un hospital y de las malas noticias.

—La carne tiene ese sabor salvaje, un poco especiado, como si la tierra se filtrara en sus fibras —continúa John, quien seguramente ha explicado esto mil veces. Deslizas tus dedos hasta su entrepierna y sigues mirándolo muy fijamente. Le das un beso en la comisura del labio y de su mejilla caen dos monedas relucientes de diez bahts. Una para ti, otra para mamá. Su voz se agota gorgoteando. Una enorme gota de sudor se desliza por su frente. Traga con dificultad, lo que provoca grandes espasmos en su enorme papada. Decides que te vas a ganar tus primeros tres mil bahts con ese pobre desgraciado que ha venido hasta aquí a destapar el último corcho de la botella de su vida. Acercas tus labios a su oreja grasienta.

—*You want good short time?* —susurras, sacando fuerzas de la flaqueza—. *You very very sexy man* —mientes.

Luego vuelves a mirarlo profundamente a los ojos. Busca sus ojos, Nana. Son de un azul pálido, moribundo. Aprietas un poco más su muslo, casi rozando su entrepierna. Sientes el sudor permeando lentamente sus bermudas de poliéster. Un eructo con sabor a tequila se abre paso por tu garganta y, por un momento, crees que vas a vomitarle a John en la cara, pero consigues controlarte y el vómito se queda en una burbuja de hipo agrio. John apenas es capaz de asentir porque su papada dificulta los movimientos de su cabeza, pero te toma de la mano y se levanta con decisión, bajando los escalones del pequeño anfiteatro mientras anadea con gran dificultad. Se encoge un poco para que nadie pueda percibir su diminuta erección que, por otro lado, no importa a nadie en ese local o en el mundo entero. Ni siquiera a ti.

—¿A dónde vamos, a quién hay que pagar? —pregunta mirando confusamente a su alrededor. Mae Jintra ha llegado ya sibilina con la cuenta y le explica que debe pagar la multa al Night Shift Nurs_s y que luego hable contigo para conocer tu tarifa.

Desde la tarima, Donut te llama.

—¡Nana! —Te giras y la ves radiante, como si estuviera orgullosa de ti—. *Ketsu wa dame!*

Las chicas ríen enloquecidas y John desparrama billetes totalmente aturdido y te sigue como un pato moribundo mientras sales del local y te diriges al hotel por horas que está justo al otro lado de la calle. Las chicas os despiden desde la tarima con gritos de aliento. La última mirada que ves es la de Donut, que te da su bendición en silencio. John casi cae a la acera en un par de ocasiones. Su mirada está profundamente concentrada en adivinar cómo serán tus nalgas bajo la minúscula bata de enfermera. La calle es un aluvión de luces de colores y de aromas etílicos. La ciudad se peina con cables y se perfuma con miasmas de fritanga. Pasa un tuctuc trompeteando y dos muchachos sin camiseta ríen mientras simulan una pelea de *muay thai.* Por el rabillo del ojo, ves una sentencia escrita por la Dama del Vertedero en una pared hace tres días: «*La ciudad no te mata. Te deja viva para que te mates tú sola, despacito*». Una anciana gorda sorbe fideos a la entrada de un callejón que se pliega como una herida mal cerrada, cuajado de

charcos que reflejan dioses rotos y colillas que se fuman solas. Huele a salsa de pescado rancia, a cáscara de coco calcinada, a lubricante barato de moto coja. Hay un ventilador colgado de un balcón oxidado que gira lento, como si le costara olvidar algo. Un gato sin el ojo izquierdo duerme sobre un cartón sagrado, mientras una mujer de voz grave tararea una canción que nadie pidió.

Entráis en el motel y John paga sin rechistar los quinientos bahts que le costará una hora de habitación. Se queda mirando fijamente el ascensor que nunca llega.

—El ascensor no funciona —dice Bank, el insignificante recepcionista, sin apartar la mirada del móvil.

—*No good* —repites a John, que a estas alturas está totalmente aturdido. Lo empujas lentamente hacia las escaleras y, al tocar su espalda globosa, percibes el susurro de su sangre atiborrada de Cialis correteando pastosa por sus venas. Sube despacio los escalones, resollando como un animal herido, apoyándose en las paredes y descansando melodramáticamente cada cuatro o cinco pasos para recobrar el aliento. En el segundo piso, sus ojos agonizantes te miran con una mezcla de deseo primitivo y agonía.

—*Is here* —anuncias, para su inmenso alivio.

La habitación no finge nada. Blanca, cuadrada, exacta. Una cama con sábanas tensas como piel recién estirada, dos almohadas —afortunadamente— sin memoria. Aire acondicionado que zumba como un insecto aturdido. Un espejo justo donde debe estar: ni muy grande para revelar demasiadas verdades, ni tan pequeño como para permitirte huir. El baño es una cápsula de cerámica reluciente, con toallas enrolladas con devoción casi monástica. Aquí no hay cuadros, sólo un interruptor junto a la cama y una débil luz cenital que os aísla del mundo. Aquí se cumple y punto. Después, una birmana sordomuda y muy aburrida lo lava todo con cloro y el proceso se repite.

John se desparrama como una montaña de gelatina sobre la cama. Su abdomen se deshincha con un ruido gaseoso. Miras disimuladamente el móvil, preguntándote cuánto tardará en resolverse el asunto que os ha traído a ese rincón del mundo.

—¿John? —preguntas.

—*Brrraaagh* —responde desinflándose. Te tumbas a su lado y él gira la cabeza con dificultad—. *Brrraaagh* —repite, para remachar la idea. Un hilillo de baba se seca lentamente en la comisura de sus labios violáceos.

—*Maniii, maniii* —maúllas. Dinero, dinero—. *Short time three thousand baaath* —le dices con la mejor de tus sonrisas. John intenta incorporarse sin demasiado éxito. Se queda escorado, como un Buda reclinado a punto de echarse una siesta reparadora. Hurga con torpeza en su bolsillo, extrae una cartera de cuero muy gastada y cuenta unos cuantos billetes, que deja en la cama entre vosotros. Extiende el racimo de morcillas húmedas y te toca la mejilla suavemente.

—Joder, qué bonita eres, chinita.

Cierra los ojos y convierte sus labios trémulos en algo parecido al esfínter de una cabra. Entiendes que debes besarlo. No hay espacio para dilemas morales ni contradicciones estéticas: sólo una acción que te corresponde ejecutar. Te inclinas, agarrando los billetes con la naturalidad de quien coge el mando a distancia en una tarde sin alma, y lo besas. Con la más honesta de tus máscaras: la indiferencia.

Los estertores de John suben de volumen, su pecho, una cafetera vieja al borde del colapso. El paquete de salchichas que es su mano derecha, húmedo y tibio, aterriza con torpeza sobre tu teta izquierda. Gruñe —una mezcla de urgencia y pesadez— y busca aproximarse, pero su cuerpo se lo impide: es una masa blanda y obstinada que parece adherida a las sábanas como si estuviera recubierto de velcro. Te besa de nuevo, las manos torpes en tu cintura, el contacto físico es su salvavidas y tú, la última isla solitaria en un océano de desesperación. Intenta que te aproximes tú. Y en el fondo, con cierta lógica torcida, piensas que tiene razón: él ha cruzado medio planeta para llegar hasta esa cama. Tú sólo debes cubrir los últimos treinta centímetros que os separan.

Te deslizas hacia él, un cuerpo liviano suspirando al filo del amanecer, y te amoldas a esa colina trémula de grasa y gelatina que es John. Ensayas una especie de sonrisa verde. Notas una ramita,

tensa y absurda, latir contra tu muslo izquierdo. El gruñido se transforma en una súplica gutural. Intenta invadir tu boca con su lengua rechoncha, rosada, desorientada. Se lo permites hasta el límite de lo tolerable.

Su paquete de salchichas se entusiasma con tus nalgas y explora torpemente bajo la faldita de enfermera buscando el espacio entre ellas. Un dedito intenta colarse en tu coño, como una lombriz abriéndose paso en la tierra húmeda.

—*Brraaaaaghhh* —murmura—. *BraaaAAAAGHHH*.

La ramita da un par de sacudidas más, espasmódicas, como si se resistiera a morir con discreción. Sientes el calor húmedo de su rendición expandiéndose sobre tu piel. John se pone tenso, una cuerda de violín que se desafina sola, y finalmente suelta un silbido largo, sostenido, casi cómico, el escape final de una olla a presión con nombre de varón occidental.

¿Eso era todo? Piensas, observando la cara contraída y sudorosa de John.

¿En serio va a ser tan fácil?

FARANGS

A las cuatro de la mañana se apagan las luces, y la magia se evapora en madejas de humo que se quedan atrapadas en los tubos del aire acondicionado y la maraña de cables cubiertos de roña del techo del Night Shift Nurs_s.

—¿Qué tal el *short time*? —pregunta Donut.

—Corto.

—Casi todos lo son.

Sales con las chicas al aire espeso de Bangkok. Sois polillas de alas rotas buscando su propia luz, flotando en el mismo charco de fatiga y esperanza breve.

No son sólo cuerpos alquilados, no.
Son vidas minúsculas, sí, pero vidas.
Cada una con un bolso de imitación lleno de historias arrugadas.

Está Noi, que sueña con abrir una peluquería en Udon Thani para que su hermano pequeño no tenga que venir a Bangkok a pelear con los atascos. Tiene una cuenta en Instagram llena de fotos filtradas: labios muy rojos, platos de sushi que nunca se comió, frases en inglés mal traducidas sobre el destino y la fuerza interior. Está Mew, la más menuda, que es una tailandesa que quiere ser una coreana que quiere ser una japonesa que quiere ser una estrella de Hollywood y está enamorada de un repartidor de Grab que pasa todas las noches trompeteando de acá para allá en su moto verde fluorescente. El muchacho le deja flores robadas de los santuarios de la calle, escondidas en el canasto de la ropa sucia. Mew siempre finge que no las ve, pero sonríe con las orejas. A Namwan el amor le importa poco. Ella lo que quiere es un iPhone nuevo. Y un viaje a

Hua Hin para fotografiarse en bikini y para poder probarse a sí misma que también es capaz de brillar un instante antes de morir, como los meteoros. Hace tiempo que dejó de pedir milagros: le basta con un par de días lejos del olor a sudor rancio y a vodka barato. Mayuree estudia cosmética *online* a ratos, entre cliente y cliente, con el teléfono escondido detrás de la barra del bar. Su sueño tiene la candidez de esos amaneceres pálidos que se olvidan fácilmente: abrir una pequeña tienda donde vender cremas blanqueadoras y perfumes falsos. A veces imagina que ya no tendrá que sonreír por una propina, que su sonrisa será propiedad privada. Y Donut, aunque nunca se atrevería a reconocerlo en voz alta, quiere un príncipe que la lleve muy lejos, pero que huela a tabaco negro, que sepa dónde acariciarla sin necesidad de instrucciones y que tenga la decencia de no preguntarle su verdadero nombre jamás.

Y tú, Nana, caminas entre ellas, todavía nueva, todavía con la piel demasiado frágil para soportar algunas miradas y con sueños aún por labrar, porque aún no eres amiga íntima de la ambición. Cada una lleva su propio mundo pequeño colgado como una mochila desgastada: amores imposibles, deudas invisibles, madres que esperan un puñado de bahts en aldeas que nadie puede encontrar en un mapa.

Afuera, la ciudad es un sudor tibio que nunca duerme.

Pasáis al lado de dos coreanos que están chillando y golpeando el pecho de un tercero, que en apariencia se encuentra al borde de la muerte por sobredosis. A unos pasos, un policía los observa con absoluta indiferencia tras unas gafas de plástico amarillo. La Dama del Vertedero ha escrito con tiza en una de las paredes del 7-Eleven: «*El deseo no tiene idioma, pero siempre grita en billetes*». Los puestos de fideos florecen en la noche. El vendedor de *khao man gai* —camisa descolorida, sonrisa amarillenta y roída de caries— ya os espera con tazones de caldo. Los conductores de tuctuc bromean, ofrecen cigarros, guiñan un ojo, y las muchachas coquetean con el propietario del puesto de codillo de cerdo: minúsculas ceremonias de

ternura cruda en la orilla del tedio. Una legión de ratas ha tomado por asalto las aceras, rebuscando entre la basura. Son enormes, muy listas, nerviosas, cubiertas de costras. Las cucarachas las siguen a cierta distancia, aprovechando lo que ellas dejan tras de sí para darse un festín.

Y ahí están de nuevo. Las nigerianas. Ya no parecen esfinges, sino despojos. Su fila se ha deshilachado y es ahora una bandera que ya no representa nada. Una duerme sentada sobre una caja de cartón, con la peluca torcida. Otra se fuma el último porro con la lentitud del que saborea un deseo final. Los tacones rotos, las piernas hinchadas, la mirada enterrada en algún lugar entre la noche y el olvido. Otra os vigila desde la sombra. No hace nada. No dice nada. Tal vez está muy lejos, en Lagos, o en algún motel de Phetchaburi Road, con la voz de su madre disolviéndose en los flecos de una llamada sin respuesta.

Las reinas de la noche ríen, se arreglan el pelo frente a los espejos rotos de los carritos de frutas, se intercambian chismes y sueños como quien reparte dulces viejos. Cuando os subís al primer barco, Mew se sienta en la última fila, se abre de piernas y se hace una foto abriendo su coño con tres dedos fatigados.

—Me lo ha pedido un viejo de OnlyFans —explica con la indiferencia que ofrece la rutina.

No son seres tristes, Nana.
No siempre.
Son vidas que se niegan a ser sólo supervivientes.
Son esperanzas pequeñas que chisporrotean como bengalas, aunque el mundo las empape de mierda y lefa cada noche.

Y esta madrugada, como todas, el Night Shift Nurs_s queda atrás, cerrando su ojo de neón.

Pero ellas, ellas siguen.
Con los tacones en la mano,
y el futuro, arrugado,
en los bolsos de plástico.

* * *

El piso es una caverna donde el tiempo se ha quedado atrapado en un enjambre de objetos, cada uno con su propio resollar mudo. La cocina —si aún se llama así— parece un pequeño y ruinoso astillero de metales y plásticos, donde un wok ennegrecido dormita con restos de arroz con alma de cráter. El suelo azul de baldosas baratas es un mar de ajedrez sobre el que flotan islotes de cubos, tapaderas y botellas de plástico con agua estancada de otro siglo.

En la repisa torcida, los frascos de condimentos y bolsas de azúcar se agolpan alrededor de la olla arrocera, blanca e impasible, que custodia en su vientre tibio un arsenal de brochetas resecas. En el pasillo, flanqueado por cajas reventadas y armarios panzones, lo preside todo una cesta azul colgada del muro como un nido de golondrinas artificiales, repleta de flores de plástico. Los espejos son cicatrices de cristal: uno, adornado con una percha con forma de atrapasueños; otro, ladeado y polvoriento, devuelve una imagen torcida que nadie quiere mirar demasiado rato.

La habitación huele a pies cansados, crema hidratante barata, incienso dulzón y papaya verde. Ventilador girando como una flor mecánica, iluminando por turnos las caras sudadas de Nana y Donut.

Las chicas acaban de untarte con crema depilatoria Silka Bai que pica a rabiar en tu coño. Donut ha puesto el temporizador porque más allá de los siete minutos sale sarpullido y, según dice, nadie quiere comerse un coño que parece un sapo. Luego, se arrodilla ante ti como si fuera a rezar. Tiene los ojos rojos de Singha y las uñas pintadas de un fucsia tan obsceno que parece reírse él solo. Ha estado toda la noche bebiendo tequila aguado y echando las tripas en el baño. Huele a vómito y perfume de imitación.

—Hoy la nigeriana esa tan alta me ha mirado mal —dice Noi mientras se despoja del sujetador, que le ha dejado en la piel una marca roja con forma de media luna.

—Qué asco esas negras —responde Donut—. Siempre ahí, como perros callejeros, esperando nuestras sobras.

—Putos monos.

—Asquerosas.

—No las dejan entrar al Soi —te explica Ploy desde el sofá—. Nunca. Si las dejaran, ya ni los borrachos indios se quedarían. Los peores se van con ellas. Los que apestan a muerte.

—El tipo gordo del *short time*, ¿tenía la *khuay* de sangre o de carne? —te pregunta Donut.

—¿Cómo?

—Chica, qué boba, hay *khuay* de sangre y *khuay* de carne, no me digas que no lo sabías.

—No —titubeas.

—A ver. Si una *khuay* cuando está blanda es pequeña, pero cuando se pone dura es grande, es una *khuay* de sangre. Pero si una *khuay* es grande cuando está blanda y no cambia de tamaño cuando se pone dura, es de carne. No jodas, no me digas que no te habías dado cuenta.

—Mira, la mía es de sangre —dice Ploy. Se baja las bragas un instante para revelar un pequeño cacahuete fruncido, que dormita tímidamente sobre dos raquíticos testículos atrofiados por la química —. Ahora la ves así, pero cuando me la despierta un buen australiano, los asusta.

—Es que... No... No he visto tantas.

—Qué tonta. Tienes que aprender a distinguirlas. ¿Era de carne o de sangre?

—De sangre, supongo. No me fijé —respondes.

—Son las que más me gustan.

—Sí, a veces te dan una buena sorpresa —dice Ploy.

La noche se detiene por un instante.

—Sabes qué, Nana... —dice Donut arqueando sus cejas tatuadas —, los *farangs* son como sapos en un charco de leche cortada. Todos inflados, todos con la lengua afuera, creyendo que vinieron a salvarnos de algo. A veces me dan pena. O asco.

No respondes. No sabes qué hacer para mantener vivo ese momento, porque te das cuenta de que, en él, comienzan a aceptarte en su maltrecha cuadrilla. Te quedas quieta como si el suelo estuviera hecho de vidrio fino y tu respiración pudiera resquebrajarlo.

—Unos vienen con el corazón envuelto en plástico, buscando una novia como el que elige una fruta sin mirar si tiene gusanos. El romántico ciego cree que con cuatro mil bahts puede comprar amor. No sabe que aquí los amores se venden por docenas, como los huevos. —Hace una pausa para prender un porro. Le tiembla la mano, pero lo disimula bien.

—No olvides a los jóvenes —apunta Ploy.

—Ay, sí. Los jóvenes, esos de las despedidas de soltero con la misma camiseta de mierda... Cuánto trabajo dan. Si puedes, elige al novio. Nunca se le levanta. Vienen en bandadas, como los estorninos, y hacen el mismo ruido. Y follan como monos. *Boomboom* sin parar.

—No sé de qué te quejas; a mí, algún joven me ha dado una buena sesión de tranca.

—Chica, es que tú tienes mucho aguante en ese culo tuyo de oro. Ahí te cabe un camión. A mí me dejan el chocho como una hamburguesa. Nana, si puedes, ni los mires.

—¿Prefieres a uno de esos borrachos gordos? —pregunta Ploy.

—Por lo menos sólo dan la brasa. Se sientan en el bar y me cuentan su vida como si me importara una mierda. Como si no la olvidara en cuanto le apago el cigarro y me llevo la comisión.

Ríe. Una risa que suena más a gargajo que a alegría.

—Hay otro peor —continúa—. El salvador. El que cree que somos niñas rotas esperando ser rescatadas. ¡Ja! Ese me da ganas de meterle una cuchara en el ojo. Llega con su inglés lento, sus consejos inútiles y su compasión. No sabe que aquí, si te ahogas, aprendes a nadar tragando agua, no con sus putas palabras.

Tragas saliva. Miras la piel de Donut, tan curtida, tan luminosa en su miseria. Querrías abrazarla. Querrías ser ella y al mismo tiempo no tener que serlo. Querrías no entender nada de lo que te dice.

—Y lo peor, Nana... es que siguen viniendo. Como polillas a la luz. No ven la trampa porque la trampa los pone cachondos. Creen que somos exóticas. No entienden que casi siempre lo exótico tiene dientes. Y muerde.

Se queda mirando el techo un minuto.

—Y ya no es sólo qué tipo de *farang* te toca —continúa—. Es de dónde viene. Cada país tiene su mierda con forma de hombre. Y yo los he visto a todos. Como cartas marcadas. Como moscas sobre la misma caca.

—Los putos indios —ríe Ploy. Se rasca el muslo con un tenedor robado, iluminada por la bombilla desnuda que tiembla con cada zumbido de moto de la calle.

—Los indios... ay, madre... esos no vienen a pagar. Vienen a mirar, a babear, a usar el baño gratis y a dejarte el suelo lleno de meados.

—Cómo mienten, los hijos de puta.

—Se sientan tres en una mesa, piden una sola Singha para todos, y la beben despacito como si fuera vino santo, mirándote con esos ojos enormes. Quieren tocar sin pagar. Quieren hablar sin pagar.

—Y cuando se van, te dejan una promesa y una servilleta mojada. —Donut hace una pausa para atrapar una brizna de grifa de la punta de la lengua—. Los europeos son otra clase de castigo. Sobre todo, esos que creen que por leer tres libros y tener un tatuaje de Buda ya entienden este país. Protestan por el precio, por la música, por el aire. *Too expensive, too loud, too hot.* ¡Pues vete a joder a tu país!

Ríe sola, una risa seca como hueso masticado.

—Pero hay algo peor: el que viene a salvarte. Ese tipo europeo que te mira como si fueras un perrito mojado y él tuviera una toalla mágica. Quieren sacarte de la miseria, dicen. Con una cerveza y media erección.

Luego se detiene y te mira largamente.

—Nana —dice con gravedad—. Quiero que te enteres de una cosa desde el primer día. Aquí no hay marcha atrás. Puedes sacar a la chica del bar, pero no puedes sacar el bar de la chica.

Fuera, la noche sigue goteando sobre los techos de chapa. Dentro, sientes que algo ha cambiado en tu sangre. Como si las palabras de Donut te hubieran tatuado una advertencia bajo la piel. Son un antes y un después.

Suspira. Se echa para atrás, apoya la cabeza contra la pared donde alguien escribió «*Only Buddha can judge me*» con pintalabios para hacerse una foto para Instagram y prosigue:

—¿Los mejores? Te va a sorprender: los chinos y los japoneses. Calladitos. Limpios. *Khuay* pequeña. Ni siquiera tienes que sentarte encima. Piernas para arriba y ya está. Pagan rápido, se corren rápido, se van rápido. No te cuentan su vida ni te preguntan por la tuya. Puedes follarte a quince en una noche que ni te enteras.

Donut pone sus manitas en los mofletes, como un ratoncillo asomado en el borde de una taza. Hace un ruido chillón y contrae los labios y los ojos:

—Iiiih, ihhh, iiiiihhh... ¡Kiaaaah!

Las demás chicas ríen y Ploy se tira un sonoro pedo. Empiezas a sentir que tal vez puedas encajar ahí, después de todo. Te lo dicen unas tímidas luciérnagas verdes que apenas asoman entre las vigas del techo.

Luego, Donut se te queda mirando y advierte:

—Pero no siempre va a ser tan fácil.

Suena la alarma del móvil. Ploy se levanta dando un respingo.

—Venga, bonita, vamos a quitarte la crema, que, si no, mañana vas a tener el chocho en carne viva.

PISTOLA

La noche siguiente, el Night Shift Nurs_s recibe la visita del señor Anurak: espíritu guardián. Las cortinas de terciopelo se abren como una llaga que ni cierra ni supura. Y entra él. Ni pequeño ni grande. En apariencia, un tailandés más. Pero las luciérnagas rojas que lo rodean te ponen en alerta de inmediato.

No lleva uniforme, pero el uniforme lo lleva a él: en los hombros rectos, en la mirada que ha visto cuerpos desmembrados sobre el asfalto sin inmutarse, en el silencio que lo precede. Camina como quien ya ha cobrado. Como quien entra a confirmar que todo sigue bajo control. Que el circo sigue bailando en su honor.

Las chicas lo sienten antes de verlo. Se enderezan, se alisan las batas de enfermera, apagan la risa y apartan la mirada. Tú sientes un frío que no viene del aire acondicionado, sino del peso invisible de su presencia. El suelo se curva levemente bajo sus pasos. En cierto modo, el Night Shift Nurs_s reconoce en él a un depredador sagrado, voraz y hambriento.

Va vestido con camisa clara, muy bien planchada, Patek Philippe dorado, pantalones que han sido doblados por una mano muy obediente. Lleva un aura de perfume caro mezclado con pólvora fresca. En la cintura, bien a la vista, imposible de ignorar, una pistola duerme adoptando la forma de un lagarto venenoso y enroscado. Viene a recordarle al Night Shift Nurs_s que sigue siendo suyo. Mira alrededor con la lentitud del que sabe que todos lo observan sin mirarlo. Se detiene frente a ti. No te toca. No te habla. Pero su mirada te roza la piel como un trapo envenenado.

Finalmente, se sienta. Toma su pistola y extrae del cargador todas las balas, menos una. Las deposita en una hilera frente a él. Se toma su tiempo ordenándolas cuidadosamente. Es, en apariencia,

una ceremonia familiar. Cuando está satisfecho, se toma un trago del whisky japonés que le han servido sin preguntar. Hace un gesto apenas imperceptible a Mae Jintra, que se acerca con mirada severa. Te mira fijamente mientras murmura algo, y ella te llama con el índice de la mano derecha.

—Este es *khun kamkap* Anurak —dice Mae Jintra—. Es el superintendente de la comisaría de Thong Lor. No hace falta que te aprendas su nombre. Basta con que recuerdes quién es cuando entre por esa puerta.

—¿Cómo te llamas?

—Nana, *khun kamkap* —respondes suavemente, inclinando la espalda e intentando no mirar la enorme pistola que reposa sobre la mesita.

—Acento de Isan —sonríe—. No falla.

En cuanto te sientas a su lado, *khun kamkap* Anurak desliza su mano seca y caliente en tu entrepierna y toca sin rubor tu coño. Das un pequeño respingo, pero él es más rápido y te aprieta contra su cuerpo nervudo. El fondo de sus ojos es una laguna negra, de esas que han engullido sin escrúpulo alguno las pruebas de mil delitos de sangre.

—¿Te han hablado de mí?

—No, *khun kamkap* —respondes bajando la mirada.

Aunque no te hubieran hablado de él, los Ecos te contaron todo lo que tenías que saber.

Anurak nació con la frente limpia y el apellido correcto. Desde muy pequeño aprendió dos cosas esenciales: uno, en Tailandia todo se negocia; dos, los que siembran justicia sólo cosechan mierda.

No era un mal chico, no al principio. Jugaba al *takraw* en las calles rotas de Nonthaburi, rezaba frente a los monjes con las palmas sudadas, sonreía en las fotos escolares en la certeza de que el futuro sería un mango con *sticky rice* servido en bandeja. Pero pronto entendió que los diplomas pesan bastante menos que los sobres abultados.

Pagó por su puesto en la Policía como quien compra un boleto para el único tren que sabe que no va a descarrilar. Un soborno

elegante, empaquetado entre sonrisas y aroma a puros y whisky importados. Nadie se sorprendió. Nadie hizo una sola pregunta. Ascendió rápido, porque sabía cuándo pasar fajos de billetes bajo la mesa con disimulo y cuándo mirar para otro lado. Y lo que es más importante: sabía cuándo clavar los ojos como una faca.

Se pasea por su Soi Cowboy con la apariencia de un pequeño emperador tropical. En su mesa, los expedientes se apilan para ser negociados. El superintendente Anurak ha visto todas las historias que jamás llegarán a las páginas de los periódicos: cabezas abiertas con machetes, cuerpos atados con alambre de espino, chicas saltando de balcones ciegos y turistas con el tórax reventado. Nada lo perturba ya. Su alma, si alguna vez la tuvo, es ahora un cubículo cerrado con un candado de acero inoxidable. Le gusta el poder. Le gusta como a otros les gustan los polvos o las peleas de gallos: sangriento, sin gloria posible. Cuando camina entre los bares de Soi Cowboy, tan solo busca reconocimiento sin palabras. Que agachen la cabeza. Que aparten la mirada.

Que sepan que él puede.

Puede evaporarlos. Puede arruinarlos. Incluso puede salvarlos, si ese día se siente generoso.

Y si alguna vez se pregunta, en la oscuridad sudorosa de su *penthouse* en Phrom Phong, si ha hecho algo mal... sólo tiene que echar un vistazo al perfil de colores de Bangkok a través de la ventana: ese enjambre incansable, ese desgarro deslumbrante, esa colmena febril. La ciudad que se pudre mientras sonríe.

Igual que él.

Exactamente igual.

Sales a la calle siguiendo sus pasos, con la sensación de incertidumbre que siente una oveja cuando pasa por el túnel del matadero. La Dama del Vertedero ha escrito en vertical en un poste de la luz: «*Toda puta empieza creyendo que sólo bailará una vez*». Caminas detrás de Anurak, con la mirada fija en los tacones de sus zapatos caros, que van dejando tras de sí una estela breve de luciérnagas rojas. Entráis en el hotel por horas y no tienes que

explicarle que el ascensor no funciona: conoce el camino a la perfección y el recepcionista no le cobra; apenas levanta la mirada y se encoge un poco como un perrillo apaleado. La puerta de la habitación 4 se cierra despacio, pero la cerradura hace un ruido ensordecedor. Todo se queda en silencio; únicamente el runrún sordo del latido de la calle te recuerda dónde estás. Anurak cierra el pestillo y se sienta en la cama.

—Baila un poco, idiota —dice tras un silencio incómodo.

Fijas tu mirada en el ángulo recto de dos baldosas del suelo. Tu cuerpo todavía es torpe y tiene los ecos de caminar entre los arrozales y pedalear por las veredas de Isan. Tus brazos no saben bailar bien todavía, porque nadie les ha enseñado. Te contoneas despacio, sin dejar de mirar el ángulo de las baldosas. El superintendente Anurak permanece en silencio. Te acercas a él despacio, moviendo las caderas en su dirección. Unas manos pesadas te soban las nalgas. Escuchas su respiración volviéndose pesada y pastosa. Por el rabillo del ojo, ves la sombra de la pistola que descansa sobre la sábana. Unos dedos firmes y autoritarios se deslizan entre tus nalgas y escarban sin pudor. El dedo anular se hunde con descaro. Escuece un poco. Intentas evitarlo bajando el culo para rozar su entrepierna. Te mueves lentamente, y el ángulo recto de las baldosas se convierte en tu cómplice silencioso. El roce de tus nalgas contra su pantalón es ensordecedor. Sus manos se deslizan por tus caderas y se detienen en tus tetas, escarbando bajo el sujetador. Te pellizca los pezones hasta que duele.

—Para. Eres muy torpe, como todas las campesinas —dictamina finalmente—. Date la vuelta.

Fijas tu mirada en la suya. No por mucho tiempo. Te arranca el sujetador sin contemplaciones y hunde su cara entre tus tetas, mientras su mano izquierda te soba el culo y la derecha se desliza sobre las sábanas y empuña la pistola. Con un movimiento lento, casi parsimonioso, separa su cara y te mira fijamente a los ojos. Te apunta directamente a la boca. Su mirada refleja la nada más absoluta. El cañón de la pistola se abre paso entre tus labios y se detiene en tus dientes. No puedes evitar abrir la boca al sentir el frío del metal chocando contra el esmalte con un chirrido arenoso.

—Chupa, joder.

Estás paralizada por el terror. Piensas en la hilera de balas que dejó sobre la mesa del Night Shift Nurs_s y rezas a los espíritus para que no se le haya quedado una olvidada en el tambor. Lames el cañón del arma, que tiene el sabor metálico de la sangre seca. Lo introduces por completo en la boca mientras él te soba el culo y su dedo anular sigue insistiendo en explorar más allá de lo tolerable. Durante un rato te sigue mirando con esos ojos completamente vacíos mientras tú chupas torpemente el cañón de la pistola.

Entonces, aprieta el gatillo.

En algún universo paralelo, tus sesos cubren la pared y las sábanas de esa habitación olvidada. Aquí, tú das un respingo y él se ríe a carcajadas. Se levanta y te empuja boca arriba sobre la cama. Hunde su cara en tu entrepierna y su lengua escarba dentro de ti como una salamandra enferma.

Cierras los ojos con fuerza. Regresas al campo de Isan, donde el aire olía a agua tibia y hojas secas. Donde el suelo no tenía malicia, era una cuna viva que te abrazaba los tobillos desnudos. Te ves corriendo entre los arrozales, el barro salpicándote hasta las pestañas, los pantalones cortos empapados de sudor y carcajadas. Te ves contándole una historia a Wut, que, rodeado de luciérnagas blancas, ríe enloquecido con su voz de marioneta de trapo. El sol no quema todavía. El sol en Isan, para ti, era un dios amable, una lámpara inmensa de papel de arroz que perfumaba las mañanas de cosecha con olor a piel tostada y cañas de azúcar.

La lengua de Anurak se detiene. Entonces oyes el tambor de la pistola girando, y el sonido te recuerda el castañeteo de los dientes podridos de un esqueleto. Sientes cómo el cañón de la pistola se desliza en tu coño. El dolor es atroz y tan localizado que parece quirúrgico. Como si te estuviera introduciendo una lima o un cincel al rojo vivo en una herida abierta. Abres los ojos. El espejo del techo te devuelve tu imagen vulnerable, desparramada sobre la sábana blanca. Isan quedó a eones de distancia. Tus ojos se clavan en la

coronilla rala del superintendente Anurak, que observa con interés casi científico cómo el cañón de la pistola se hunde entre tus piernas. Bombea lentamente mientras su respiración se vuelve más espesa. Cada movimiento dentro de ti produce un pequeño desgarro que es como si la cuerda incandescente de un *chakhe* se tensara y se rompiera dentro de tus entrañas.

Ahora el bombeo se acelera. La pistola entra y sale de tu coño sin miramientos, sin pedir ni perdón ni permiso. Estás paralizada por el terror y tu cuerpo no sabe cómo reaccionar. Sientes el cañón golpeando tu cérvix con insistencia, casi con furia, mientras los pliegues de tu carne rosácea se erosionan con cada empujón. Tu instinto intenta alejarte de él arrastrándote por la cama, pero él te retiene con una mano firme posada en tu cadera.

Anurak aprieta de nuevo el gatillo. En ese universo paralelo donde las cosas salen mal, has reventado como un sapo y tus tripas serán raspadas con una espátula del techo esa misma noche por un forense aburrido.

Vuelves a cerrar los ojos. Mamá. *Mae*. La oyes tararear canciones que no tenían letra, sólo un rumor antiguo que se mezclaba con el zumbido de las cigarras.

Y el viento, Nana.

Ese viento suave que peinaba los arrozales, arrullándolos como si el cielo entero respirara contigo. Ese viento que aquí, en este cuarto olvidado, no existe.

Piensas en el olor del mercado del pueblo: a guayaba recién cortada, a tamarindo, a pescado secándose en cordeles tensados bajo el sol. Te ves de nuevo recogiendo flores silvestres, guardándolas en el hueco de la falda, soñando que eran joyas para un baile que nunca llegó, pero que tampoco hacía falta. Porque bastaba con el cielo cuajado de luciérnagas blancas, bastaba con los charcos de agua tibia, bastaba con sentir que eras una criatura amada por la Tierra.

El superintendente Anurak te monta entonces. Pero no dura demasiado. Se corre con un gemido de ratón que resulta casi cómico. Tampoco paga.

Cuando termina, se incorpora y abre el tambor de la pistola con un chasquido metálico. Extrae una única bala. Pequeña, reluciente, maligna. Ha estado ahí todo el rato, dispuesta a acabar con tu vida, pero no en esta dimensión. La introduce con una sonrisa torva en el condón ensangrentado. La mece ante tus ojos como si quisiera hipnotizarte.

—Toma, *i ban nok*. Pueblerina. De recuerdo.

* * *

Repite en voz baja, Nana, como si recordaras algo que mamá te susurró bajo la lluvia de septiembre:

El blanco es el refugio de los tuyos.
El rojo, la mirada peligrosa que te observa desde la sombra.
El amarillo es el borde del camino antes de saltar al abismo.
El verde canta mentiras con el sabor del mango y de la promesa.
El azul guarda la nostalgia que duele, pero no mata.
El violeta acompaña a los muertos que no quieren marcharse.
El rosa es la caricia que nunca llegó.
El negro, Nana, es la brujería del que dice que te ama.
El gris es el heraldo del olvido.
Y el naranja te abrirá los ojos.

* * *

Recibes el mensaje muy de mañana, pero estás dormida; sólo lo escuchas cuando te despiertas cinco horas más tarde. Es la voz de mamá, con un coro de gallinas de fondo que ahora habitan en otro planeta, donde hay flores de verdad y el agua corre tibia y transparente.

—Recibimos el dinero. Wut está bien. Krarok está bien. —Luego, un breve silencio. Mamá sabe, mamá siempre sabe—. Ten cuidado.

Jay

La llaman Jay, aunque su verdadero nombre es más dulce, más femenino, algo que dejó atrás cuando, hace ahora seis años en el barrio de Carabanchel, en Madrid, decidió raparse el pelo, enfundarse una chaqueta de cuero y caminar con las piernas arqueadas y el aire despreocupado del que ya no tiene miedo a nada ni a nadie. Mentira. Porque Jay sí teme. Teme la fragilidad de animal herido que cobija en su interior, teme los espejos cuando la observan demasiado de cerca, teme las noches en las que el bar se vacía y ella se queda a solas con su reflejo en los vasos, con el eco de risas ajenas, con las miasmas de las corridas de otros.

La primera vez que la ves, estás retocándote los labios frente al espejo agrietado del baño del Night Shift Nurs_s, mientras la música zumba en las tuberías como un pájaro atrapado y un paquete de mochis de chocolate del 7-Eleven a medio comer asoma en tu bolso de plástico. Jay entra sin hacer ruido. Camiseta negra sin mangas, con caracteres kanjis que no significan nada, vaqueros gastados y el pelo corto pegado al cráneo por el sudor y la gomina barata.

Se queda ahí mirándote, colgada del marco de la puerta, un murciélago que pretende quedarse a vivir suspendido en esa estampa.

—Soy Jay —dice al fin con torpeza, ni siquiera parece estar segura de su propio nombre. Su acento es pastoso y *sum-saam.*

Tú asientes, sin dejar de mirarte en el espejo. Ves su reflejo detrás. Cómo intenta no mirarte directamente. Cómo traga saliva como si cada palabra le costara una confesión.

—*Nuu chue,* Nana*.*

—Ya lo sabía —responde bajito, avergonzada. Hace una tímida reverencia juntando las manos ante el pecho. Te ríes y las atrapas entre tus propias manos. Ella levanta al fin la mirada y hay un silencio breve. Un poco incómodo. Eléctrico.

Llegan a ti los Ecos de los aromas de la gasolina y el aceite de motor. La ves con las manos cubiertas de grasa, concentrada, reparando una moto con precisión y mala hostia. La lengua asomando por la comisura del labio. Lleva auriculares grandes en los que suena un atronador tema *punk* japonés. Cada vez que una tuerca no encaja, aprieta los dientes y se susurra: «Esto lo arreglo yo sola, siempre sola». La ves con el labio roto, sujetando por el cuello a un tipo que la llamó *tomboy*. Ella se suelta de golpe, respira hondo, escupe sangre y se ríe. Luego, sola en el baño, se lava la cara como si estuviera cuidando las heridas de otro.

Los Ecos muestran a una niña diminuta y frágil caminando sola por las aceras cuarteadas del barrio de su infancia. Los veranos pegajosos con polos Drácula derritiéndose sobre sus zapatillas Victoria, la abuela llamándola marimacho a gritos desde el balcón de toldos verdes, los chándales del mercadillo de San Isidro colgando como pieles podridas, los tazos volando por la ventana tras una pelea con su primo, que juró no volver a juntarse nunca más con ella por ser demasiado rara. En el colegio de paredes ocres nadie la elegía, ni para el fútbol ni para las confidencias. Sus manos ya sabían defenderse antes de aprender a escribir.

Hay personas condenadas a la soledad sin haber cometido delito alguno, Nana. Náufragos que nunca subieron a un barco. Y Jay es una de ellas.

Hay quienes caminan entre multitudes con una coraza de hierro, insonorizados, ajenos, irreconocibles. Están entre nosotros. Los ves en los trenes elevados, aferrados a su teléfono, sentados en un bar donde nadie les habla, caminando concentrados por las aceras, comiendo taciturnos en los locales que nunca cierran. Hay en ellos una forma de orgullo melancólico. Una negativa obstinada a

conformarse a participar en el baile de máscaras. Y eso los convierte en parias. Son, simplemente, demasiado reales. El mundo no sabe qué hacer con ellos, y ellos no saben cómo disolverse en el mundo. Y entonces caminan entre nosotros como fantasmas con cuerpo, como reliquias vivas de un pacto que nadie quiere firmar. La ciudad los engulle. O peor, los ignora.

Así es Jay.

En la barra del bar, entre luces mortecinas y el ruido de los vasos chocando, Jay es un ave rapaz rápida, precisa, con los músculos tensos de años de cargar bandejas llenas de alcohol y promesas de propina. Se mueve con pasos calculados, con la mandíbula apretada y los labios en una línea recta que no deja ver lo que siente. Pero sus ojos la delatan. Siempre la delatan.

El amanecer de Bangkok flota entre el vapor de los puestos callejeros y los tejados de hojalata. El cielo está encapotado y los colores de la ciudad parecen desteñidos. Alguien los ha metido en una lavadora vieja con demasiada lejía. Jay te ofrece un café cuando salís juntas del Night Shift Nurs_s. No lo necesitas, pero tampoco sabes negarte. Te sientas con ella en unas sillas de plástico que se tambalean bajo el crujido del paso elevado.

—Podemos fingir que esto es una cita —te dice Jay riendo, sin mirarte directamente. Intenta engolar su voz para que suene más ronca, pero no lo consigue del todo.

Tú sueltas una risa breve y automática.

—Sí. Como en *Bhuppae Sunniwat*.

—¿Qué es eso?

—Una telenovela.

—No sé. No veo la tele.

Camináis un rato, sin rumbo fijo. Ella te habla de tonterías —una pelea entre un perro y un vendedor de plátanos, una cucaracha enorme que se ha asentado en su casa tras sobrevivir a tres intentos de asesinato, una chica que lleva dos semanas eludiendo el análisis positivo de sífilis, la sopa con mocos de una vieja del mercado de las

flores— y tú respondes con monosílabos, pero lo agradeces. Esa conversación tenue y sin destino es lo más cercano a la paz que has sentido en muchos días.

Finalmente, se arma de valor.

—¿Quieres conocer a mi cucaracha indestructible?

Y es posible que no estéis hablando sólo de esta noche.

El piso de Jay está en una casa pequeña en Bang Kapi con paredes de cemento, sepultada bajo una maraña de lianas eléctricas que cuelgan de postes ennegrecidos por los humos de los tuctucs. Llegáis allí caminando lentamente desde la estación de Hua Mak. Nada es bonito a primera vista, pero todo está vivo y es sincero. Se respira una mezcla de rutina, necesidad y resistencia.

Afuera, cruzando apenas la reja oxidada que se cierra con un candado de bicicleta, hay un mercadito pequeño. Vendedores con camisetas desteñidas ofrecen frutas magulladas, bolsas de arroz en porciones, anguilas aún vivas que chapotean en cubetas azules y caldo de intestinos humeando a cualquier hora. Hay un olor constante a ajo frito, albahaca cortada, cloaca y tofu fermentado. La abuelita del puesto de *som tam* tiene legañas crujientes y sonrisa desigual. Y hay un ciego camboyano sin piernas que canta canciones lastimeras de los ochenta con un altavoz que crepita. A veces le dan unas monedas por lástima y otras para que se vaya con la música a otra parte.

Dentro, el piso de Jay es muy pequeño, pero está cargado de honestidad. Las paredes están desnudas salvo por algún póster antiguo de películas de kung-fu y una foto enmarcada de ella con su madre. En ella, Jay parece una novia infantil, la mirada hosca y una diadema de flores atrapando su pelo recién peinado. En sus manos enfundadas en guantes blancos sostiene un collar largo de cuentas y un librito de tapas de nácar. Su madre sonríe con lo que parece un deje de orgullo. Las dos miran fijamente la cámara, ante un decorado de flores de plástico y columnas de fibra de vidrio. En aquella época, Jay todavía tenía el pelo largo, por obligación. Hay una estantería de madera con novelas arrugadas, mangas devorados por el sol, manuales de mecánica cubiertos de grasa y un cenicero

de plástico que, dependiendo del día, está medio lleno o medio vacío. El sofá es un colchón viejo y doblado con una manta militar encima. En la cocina hay un microondas solitario, un hornillo desvencijado y una nevera pequeña y ruidosa con imanes de Labubu falsos y pegatinas con frases que pretenden infundir coraje. En la nevera hay un trozo de carne seca de cerdo que Jay venera y protege como si fuera el Buda reclinado del Wat Pho. Lo compra a precio de oro en una tienda para *farangs* de EmQuartier cuando las propinas son generosas. Jay vive con poco, pero casi todo funciona y todo tiene su lugar. El ventilador zumba, la cortina de la ducha tiene agujeros y hay más ropa en las sillas que en el armario. Sobre la cama, en una caja de zapatos remendada con cinta americana, guarda herramientas, guantes de cuero manchados de grasa, un mechero y una carta que nunca terminó de escribir.

En la parte de atrás, tras una puerta de malla que chirría al abrirse, hay un pequeño trozo de tierra y cemento con tres macetas: una de chiles, una de albahaca genovesa y una planta desgarbada que Jay identifica como perejil, y que riega con devoción. Hay una silla Monobloc remendada con alambres donde Jay fuma por las noches, mirando el cielo negro sin esperar respuesta alguna. A veces se oye un gallo. O un tren lejano. O una moto trompeteando. Pero allí, entre los grillos traviesos, el runrún del mercado, las protestas airadas de los *jing jok* y la brisa tibia, Jay se permite ser tan sólo alguien que ha logrado construir, con muy poco, ella sola, un útero minúsculo, un lugar al que poder regresar.

La madrugada os devuelve a ese lugar como dos versiones distintas de la fatiga. La puerta se cierra suavemente con un chasquido interrogante. Te duelen los pies y el cuello. Jay está a tu lado sin tocarte, pero sientes en ella una presencia vaga que parece estar a punto de sostener algo para que no se rompa. Te da unos momentos para que investigues en silencio su retal de mundo. Deja las llaves sobre la mesa y se quita las zapatillas con un suspiro seco. Tú no dices nada. Te dejas caer en el colchón que hace de sofá, con las piernas abiertas y la mirada baja. En realidad, todavía estás en el

bar, en el baño sucio, en la barra donde el hielo es incapaz de mitigar tanto calor.

—¿Quieres ducharte? —pregunta, sin mirarte del todo—. Te prometo que la cucaracha no va a espiarte. Supongo que estará en la cocina.

—No. Me apetece dormir sucia.

Primera vez y luciérnagas de color rosa.

Una sábana tan fina que recuerda una tímida excusa. Jay se vuelve hacia ti. Tiene el pecho atrapado en un binder muy apretado, la espalda tensa. Te toca el brazo, apenas. Un dedo. Un roce que es capaz de pedir y tantear a la vez. Su boca se acerca suplicando un poquito.

Tú no te mueves.

Ella lo nota.

Te pregunta sin palabras, con la mano deslizándose por tu cadera, queriendo guiar, pidiendo permiso. Y no sabes si decir sí o no, así que simplemente permites. Porque a veces resulta más fácil permitir que impedir.

Jay frena en seco.

—No quiero que me respondas como quien paga algo —te dice, con la voz baja, grave, casi culpable.

Os besáis largamente. No es una sensación desagradable. Su piel acompaña en lugar de raspar, es sorprendentemente suave, el reverso de una lengua que jamás ha dicho una mentira. Ella acaricia tu pelo y hunde su nariz en él.

Con Jay, el tacto es distinto. No hay prisa, ni cálculo, ni un reloj dictando el precio de cada gemido. Sus besos se convierten en luciérnagas rosáceas que se evaporan muy despacio hacia el techo y allí se apagan con un leve suspiro. Huele a cigarro, cerveza reseca, a jabón barato y algo vagamente térreo pero reconfortante y familiar, a sótano abandonado o a las sábanas guardadas durante mucho

tiempo en un cajón de teca. No es el olor del sudor rancio o el perfume masculino que intenta cubrir inseguridades. Los clientes son otra cosa. Jay, en lugar de intentar poseerte o reclamarte, te explora con cuidado; pareciera intuir que puedes romperte con cualquier movimiento en falso. De repente, los Ecos nublan tus sentidos con la imagen de una cancha de tierra mojada. Jay, de niña, con las rodillas raspadas y el pelo recogido en una coleta, patea un balón de fútbol bajo la lluvia. Alrededor, chavales que la señalan riéndose a carcajadas. Jay no responde. Sólo patea más fuerte, apretando los dientes con furia. Llegan a ti estampas diluidas de un pesebre de plástico rodeado de espumillón bajo el que se acumulan regalos para otra: Barbies esqueléticas cuando ella ha pedido un camión, cocinas de plástico en lugar de jaulas para insectos. La ves aprendiendo a hablar en soledad, a gritar en las almohadas, a odiar el color rosa con fervor casi religioso.

—Cómo me gusta tu pelo —murmura a este lado, trayéndote de vuelta aquí. Y cuando te mira, parece querer ver lo que quiere, pero en realidad tal vez quiera ver lo que hay. De algún modo, percibes que Jay tiene esa necesidad desesperada de dar y recibir amor de las personas que en su momento no fueron amadas lo suficiente.

Intentas tocar su coño, que está firmemente oculto entre dos piernas casi cruzadas.

—No. No me toques. Déjame a mí —murmura apartándote la mano.

Se desliza hacia ti como si temiera asustarte, como si tu piel fuera un campo minado de recuerdos que aún no ha aprendido a leer o como si fueras un tesoro que quiere robarte sin hacer daño. Te roza el cuello con los labios, te acaricia la clavícula con los nudillos; es un músico torpe que intenta extraer una nota en un instrumento que no quiere sonar. Los Ecos regresan. Un baño escolar con azulejos agrietados y una luz fluorescente trémula. Jay se mira al espejo mientras se ata unas vendas al pecho con fuerza. Hay marcas rojas en su torso. Una maestra entra, la mira con desaprobación. Jay sostiene la mirada, pero cuando la mujer se va, Jay rompe el espejo de un puñetazo.

A este lado, tú te dejas. Te dejas como se dejaría un mango flotando en un río, esperando que la corriente lo lleve a algún lugar donde quedarse. Hay calor sin fuego. Brasas frías que no saben arder bien. Hay una especie de ternura rota, de un afecto ofrecido y no correspondido.

Jay baja por tu vientre con la torpeza tierna de quien quiere cuidar y desea al mismo tiempo. Te susurra con voz ronca algo que no entiendes del todo, o no quieres entender. Sus manos son firmes, pero tiemblan. Su boca busca respuestas en el monte liso de tu coño, pero ambas sabéis que esas respuestas están ocultas en otro lugar.

Te desea tanto, Nana.

Ese instante es como una cometa que deambula azarosa. Te sientes obligada a corresponder e intentas de nuevo acariciarle la entrepierna. Jay vuelve a apartarte la mano. Tú cierras los ojos para desaparecer mejor. Jay lo nota.

Y entonces, todo se detiene. La cometa cae al suelo.

Jay apoya la frente en tu pecho murmurando una oración que no quiere rezarse. Juguetea con tus pezones con timidez y sin un ápice de lujuria.

Tú respiras hondo.

Y en ese silencio, más que en cualquier gemido, ambas entendéis que lo que ocurre en esa cama es apenas un intento triste de salvar algo que aún no ha sabido nacer.

Esto no es amor, Nana. Tal vez ni siquiera sea deseo, en realidad.

Pero hoy, es todo lo que puedes permitirte.

Os quedáis pegadas por la humedad del fracaso. El cuerpo de cada una es un idioma que la otra nunca aprenderá del todo. Y justo antes de rendirte al sueño, los trémulos Ecos que despide su

respiración te revelan una lámpara parpadeando en un pasillo eterno que huele a desinfectante barato. Jay sentada en una silla de plástico azul, con una bolsa de ropa sobre las piernas. Tiene los puños cerrados con rabia y las lágrimas bullendo en la garganta. Una enfermera pasa a su lado y no la mira. El reloj no avanza. Tras una puerta, alguien se muere sin que ella pueda reunir el valor de entrar a despedirse.

Te despiertas con la luz filtrándose entre las rendijas del postigo. Jay no está en la cama. Te incorporas sin hacer ruido. Tus pies rozan el cemento del suelo con la cautela del que no quiere recordar la noche anterior.

Desde el baño llega el gorjeo leve del agua. Un grifo. Sin saber muy bien por qué —tal vez curiosidad, quizás afecto incipiente— te acercas.

Por una rendija, la ves.
Vulnerable.
Íntima.

Jay está de espaldas, frente al espejo. No lleva camiseta. No lleva binder. Sólo unos calzoncillos de hombre que le quedan grandes. Sus pechos, pequeños, silenciados durante años, cuelgan rendidos, vacíos, casi muertos, como si no supieran ya lo que es la libertad. La piel está marcada de llagas rojas. Su costado izquierdo tiene una línea morada que parece reciente. Como si algo en ella siguiera luchando por anularse. Su torso no parece frágil, pero está disputando una guerra en silencio. Respira hondo, se mira un segundo al espejo y luego baja la cabeza. Sólo está ahí, con toda su verdad expuesta, sin saber que alguien a quien tanto desea la está espiando con un deje de ternura.

Y tú, Nana, sientes algo a lo que no sabes poner nombre. No es lástima.
Es otra cosa.
Más honda.

Como si por un momento hubieras vislumbrado una llaga que no sabes curar. Que tal vez no aprendas a curar nunca.

Espejo

Casi todos los días te toca salir a la calle a atraer clientes. Los neones chillan colores de mariposa sintética contra la piel cuarteada de los edificios, empapan las aceras de un rosa sucio, un verde radiactivo, el púrpura del vómito elegante. Todo brilla, con el brillo pegajoso del aceite vertido sobre el asfalto o la saliva que queda después de un beso torpe. A esa calle sales tú: la bata triste, la cofia ladeada, tacones infernales de aguja, labios relucientes de cereza derretida. Donut te ha enseñado la estrategia y la pose: espalda arqueada, siempre riendo, mirada medio loba, medio muñeca. Al principio te cuesta, te tiemblan los muslos, te duele el estómago. A veces te dan una fusta, otras una jeringuilla muy grande llena de agua. Juegas a golpear a los clientes en el culo: tú finges desearlos, ellos fingen creérselo. Salpicas con la jeringuilla a los más borrachos y los más idiotas se ríen como niños. En la pared del Moonshine Joint, la Dama del Vertedero ha escrito con caligrafía furiosa: «*Si vas a vender tu cuerpo, al menos regala tu alma a quien sepa leerla*». Por el momento, nadie ha osado borrarlo.

Donut, a tu lado, con la sangre saturada de yaba, mastica chicle de fresa. Cuando ve pasar a un *farang* de barriga inmensa y sonrisa imbécil, se gira hacia ti y dictamina en tailandés:

—Gordo como un cerdo, y calvo también.

Ning va más lejos:

—Parece que está por morirse.

Y se ríen como hienas con la crueldad festiva que sólo existe entre lobas que han aprendido a burlarse a hurtadillas de la mano que les da de comer.

—*Hey! You handsome tonight!* —grita Donut a un alemán que parece un pan mojado con ojos.

—*You come inside, we make you forget your wife, your dog, your sad penis!* —añade Namwan, y todas estallan en carcajadas.

—*No need Viagra with me, honey!*

Tú te acercas a un *farang* con pinta de estar perdido entre tres divorcios. Le das con la fusta en el culo con la fuerza justa de quien invita a pecar con diplomacia. Él se ríe. Su aliento huele a ginebra y a tristeza. Te guiña un ojo. Luego hace un ruido extraño, como un jabalí satisfecho. Nadie quiere reconocer la tragedia disfrazada de juego.

—*Hey, mister, come inside! We have AC and girls who pretend to love you!* —grita Donut, agarrando a uno del brazo y luego limpiándose los dedos en la pierna.

Ya llevas lo suficiente aquí para ver a esos *farangs* como sacos de tripas y de dinero. Te desuellas las rodillas en la moqueta de habitaciones donde apesta a cloro y semen fresco porque el peso de los bahts en tu bolso de plástico está convirtiéndose poquito a poco en una droga. Te ríes, sí, pero con la mandíbula apretada y los dientes desgastados de fingir que todo está bien mientras te meten los dedos como quien revisa pescado en un mercado. Por dinero. El dinero se arranca de las entrañas, de los muslos, del útero; es un aborto sin morfina. Medra en las babas y brota de las pollas. Te maquillas cada noche para desaparecer dentro de otra tú que no sufre, que sólo piensa en acumular dinero.

Nunca es suficiente.

Al otro lado de la calle, las *mamasans* se aburren soberanamente. Juegan a las cartas, pelan pomelos, cuentan fajos de billetes o riñen a una negra que se ha acercado demasiado a su territorio. Y te sientes una caricatura pintada con laca. A veces, cuando una de las luces de neón roza tu cara, te preguntas si alguno de esos *farangs* de tripas y dinero alguna vez verá algo más allá del vértice que forman tus piernas. Pero ese segundo pasa, qué más da. La música sube. El aire se vuelve más denso. Una nueva parvada de borrachos se acerca.

Preparas tu sonrisa.
Cargas de agua la enorme jeringuilla.
Golpeas con la fusta.

Dinero.

Pronto estableces una rutina. Los *farangs* están demasiado desubicados o colocados como para decidir a dónde ir contigo o qué hacer en su *long time*, así que se dejan hacer. Tus citas se convierten en espejos deformantes que se reflejan una y otra vez hasta el infinito. Quedáis a la entrada de Soi Cowboy, muy cerca de donde él tiene su hotel. La Dama del Vertedero se ha ensañado con el escaparate de un banco y bajo su eslogan *Dream big,* sueña a lo grande, ha contestado: «*Para que el despertar duela más*».

Los llevas en tuctuc al muelle de Sathorn, porque el tuctuc les hace gracia. El conductor del tuctuc es un joven nervudo llamado Prasit, que cobra al *farang* una cantidad astronómica que después se repartirá contigo a partes iguales. En el pantalán contemplaréis el perfil serrado de los edificios al otro lado del río, el *farang* se quejará del calor y tú te reirás como una niña pequeña y le darás un sonoro beso en la mejilla, de la que siempre brotará una moneda reluciente. Un tipo diminuto y rechoncho os dirigirá con un megáfono al barco. Si tienes suerte y el *farang* tiene dinero, subiréis a uno de esos sampanes con forma de pagoda antigua y camareros de andares de garza que sirven vino caro en copas demasiado frágiles. A vuestro alrededor, parejas de luna de miel y ejecutivos cansados con sus amantes tailandesas juegan a la farsa del amor, igual que vosotros. El *farang* —llámalo David, Michael, da igual, su reflejo se va a repetir mil veces de todos modos— lleva una camisa de lino que compró en un mercadillo, abierta un botón de más, revelando un bronceado bien trabajado en las playas de Phuket. Tú vas de rojo. Siempre de rojo. Sabes lo que te queda bien.

Por el cielo vuelan manadas de billetes de quinientos bahts que se enroscan en los rascacielos. Flotan por el río enormes barcazas

negras llenas de neumáticos gastados, cadáveres frescos y mondas de fruta.

Él te toma la mano sobre la mesa, con la suavidad ensayada de haber aprendido a fingir ternura en los bares de Patpong. Tú le sonríes, ladeas la cabeza, haces ese gesto que desarma a los hombres, el pequeño suspiro, la mirada de cervato desvalido que has perfeccionado a lo largo de muchas citas idénticas. Él quiere creer que esta noche es diferente. Que no eres como las otras y que él no es como los demás.

—Eres especial —te dice, rozándote los dedos. Todos se lo dicen a todas. Todas lo escuchan de todos.

Tú ríes, bajas la mirada, juegas con la servilleta. Claro que soy especial, piensas; todas lo somos cuando el *farang* ha bebido suficiente y la ciudad se convierte en un espejismo.

No habláis mucho porque nunca llegáis a entenderos del todo. Desembarcáis siempre en el mercado de las flores. Sabes que ese lugar los hace sentirse vulnerables: el trajín de los porteadores, las mujerucas gritando, las toneladas de flores amarillas que el *farang* no comprende, los puestos de verduras de olor violento, los ventiladores girando como ruletas rusas fatigadas, el techo de chapa que se vuelve concierto furioso cuando llueve un poquito, los niños enhebrando collares de jazmines blancos que luego dejan sobre bloques de hielo. Los amuletos de *dok rak* son pequeños, de aroma dulce e intenso, simbolizan la lealtad y la inmortalidad del alma, y siempre le pides al *farang* que te regale uno. Luego, en un descuido, repartes también el dinero de más con la vendedora.

El barco avanza lento, dejando atrás los templos iluminados, los hoteles de cinco estrellas, las casas flotantes de madera que resisten los tiempos modernos con dignidad silenciosa. Bangkok parpadea en el agua, reflejos dorados y azules que se repiten, una y mil veces, deformados en las olas del río. Apoyas la cabeza en el hombro del *farang* y él exhala despacio, como si este momento pudiera extenderse más allá del amanecer.

Después, caminái s por el Asiatique, el mercado nocturno junto al río, donde las luces de feria y las ruedas de la fortuna crean una ilusión de alegría eterna. Apostáis en las máquinas de gachapones y él te comprará un enorme peluche muy caro que tú devolverás a la mañana siguiente cobrándote una comisión. Coméis un helado que se derrite demasiado rápido. Os tomáis fotos junto a un elefante de fibra de vidrio, y tal vez te lleve al Calypso Cabaret, que has visto ya mil veces. Reís. Os mentís con cada carcajada, con cada mirada sostenida un segundo de más. Las risas son pompas de jabón que suben al cielo lentamente y, al explotar, dejan caer monedas de diez bahts sobre tu regazo.

En un rincón oscuro, junto a la orilla del Chao Phraya, él te besa. Y por un instante, cierras tus ojos de luna rota y dejas de pensar en el sobre con dinero que te espera en el hotel. A la mañana siguiente. En la despedida que llegará con la misma certeza con la que el sol abrasará la ciudad al amanecer.

Pero por ahora, sólo por ahora, que dure la farsa. Y que siga llegando el dinero.

* * *

Y en la vida real, lejos del teatro de sombras de las noches de Night Shift Nurs_s y los *long times*, los días empiezan a deshilacharse suavemente, y sin darte cuenta, Jay se instala en tu vida como ese rocío tibio que alivia sin molestar. No hay decisiones, ni pactos, ni declaraciones. Sólo los ritmos de una rutina que se teje ella sola, como si siempre hubiera estado ahí, agazapada, esperando.

Esa noche, Mae Jintra emplea un tono de sermón mezclado con humo de cigarro y fastidio crónico.

—Han llamado de la comisaría. Hoy hay inspección, niñas. Portaos como si fuerais vírgenes con doctorado.

Tú no eres ni virgen ni doctora, pero las demás tampoco. Formáis una hilera obediente cuando llegan cuatro policías de la comisaría de

Thong Lor, con sus camisas perfectamente planchadas y un denso olor a desodorante barato mezclado con tedio. *Khun kamkap* Anurak los pastorea, pero ni te reconoce. Entran todos con la calma del que llega a su segunda casa. *Khun kamkap* Anurak se acomoda en la barra y pide un whisky japonés que no piensa pagar. Charlan un rato con el Jefe. Luego, despliegan un vinilo arrugado:

«Este establecimiento no practica ni permite la prostitución».

Firman algo. Ríen. Se hacen una foto en grupo, con las chicas vestidas como mojigatas penitentes, las miradas solemnes y el letrero bien visible delante de ellos. Luego brindan. Beben. Se marchan con un sobre de papel de estraza. La música vuelve a sonar atronadora. Os cambiáis de ropa en silencio.

Al día siguiente, el *Bangkok Post* publica vuestra foto bajo el titular:

«La comisaría de Thong Lor garantiza la moralidad en los locales nocturnos».

Jay y tú salís del Night Shift Nurs_s cuando la música aún tiembla en las paredes y el semen todavía no se ha secado del todo sobre tu pecho. La Dama del Vertedero ha dictado sentencia: «*La libertad es una jaula sin barrotes y la llave, un espejismo*». Camináis en silencio, con los zapatos en la mano, los pies tatuados por la noche larga. Jay siempre tiene algo en sus bolsillos: un chicle de menta, una moneda de la suerte, un mochi de chocolate aplastado, pero aún dulce. Tú ríes con ella, aunque casi nunca sabes por qué. Un día te da a probar la carne seca de cerdo que atesora en la nevera. Corta con ceremonia lascas muy finas, las deja atemperar un rato sobre la mesa de la cocina, y se te queda mirando como un cachorro a la espera de tu aprobación. Sabe rancio, a cadáver a punto de descomponerse, pero no sabes decirle que no te gusta.

A veces vais al 7-Eleven y compráis tonterías a la triste cajera del turno de madrugada que sólo tiene cuatro pelos recogidos en un moño feroz: leche con sabor a fresa, arroz envuelto en plástico, una bolsa de gominolas con forma de insecto, y os reís pensando que harán compañía a la cucaracha inmortal de la cocina de Jay. Otras veces, simplemente camináis hasta que la ciudad despierta,

sorteando mendigos rendidos y maricones que salen en tromba cuando cierran las saunas, y riéndoos de las orquídeas que anidan en los árboles. Terminái casi siempre en su casa, donde la cama ya no es tan estrecha y el ventilador parece girar sólo en vuestro honor.

Te lava la ropa sin que se lo pidas.
Te deja la toalla doblada.
Te da la mitad de su almohada sin exigir espacio.

Jay no invade.
Deseosa de ser amada, porque nunca lo ha sido.

Y tú, Nana, sin querer, te acostumbras a ser vista sin maquillaje, a comer caliente, a no tener que llenar los silencios con palabras innecesarias. A que alguien te escuche sin cuestionar nada.

Una tarde la encuentras acurrucada sobre el colchón con complejo de sofá, con un manga gastado sobre el pecho, y al verla dormida y frágil, roncando levemente con la boca abierta, sientes algo parecido a una raíz que se abre paso muy despacio por la tierra. Todavía no es amor. Pero sí es algo que podría crecer si no lo arrancas antes de tiempo. Si lo cuidas. Si lo riegas. Si permites que los soles lo bañen de calor. Tal vez.

Así pasan los días.
Arena lenta entre los dedos.
Sintiendo que, tal vez, sin saberlo, has empezado a construir algo.

Moo

Has hecho la mochila con pocas cosas, porque lo esencial ya no lo llevas en los bolsillos. Las chicas están en la cocina, fumando, hablando a voz en grito, riendo demasiado alto, como siempre. Pero esta vez, cuando te ven con la mochila al hombro, algo cambia.

—¿Te vas con la *tomboy*? —dice Donut, con una ceja levantada y un cigarro entre los dedos—. ¡Al fin, una de nosotras consigue salir por la puerta grande!

Las risas estallan como pequeños petardos de feria. Son risas sin malicia, cargadas de cariño. Hay orgullo en sus voces; pareciera que una de ellas hubiera sido seleccionada en un concurso, aunque ninguna sepa bien cuál va a ser el premio.

—No olvides venir a cotillear, ¿eh? —dice otra, empujándote el codo.

Te abrazan una por una. Con su perfume barato, sus uñas postizas, sus labios pintados de rojo. Una despedida sin drama, pero que huele a algo que no tuviste antes: respeto. Por una vez, todas os creéis que puedes sostener tu vida con tus propias manos.

Donut te encara como si acabara de recordar que el mundo todavía puede ser bueno.

—Hoy es día nueve —dice—. El número del progreso. Te irá bien.

Sales a la calle con los ojos brillando, pero secos. Un barco y un mototaxi después, caminas por Bang Kapi, el distrito donde vive Jay, más modesto, más gris y un poquito más febril. Y cuando ella abre la puerta, algo palpita.

Ha preparado cosas.

Hay una orquídea —una sola, en un vaso de plástico— sobre la mesa. Un bol de arroz con huevo que aún está caliente en su concha de corcho sintético. Una camiseta doblada con torpeza sobre la cama, limpia, con olor a eucalipto. Y pegada a la pared, escrita con rotulador en una hoja de papel arrugada: «Aquí no tienes que ser fuerte todo el tiempo».

Jay no dice mucho. Sólo te coge la mochila, toma tus mejillas como si quisiera protegerte y te besa suavemente.

Y tú entras.

Cruzando el umbral de una versión desconocida de ti misma, pero que empieza a parecer probable.

Esa noche, el Night Shift Nurs_s está más sucio que de costumbre. La música suena fuerte y hace vibrar la maraña de telarañas que cuelgan de los tubos de aire acondicionado, pero tú apenas la escuchas ya. Tus movimientos son automáticos, casi elegantes, una coreografía que una máquina supo aprenderse de memoria. Ríes cuando te toca, bebes lo justo y, cuando el cliente suda demasiado, vuelves la cara entre carcajadas. Lo haces bien. Ya lo haces siempre.

Jay te observa desde el otro lado de la barra.

Apoya los codos, la mirada severa, la mandíbula tensa.

Te ve rozando la pierna de un cliente chino, dejándole sobar tu cintura, susurrándole algo al oído. Una estrategia, nada más. Pero eso no importa. Porque aunque ella sabe —aunque entiende, aunque acepta—, no por ello deja de doler un poco.

De vuelta a casa, camináis en silencio. La Dama del Vertedero ha estado ocupada, y pasáis al lado de una retahíla de frases encadenadas:

«*Toda mentira repetida frente al espejo acaba pareciendo promesa*».

«*Aquí nadie entra virgen. Ni siquiera el alma*».

«*Los bailes por dinero no dejan huella*».

Ya en la casita de Bang Kapi, Jay se sienta en la cama sin quitarse los pantalones. Te mira a través de la puerta del baño mientras tú meas y te lavas la cara, te desmaquillas con lentitud, intentando borrar la versión de ti misma que, en un universo paralelo, chupa pollas en el hotel por horas.

—No puedo hacer como si no lo viera —dice de pronto, allá a lo lejos. Su voz no es una queja, es más bien un lamento contenido—. Hoy... cuando le sonreíste así al chino... no sé. Me dolió. Aunque sé que no es real. Me jode igual.

Tú te quedas quieta.

Con la toalla en la mano. Con la cara a medio limpiar.

—Es lo que hay, Jay. Es trabajo. No es nada.

—Pero para mí sí lo es. Aunque no debería.

No hay pelea. Sólo ese muro blando que crece entre las dos, construido a base de realidades difíciles y ternuras imposibles. No sabes bien cómo explicar que puedes hacer todo eso y aun así sentir que las manos de los *farangs* ni siquiera están ahí.

Y que, sin embargo, ella sí.

Al menos un poco.

Así que simplemente te acuestas.

Y Jay, sin decir nada más, apaga la luz.

Simplemente te quiere suya. Y aún no.

Y tal vez nunca.

Dormís juntas, aunque más lejos que nunca, rodeadas de luciérnagas rosas que palpitan suavemente.

Te despiertas con el murmullo suave de plástico en la cocina, ese sonido inconfundible de una bolsa del 7-Eleven siendo abierta con el sigilo de quien intenta no romper el silencio a su alrededor. El ventilador sigue girando lento y la sábana te cubre a medias, pegada a tu piel por ese calor que no se va nunca.

Jay está de espaldas, en pantalones cortos y camiseta sin mangas, con el pelo engominado. Está sacando cosas de una bolsa ocre. Oyes un crujido y aparecen los mochis de chocolate.

Los reconoces al instante. El envase transparente, el polvo de cacao convertido en un grumo.

Jay se da la vuelta y te encuentra allí, en el quicio de la puerta, los ojos hinchados por el sueño y el pelo revuelto en una zarza furiosa. Sonríe con una timidez torpe, sin saber si ha hecho bien.

—Pensé que te gustarían. Los vi y... no sé. Me acordé.

No dices nada al principio.

—A la cajera hoy le faltaba un pelo. Ahora sólo tiene tres —dice con una sonrisa leve.

—Me *encantan* los mochis del 7-Eleven. Son lo más.

—Pues espero que no tengan el pelo que le falta a la cajera.

Y como si eso bastara, vuelve a trastear en la cocina.

Como si con ese gesto mínimo te estuviera diciendo... «tal vez creas que no, pero yo te veo».

* * *

—Recibimos el dinero. Wut está bien. Krarok está bien. —Silencio. Mamá sabe—. Ten cuidado.

* * *

Ocho noches después, llevas seis cuerpos tatuados en la espalda. Seis nombres que no recuerdas y a los que jamás les importó el tuyo. Uno olía a Suntory Kakubin y tenía las manos temblorosas; otro te llamó *baby* con una voz que se quebraba como un espejo en cámara lenta. Uno lloró. Otro lo intentó, pero no pudo. Uno te pidió que le hablaras en tailandés, aunque no entendiera ni una palabra. El último simplemente pagó y se fue, sin tocarte. El coño te arde. Los muslos te pesan, pero el dinero no. Es posible que ahora ya conozcas la palabra ambición, o, por lo menos, empiezas a hacerte su amiga íntima. Mantienes la espalda recta intentando sostener un imperio invisible con los tacones y apuntas con la jeringuilla para ver

si consigues el séptimo cuerpo, porque Donut te ha dicho que Buda dio siete pasos al nacer y que, después, señaló al cielo y la tierra. A la puerta del Aftershook, una *mamasan* ociosa se pelea con una mandarina; otra se concentra en una partida de solitario con naipes muy gastados; y delante del Cockatoo una muñeca altísima, de hombros anchos, con grandes gafas de secretaria cachonda y liguero torcido, se abanica con un ventilador portátil mientras intenta arañar un último cliente de la costra de la calle. Bajo su tanga de color rosa se adivina el bulto inmenso de su *khuay* de carne. Y la Dama del Vertedero advierte a quien quiera leerla: «*Las sonrisas más dulces siempre esconden colmillos*».

En la frontera misma del Soi, una nigeriana con los circuitos atiborrados de yaba, peluca fucsia y top de lentejuelas se balancea contra un poste de la luz como si estuviera follándose el aire. Su voz es un canto gutural, una llamada sorda de apareamiento que se filtra sobre los sonidos estridentes de la megafonía fatigada de los bares. Un *farang* la mira largo rato.

Demasiado cerca. Demasiado descaro.

Una de las chicas del Bunny's Honey —se llama Fon, una sombra de tetas de silicona mal puestas y ojos de bengala cegada por la miseria— sale del bar. Camina con determinación.

—*Ai!* —grita señalando a la negra—. *Not here, bitch!*

—*Whatchya problem, pussy?* —responde la negra abrazada al poste.

—*Out of ou' Soi, nigga!*

—*Aint' in the Soi, fuck off!*

—*No, YOU fuck off!*

La nigeriana suelta una larga carcajada que suena a una maraca hecha de huesos rotos. Le toca el hombro con una uña larga y púrpura como una polla venenosa. Y escupe a sus pies con indiferencia. Fon toma aire y la empuja contra el vértice de la acera. La nigeriana tropieza y cae al suelo de espaldas. De la nada brota una tromba de esfinges negras altísimas, eléctricas, con los pelos erizados como estacas, que gritan en un yoruba aturdido de anfetaminas. Cuatro ratas de labios pintados, vestidas con bikinis

fluorescentes, acuden corriendo desde el Suzie Wong. La negra se levanta como un resorte y se catapulta contra Fon. La coge de los pelos y la arrastra unos metros mientras el coro yoruba escupe insultos con voces de bronce. Por un momento, la ves paralizada en el aire, recortada ante las enormes pantallas del Déjà Vu, que siguen mostrando, indiferentes, un bucle de siluetas de bailarinas de otro mundo.

—Omo alé! Omo alé! Omo alé! Omo alé!

—Ashawo Thai ò le jà!

Un grupo de *farangs* ocioso y aturdido se reúne formando una media luna de teléfonos móviles. Un enorme monolito de ébano de más de dos metros de altura y ciento veinte kilos de músculo se abre paso a codazos entre ellos, fedora de cuero negro, camisa abierta, cadenas doradas falsas, la voz áspera de tanto tabaco negro y desdén.

—Sade, come here now! No do wahala fo' road!!

—Dis ashawo don spit fo' my face!!

Fauces, garras, tentáculos de sombra maquillada. Subes poco a poco las escaleras del Night Shift Nurs_s pero no puedes dejar de apartar la mirada. La nigeriana asesta un racimo de puñetazos en la cara a Fon, que grita furiosa sangrando por la nariz. Dos chicas de The Doll House, ebrias de cocaína, las separan a empujones. Las nigerianas responden con puños como ladrillos, con gritos que mezclan inglés, yoruba, hausa, igbo, insultos y llantos envenenados. Una de ellas agarra del moño a una chica tailandesa y estampa su cara de muñeca contra un carrito de fideos. Otra saca de su bolso una navaja pequeña. La sangre corre como tinta negra sobre la acera sucia.

La policía no aparece. Nunca aparece a esta hora.

Porque a esta hora Bangkok no es de nadie.

O peor aún: es de ellas.

—No touch me, monkey!

—Ashawo buruku!

—Sát narók!

—I go beat yo' skinny ass!
—Ii dòk thong!

Una tailandesa muerde. Otra rasguña la cara de una nigeriana hasta dejarle la piel de la mejilla colgando hecha jirones. Hay tacones volando, huesos que crujen, pelucas arrancadas, tetas al aire, gritos que suenan como alaridos de parto y dientes cubiertos de sangre espesa. Una chiquilla pequeña como una flor tropieza y se desploma en la escalera del Night Shift Nurs_s con el ojo derecho arrancado de su cuenca. Tres nervudos tailandeses emergen de una garita y en sus manos distingues el brillo del metal de sus puños americanos. Se encaran al monolito de ébano y lo rodean. El tipo arremete contra ellos como una bola de demolición. Ruedan por el suelo derribando las mesas del Jungle's Jim mientras a su alrededor huye despavorida una manada de coreanos atemorizados como gacelas.

En medio del barro y las uñas, reconoces a la flaquita del Doll House, la que se reía como si siempre estuviera disculpándose. No sabes su nombre. Sólo recuerdas que olía a polvos de talco y cigarrillos finos.

La ves caer.

Es un golpe seco. Una esquina de metal. La cabeza hace un sonido hueco, como si se hubiera roto un coco vacío. Se desploma rodando como un fardo y dos nigerianas enloquecidas le pisotean la cara, clavan sus tacones en sus ojos y en sus mejillas y la convierten en un amasijo rojo y blanquecino.

—*Karuwa!* —gritan al ritmo de las patadas—. *Karuwa! Karuwa! Karuwa!*

—Uwar ubanki!

Ante ti emerge una cara enorme, negra como el carbón, con los ojos inflamados de cólera, los labios pintados de morado, la frente perlada de sudor, los dientes inmensos tiznados de sangre. Las trenzas de su pelo son espigas agitadas. Tiene un corte profundo sobre la ceja derecha.

—*Wat cha lookin?* —dice mientras te empuja—. *You wan see wahala?*

Unas manos suaves te toman en volandas y te arrastran escaleras arriba.

—¡Déjala en paz, puta! —grita Jay, encarándola como un animal acorralado. Le da un empujón y la negra cae rodando escaleras abajo. Se levanta aturdida, mira a su alrededor y decide encararse con alguien con menos cuajo. Jay te sienta a la puerta del bar y te mira de arriba abajo, palpándote los hombros, las costillas, la frente —. ¿Estás bien? ¡¡¿Estás bien?!!

—Ss... sí —alcanzas a responder.

—Quédate sentada, joder —te dice, con la voz temblando entre rabia y miedo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Te vas a quedar quieta aquí, ¿está claro?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy a quedar quieta aquí.

—¿Por qué coño te quedaste? Pude haberte perdido. Pude...

Una peluca roja chillona con tetas como globos inflados de rabia agarra una silla de plástico azul y la estampa contra una espalda huesuda que cae de rodillas vomitando insultos y pedazos de pollo frito a medio digerir. Turistas grabando, risas histéricas, un viejo *farang* que grita *cover charge is worth it!* mientras se masturba discretamente bajo la mesa. Una puta salta sobre otra como si fuera una araña transdimensional con piernas de neón y la embiste contra una columna envuelta en luces de Navidad tuertas. El crujido suena húmedo, el sonido que haría un chicle con huesos. Otra se retuerce, girando, girando, convertida en un abanico en llamas, el pelo es un racimo de látigos de fuegos artificiales. Todo parece grabado a cámara lenta y a la vez en acelerado un millón de veces. La sangre ha dejado de ser roja. Ahora fosforece con un violento tono verde bajo los neones del callejón.

—*EEEEY!!!* —grita entonces una negra enorme con voz de contralto. Uno de los boxeadores improvisados, un gringo de torso desnudo y tatuaje torpe de dragón bilioso, se detiene con el puño a

medio camino del rostro ensangrentado de un marica con pectorales torneados a base de anabolizantes caros—. *EEEEY!!! TUCTUC MAFIA!!!*

Cien cabezas se giran al mismo tiempo. En la boca del callejón, los tuctucs se arremolinan trompeteando como ángeles caídos en ácido. Primero desciende de su altar rodante el conductor más viejo, el que tiene cara de mapa de una ciudad inventada. Lleva una camiseta holgada del Muay Thai Tiger Camp y un diente de oro que brilla con la intensidad de un sol barato. De su mano derecha cuelga un machete gigantesco. Detrás de él, los demás. Uno a uno. Hasta diez. Sombras de dioses menores que abandonan por un momento sus tronos de tres ruedas. Con las chanclas sucias, la mirada impávida, los músculos dormidos tras décadas de tráfico y aguardiente de arroz. Caminan con parsimonia, no tienen que decir ni una sola palabra. Despejan el callejón con sus cuerpos con la facilidad de catanas de carne. Cortando el aire. Las negras huyen despavoridas, los *farangs* se repliegan en los bares y las tailandesas tropiezan abriéndoles paso aterradas. Alguien se lleva los cuerpos de tres putas muertas.

Y allí, en lo alto, estáis Jay y tú, dos siluetas rotas, trémulas, sentadas entre las ruinas de una noche más. Bangkok suspira allá afuera, hambrienta, esperando la próxima pelea. El próximo cliente.

Un poco más tarde, descubrís que la Dama del Vertedero ha dictado sentencia sobre la piel de cocodrilo del asfalto:

«*A veces pienso que el suelo de Bangkok está tejido con los huesos de las mujeres que nadie echó de menos*».

Cuando regresáis a casa esa madrugada, te sientas en el patio minúsculo, descalza, con la camiseta de Jay pegada al cuerpo por el sudor de la noche. Fumas despacio, como si cada calada pudiera atornillarte a un mundo en el que no quieres estar. Dentro, Jay duerme con un brazo colgando fuera de la cama, una pierna cruzada sobre la sábana y el ventilador zumbando su letanía tibia.

Entonces aparece el gato.

Pequeño, flaco, gris oscuro, con una oreja rota y el andar de quien hubiera vivido ya siete vidas y ninguna se hubiera molestado en acariciarle el lomo.

—Eh, tú —le dices sin moverte—. ¿Vienes a ver el desastre?

El gato se detiene, la cola baja, te observa con los ojos amarillos de una yema de huevo sin cuajar. Ahí se queda. No parece tenerte miedo. Tampoco parece necesitar nada.

—¿Tú también te has cansado de huir de todo?

Le lanzas un pedazo de pan de molde viejo que dormita en la mesita donde a veces desayunas con Jay. Lo olisquea, lo ignora.

—No eres de los que aceptan sobras, ¿eh? Te entiendo.

Entras con sigilo en la cocina para no despertar a Jay y rebuscas una raspa de pescado seco de la basura. Cuando regresas, el gato sigue ahí. El pescado parece convencerlo más. Después de comerlo con dejadez, se te queda mirando largamente. No parece indiferente.

Vuelve la noche siguiente. Y la otra. Es entonces cuando decides que se llama Moo. Se queda a tus pies, sin tocarte, como si respetara los márgenes de tu minúscula vida. Y le das un pedacito de huevo frito que guardaste para él.

—Ni tú ni yo sabemos qué queremos, pero seguimos moviéndonos, ¿verdad? —le preguntas. Y te responde con un maullido muy leve.

Al cuarto día, lo acaricias. Tu mano le roza el lomo. El cuerpo del gato está tenso, es cálido, vibrante, un saquito de huesos frágiles cubiertos de felpa.

Entonces hace algo extraño. Saca la lengua y la enrosca despacito, mirándote fijamente a los ojos.

Y ahí vienen los Ecos. Una cucharita torpe. La risa espectral de un niño durmiendo para siempre en una cama de jazmines y plumerias. Isan. Y una sensación extraña, como si te miraras desde fuera.

Alguien.

Y luego, otra imagen, la de un cenicero de cristal. Una explosión en el aire, olor a pólvora.

Sangre oscura y rezos en una lengua extranjera, gutural, violenta y espesa. Un Eco refugiado dentro de otro Eco. Como si el gato no fuera simplemente un gato, sino la vasija portadora de un mensaje de ultratumba.

Cada madrugada, Moo regresa a tu retal de mundo y Jay bromea porque le prestas más atención que a ella.

—Nuestro hijito —le dices.

A veces salta la reja. Otras, simplemente aparece, tras haber estado todo el día acurrucado aguardando entre las sombras. Se acerca despacio, con la cola baja, el lomo cubierto de polvo y esos ojos que parecen dos agujeros amarillos. Ya no hace falta hablarle. Se sienta a un metro de distancia. Siempre igual. Tú dejas las sobras envueltas en papel de periódico —unas hebras de pollo hervido, arroz frío, las cabezas de los camarones que Jay aparta con asco—. Las guardas sin decir nada, como si nada de eso fuera ternura, como si no te importara. Él actúa igual.

Y empiezas a soñarlo.

En tus sueños, Moo está en una habitación blanca de muebles caros, sobre una alfombra teñida de sangre, que a veces es un lecho de flores blancas. O te persigue maullando en una calle que arde y que se convierte en un camino selvático, cuajado de fango, bajo la lluvia cálida de septiembre. O está suspendido sobre un charco carmesí donde flota un cenicero roto en mil pedazos ante un desierto infinito de caliza pálida. Ahí retuerce la lengua una y mil veces mirándote fijamente, rodeado de luciérnagas de un rojo furioso. En todos los sueños se siente el latido sordo de la violencia inminente. Pólvora. Amenaza. Algo a punto de ocurrir. Casi siempre, Moo parece desesperado por advertirte de algo.

Llevas tres madrugadas saliendo al patio con el cigarro entre los labios, su periódico de sobras en la mano y la esperanza idiota de oír su salto suave sobre la reja. Pero no hay pasos. No hay ojos amarillos. Sólo tú, el humo y la certeza creciente de que algo ha cambiado.

—No ha venido —le dices a Jay esa tarde, mientras ella revuelve el café instantáneo con aire distraído.

—¿Quién? —pregunta sin mirarte.

—Moo.

—¿Quién?

—El gato.

Jay se detiene. Deja la cuchara en el vaso.

—Volverá. Es un callejero. A veces desaparecen.

Tú asientes, pero en tu voz hay algo más profundo que la tristeza o la preocupación.

—Creo que ya hizo lo que tenía que hacer.

—¿El qué?

—Avisarme. De algo. No sé de qué. Pero me lo dijo a su manera. Y ya está.

—Nana, era un gato. Quieren sentirse libres.

—Este no.

—Todos los gatos quieren sentirse libres —repite.

—No todos los gatos son sólo gatos.

Jay no responde. Te mira un momento. Luego sigue con el café.

Dos días después lo encuentras al lado del 7-Eleven. El cuerpo aplastado contra el asfalto, el rabo rígido, los ojos amarillos abiertos midiendo aún distancias invisibles desde el otro lado. Pareciera que el mundo lo hubiera dejado ahí a propósito, para que tú lo vieras.

Te quedas parada un buen rato en silencio.

Y en ese silencio, entiendes algo que te revuelve las tripas con sutileza:

La libertad nunca llega gratis.

Siempre hay que pagar un precio.

El precio del cuerpo.
El precio del retorno.
El precio de no ser propiedad de nadie.
Moo no murió por azar.
Murió porque eligió su camino.
Porque no quiso jaula, ni cama, ni mano que lo llamara. Eligió ser libre. Una elección que siempre trae consigo pesos invisibles.

Y tú, Nana, te preguntas si algún día vas a poder pagarlo también.
Ese precio.
De ser libre.

Y seguir viva.

* * *

Teníais una vida bonita, Nana. Llena de esos pequeños instantes que, en otra existencia más dócil, podrían haber bastado: los mangos dulces con chile y azúcar, los gajos de *jackfruit* que comíais por turnos sentadas en el patio de atrás, los templos con incienso barato que te picaba la nariz, la forma que Jay tenía de acariciarte el pelo durante horas, las noches compartidas de fatiga y sueños limpios, las guerras de pies en la cama mientras mirabais tiktoks de madrugada. Y te reías, claro. Con Jay te reías. Del cliente pervertido que te pedía que te tiraras pedos en su cara, del vendedor de pescado insolente, del Jefe intentando arreglar a martillazos las cisternas del Night Shift Nurs_s, de las tristes parejas de ancianos adolescentes que no querían irse de este mundo sin probar un trío. Pero la risa era una forma de matar el tiempo, el vacío, de posponer lo inevitable.

Así se deshilacharon los meses.

Una madrugada, después de que las horas se convirtieran en sudor disfrazado de tedio, Jay fuma en silencio a tu lado en la cama.

—Tenía siete u ocho, no sé —dice—. Mi abuela me pilló metida en el armario del pasillo, con el traje de mi primo. El de la comunión. Chaqueta, pantalón, hasta los zapatos. Me quedaba grande, claro —sonríe—. Me sentía la hostia. Como un personaje de película. Uno de esos que no acaban llorando.

—¿Qué es la comunión?

Jay ríe bajito. Traga una larga vaharada de SMS Blue antes de contestar.

—¿Viste la foto con mi madre? En el salón. Pues eso. La comunión es una movida católica. A los nueve años te visten como si te fueras a casar con Dios, te dan un cacho de pan y todo el mundo te aplaude por comértelo. Luego hay regalos, fotos cursis y una comida con la familia donde todos fingen que creen en algo. Nosotros fuimos al Bufet Gandía. Había arroz al horno y croquetas.

—¿Y qué pasó con tu abuela?

Jay ríe con un deje de amargura. Es una risa amortiguada y triste.

—Se puso hecha una furia. Me agarró del brazo y me arrastró hasta el salón. Me soltó una buena hostia. De esas que duelen en la cara y se te quedan pegadas en el pecho para siempre. Me gritó que dejara de hacer el ridículo, que no era un niño, que Dios castiga a las niñas que quieren ser otra cosa.

Tomas su mano suavemente sobre las sábanas. Los Ecos resuenan como un diapasón cansado y muestran en las volutas del humo del cigarro la estampa de una mujer severa pero protectora. Manos como estropajos viejos y un moño tan apretado que parecía sostenerle el juicio. Huele a Vicks VapoRub, caldo Maggi, jabón Lagarto y resignación católica. Su voz es un rosario con púas. La ves follando entre lágrimas resignadas con un buey con forma de hombre, que convierte su vulva en una montaña de cristales de sal, discutiendo sandeces a voz en grito con las vecinas de la corrala y observando a Jay a hurtadillas, en silencio empapado de tristeza.

Se querían, aunque no supieran hacerlo bien.

—A su manera, creía que me protegía. Que si me arreglaba, si me peinaba como Dios manda, si me ponía un vestidito de lunares... nadie se reiría de mí. Pero ya era tarde. Yo ya me había visto en

aquel espejo con aquella chaqueta. Y ya no quería volver a no ser yo.

Durante un minuto, escucháis el runrún quedo de la ciudad resollando a través de las rendijas del postigo. Un deje de luciérnagas blancas se arrebuja en los rincones del techo.

—Ahora me la suda. Pero a veces... a veces sueño con ella. Y en el sueño, sigo siendo una cría. Y sigo intentando explicarle quién soy. Pero en el sueño, tampoco me hace caso.

El día en que cumples dieciocho años te despiertas con el olor a arroz jazmín cocido en la olla eléctrica. Jay ha dejado el hornillo encendido y el vapor se arrastra por el suelo como un animal sin dueño. Son las dos de la tarde. En la cocina oyes un ruido torpe, doméstico, y eso ya te da la primera punzada. Porque sabes que está montando su pequeña escena. Esa que cree que te hará feliz.

Cuando sales de la habitación, te aguarda lo que parece una trampa blanda de buenas intenciones.

Hay cinco globos dorados pegados a la pared con cinta aislante. Un mantel de plástico barato pero nuevo estirado sobre la mesa, un racimo de jazmines formando un torpe corazón. Dos platos humeantes: arroz con pollo frito y un cuenco con *som tam* que, adivinas por el color, viene de ese puestecito donde nunca compras porque la vieja le pone demasiado azúcar. También hay un retazo de papel de aluminio en el que, para tu mortificación, ha dispuesto con primor unas pocas lonchas de su cerdo rancio sagrado. A su lado, un paquetito de mochis de chocolate y un regalo envuelto en papel de Daiso: un peluche pequeño, un conejito blanco con un lazo rojo.

—Mi cumpleañera —sonríe Jay, tomándote de las manos y dándote un beso más largo de lo que quisieras.

Se sienta. Te mira expectante, como si esperara que su gesto fuera a enderezar el mundo.

Sus ojos dicen: *ahora te toca a ti.*

El conejo de felpa, los globos. Los mochis que hace tiempo dejaron de gustarte. El pollo frito. El maldito jamón con su aroma a

carne muerta. El *som tam* aguado y con demasiado azúcar. Es todo tan bonito y a la vez tan triste que sientes ganas de llorar. Quisieras que Jay entendiera que no es el regalo, ni la comida, ni las horas que gastó rumiando la sorpresa. Es la certeza de que Jay, en realidad, no sabe quién eres. Que, para Jay, tú sólo eres quien ella necesita que seas.

Tomas el conejo y lo miras sonriendo.

—Qué bonito, Jay —mientes. Lo dices bajito, para que nada se quiebre y porque las mentiras susurradas parecen menos mentiras.

Jay sonríe. Y tú entiendes, con esa claridad amarga que llega cuando ya es tarde, que hay una distancia entre ambas que ni el amor, ni los mochis, ni este regalo sin alma podrán llenar nunca.

Pero sigues a su lado, sin esfuerzo ni premio.

Aquella noche del festival de las luces, las piezas terminan por encajar al fin. El aire del parque Lumphini huele a flores marchitas, a incienso y a la humedad dulzona de los estanques quietos. La noche extiende su manto de conjuro antiguo y, sobre los *krathongs* —rojos, dorados, flotando en el agua del lago como párpados que no terminan de cerrarse—, el mundo parece haberse detenido en un suspiro lánguido.

La multitud se desplaza con la forma de un solo cuerpo errante: parejas que se rozan los dedos al empujar sus farolillos al lago, niños que ríen inquietos, solitarios tristes que repiten plegarias casi inaudibles, un gordito amargado que murmura una oración mientras sostiene la mano de su madre ciega, amantes adolescentes que intentan besarse bajo las sombras del puente Rama VIII y algún turista que lo observa todo con la sonrisa boba de las postales viejas. Y tú, de pie junto a Jay, sosteniendo el *krathong* que comprasteis a un niño cerca de Silom Road. Decorado con lotos mustios y velas de supermercado. Envuelto en celofán. Insípido. Como tú, tal vez. Como vosotras.

Como lo vuestro.

Te quedas inmóvil al borde del lago, con el *krathong* entre tus manos. Un turista te observa con curiosidad. Es un *farang* solitario y desgarbado, con una camiseta gastada, que hace fotos en ángulos extraños.

—¿Qué estás pidiendo? —te pregunta, la voz medio tragada por el estruendo de un cohete en la distancia.

Lo miras entonces, y es como si el mundo entero quedara en silencio por un instante insoportablemente largo. Tus ojos son grandes, pero no brillan como él espera; tienen una opacidad que duele, la de una ventana que lleva demasiado tiempo cerrada.

—Nada —respondes.

Y tu voz es suave, pero tiene filo. Como si esa palabra fuera tu escudo, tu forma de proteger algo que no te quieres decir.

El lago es un espejo negro tachonado de llamas. Los *krathongs* flotan como pequeñas islas condenadas a hundirse, portando deseos, culpas, promesas que nadie comprobará si se cumplen. Jay y tú os quedáis mirando el vuestro, que flota indiferente. Su deriva te recuerda tanto a tu vida que estás a punto de ahogarte.

No es la Bangkok frenética de los tuctucs y las luces de neón, sino un tiempo ingrávido, una memoria que no pertenece a nadie, ni siquiera a ti. El parque, con sus árboles centenarios, sus bancos gastados, sus varanos altivos, sus tortugas inmóviles como amuletos olvidados, parece guardar un secreto. Lo sientes punzante, allí, donde la nostalgia parece un anzuelo incrustado en tu garganta.

Jay te observa como se mira a un pez exótico en la pecera de un hotel de lujo: admiración, curiosidad, ternura y ese deseo egoísta de retenerte donde no puedas escapar. Sabe que has dejado de ser la chica que bailaba descalza en los campos, que dejaba ir su *krathong* al río Mun con una risa de relámpago que partía la noche en dos y que ha dejado aparcado cualquier sueño que tuvo a cambio de dinero y poco más. Eres la mujer que renquea a su lado con las manos atadas a un futuro que no pidió nunca.

En ese instante sientes que se te escapa la vida a gran velocidad, arrastrada por la corriente.

Un día Jay te pregunta: «¿Echas algo en falta cuando estás conmigo?».

Y tú mientes.

Mientes porque la verdad es una piedra ardiente en el fondo del pecho. Dices que no y sonríes, y luego la miras con ese amor que en realidad es compasión vestida de blanco, el amor del que acaricia a un perro callejero con la certeza de que jamás podrá —querrá— ofrecerle un hogar.

La miras arreglando la moto, la lengua colgando como un crío demasiado concentrado, y sientes una punzada de tristeza. Jay, con su lealtad inquebrantable, es una telenovela barata que tú habías visto ya. Una y otra vez. Tan predecible que duele. Y aun así, se queda. Se queda como si en ello le fuera la salvación.

Y tú, Nana, ¿qué querías? ¿Qué pensabas mientras le veías los dedos manchados de grasa y la camiseta sucia?

¿Esta es la vida que tengo?

¿Es esto lo que vine a buscar?

¿Esto es lo que la vida tiene para mí?

Chupar pollas por tres mil bahts, fingir orgasmos entre embestidas torpes, enviar billetes arrugados a una madre que ya dejó de esperarte, vivir en una caja desvencijada y dormir junto a alguien que te ama de forma tan simple que ni siquiera te sientes capaz de desafiar a tus propias sombras. Tal vez morir a manos de una puta negra.

¿Nada más?

Así comprendes que Jay es una jaula demasiado estrecha para tus alas. Es tan solo el refugio donde te escondes mientras aprendes a no tener miedo. Y ese pensamiento te envenena por dentro. Te corroe. Te desgasta. Porque sabes que ella merece algo mejor que tu compasión y tus silencios disfrazados de calma y de ternura. Pero no puedes evitarlo. No puedes perdonarte al ver cómo te ahogas en su falta de ambiciones. En lo simple y rectilínea que para ella es la

vida. No puedes perdonarte por sentir que estás atrapada en una historia escrita para otra persona. Que su dulzura es un cepo diseñado para encarcelarte y que tu afecto palpita casi en los lindes del desprecio.

Y en ese rincón oscuro de tu alma —donde todavía se cuelan el incienso del altar de tus ancestros y los jadeos falsos de la habitación de hotel— no sabes si quieres huir, o si ya lo has hecho hace mucho tiempo.

Y un día, sin avisar, el viento cambió.

Porque siempre, al alba, el viento cambia, Nana, hija mía.

Segunda parte
Nana de cristal

Eres la suma de todo lo que has visto, oído, comido, olido, de todo lo que te han dicho, de aquello que has olvidado. Todo está ahí. Todo es parte de cada uno de nosotros.

MAYA ANGELOU,
escritora estadounidense (1928-2014)

YARON

Lo has visto antes. Siempre lo has visto. Es una maldición recurrente, una sombra de testosterona y sudor que acecha en cada esquina de Soi Cowboy, en cada barra de Nana Plaza, en cada taburete de madera apolillada de los antros de Patpong. Es un *farang* viejo en la ciudad, un veterano de la noche, un animal de costumbres primitivas, un gladiador de la jungla urbana. Músculos tallados a base de rabia y de batidos de proteínas. Bíceps tensos como las sogas de un barco varado en aguas turbias. El cuello grueso, gruesísimo, como si la evolución hubiera querido hacerle un favor adicional. La mandíbula es un cacho de granito afilado, una escultura de guerra, y los ojos... esos ojos de depredador curtido, azul eléctrico o gris tormenta, siempre fijos, siempre midiendo, sopesando, vigilando.

Entra en el Night Shift Nurs_s, se abre paso a codazos entre los *farangs* de medio pelo que lo hacen parecer el doble de alto y el doble de imponente y se sienta en el anfiteatro solo, mirando desde la penumbra a su alrededor con ojos de halcón que se sabe ya todos los trucos. O tal vez siempre estuvo allí, sentado en la penumbra, una nota baja que vibra bajo la música tailandesa, el *synthpop* de plástico rosa y gritos de gata en celo, incapaz de disimular la tensión que arrastra su cuerpo. Mae Jintra lo mira con preocupación y le dedica una broma árida. No es un cliente, no exactamente. No busca ni diversión ni caricias. Yaron Tal ocupa el espacio como si lo reclamara en nombre de una república extinta. Su sola presencia tensa el aire; cada molécula lo reconoce, y Bangkok, ciudad de humo y alquitrán, sabe ya que él es un depredador hecho de otra pasta.

Tiene la camisa entreabierta, revelando apenas un tatuaje hebreo que repta amenazante hacia su corazón. No hay crucifijos ni Buda dorado que quiera redimirlo. Más tarde te contará que el tatuaje dice: «Si te olvido, Jerusalén, que mi mano derecha pierda su destreza». Cuando sus ojos fríos de metal olvidado al sol se clavan en ti, sabes que no es la primera vez que te ve. Aunque nunca se haya acercado. Aunque jamás te haya hablado.

Te señala y te hace un gesto para que te acerques. Mae Jintra asiente.

—Lady drink?

La voz de Yaron Tal es el sonido de una piedra grande y densa sumergiéndose en un lago de alquitrán. Mae Jintra desaparece con un asentimiento, transformada en un lacayo consciente del peligro. Y tú, Nana, actúas como si no supieras que esa copa de tequila aguado es en realidad una forma de bautismo.

Lo rozas —su mano contra tu muñeca, apenas— y el Night Shift Nurs_s se evapora, se disuelve, se esfuma. El neón de la barra se funde en una llamarada blanca y oyes una explosión en idioma extranjero: un helicóptero que no está en Bangkok, sino en un desierto de caliza ocre, una radio que grita números en un código extraño y sangre seca bajo uñas que no son tuyas, pero que duelen como si lo fueran. Huele a pólvora a punto de estallar mezclada con el denso incienso del templo Wat Hua Lamphong. A soldados recién duchados y putas que llevan colonia de fresa para disimular la infección. A silencio, ese olor imposible, ese *sheket* que él lleva también tatuado en la base de la nuca como una orden.

Lo peor de todo es que sientes que lo conoces y no sabes de qué.

Tú no parpadeas. En esa intimidad violenta, donde el tiempo se pliega con el gemido de un acordeón maltratado, ves a Yaron niño, gritando en hebreo frente a un televisor apagado, rodeado del sonido de las metralletas. Ves a Yaron muriendo solo en un cuarto sin ventanas, con el tatuaje del Jerusalén que tuvo que dejar atrás latiendo en sus pectorales como una maldición viva, la cabeza cubierta de sangre, los sesos pegados a un cenicero de cristal de

bordes puntiagudos. Pero también lo ves ahora, contigo, y hay algo insoportablemente magnético en su ternura autoritaria.

El hielo del vaso se derrite sin que nadie lo toque. El ventilador del techo gira en sentido contrario; es el universo retrocediendo para intentar deshacer la historia. La serpiente tatuada en su costado arde un poco y tú la sientes como si ya fuera tuya. Como si fuera un hierro a punto de marcarte.

Nana, tú ya sabes jugar con hombres. Pero Yaron no es un hombre. Es un país que se desploma. Un credo sin iglesia. Una guerra inconclusa.

Y, sin embargo, le sonríes. Porque en ese instante, ya estás atrapada.

Sin embargo, desaparece.

* * *

Soi Cowboy ha cerrado los párpados porque incluso las bestias más infames necesitan también conciliar el sueño, y tú caminas entre los restos del carnaval, con los tacones en la mano y la cabeza nublada de espejismos. Jay se ha quedado ordenando cajas de cerveza y las chicas se disuelven en la penumbra del humo de una hoguera agonizante. En la persiana oxidada del comercio de abarrotes que sobrevive a mitad del callejón, la Dama del Vertedero ha advertido: «*Los muertos no desaparecen. Sólo se disfrazan de recuerdos*». En una de las aceras, los vendedores de fideos instalan sus carromatos, derramando caldo en las grietas del asfalto, y la sopa huele a consuelo tibio, a madre muda, a refugio sin paredes. Caminas medio borracha y medio despierta. El sudor te ha pegado el vestido a la espalda y tu sombra tiembla en el charol del asfalto.

Entonces lo oyes. No necesita levantar la voz.

—Nana.

Te giras. Yaron Tal, apoyado contra un poste, fumando un cigarro que arde de puro miedo. Tiene esa manera de estar —sólido, inevitable— en la que el tiempo mismo parece necesitar una excusa para seguir avanzando.

—¿Quieres ver algo? —Su acento es hosco, torpe, áspero. No se toma la molestia de imitar la musicalidad del tailandés, pero en cierto modo lo hace suyo. Es como si, de alguna forma, se hubiera adueñado del idioma y ahora fuera también de su propiedad.

Ni preguntas qué. Ya sabes que vas a decir que sí. Lo sabías antes de escucharlo. Porque con él las palabras son un destino. Tomas su mano —áspera, quemada de sol, llena de pasados que no se lavarán nunca— y algo te atraviesa: como si tocarlo fuera tocar un idioma olvidado, como si hubieras estado buscándolo desde mucho antes de saber lo que buscabas.

Subís a un tuctuc que huele a gasolina vieja y eucalipto triturado. La ciudad retrocede, se comba, abre una brecha. Bangkok es otra bajo la madrugada: una criatura dormida, vulnerable, con sus vísceras eléctricas a la vista. Yaron no necesita hablar. Su silencio tiene forma, es una estatua rota que aún impone respeto.

Un tejado inacabado, de esos que sólo existen en Bangkok y en los sueños de arquitectos muertos. Desde ahí, podéis verlo todo: la ciudad que se traga a sí misma, los templos envueltos en niebla pálida, las avenidas disfrazadas de venas de luz que parpadean sobre alquitrán. Y el amanecer es una hemorragia lenta que brota del horizonte y se desparrama por las arterias de la ciudad. Es algo que sangra. Estás de pie al borde mismo del edificio y el vértigo empaña tus sentidos. Es una ciudad enorme, rugiente, pero ahí, al lado de Yaron, te parece una fiera fácil de domesticar.

—Te soñé antes —dice él, sin mirarte—. Siempre con ese olor: a papaya verde.

No respondes. Porque crees entender que hay algo entre vosotros que no se ha dicho, que no se ha saldado, pero existe. Como un crimen que ambos hubierais cometido en otra vida.

* * *

Rhythm Sukhumvith. Afuera, Bangkok sigue gimiendo, ronroneando, musitando: los motores, las voces, el barullo, los anuncios luminosos y los solares donde nuevos rascacielos empiezan a brotar a martillazos. Dentro, un silencio denso, cargado, saturado de electricidad que no llega a descargarse.

En el ascensor, un plasma muestra publicidad en bucle de teléfonos móviles, condominios de cristal y coches de lujo, pero apenas le prestas atención. Yaron te come la boca sin aviso, pero tampoco hace falta. Su boca está casi tan usada como la tuya. Cuando te toca, percibes un campo de tierra roja, palpitante, en carne viva. Hay cuerpos apilados como trapos mojados. Yaron camina entre ellos, descalzo, tropezando entre vaharadas de gas lacrimógeno, con un fusil envuelto en un pañuelo de seda azul. Lo carga con la cautela de quien lleva a un bebé enfermo. Mira al cielo, pero el cielo está cubierto por la suela de una bota gigante. La seda empieza a sangrar. La sangre tiene olor a perfume almizclado y a cordita.

Al entrar en su piso, te arrincona contra la pared, la camisa empapada de sudor, los músculos tensos como alambres. El corazón te late febril en las costillas buscando una ruta de huida. La mirada de Yaron es la de un cazador cansado, uno que ha visto demasiadas muertes, pero sigue sediento de más. La luz amarilla del recibidor lo hace parecer más viejo, más salvaje. Opaco. Sus ojos, esos ojos grises y duros de sílex, no parpadean.

Nadie dice nada.
No es necesario.

Cada paso suyo es un latido del pasado acercándose. Te toma por la nuca, con fuerza. Y tú no te apartas. Tu boca se abre como una flor nocturna. La suya, como se abre una llaga. Cierras el puño y golpeas su espalda de cemento mientras descubres su lengua.

Quieres hacerle daño. Quieres sentirlo tuyo como se siente el filo de una navaja.

Él te alza sin ningún esfuerzo. Cuando abrazas tus piernas alrededor de su cadera, sientes las pieles internas de tu coño despegándose. Un Eco fugaz en el interior de tu cráneo te muestra una hilera de pupitres rotos y una pizarra partida en dos. Un niño lo observa todo desde la puerta, vestido con uniforme escolar, sin sombra. El niño llora. Tiene la cara de Yaron. Abre la boca para hablar, pero, en lugar de voz, brota de ella una paloma negra que se estrella en mil pedazos de cristal contra una pared cubierta de números: 21:24. 21:24. 21:24. 21:24.

Todo cambia en un instante, y en los rincones de su memoria percibes un recuerdo salino que se resiste a desaparecer.

Regresas aquí. Su cuerpo es caliza caliente y el tuyo, selva abierta. Todo es urgencia. No hay espacio para preguntas. Caes sobre la cama revuelta que es en realidad un cepo abierto. El aire se satura de luciérnagas rojas.

Te aferras a sus enormes hombros con la urgencia del que se abraza a un cadáver que aún respira. Él aprieta tus caderas, anclándote para que no te deshagas en el aire.

Coño. Nácar. Aliento. Es tan grande que parece un glóbulo blanco o una planta carnívora a punto de engullirte. Tiene las pupilas dilatadas y el pelo pegajoso. Balbucea en tu ombligo, un animal marino empapado de espuma. El techo de la habitación se tiñe de rosa y de azul oscuro, parpadeando al ritmo de los neones lejanos cuya luz se cuela por los ventanales abiertos. Nácar. Nácar. Coral. La flor aplastada de tu entrepierna se abre como un abanico de carne, se infla como un globo a punto de explotar. Besos que comienzan en tu cuello y se derriten en lametones largos en tu coño. Lo muerde. Está bien. Sí, está bien. Muérdelo más. Bocas que se devoran. Manos que escarban. Entra. Percute. Insiste. Nácar. Sus dedos recorren tu espalda con la cautela de quien descubre un río invisible. La porcelana de tus uñas se astilla en su cuello. Nácar. Coral. Ámbar. Ese momento de deseo que deja de ser deseo y se convierte en

fiebre. Tus piernas lo rodean y se cierran como un candado. Que no se escape, que no se escape, no ahora. El mundo se tuerce en un ángulo difuso. El roce de las piernas, ahí. Rencor convertido en impulso. Dolor que apesta a placer. Sábanas húmedas. Coño húmedo. Calor. Bocas que se confunden. Fragmentos de piel incandescente reflejados aquí y allá. Un dolor bueno. Duele, oh, qué bien duele. Que duela más, por favor. Tu cerebro se concentra sólo en dos cosas: el volcán que bulle entre tus piernas con pulsos urgentes y eléctricos y el peso rotundo de su cuerpo sobre el tuyo. No hay más. Nada más.

Primero un murmullo. Nácar. Luego un grito sordo que te atraviesa cada vértebra. La respiración se fragmenta mientras inhalas luces rotas. Y de repente, un torbellino denso que nace en el centro de tu cráneo electrocuta los extremos de tu cuerpo y estalla en tu vulva, como si el universo preñado de estrellas recordara por un breve instante que es capaz de caber en la carne. Nácar. Nácar.

Todo tiembla. El tiempo se curva. El yo se disuelve.
Y entonces llega:
Esa ola final, pura, animal, un estallido eléctrico, que lo borra todo,
hasta que lo único que queda es el vacío más dulce:
el después. Como si ambos os hubierais vaciado de vosotros mismos.

La calma que sigue es un silencio lleno de ecos,
el mar después de los truenos.

No sabes bien si mirarlo a los ojos. Pero lo haces.

Esa noche descubres que Yaron duerme tapándose los oídos. Parece querer aislarse así de los ruidos de la noche y de las voces de su pasado. Te quedas mirando su espalda que se infla y se desinfla suavemente. Recorres con tu dedo un torpe tatuaje desdibujado en su costado de una serpiente que se muerde la cola, envuelta en

llamas. Los destellos te muestran una habitación oscura. Una mesa. Un cenicero de cristal. Yaron intenta romperlo, una y otra vez. Lo lanza contra la pared. Lo pisa. Le dispara. Le grita. Pero el cristal sigue intacto. La habitación se va llenando de casquillos, de cristales rotos que no son del cenicero, de aullidos apagados. Luego, el silencio.

Y la sangre.

* * *

Al amanecer, sueñas con la abuela Nattaya y el abuelo Chaiya. Estás en la casa de madera que ya no es. Las tablas crujen en un coro de plañidos. Huele a alcanfor, a arroz pegado en la olla y a fotos antiguas. No estás segura de si caminas o flotas. Las paredes respiran y rezuman pasta de tamarindo. Las paredes tienen ojos que te espían.

El sueño te arrastra por un pasillo interminable, lleno de luciérnagas violáceas detenidas en el aire, suspendidas por hilos invisibles. Y al fondo, las voces. Dos. Una femenina, aguda. Otra más grave, pero temblorosa, como si viniera de una garganta hecha jirones.

—¡Te dije que no fueras!

—¡No soy una esclava para obedecerte!

Las voces espectrales de tus abuelos. Los reconoces por las fotos del altar, pero también porque están disueltos dentro de ti. Ella tiene el pelo recogido con rabia, los brazos cruzados como barreras de madera. Él lleva una camisa blanca con manchas de betel mascado y sudor seco. La sala está inundada de una luz amarilla, irreal, que atrapa el sol de la tarde en la bombilla solitaria del techo.

Ellos no te ven. Tú estás, pero tampoco estás. Eres sombra, testigo capturado en ámbar, o tal vez un *jing jok* solitario en la pared de madera.

Los gritos se encrespan y se convierten en olas negras:

—¡Todo el mundo lo sabe, zorra! ¡Hasta los perros te huelen la mentira!

—¡Mejor oler a mentira que a derrota, imbécil!

Una silla se cae sola. El reloj de cuco gira sus manecillas hacia atrás. Una foto enmarcada se derrite en la pared como manteca al sol.

Entonces, él agarra una botella de *lao khao*. Sus dedos tiemblan.

En el instante exacto del impacto, no hay ruido.

Sólo el estallido blanco.

Todo se disuelve.

Los sueños sólo recuerdan lo que el alma olvida.

Despiertas. El cuerpo no te pertenece. Como si todo hubiera sido una película que viste anoche sin entender del todo, pero que te dejó una cicatriz profunda. Estás sola. La cama, enorme, revuelta, huele a raso caro y a perfume apenas perceptible, masculino, seco. A algo entre cuero viejo y pólvora dormida. No hay cortinas. La luz entra directa, sin piedad. Bangkok arde allá afuera, pero aquí dentro todo está limpio, silencioso, casi quirúrgico.

Es un cuarto sin alma, pero decorado con buen gusto. Un cuadro abstracto colgado con exactitud milimétrica. Una alfombra de Versace sin una sola mancha. Un aire acondicionado que sólo zumba levemente. Más que un hogar, es un refugio caro, habitado por una bestia que sabe que no necesita quedarse. Sientes que si a Yaron le caducara mañana el visado le daría igual; se iría con las manos en los bolsillos a cualquier otro lugar en el tiempo o el espacio. Sin mirar atrás.

Te pones su camisa despacio. Te sienta como una bandera de rendición.

Abres la puerta del salón con el sigilo de una ladrona. Y ahí está. Yaron Tal. Enorme. Marmóreo. De espaldas, con un pantalón de lino pálido, recortado ante el enorme ventanal que muestra un tapiz de Bangkok tejido de historias paralelas. Su brazo izquierdo está atado firmemente con unas cintas de cuero negras que por algún motivo hacen bullir tu entrepierna una vez más.

Reza rodeado de luciérnagas rojas y encabritadas.

—*Mode aní lefanéja melej jai veqayám...* Agradezco ante ti, rey viviente y eterno. —La vieja letanía hebrea para agradecer a Dios que los haya rescatado un día más de la pequeña muerte que es el sueño.

Se mueve con ese vaivén antiguo, esa oscilación casi hipnótica del rezo judío, como si la fe fuera un tambor interno, como si todo él fuera el rezo concentrado, como si cada palabra —en un idioma áspero, seco, gutural, prehistórico— fuera un clavo al rojo vivo que se encarna hacia adentro. Sus labios murmuran algo que no entiendes, pero reconoces: es una forma de guerra. Una tregua negociada con Dios.

Entonces se detiene abruptamente. Baja al suelo y hace una serie de flexiones en pica muy rápidas, precisas, casi violentas. Como si tuviera que purgar algo. Como si no pudiera rezar sin antes recordar que está hecho de músculo, de hueso y de sangre. Las cintas de su brazo se hinchan al ritmo de las flexiones, sus hombros se vuelven mármol y tú sientes un espectro húmedo susurrando entre tus piernas y un apremiante rubor cálido en las mejillas.

Cuenta con esfuerzo, con jotas que suenan a desgarros:

—*Ejád, shnáim, shlóshá, arbáá, jamishá, shishá, shivá, shmoná, tishá, asará.*

Termina y se levanta. Te ve. No se sorprende. Sólo asiente.

—*Sawasdee ton chao khrap* —dice, como si nada.

Se lava las manos con mucho cuidado en una palangana dorada, se inclina de nuevo y regresa a su trance, murmurando de nuevo su plegaria, balanceándose como un péndulo. Tú te quedas mirándolo como si formaras parte del rito. Como si siempre hubieras estado ahí aunque no fueras una pieza importante de su liturgia.

—*Ata berata, ata yatzarta, ata nefachta bi, ve'ata meshamra bekirbi, ve'ata atid litla mimeni...*

Al concluir, regresa al suelo y vuelve de nuevo a las flexiones. No tarda mucho en levantarse. Toma un mando a distancia y, de repente, la habitación se llena de un *trip hop* denso y narcótico, con un ritmo endiablado, a un volumen ensordecedor, vomitado por unos altavoces Bang & Olufsen que parecen una escultura abstracta. Te toma de la cintura con firmeza. Sus labios se hunden en tu cuello y

su lengua busca la tuya con determinación. Te arranca la camisa y te aprieta contra su cuerpo sudado, que es un saco de serpientes en rebelión. Te toma en volandas y te deposita torpemente sobre la mesa de café. Aparta a manotazos un enorme cenicero de cristal, que rueda sobre la alfombra con un ruido sordo. Llega a ti el destello de la sangre y de un ojo mirando más allá del techo, pero pronto se desvanece. Su polla entra en ti con urgencia, imponiéndose sobre el mundo entero, y todo a tu alrededor se disuelve en una marea de luciérnagas enloquecidas. Nácar y coral.

Al fin todo estalla, y eres apenas un parpadeo cuando te mira, un hilo de respiración trémula en su presencia, pero sus ojos —de un gris brillante, casi líquido— recorren cada detalle de tu cuerpo como si te estuviera clasificando, evaluando el desgaste que va a tener que administrar, la energía que vas a entregarle.

—Quédate conmigo —sentencia.

Es una orden.

* * *

—Recibimos el dinero. Wut está bien. Krarok está bien. —Luego un breve silencio, porque mamá sabe—. Ten cuidado. Ten mucho mucho cuidado. Por favor.

* * *

La mochila está hecha desde anoche. No pesa mucho, pero lleva dentro todo lo que no te atreviste a decirle. Jay está sentada en el borde de la cama, con las piernas abiertas, la camiseta holgada, los ojos vacíos de sueño y llenos de algo que se resiste a mostrar con todas sus fuerzas. En la mesa, los restos del desayuno: un plato con un mochi mordisqueado, el cuchillo con el que siempre te untaba margarina, aunque no lo pidieras, una servilleta arrugada y una botellita vacía de Red Bull de imitación.

Tú estás de pie, con las llaves en la mano y el corazón revuelto como una sábana arrugada tras un polvo clandestino.

—Me voy con él —anuncias. No bajas la mirada. Pero tampoco la mantienes firme del todo. Jay no responde al instante. El silencio que se abre es espeso y las luciérnagas rosas brillan a su alrededor.

—¿El judío?

Asientes.

Jay se pone de pie. Camina dos pasos. No te toca.

—¿Qué pasa, que no tengo polla?

—No es eso —mientes.

—¿Entonces, qué coño es, Nana?

Quieres decirle algo, pero las palabras no se dejan atrapar. Son anguilas vivas que te mordisquean la garganta.

—Él... me hace sentir algo que no entiendo.

Jay ríe. Es una risa rota, hueca. Astillas de mica.

—¿Y yo qué? ¿Qué te hago sentir yo, Nana?

—Paz.

—¿Y por qué no te basta?

Meditas la respuesta largo rato.

—Porque si sigo contigo, no voy a salir nunca de donde estoy.

Ahí está. La frase. Dicha con la voz baja de quien confiesa haber aplastado una hormiga sin querer.

Jay cierra los ojos. Los aprieta intentando contenerlo todo tras sus párpados. El amor. La furia. La herida. El adiós. La abrazas, pero ella no te devuelve el abrazo. Tan solo se queda quieta, con los brazos colgando, porque no sabe si está asistiendo a una despedida o a una ejecución.

Y cuando te das la vuelta, la sientes detrás.

Rota. Pero entera.

Como sólo los que han amado de verdad saben quedarse cuando la puerta se cierra.

DELILAH

El local de Yaron se llama Delilah. Nadie sabe si lo llamó así por la mujer fatal del *Libro de los Jueces* o por el misil de crucero. Es un paraíso carnal y rutilante, una catedral de excesos donde los penitentes de la lujuria se cortan la cabellera ante diosas de piernas largas y caderas que oscilan al ritmo del *house* más sucio. El Delilah es un estallido de neón y opulencia, donde los hombres pierden su poder rindiéndose al placer entre líneas de cocaína que se ríen a carcajadas en sus baños de mármol negro. Aquí no existe el tiempo, sólo el pulso de la música, el sudor pegajoso de cuerpos que se rozan sin preguntar sus nombres, la fiebre de una ciudad que nunca duerme, pero sueña siempre con follar a cuatro patas.

A la puerta está Miss Lala montando guardia. Un viejo maricón marchito, de piel de papel de arroz mojado, una grulla altiva con una red de arrugas finas que se arremolinan alrededor de sus ojos con la avidez de un enjambre de moscas sobre un cadáver tibio. Alguna vez intentó tener tetas, pero abandonó el proyecto hace muchos años. La cara embadurnada de polvo blanco, labios pintados con precisión temblorosa y cejas que parecen marcadas con una espátula. Un pantalón ajustado de látex que deja adivinar la prótesis mal puesta de su vanidad. Con voz de flauta sopranino, manos de gallina enclenque, una caricatura del poso que deja el deseo cuando se consume y no queda de él más que maquillaje y nostalgia.

Dos plantas. El cielo y el infierno, dependiendo de desde dónde lo estés mirando. Arriba, las chicas bailan sin bragas sobre un suelo de cristal iluminado desde abajo, cada movimiento una revelación, una confesión de carne y de deseo. Tacones de aguja, labios pintados de rojo veneno, manos recorriendo muslos desnudos con la lentitud de la tortura placentera. Aquí no encontrarás uniformes de enfermera

de costuras reventadas ni movimientos torpes. Ellas saben lo que hacen. Se morrean con descaro, frotan sus coños como tijeras enroscadas en una pelea sin tregua, se mueven con la certeza de que todos los ojos están firmemente atornillados a ellas, desde abajo, desde la planta principal, donde los clientes sorben Moët & Chandon y fuman puros cubanos que han encendido con billetes de mil bahts.

Los millonarios de Silom, los gánsteres de Hong Kong, los magnates rusos, los futbolistas de la Premier de vacaciones. Hundidos en sofás de cuero negro, con presas deslumbrantes en sus regazos y sonrisas demasiado blancas para ser reales. Un magnate árabe hace girar su anillo de oro mientras le susurra algo a una modelo con piernas largas y duras como columnas de alabastro. Un empresario japonés enloquece con un cóctel azul que arde con una llama verde. Un actor de Hollywood, borracho y fuera de sí, se sube a una mesa y empieza a desnudarse mientras dos *ladyboys* de silicona aplauden en sus nalgas entre carcajadas de papagayo.

En los baños hay líneas de polvo blanco sobre pantallas de iPhone, risas histéricas, jadeos apagados tras puertas entornadas. Una chica con un vestido de lentejuelas se mira en el espejo y llora sin motivo, mientras un DJ sin camiseta le repite que todo está bien, que esta es la mejor noche de su vida, que nunca será tan joven y que nunca estará tan buena como hoy.

La barra es una orgía líquida atiborrada de orquídeas. Cócteles con nombres de pecados capitales, botellas que cuestan más que un mes de alquiler en Thonglor. Una camarera con peluca plateada y un escote imposible vierte champán sobre las tetas desnudas de una bailarina de azabache, y un hombre con traje blanco de Armani Privé lo lame con la devoción de un perro.

Y la música... la música es un latido omnipresente, un hechizo que obliga a moverse, a sudar, a perder el control. Cada *drop* que brota de los enormes altavoces Funktion es un grito ahogado, cada subidón es una promesa de algo mejor, algo más intenso, algo que llegará en la siguiente copa, en el siguiente morreo pagado en los sofás de cuero, en la siguiente raya, en la siguiente madrugada donde el sol se siente remoto como una maldición.

Delilah puede que no sea un club. Es más bien una trampa, un espejismo, un punto de no retorno. Y tú, que acabas de cruzar sus puertas, sabes que no saldrás siendo la misma.

Si es que sales.

Por un momento, recuerdas la frase de Donut: «Puedes sacar a la chica del bar, pero no puedes sacar el bar de la chica». Pero... ¿qué chica querría salir de este lugar con vida?

En la planta baja, los cuerpos se contorsionan en una tarima giratoria convertidos en carne líquida. Son veinte, veinte figuras etéreas con botas de charol hasta los muslos y bikinis mínimos que relucen como escamas de algún dragón exótico atrapado para toda la eternidad en un terrario de neón. Se mueven al compás de un bajo que es un tambor primitivo que sacude el plexo solar y hace temblar las costillas de los que miran.

—¿Te gusta? —te grita Yaron al oído—. No está nada mal para una campesina, ¿eh?

Pronuncia esas palabras como si no pudieran herirte. Tal vez hoy no te duelan demasiado porque estás ahí, aturdida, con los ojos abiertos, dos faros atrapados en la tormenta nocturna. La boca entornada, apenas una grieta por donde repta el asombro. No sabes dónde mirar, si a la mujer con la melena dorada que gira en la barra como un derviche eléctrico o a la otra, la de labios oscuros, que te sostiene la mirada y te sonríe desde un rincón con la calma felina de quien ha visto morir a muchas como tú.

—¡¡A FOLLAR, HOSTIA, QUE EL MUNDO SE ACABA!! —grita un muchacho joven, con los ojos vidriosos de anfetaminas, golpeándose el pecho de puro éxtasis. Mañana su *jet* privado lo devolverá a la pulcritud de San Francisco. Pero el mundo se acaba hoy, en este pozo infernal, en el bulto revelador de sus vaqueros Balmain y en la raya de cocaína que inunda sus sentidos todos.

Las chicas siguen bailando, reinas incorpóreas de este circo de carne y luces. Son cobras amaestradas en pleno trance y sus tetas

vanidosas y sus vientres tersos relucen con sudor de destellos líquidos. Te preguntas si alguna vez podrás moverte como ellas, si este universo de neón y espejos alguna vez dejará de intimidarte. Pero ya estás aquí. Y el club, hambriento y lleno de promesas, te devuelve la mirada.

Yaron te empuja suavemente hacia un hombre solitario que lo observa todo a través de la bruma de unas gafas de sol de montura dorada. Una sutil cicatriz horizontal en su nuca revela que ha gastado una fortuna en convertir su calva entrecana en una débil melena negra. Tiene una camisa Atelier Versace Homme que luce entreabierta, revelando una gruesa cadena de oro. Lo catalogas de inmediato como un lagarto viejo pero inofensivo.

—Este es Zach —dice Yaron—. ¿Cómo estás, viejo cabrón?

—Vigilando.

—Zach siempre está vigilando —te explica riendo Yaron—. Esta es Nana, mi nueva chica.

—*Sawasdee khrap,* Nana —grita Zach desde su trono—. Siéntate a mi lado, bonita. —Se gira hacia Yaron—. Cada día traes carne más apetecible.

—Y más joven —asiente Yaron.

—Y más joven.

—Y no sabes cómo la chupa —responde Yaron, guiñando un ojo.

—Habrá que probarlo —responde el lagarto viejo rozándote la cara interna del muslo.

—Esta cobra tres *lady drinks.*

—Por mí, como si son cuatro.

—El cuarto para ella.

—Me parece justo.

—Zach es el dueño de las tiendas de cannabis Sawasdee High —dice Yaron.

—*The Land of Smiles... and Smoke* —recita él asintiendo.

* * *

Escucha bien, Nana, y no lo olvides:

Blanco es la sangre que no se ve pero se siente: la familia.
Rojo es el tigre que muerde.
Amarillo es la puerta abierta, aunque no sepas a dónde.
Verde es la mentira que te sonríe mientras inocula su veneno.
Azul es la música de los que se fueron.
Violeta es el eco de la cuenta que se ha quedado sin saldar.
El coral es el color del amor cuando se pudre.
El negro, Nana, es el hechizo.
Gris, abandono.
Naranja es cuando entiendes por fin.

* * *

El Delilah tiene un cuarto trasero que se alquila a quince mil bahts la hora, al que se accede cruzando un océano de cortinas de terciopelo de color borgoña. Dentro, el aire está a una temperatura perfecta, y huele a sexo contenido, a sudor caro, a látex, a pánico suavemente barnizado de almizcle. Las paredes son oscuras, revestidas de un material que parece absorber el sonido, quizá capitoné de cuero o carne humana curtida. No hay ventanas. El techo es bajo, deliberadamente opresivo, y está cubierto de cortinas de raso negro que se encuentran en el centro en un enorme espejo redondo de marco dorado. A un lado, hay un potro de madera recubierto de piel de imitación del que cuelgan grilletes plateados. También hay una jaula de metal en una esquina y una pared muestra una hilera de *glory holes* negros en los que tal vez haya alguien de rodillas espiando o esperando con la boca abierta en la penumbra.

En el centro, la cama: una plataforma de cemento pulido, con un colchón obscenamente grueso, negro, cubierto de sábanas de látex arrugadas. No hay cabecera, sólo un espejo inclinado lo suficientemente grande como para que nadie pueda dejar de verse reflejado. La estancia está iluminada débilmente por un sistema de luces tenues y azuladas y una araña de cristal cuyo destello leve disimula cualquier imperfección, pero permite ver lo que allí ocurre con la nitidez precisa. Hay también una mesa pequeña con copas de cristal tallado, toallas blancas, un tarro de lubricante, un cubo con

hielo, tres vibradores intimidantes y dos fustas de cuero. Y un baúl. Sólo uno. Cerrado. Nadie pregunta qué hay dentro. Todos lo saben.

Zach se despoja de la camisa y deja caer los pantalones con naturalidad. Huele tenuemente a Amouage. Su pecho, tan cuarteado como bronceado, no tiene apenas vello y su picha es un grumo desinflado y absurdo coronado de canas. Se ve que olvidó teñir esa parte de su anatomía. La catalogas como una *khuay* de sangre, según los parámetros de Donut. Se sienta en la cama y las sábanas de látex crujen suavemente.

—Desnúdate, pequeña. Déjame ver lo que hay.

La música endiablada del Delilah se cuela con suavidad por las capas de insonorización de las paredes. Te contoneas lentamente siguiendo el ritmo sordo, haciendo valer cada baht que este individuo escamoso ha dejado caer en la mesa con la indiferencia de quien hace esto a diario.

—Bonitas tetas —sentencia—. Y naturales.

Cuando te las toca, los Ecos te revelan que estás ante un hombre muerto: muerto en su alma, muerto en sus sueños, muerto por la avaricia que lo ha dejado huero. Flotan ante ti estampas fugaces de un joven rebelde que alguna vez soñó con conquistar el mundo, pero que ahora es sólo una carcasa reseca de lo que fue. Lo ves con veinte años llegando al arenal blanco de Mai Khao con la sensación de haberlo descubierto él mismo y con la única compañía de una guitarra cubierta de pegatinas gastadas. Lo ves amando sin ser amado. Lo ves tiñéndose él mismo el pelo en la soledad de su apartamento de Thonglor mientras agoniza un porro sobre la tapa del bidet. A este lado, coge con la mano derecha una botellita dorada. La destapa con parsimonia y la agita con cuidado sobre el dorso de su mano, en el pequeño espacio triangular de piel que se forma cuando se tensa el pulgar. Se derrama una montañita de polvo blanco, que esnifa con fruición. Sigues moviéndote despacio. Aprietas tus tetas, rozas tu entrepierna, mordisqueas tus labios. Miras fijamente los espejos de cristal negro que imaginas son sus ojos. Su arrugada picha parece despertar con pereza infinita. Por un momento, imaginas a Yaron observándolo todo a través de un

entramado de cámaras disimuladas en los detectores de humo y los espejos. No sabes si eso te hace sentir culpable o te pone muy cachonda. Te arrodillas ante el lagarto, dispuesta a cumplir la promesa de Yaron, pero él te aparta.

—Quita, bonita. Eso es para niños de teta.

Toma de nuevo su botellita y deja caer otro pellizco de polvo blanco en su mano. Te lo ofrece. Eres incapaz de negarte y esnifas con curiosidad sin saber muy bien qué va a ocurrir a continuación. Tu nariz y tu garganta estallan en un sabor químico y amargo y se entumecen de inmediato. Tu pulso enloquece. Él rebusca en los bolsillos de su pantalón y extrae un largo instrumento quirúrgico plateado, una especie de varilla de acero que parece salida de una pesadilla industrial con toques de fetichismo clínico, una sucesión de pequeñas bolitas que crecen desde la punta hasta un mango más grueso y liso.

Lo observas con un deje de preocupación.

—Es un *sounding* —explica—. Tranquila. Es para mí.

Lo unta de lubricante, esparce sobre él una pizca de coca y se roza la entrepierna mirándote fijamente las tetas hasta que su *khuay* de sangre reacciona con una mezcla de desdén y fatiga. Entonces, concentrado, se introduce la varilla por la uretra con mucho cuidado, bolita a bolita, y su respiración se acelera. Se tumba en la cama, se quita las gafas y murmura:

—Siéntate en mi cara, niña.

Tu cerebro se deja llevar por un rubor químico extraño y una oleada de confianza enloquecida asalta tus sentidos todos. De repente, el mundo es más nítido, más puro, más real. Amplificado. Un murmullo de poder absurdo se anida en tu coño y repta por tu médula espinal. Caminas a cuatro patas sobre la cama y te acuclillas sobre la boca del lagarto. Sus dedos empujan con firmeza la varilla en el interior de su polla hasta que la última de las bolitas, la más gruesa, hace un leve ruidito de desgarro, que la cocaína que ruge por tu sangre convierte en ensordecedor. Agita la varilla lentamente y tú hundes su nariz en tu entrepierna y acompañas sus movimientos cabalgando. Estás cegada por la euforia química y a tu alrededor el potro, los espejos, la araña de cristal y las luces

azuladas flotan ingrávidas y parecen estar vivas. Surge de la nada una parvada de luciérnagas grises que giran enloquecidas alrededor de tu cráneo. Lo sientes todo, pero mucho más intenso. Las sábanas de látex pegándose a tus rodillas, la brisa queda del aire acondicionado acariciando el vello de tus brazos, los rumores sordos y lejanos del Delilah, los labios de lagarto ahogándose en tu coño. Gruñe algo, pero tú sigues cabalgando. Vuelve a gruñir con insistencia y te da un manotazo en la pierna con su mano izquierda cuajada de escamas. Separas tu culo de su cara.

—¿Qué?

—¡Que me llames papá, hostia!

—Ay, sí, papá. Papaíto. Papi. *Daddy*, sí —susurras, sintiéndote un poco estúpida.

Introduce la varilla con más fuerza en su polla hasta que sale tiznada de un inconfundible tono rojizo, la agita, gruñe, mastica, su vientre se comba, barbotea como un cerdo que come pienso aguado. Y explota.

Lo dejas solo sobre la cama, con la varilla ensangrentada, todavía insertada en su polla medio muerta. Los efectos de la cocaína todavía surcan todas las moléculas de tu cuerpo y el paquete de billetes escondido en tu bolso de plástico parece más abultado. ¿Conoces ya la palabra ambición? Es posible que no, pero no importa. Todo en este lugar vibra con una cadencia ajena al tiempo ordinario. El suelo tiembla y gime bajo tus pies. Las sombras tienen bordes fluorescentes y las risas flotan, deformadas, y te recuerdan a discos reproducidos a una velocidad incorrecta. Alguien te toca el hombro y te giras, pero no hay nadie. Tal vez fue el aliento de este sitio, o tal vez el club mismo, un monstruo palpitante que te da la bienvenida con dedos invisibles. Ves a Yaron a lo lejos, entre la multitud, riendo las bromas de un anciano adolescente que manosea a una muchacha de piel de charol que podría tener entre doce y sesenta años. Corres hacia él presa de la euforia química y aprietas tu boca contra la suya con hambre enloquecida. Esa puede ser tu forma de pedirle perdón o permiso.

—¿Cuánto? —pregunta.

—Diez mil.
—No está nada mal para una campesina, ¿verdad? —repite.
Y tal vez esa pregunta ahora sí que te hace un poquito de daño.

* * *

—Recibimos el dinero. Wut está bien. Krarok está bien. —Silencio. Mamá sabe siempre—. Ten cuidado.

JARRÓN

Yaron te incorpora a su vida con la misma frialdad que adoptaría al encontrar una esquina para un jarrón nuevo, decorativo pero inútil. La primera tarde que pasáis juntos te lleva a una barbacoa coreana de paredes de madera oscura y mesas de mármol, uno de esos sitios que sólo los tipos como él conocen: oculto, silencioso, solemne, donde el dueño es una sombra sinuosa que baja la mirada y trae la comida sin hacer preguntas.

—La mejor barbacoa coreana *kosher* de Bangkok —anuncia Yaron. Las palabras no significan nada para ti, pero estás tan intimidada por el lujo que asientes sin rechistar.

Antes de sentarse a la mesa, te arrastra con él al lavabo. Al lado del grifo hay un pequeño cuenco con pedacitos de pan. Sin mediar palabra, toma una copa de metal de la repisa de mármol y la llena hasta que rebosa. Se lava a conciencia la mano derecha tres veces, luego la izquierda, y después se lleva un dedo a los labios exigiéndote silencio. Susurra un breve cántico en su lengua áspera y te lava a ti las manos también. También por ese orden. Con mucho cuidado. Luego toma un pedacito de pan para él y otro para ti. Lo come en silencio, con los ojos cerrados. Lo imitas sin saber muy bien por qué. Pero en tu fuero interno, sientes que es su forma de darte la bienvenida a su vida.

—El pan fue lo que no tuvimos cuando huíamos —explica—. El pan era la diferencia entre ser hombre o polvo arrastrado por el viento del desierto. El maná caía del cielo, sí, pero el pan lo hacemos nosotros. Con las manos. Con el sudor. Con la memoria.

En una gran pecera de un rincón discuten cuatro anguilas ajenas a su inminente destino. Hay una familia de chinos que ríe en una gran

mesa redonda.

Yaron se sienta frente a ti como si el sitio le perteneciera. Camisa blanca e hinchada con una cabecita de Medusa bordada en su pectoral derecho. Pulso tranquilo. Ojos pálidos que siempre inspeccionan con indiferencia.

—¿Sabes pedir? —dice al ver que miras el menú demasiado rato —. No, claro. Mejor lo hago yo. No quiero que acabes pidiendo cualquier mierda.

La broma es suave, como una caricia envenenada. Tú sonríes porque él quiere que sonrías. Te arrebata la carta de un zarpazo y ladra órdenes al camarero sobre tu cabeza.

—Te voy a dar a probar Wagyū —sentencia finalmente—. Apuesto a que no lo has comido en tu vida.

El camarero regresa con una reverencia y la carne chisporrotea en la parrilla. El humo se enrosca en el aire. Cuando crees que la carne se ha cocinado lo suficiente, te llevas un pedacito a la boca. Yaron te observa.

—Me gusta que no finjas. Se nota a la legua que has pasado hambre.

Sonríes de nuevo, tal vez para evitar que la tarde se congele.

Él se queda callado. Te mira con una lentitud quirúrgica.

Imita tu risa.

Sutil.

Casi imperceptible.

Sólo el movimiento de la boca.

Una parodia exacta.

—Eres tan tú —concluye—. Me gustas así, con tus detalles. Tu acento. Tu torpeza.

Intentas convencerte a ti misma de que es un piropo reflejado en un espejo de feria, pero sabes que no lo es.

Porque no es lo que dice. Es lo que hace que dejes de creer en ti un poquito más cada vez que habla.

Esa noche, cuando su lengua se abre paso entre tus labios de manzana de agua, mientras tu tripa y la suya aplauden cubiertas de

sudor, los Ecos te ofrecen una imagen que crepita detrás de tus párpados.

Un comedor con sillas de madera. Una tabla con panes trenzados sobre un mantel blanco, limpio. Un niño pálido de ojos grises. La voz de su padre entre carcajadas gruesas, imitando su tartamudeo frente a ocho hombres vestidos con largas levitas negras.

—Yo soy Ya-ya-ya-aron...

Un racimo de carcajadas. Y él, paralizado, tragando saliva. Aprendiendo que, si no se burla primero, se convertirá en lo que más odia: ese chaval tartamudo y débil del que todos se rieron. La risa de un niño convertida en estrategia de defensa ante el mundo.

Y ese niño, Nana, sigue ahí.

Y es así como aprendes a disculparlo.

A los pocos días pareces haberte acostumbrado ya al espejismo de oro líquido. Amaneces siempre cuando el sol ya ha devorado medio Bangkok, que allá abajo rumia como una bestia insomne. Te despiertas con el ronroneo grave de Yaron murmurando —¿disparando?— sus plegarias junto al ventanal del salón. Las palabras hebreas se deslizan entre sus dientes con la cadencia de un rito antiguo, seco, distante, como si hablara con un dios que jamás lo invitaría a su mesa.

Tú lo miras desde la cama, a través de la puerta entornada. Él está de pie, descalzo, la kipá ladeada sobre el cabello oscuro, el torso desnudo tallado a golpes de cincel. Acaba la oración y, sin mediar palabra, empieza su serie de flexiones en pica, como un animal encerrado que no puede permitirse el lujo de la calma. Cuando termina, se acerca a ti. No pregunta. Nunca pregunta. Te toma con la facilidad con la que se toma algo que ya le pertenece. Tus piernas se abren por reflejo y te odias un poco, sólo un poco, por lo fácil que ocurre todo. Sus manos son firmes, seguras, sin atisbo de ternura. Como si el amor —o eso que ahora tal vez se le parece— fuese más una forma de posesión que de deseo. Cierras tus ojos de luna rota para retener el calor, la presión, la urgencia con la que se abre paso en el coral de tu carne, la sensación exacta de

ser suya en ese instante atrapado en el tiempo y el espacio. Después, la ducha compartida. Suavizante con olor a almendra, jabón francés y sus dedos repasándote la espalda, midiéndote meticulosamente, revisando que sigues ahí, en una urna de su colección de mariposas.

Bajáis al coche poco después. Un enorme Lexus negro que parece flotar sobre el asfalto derretido. Yaron lleva gafas oscuras, las manos firmes en el volante. Tú te sientas a su lado, las uñas recién pintadas, las piernas cruzadas, un vestido de seda ligera que él te compró y que tú odias un poco, porque parece elegido para una muñequita de porcelana. El coche es una cápsula de cuero y cristal inmune a las estridencias de Bangkok y avanza por la serpiente infinita de coches que se ahogan en Sukhumvit. Aunque estáis atrapados en el atasco, en esa cápsula te sientes una emperatriz que levita muy por encima de las cabezas de los mortales. Las motos pasan rozando como cuchillas. Hace bien poco, montabas en ellas igual que un paquete de fideos. Hoy te resultan insignificantes. Es fácil acostumbrarse a la abundancia, pero difícil olvidar la miseria. En la radio suena un *jazz* denso, casi inaudible. Yaron no habla. Tú tampoco.

No puedes evitar preguntarte —por enésima vez— si este lujo es precio o recompensa. Si es precio, estás dispuesta a pagarlo. Si es recompensa, estás dispuesta a merecerla.

A las puertas del Delilah, Bangkok olvida que alguna vez fue fango y callejón. Al llegar al club, un tailandés nervioso e insignificante toma las llaves del Lexus y se lo lleva, y Yaron y tú entráis en esa enorme caverna de terciopelo como emperadores de la noche larga. Miss Lala os recibe con una reverencia y una carcajada de grulla. Los bares sudorosos de Soi Cowboy y los *farangs* de sandalias gastadas parecen existir en otro plano, tal vez en un planeta lejano y ruinoso. Pero allí, entre columnas de ónice, lámparas que parecen flotar ingrávidas como burbujas atrapadas en un sueño, no hay lugar para las ratas, el humo de la fritanga y las frases pomposas de la Dama del Vertedero. Las chicas visten seda negra ajustada al cuerpo, sin

escotes exagerados, sin brillos de baratija. Es esa vulgaridad cara, la que se disfraza de elegancia hasta que olvidas que sigue siendo vulgar a pesar de todo.

Los clientes —viejos accionistas japoneses, árabes perfumados de sándalo y oud, chinos que nunca sonríen— te observan con la avaricia de quien contempla una joya en el escaparate de otro.

Yaron sonríe y te besa el cuello, dejándote una estela de mariposas que reptan por tu nuca y se alojan en tus sienes.

—Aquí no pareces una campesina de bar. Eres una dama.

Su voz te lo susurra mientras recorres la sala con pasos titubeantes de principiante. La música, una corriente subterránea de *jazz* deformado, se desliza sinuosa por las paredes de charol. Las otras chicas —Mint, con su acento británico aprendido *online*; Fah, que dice haber salido en un videoclip de *K-pop*; Lalita, que fuma cigarros finos y no mira a nadie a los ojos— te evalúan en la distancia. Se sientan en sillones de cuero negro, se sirven copas de champán y se ríen bajito, como si nada fuese un secreto entre ellas.

Al principio, te sientes una intrusa de Isan con modales prestados. Pero luego lo entiendes, lo percibes en la corriente eléctrica de tu sangre: aquí no eres sólo Nana. Eres la Nana del Delilah. La Nana de Yaron. La Nana de cristal. Y eso significa algo. Algo que sabías que necesitabas.

Una ascensión. Una peana que gira allá, muy alto. Un salto de poder.

Y por primera vez en mucho tiempo, no te da miedo desearlo.

De las brasas del recuerdo de esos primeros días a su lado, rescato para ti aquella tarde en que Donut y Ploy pasan a buscarte para salir de compras. Fue la última tarde que pasasteis juntas, pero en aquel momento no lo sabíais. Estás recién follada y duchada, y comes gajos de *jackfruit* mientras las esperas, sepultada en el sofá, mirando vídeos en el móvil. Llaman al timbre del apartamento de Rhythm Sukhumvit como si tocaran una puerta de juguete. Dos veces. Y después, un golpecito más, suave, cómplice. Cuando abres,

Donut y Ploy están riendo ya. Una risa breve, casi contenida, dos niñas entrando a una casa ajena por primera vez. Donut lleva una camiseta con un oso de color rosa y sandalias de plataforma. Ploy, más seria, más alta, observa las paredes del pasillo esperando tal vez que en cualquier momento una de ellas empiece a hablar.

Yaron se asoma desde la cocina, descalzo, imponente, serio, un tótem con un vaso de cerveza helada en la mano.

—¿Son ellas? —pregunta, sin sonreír.

—Sí —respondes, y sientes la incomodidad atrapada en tu ombligo.

Donut lo saluda con un gesto tímido. Ploy tan solo asiente desde otro continente. Yaron las examina como si calculara peso, forma, intenciones o la forma de partirles la nuca. Como si fueran insectos desconocidos y no supiera aún si pican o sólo zumban.

—Vamos al Terminal 21, ¿vale?

—No tardes —dice sin molestarse en disimular el tono. Ni siquiera se despide. Te acercas a él para darle un beso en la mejilla. En ese momento, los Ecos te transportan por un breve instante a un comedor en una casa humilde de Jerusalén. La imagen se te mete entre las costillas como una ráfaga de humo frío. Tienes doce años. Y hay un chico —Elías o, tal vez, Gabriel, no lo sabes bien— que te pasa cómics por la verja del jardín. Los devoras como si fueran droga.

Tu padre está en el comedor. Ese mismo comedor. Un par de candelabros de plata preparados para encender las velas del *sabbat*. Una bendición enmarcada en la pared. Un libro de rezos sobre el aparador. El mantel blanco. El vino dulce. La mirada.

—No es de los nuestros.

Eso te dice. Con repugnancia. Una orden escrita en la médula.

Cuando se cierra la puerta, los altavoces Bang & Olufsen vomitan *Mother North,* de Satyricon, y hacen estremecer los cristales. No te parece un buen presagio.

Ya en el tren aéreo, Donut parlotea sin descanso. Ploy graba historias para Instagram. Tú finges reír con ellas. Pero hay algo dentro de ti que es un lastre anidado en tu bolso, en el móvil que vibra tres veces antes de que te decidas a mirarlo.

«Manda una foto».
Sólo eso.

Ninguna carita sonriente. Ningún «por favor». Ningún «¿cómo va todo?». Te apartas un poco. Te haces un *selfie* con las dos. Sonríes. Lo envías. Casi al instante, Yaron responde:

«Otra donde se te vea más».

Lo haces. Ahora te cuesta disimular que no estás con ellas, estás con él, en la distancia. En una cadena de plomo que arrastras a cada paso que das.
Ploy te mira de reojo.
—¿Todo bien?
—Sí —mientes.
—Ese Yaron parece muy intenso —murmura Donut—. ¿Siempre te escribe así?
Te encoges de hombros. No respondes. Cambias de tema. Cómo explicar que todo es cuestión de premios y de precios.

En Terminal 21 te pruebas una falda que no te gusta, pero finges que sí. Compras una blusa porque estaba en oferta. Parloteas más de la cuenta entre batidos de mango. Sonreís en un fotomatón y elegís una funda de Labubu para el móvil de Ploy. Para espantar la culpa, compras para Yaron la mejor cena que se te ocurre. Los fideos de aquella anciana que tiene su puesto en un callejón mortecino y que tantas veces comiste hace siglos, cuando eras una puta más en las aceras de Soi Cowboy. Al regresar, estás exhausta, pero limpia por dentro. Yaron está en el sofá, viendo algo en el Mac. No se gira al oírte llegar.
—¿Te divertiste?
—Sí.
—¿Y tus amigas?
—También.

Espera unos segundos. Cierra la tapa del ordenador. Te mira como si nunca le llegara la sangre al corazón.

—Tienes mal ojo, Nana.

—¿Para qué?

—Para elegir con quién te juntas. No te convienen. Están vacías.

—¿Vacías?

—Sí. Como dulces de gasolinera. Bonitos por fuera, basura por dentro.

Te muerdes la lengua. No dices nada. Intuyes que, si protestas, esa tarde inocente se convertirá en una lección que no te apetece recibir. Así que asientes. Como si entendieras. Como si estuvieras de acuerdo.

—Tú vales más que eso —añade él, y te acaricia la mejilla—. Tú tienes ambición.

Es en ese momento cuando descubres esa palabra, que ha sido tu amiga secreta durante tanto tiempo. La saboreas lentamente en el fondo del paladar. Prometes no olvidarla nunca.

—Mira... —dices, sacando el paquete envuelto en hojas de plátano, sonriendo para cambiar de tema. A modo de disculpa—. Lo compré pensando en ti. Era mi comida favorita cuando vivía con las chicas... Quiero que la pruebes.

Él levanta la cabeza. Parpadea.

—¿Qué es? —pregunta, con esa voz suya que siempre parece rozar la línea entre el interés y la sospecha.

—*Pad see ew* —respondes, creyendo innecesaria más explicación. Tallarines gruesos, salsa de soja oscura, cerdo caramelizado, ese aroma que a ti te recuerda las cenas cómplices en el piso de Khlong Maha Nak, las risas ahogadas en cerveza y el calor animal de las noches de abril.

Pero Yaron frunce el ceño. Lo abre. Olisquea. Y se aparta como si el vapor le hubiese escupido ácido.

—Pero qué cojones. ¿Es... cerdo?

—Sí... pero es...

—¡Fuera! —dice. Rápido. Como un disparo. Señalando hacia la puerta—. Sácalo de aquí.

Te quedas inmóvil. No sabes si lo has entendido bien.

—¿Qué?

—Que saques de aquí esa mierda —repite, y ahora su voz está hecha de acero helado—. Al pasillo. No quiero ni olerlo. No quiero verlo.

Las bolsas tiemblan en tus manos. Y tú con ellas.

—Pero... es sólo comida. Pensé... Me sentía mal por haberte dejado solo. Sólo quería...

—¿Te parece que traer un cerdo muerto a mi casa es un regalo? —te interrumpe, clavándote los ojos como alfileres—. ¿Sabes lo que significa para mí? ¿Te da igual?

Caminas hacia la puerta. Él no se mueve. Ni un centímetro.

Cruzas el umbral y cierras despacio, sin mirar atrás.

Ahí te quedas, Nana. En el pasillo desolado, con los tallarines enfriándose envueltos en hojas de plátano, preguntándote en qué momento te convertiste en la intrusa de tu propia vida.

Al cabo de un rato llamas tímidamente a la puerta. Yaron te recibe con algo que tal vez sea su versión de la ternura.

—Lo tiré —dices bajando la mirada—. No lo comí.

Te toma la barbilla y te besa largamente. Sus manos grandes se posan en tu pecho y su enorme cuerpo se aprieta contra el tuyo. Sin embargo, no hay urgencia. Clava sus ojos grises en los tuyos mientras contienes las lágrimas. Por un momento, no hay nada más en el mundo que esos ojos grises y cansados y ese oxígeno que respiráis el uno del aliento del otro. Vuelve a besarte, esta vez con más fuerza. Los Ecos te transportan a una calle larga y empedrada. Vas de la mano de un hombre vestido con una larga levita negra. Tienes siete años. La calle parece oscilar hacia el abismo y el suelo reluce como si estuviera hecho de ceniceros de cristal. Los cristianos aparecen de la nada, figuras recortadas y pegadas con engrudo en la caligrafía rota de la ciudad. Hombres de piel apergaminada, mujeres huesudas con los ojos hundidos en un azabache que apesta a moho. Se sientan en círculo junto a un muro sucio, tragando trozos de carne rosada y brillante, babeante, que chorrea grasa sobre sus dedos cuarteados. Muerden despacio, con la devoción de

un perro sarnoso, con la boca abierta, mostrando dientes tiznados como lápidas de cementerio.

El cerdo —*hazir,* tu padre lo susurra como un escupitajo— parece palpitar en sus bocas. La carne se mueve, respira intentando escapar; ellos la trituran entre sus dientes cariados mientras el niño de siete años no puede dejar de mirar. Las caras demacradas se giran hacia ti. Uno sonríe. Su boca es un agujero rojo que palpita pus. La carne se le escurre entre los labios. En algún rincón del cielo, el sol se apaga un segundo. Sólo un segundo. Y el sabor del cerdo te impregna la lengua, aunque jamás lo hayas probado.

—Son animales —sentencia el padre de Yaron, tirando de él hacia el vientre de Mea Shearim.

Esa noche en el Delilah, Yaron se desliza entre las mesas con la seguridad de quien nunca pierde. Cada cliente que entra recibe su media sonrisa, su palabra justa. Y luego te señala a ti.

—Nana —les dice, casi con reverencia—. La joya del Delilah.

Los ojos se giran. Se clavan en tus caderas. Te recorren. Pero esta vez eres la estrella de otro cielo que bajó por una noche al infierno. Yaron no te ordena nada, sólo te dedica un guiño leve, como si fueras su cómplice, su igual, la reina de su pequeña y reluciente patria. Su versión de la ternura ha regresado, sólo para ti.

Y entonces te mueves. Y, por un instante, Nana, todo gira a tu alrededor. La pista se abre como un océano y tú caminas sobre sus aguas. Los hombres —esos perros tristes de billeteras hinchadas— beben de las huellas de tus tacones. Sientes la electricidad en la piel, el vértigo dulce de saberse deseada sin ser tocada. Cuando te cruzas con Yaron al fondo, junto a la barra, él levanta su vaso hacia ti.

—Esta noche, todos te miran —te dice. Y tú le crees. Porque lo sientes.

Pero después, cuando el humo se espesa y el reloj se disuelve en la pared, él se acerca, sin sonrisa, sin aplauso. Te roza apenas la muñeca. Y al oído, con la voz más suave que la culpa, te dice:

—Me encanta cuando te crees lista. Es casi tierno.

El suelo tiembla, o eres tú.

Y en ese segundo, Nana, tal vez empieces a entender la trampa: el centro del mundo es un lugar al que Yaron te deja entrar sólo cuando le conviene.

* * *

Días más tarde, el Delilah se transforma. Miss Lala corretea frenética, frotándose las manos de gallinácea y dando órdenes de saltamontes con su voz de flautín. Nadie parece prestarle atención. Entran cajas rebosantes de botellas, cortinas nuevas, guardaespaldas de traje oscuro con audífonos invisibles y ojos de insecto. Chicas de agencia traídas para la ocasión revisan el vestuario en silencio. Una maquilladora tailandesa muda esparce polvo dorado sobre los hombros de una gogó deslumbrante con el gesto concentrado de quien prepara un sacrificio.

Tú estás sentada en el camerino con la cara aún sin terminar, el escote cubierto por una capa de plástico. Yaron entra sin llamar. Camina hasta ti. Te pone una copa en la mano sin preguntar si quieres beber. Te mira en el espejo como si fueras un objeto que acaba de decidir cómo usar.

—Quiero que seas la chica que lo recibe —dice con gravedad.

—¿A quién?

—A él.

No hace falta decir más. Kirae. El ídolo. El chico que llena estadios y tiene un ejército de fans que lo adoran cual dios de mandíbula perfecta. Va a entrar por esa puerta, va a sentarse en ese sofá de cuero que huele a mil noches y va a esperar que todo esté a su altura.

Y tú vas a ser lo primero que vea.

Un racimo de cámaras deslumbra con sus flashes cuando se detiene ante su puerta una limusina gigante. Las luces respiran en tonos azules y rosas; el suelo brilla como la piel recién lustrada. Las

camareras llevan lencería de encaje blanco. Los cócteles están decorados con pétalos de flores y láminas de oro.

Yaron te da instrucciones como si adiestrara a un perro.

—No lo mires como una fan. Sé tú, pero no demasiado. Usa el acento de pueblo. El acento los mata.

Entras en el reservado con una bandeja de cristal, las piernas enfundadas en largas botas de látex y un vestido translúcido que refleja el azul de los focos y permite adivinar el latido de tus pezones. Él ya está ahí. Rodeado de amigos bellísimos, maquillados, tatuados, que ríen como espectros que no tienen que respirar el mismo aire que el resto del mundo. Cuando te ve, se calla. Todos se callan. Hay un segundo de alquitrán.

Y tú sonríes como te enseñaron. Como has aprendido. Como si nunca te hubieran follado con una pistola. Como si nunca hubieras aspirado el humo de los campos ardientes de Isan.

—*Welcome to Delilah* —le dices, y Kirae asiente.

A las puertas de Nana Plaza hay un ejército de niñas con pancartas, móviles en alto, ojos húmedos de idolatría. Dentro, en la última planta, el Delilah se convierte en una cámara sellada de deseo en estado líquido. El aire huele a champán, a maquillaje coreano, a laca, seda, marihuana de importación. Los sillones vibran con el bajo caliente, con los sintetizadores que se derriten en los oídos como chocolate de Dubái.

Kirae está sentado en el centro, en un sillón que parece el trono de un videoclip. El pelo blanco ceniza, los ojos delineados con una crueldad perfecta. Tiene una belleza que fatiga, una luz demasiado brillante que no se puede dejar de mirar.

Yaron no se mezcla.

Está al fondo, observándote.

Con los brazos cruzados.

Con un gesto que dice «todo esto es mío, pero os voy a dejar jugar».

La música sube, pero ya no se reconoce: es una vibración densa, sintética, sin compás. Hay piel mojada sobre terciopelo, uñas

pintadas que arañan vasos de cristal, besos que se dan personas que no recuerdan sus nombres. En el centro, Kirae se ha quitado la chaqueta. Camisa abierta, clavícula blanca y perfecta, decorada con una fina cadenita de oro. Ríe con los ojos entornados, convertido en una máscara. A su alrededor, los miembros de su corte se turnan para estar cerca de él, como si su presencia irradiara calor, como si tocarlo fuera la promesa de algo sagrado.

Y entonces, uno por uno, empiezan a desaparecer.
Primero, un chico de cabello azul.
Luego el representante.
Luego un bailarín con un abanico negro.
La sala trasera los engulle sin decir palabra.

Yaron te toma del codo.
—Llévales esto.
Te entrega una bandeja plateada. Un cuenco con una montaña blanca de deseo sintético. Toma un pellizco con los dedos y lo lleva a tu nariz. Aspiras rápidamente y tu corazón da un vuelco que empieza a resultarte familiar. Te limpia el bigote con el pulgar y te da una palmada en el culo para infundirte ánimos.

La cortina está caliente.

Al otro lado, una maraña de cuerpos rodea la cama de hormigón. Parlotean, ríen, se morrean, se soban, aguardan su turno y observan, hipnotizados.

Sobre la cama, hay una muchacha birmana demasiado joven y de cuerpo menudo, con los ojos cuajados de terror. A pesar de la máscara del miedo, sigue teniendo la misma belleza incandescente que hace bien poco iluminaba los campos de Maungdaw. No existe para el mundo y seguramente ni ella misma sepa cómo ha acabado aquí. Está firmemente atada de pies y manos, con las piernas muy abiertas como un conejo degollado. No te hace falta tocarla para que los Ecos te digan que esta noche desaparecerá para siempre.

A esta hora su coño ya empieza a rebosar.

Esa estampa se aloja dentro de ti convertida en un nido de arañas venenosas. No dices nada a Yaron. No sabrías cómo. Cuando regresáis a casa, después de follarte sin mediar palabra, duerme boca arriba, una pierna fuera de la sábana, con las manos apretadas contra sus oídos. Tú no puedes conciliar el sueño. Te levantas en silencio, caminando descalza hasta el salón. Te hundes en el sofá con su teléfono móvil encendido en la cara, buscando cualquier cosa que no sea el recuerdo de la niña birmana, que insiste en regresar una y otra vez. Desbloqueas su teléfono siguiendo el patrón que él insistió que usaras en el tuyo también, porque la confianza lo es todo, Nana: «Arriba a la derecha, abajo a la izquierda, línea recta al centro, gancho hacia abajo».

Es un patrón que dibuja una especie de letra hebrea invertida, como un *resh* retorcido. A él le gusta porque nadie lo hace sin pensarlo. Porque no tiene forma aparente. Y porque, en su mente, sigue la trayectoria de un disparo: apunta, baja, ajusta y remata.

Empiezas a mirar sus fotos. Las guardadas, las antiguas, las que aparecen con nombres sin apellido y fechas borrosas. Una en la playa. Otra en un templo.

Una chica blanca de pelo corto y de un rubio metálico, sonrisa tranquila, tatuaje en la clavícula. Está en varias. Siempre con él. Siempre tocándolo, reclamando su cuerpo sin rendir cuentas a nadie.

No sabes qué te lleva ahí, pero llegas. Hay una carpeta. Se llama «Langkawi». Fotos, vídeos cortos. Él rozándole la cara con una ternura que no conoces ante una enorme estatua de un águila. *Selfies* con descaro en un bar frente a una playa dorada. Ella riendo desde dentro, con una risa que no teme desaparecer. Pero desapareció. No hay nada reciente. No hay finales. Sólo una ¿pausa?

—¿Quién es? —preguntas cuando él entra al salón, arrastrando los pies, el pelo revuelto.

—¿Qué haces despierta?

—¿La conocías desde hace mucho?

Tarda. Se pasa la mano por la cara. Mira la pantalla. Frunce apenas el ceño. No se sienta.

—Era otra etapa.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

Silencio. Esa forma de no decir nada que pesa más que cualquier respuesta.

—Es tarde, Nana. Deja eso. No sirve de nada.

—¿Dónde está?

—La gente se va. No todo tiene que ser un drama.

Ahí. Esa frase. Como una losa. Que te aplasta sin elevar la voz.

—¿Quién era?

—No empieces, por favor.

Regresa a la habitación envuelto en un halo de fastidiada indiferencia. Te quedas atornillada al sofá con el móvil encendido, los ojos clavados en el fantasma de esa mujer que existió antes que tú, pero cuya presencia flota en el aire, entre los dos. ¿Y si vuelve? Regresas a la habitación determinada a hacer desaparecer esas fotos de su móvil y de su vida para siempre. Reptas por la cama como una cobra y te sientas sobre él. Lo besas suavemente. Buscas su lengua en la oscuridad.

—Para —dice sin mirarte a los ojos, observando un punto indefinido entre tu oreja y el techo.

Emplea ese tono entre paternal y distante que ya habías oído otras veces, pero nunca tan cerca, nunca con tu cuerpo todavía latiendo sobre el suyo, nunca con tu piel aún caliente de él. Quieres preguntarle mil cosas, pero las palabras quedan atascadas en la garganta, donde se mezclan con saliva y una rabia que no sabe por dónde escapar.

—¿Qué...? —intentas.

—Chica —interrumpe, como si anticipara la pregunta—, no siempre te necesito.

Lo dice como quien deja caer una cerilla sin mirar, sin malicia, sin saber que el suelo está empapado en gasolina. Sin saber que no puedes huir del incendio porque el incendio eres tú.

Te tumbas de lado, finges buscar un cigarrillo en la cajetilla que reposa sobre la alfombra de Versace. No lo fumas, pero esa noche habrías aspirado cualquier cosa con tal de alejarte del aire que te rodeaba. Él se incorpora un poco, apoyado en un codo. Sonríe, suave.

—No tienes que probarme nada. Ya estás aquí. Eso es suficiente.

Pero no lo era. No para ti.

Precio. ¿Y si la chica vuelve?

Después, se levanta. Se pone los calzoncillos. Busca el teléfono. En el reflejo del espejo de cuerpo entero ves tu espalda: marcada por la expectativa. Te quedas tumbada, desnuda. Esperando un premio en forma de caricia que no llega. Una palabra que no sabías que necesitabas. Pensando en qué precio deberías pagar la próxima vez para que él tuviera que necesitarte y borrara de su mente a la chica blanca del tatuaje en la clavícula. Por si vuelve.

Esa semana aprendiste a hacer su trago favorito sin que te lo pidiera. Cambiaste el perfume por uno más cítrico, más fresco. Comenzaste a reír en sincronía con sus bromas, incluso cuando no las entendías del todo. Te sorprendiste ensayando respuestas frente al espejo del baño del club, observando en el reflejo a una actriz que no quiere perder el papel de su vida.

—Estás distinta últimamente —dice él una noche, mientras compartís un *khao niao mamuang* en la calle, el plástico de la mesa pegajoso por el calor.

—¿Para bien?

—Para diferente.

Silencio. Tráfico al fondo. En otro planeta, una rata flaca saltando sobre un contenedor.

—¿Y eso qué significa?

—Nada. Sólo que lo noto.

Yaron no tenía que decir más. Su poder estaba en no decirlo. En dejar que tú imaginaras. Que tú interpretaras. Que tú corrigieras.

Una semana después, él sabe hacerte la mujer más feliz del mundo. El premio que llega al fin tras todos los precios que pagaste.

Phuket vibra bajo tus pies descalzos, Nana, con ese susurro de jungla y espuma que parece inventado sólo para ti. Las montañas tienen un verde intenso y el mar es un vaivén quedo, un arrullo casi humano. Yaron camina a tu lado con la calma del que siente que el mundo entero le pertenece, y tú —ahora lo sabes, aunque no lo diga — eres el eje de ese mundo suyo. Sus dedos se enredan con los tuyos como las raíces de los árboles que abrazan los templos cuando nadie los mira. Por una vez, tan solo piel y silencio.

Camináis por la playa de Kata. La espuma del mar de Andamán os roza los tobillos y sientes que todo a tu alrededor se pliega, que el tiempo deja de importar, que en ese instante —ese exacto instante— ya no eres ni puta ni camarera ni campesina ni la sombra que eras en Bangkok. Él te lleva en moto por las curvas de la costa y su risa se mezcla con el canto de las cigarras. Cuando la lluvia de la tarde anega la carretera, os refugiáis en una parada de autobús con otras cuatro motos que esperan a que escampe. Una anciana de cara de trapo te dice:

—Te has buscado un *farang* bien guapo. Si yo tuviera tu edad, te lo robaba.

—Tenga cuidado, tía —responde Yaron guiñando un ojo—. Que este *farang* entiende tailandés y hay hombre de sobra para las dos.

Os reís los tres y vuestra risa compite con el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado de chapa.

Dormís en un bungaló frente al mar, el techo de palma, las sábanas huelen a coco y a madrugada fresca. Yaron te espía mientras duermes. Tú finges no saberlo. Te abrazas a su torso como si fuera la tierra firme después de una travesía demasiado larga. La curva de su espalda se convierte en cuna y te protege tanto que sólo necesitas unos minutos abrazada a ella para conciliar un sueño sereno.

La noche cae en Patong y bailáis descalzos sobre la arena. Yaron te toma por la cintura y, cuando te besa, el sabor del ron se mezcla con el salitre del mar.

—Eres mía. No hay marcha atrás.

Y así sucumbes a la trampa más hermosa de todas: la felicidad puede ser real si decides no pensar en el mañana.

* * *

—Recibimos el dinero. Wut está bien. Krarok está bien. —Luego un breve silencio de quien sabe las cosas, pero tiene miedo de decirlas en voz alta—. Ten cuidado.

PODER

En el baño, Yaron ha hecho dos hileras blancas y perfectas sobre la pantalla de su iPhone. Son rendijas hacia otro mundo. Enrollas un billete de quinientos bahts que cada día que pasa te parece más y más pequeño, y te inclinas sobre el mármol negro, apartándote el pelo. En un instante, el mundo se ha convertido en luz estallando y rebotando contra las paredes, en música que perfora la piel y se instala en tus huesos con un latido ajeno. Sin apenas darte cuenta, estás ahí arriba, encaramada en la tarima que gira, con las largas botas de charol brillando bajo los focos, la falda demasiado corta, la piel cubierta de sudor caliente, las pupilas dilatadas hasta el infinito. Desde lejos, distingues a Yaron, que te mira largamente desde la barra. Fijas tu mirada en él, entreabres los labios y pasas la lengua lentamente por los dedos. Luego, los alojas en tu entrepierna y rozas con ellos el tanga de látex, sin apartar la mirada. Sonríe.

Y ellos te miran.
Todos te miran.

El poder trepa por tus piernas transformado en un cristal de azúcar y arsénico y se agazapa en tu coño bullendo con la intensidad de un sol. Sigues bailando y sientes el aire espeso vibrar contigo, convirtiéndote en el epicentro de un terremoto de carne y de deseo. Ahí la tienes, tu vieja amiga la ambición, cuyo nombre ya no piensas olvidar nunca. Hay billetes de mil bahts arrugados en el suelo, hay bocas abiertas, ojos escrutando cada movimiento de tus caderas. Jugueteas con sus ojos, con su deseo, con su hambre. Un roce leve de tus dedos sobre tu muslo izquierdo y el aire se tensa y se carga de electricidad estática que viaja enloquecida desde la

punta de tus pies hasta la de tus pezones erizados. Una sonrisa que dibujes a medias es capaz de detener en seco el tiempo.

Miss Lala te observa con ojos hundidos y la envidia del que ha reconocido al fin que su cuerpo se ha dado por vencido.

—Ese cliente era mío, cariño... —murmura con nostalgia—, cuando era joven me hubiera llevado a los tres.

Ahora los tres podrían ser tuyos con un simple parpadeo.

Eres una diosa de neón, una reina de los coños, un espejismo de nácar y coral en este circo de humo y de lujuria. Las otras chicas bailan también, pero ahora eres tú quien brilla, tú eres la que manda aquí, en este instante. Con una simple caída de tus párpados cubiertos de purpurina podrías obligarlos a arrastrarse hasta el escenario, suplicar humillados por un poco más de lo que ya les das. Y ellos lo saben. Lo aceptan. Lo sientes en la electricidad estática que vibra entre tú y ellos, en el deseo que se condensa en sus gargantas como un nudo apretado. Son sombras con ojos, inmóviles, rendidas a tus caderas y tus tetas.

No puedes renunciar a esto, Nana. No puedes. El mecanismo del deseo no es lineal ni tiene estaciones. Es un motor oxidado, pero infatigable, que chirría melodías de poder y sumisión al mismo tiempo. Bailas para verte desde sus ojos y comprobar que existes. *Existes.* En ese instante, mientras te contorsionas envuelta en luces estroboscópicas y el sudor de aceite sagrado resbala por tus muslos, te sientes diosa y mercancía, bruja y vitrina, y eso te atrapa. El premio es la suspensión del mundo a tu alrededor, es flotar sobre los mortales en una burbuja llena de billetes. Y el precio... el precio es tan pequeño, tan ridículamente bajo, cuando lo comparas con ese instante de levitación sucia, ¿verdad?

Tienes cada día más hambre. Un hambre mineral. Química. Agónica. Una pulsión que arranca desde tus talones y escala febril por la espina dorsal, reventando neuronas como si fueran granos frescos. Quieres dinero. Dinero para fundírtelo en la sangre, inyectarlo entre tus dedos, aspirarlo con la fruición del que huele la

ropa de alguien que murió hace tiempo. Quieres que el dinero te habite, que anide en tus órganos como un parásito dorado, tibio, casi maternal. Una larva de poder que crece alimentándose de ti sin que opongas resistencia.

Cada célula de ti entiende algo que tú aún no: que el yo es una máscara prestada, alquilada por horas en la oficina de las identidades. Y el alquiler se paga. Siempre se paga.

Pagas por existir mañana. El hambre no se sacia.
Porque el dinero no es algo que quieres. Es algo que te quiere a ti.

Te posee. Te vigila desde dentro.

* * *

La casa es ahora un barco. Flota en un océano espeso de sopa hirviendo. Las paredes gotean salsa de pescado; los cuadros tiemblan colgados de clavos que parecen uñas humanas.

Tu cuerpo es joven, pero sientes en él el dolor de tus rodillas viejas. Estás de pie frente a él. El hombre. Tu hombre. El que te dejó preñada y luego se fue a beber. El que volvió apestando a otras mujeres. Todavía no estás enfadada. No todavía. Estás cansada, porque has parido un mundo entero y nadie te ha dado las gracias.

—¡Te dije que no fueras!

—¡No soy una esclava para obedecerte!

Tu voz suena doble, como si tú y tu reflejo hablarais a la vez en el fondo de una sartén muy caliente.

Él no responde. Mastica algo invisible. Tiene los labios manchados de betel y los dientes tiznados de sombras rojas. Lleva puesta la camisa azul que guardaste después del funeral, pero salpicada de barro. O de placenta. No lo sabes.

—¡Todo el mundo lo sabe, zorra! ¡Hasta los perros te huelen la mentira!

—¡Mejor oler a mentira que a derrota, imbécil!

Las palabras son peces muertos flotando panza arriba en un lago salado. Todo se inunda. El arroz crudo llueve desde el techo. Los armarios se abren solos y de ellos salen volando fotos que no recuerdas haber tomado: tú con las piernas abiertas, tú con un cenicero de cristal en la mano, tú llorando dentro de una olla, tú pariendo en una cloaca.

Entonces él lo hace.

Toma la botella. Dentro, hay leche agria y algo que podría ser tu nombre escrito con una hilera de hormigas. Es un objeto de cristal muy caro de propósito incierto y aristas cortantes.

El tiempo se resquebraja. Las ventanas se llenan de muslos. Hay un gallo que canta desde la cocina y su canto es un insulto.

El lanzamiento es lento, majestuoso, inevitable. No te mueves. Ocurrirá hagas lo que hagas. Entiendes que este momento es castigo, violencia, rito, pacto. Un diapasón vibrando desde mucho antes de ti. Desde tu madre. Desde tu abuela. Desde la primera mujer que supo que amar a un hombre de sangre sucia era lo mismo que alimentar una bomba.

Despiertas jadeando.

El sudor te ha pegado las sábanas a la piel con el tacto de las promesas rotas. Miras el techo. Y, por un instante, crees que sigue lloviendo arroz.

* * *

El día en que cumples seis meses en su casa, Yaron te sorprende con una cajita negra sin lazo ni ceremonia. Un premio inesperado. La saca del bolsillo con la parsimonia de quien entrega un pedazo de sí mismo y espera que lo recibas sin hacer preguntas. Tú estás sentada en el suelo, comiendo mango maduro con las manos, el jugo resbalando por las muñecas.

—¿No vas a comer nunca como una persona?

Te mira un segundo y te lanza la cajita, suavemente, como si fuera una piedra y no lo que parece significar.

—Para ti —dice.

Vas a cogerla con los dedos pringosos, pero él emite una leve corrección, un suave bufido, apenas perceptible. Te limpias las manos con una servilleta de papel y la abres. Es un anillo dorado, con una piedra oscura en el centro, pesada como una bola de presidiario. Él se sienta frente a ti. No sonríe. Sólo espera. Tú estás tan sorprendida que no sabes reaccionar.

—¿Sabes qué es eso? —pregunta.

Tú niegas con la cabeza. Él hace una pausa. Le gusta que no lo sepas.

—Claro. Qué vas a saber, eres una campesina sexy. Es oro. La piedra es birmana. Jade imperial. Se lo compré a un anticuario de Rattanakosin por una pasta. Dijo que era para proteger a la mujer que lo amaba. Supongo que ahora te toca a ti.

Se inclina, te lo pone en el dedo. El anillo te aprieta con la firmeza de un candado.

—Ahora ya tienes algo mío —dice, mirándote fijamente a los ojos.

Tú te quedas un buen rato admirándolo sin saber qué decir. Él te observa mientras lo haces. No te pregunta si te gusta. No le importa.

—No lo pierdas —añade—. O pierdes algo más que el anillo.

No es una amenaza. Lo dice con esa calma suya que corta más que las hojas del maíz.

Sigue sentado frente a ti, las piernas cruzadas, los codos sobre las rodillas, el cuerpo en calma de un animal antes de saltar. El anillo pesa más de lo que parece. El jade oscuro atrapa la luz, la engulle, la esconde. Él te observa en silencio.

—¿Sabes lo que me jode? —pregunta de pronto, sin moverse—. La gente que necesita pruebas. Los que preguntan todo el rato.

Tú no respondes. Sientes el dedo entumecido. La piedra te enfría la piel.

—Confianza no es cuando todo va bien —sigue—. Confianza es cuando no entiendes nada y aun así eliges quedarte. Esto no es por amor. Es por eso. Porque si estás conmigo, tienes que estar ciegamente —traga saliva—. ¿Puedes hacer eso? ¿O vas a ser como todas las demás, que empiezan abriendo el coño y terminan dando un portazo?

—Yo...

—No me digas que me quieres —te interrumpe—. Eso lo puede decir cualquiera. Lo que quiero es que cuando te parezca torcido o esté lleno de mierda, confíes sin preguntar.

El aire pesa más de la cuenta.

—Porque si empiezas a dudar, si empiezas a poner condiciones, si haces lo mismo que todas... entonces no me sirves.

Te toma la mano, la del anillo, con firmeza.

—Dime que lo entiendes. Dime que no me traicionarás.

Tú no sabes por qué te sientes marcada.

Pero lo estás.

Y lo sabes.

Y él también.

Esa noche, cuando regresáis del Delilah, el cielo de Bangkok se tiñe de relámpagos. Cuando llegáis al apartamento, se ha ido la luz. El aire está muy quieto, con la quietud espesa de las cosas solemnes. Te desvistes en la penumbra, mientras por las ventanas se cuelan garras de luz arañando las nubes.

El salón está oscuro.

Yaron está ahí, sentado en el suelo, junto al ventanal.

Una botella de ron medio vacía descansa a su lado y el vaso en su mano parece una extensión de su cuerpo. No fuma. No habla. Sólo mira hacia los relámpagos, como si el corte de luz hubiera apagado algo también dentro de él.

Sus ojos grises parecen cubiertos por una cortina de gasa pálida.

—¿Estás bien?

Él no gira la cabeza.

—Cuando era niño... mi madre se encerraba en el baño con la luz apagada —dice, con voz de piedra mojada—. Me decía que necesitaba silencio. Que yo no debía molestarla.

Una pausa. Larga. Dura.

Te acercas, despacio.

Entonces él levanta una mano.

Una barrera invisible.

—No quiero hablar. Sólo quédate ahí. Callada.

Obedeces. Porque no sabes qué más hacer. Suena un trueno lejano.

Te quedas a pocos pasos, quieta.

Tus pies se enfrían en el mármol.

Él bebe. Un trago lento. Otro.

Pasa el tiempo. No sabes cuánto. Podrían ser minutos o una eternidad.

Entonces, sin girarse, sin mirarte, dice:

—Ven. Pero no digas nada.

Caminas hasta él. Te sientas a su lado.

Y él te abraza como si fueras un talismán. Un pedacito de humanidad que necesita para no disolverse en la penumbra.

Ese abrazo lo sientes como el más valioso de los premios.

* * *

—Recibimos el dinero. Wut está bien. Krarok está bien. —Luego un breve silencio—. ¿Vas a venir a visitarnos en *Bun Bang Fai*?

ISAN

En Korat, os detenéis un momento por el estruendo de los tambores. El aire está cargado de polvo, del aroma de la carne asada, las flores marchitas y los petardos. El festival de *Bun Bang Fai* irrumpe desordenado por las calles cuarteadas y las acequias resecas. Hombres con máscaras de narices enormes y la lengua fuera bailan al ritmo del *mor lam*, una música que se siente atronar en las vísceras más que en los oídos. Los cohetes resuenan aquí y allá para convocar la lluvia y convencer a Phaya Thaen, el dios del cielo, de que ya va siendo hora de dar a todos un respiro. Las mujeres giran con trajes cubiertos de lentejuelas, con los brazos de pájaros enloquecidos pintando el aire. Los cohetes surcan el cielo con estelas largas y salvajes, uno tras otro, entre gritos, apuestas y oraciones quebradas. Se aplaude el que más sube, el que más dura. Uno sólo escupe humo y se desinfla en tierra, y la multitud no perdona: el creador es atrapado entre risas, arrastrado al barro, empapado, coronado con restos de arroz y de cerveza.

Llegáis al pueblo cuando el sol todavía cae oblicuo sobre los arrozales, tiñendo los juncos de la meseta de una débil pátina de oro viejo. La sequía ha cuarteado los campos y ha cubierto de tierra reseca los caminos y los tejados. El Lexus de Yaron, un monstruo negro y brillante, tapizado de cuero y de arrogancia, levanta una densa nube de polvo que se posa untuosa sobre los gallos famélicos, las bicicletas oxidadas y los niños desnudos que juegan acuclillados con tapones de botella. Al bajar, sientes el aire seco de tu infancia golpearte en la cara como una bofetada. Un aire cuajado de moléculas de estiércol, de pescado seco, de ropa tendida al sol, de nostalgia y también de humo.

Yaron sale del coche sin apuro. Dedica a su alrededor la mirada de alguien aburrido que evalúa una propiedad que no vale nada. Te toma de la cintura con esa mano que todo lo posee, pero que aquí, entre gallinas raquíticas y plástico quemado, parece provenir de otro mundo. Tú te separas suavemente. Aquí no puedes ser la mujer que lo folla a cuatro patas en un piso de Rhythm Sukhumvith. Aquí sigues siendo la hija.

La niña que se fue.

Tu madre sale corriendo, secándose las manos del agua del río. La cara curtida, el gesto tierno. Es un pequeño duende maltrecho al lado de Yaron y su enorme todoterreno. Parece hecha de plumas de pájaro y yute reseco. Te abraza con una fuerza inmensa y te envuelve con un perfume que huele a sacrificios, a ropa recién planchada con carbón, a flor de jazmín recién cortado. Te habla en voz baja, con los ojos húmedos, pero sin perder la cara, sin saber si celebrar o si pedir perdón.

Ya hai sia naa.

Wut te recibe desparramado en los escalones de la entrada con la sonrisa torcida y los ojos bizcos. Se ríe, se sacude, os abrazáis con ternura. Y tú, Nana, lo sigues amando, aunque las luciérnagas que revolotean ahora a su alrededor sean de color azul y gris y no blancas como siempre. Krarok corre con la despreocupación de un cachorro feliz. Te llama por tu nombre antiguo, con esa pronunciación que tenía cuando aún no sabías pintarte los labios ni mentir sobre la tarima. Se sube al coche de Yaron, toca los botones, dice que es un avión. Yaron lo mira con una media sonrisa que se disuelve rápido.

Ambos han crecido un poquito. Mamá está un poco más vieja. En cambio, la casa está igual. Detenida como una fotografía pálida en este universo famélico. Los listones de madera, la cortina de cuentas, el ventilador manco, el altar solemne, el tufo acre, el tejado de zinc.

Pero ahora te parece más pequeña.

Ha encogido. O tal vez eres tú la que ha crecido de forma extraña.

Mamá ha cocinado todo el día. *Som tam*, *laab*, arroz, caldo de verdura con hierba limón. El aroma de las fiestas de tu infancia te golpea con un deje de ternura y un pellizco de nostalgia. La mesa está cubierta con un mantel de plástico. Los platos no combinan. El amor sí.

Yaron se sienta con gesto educado, pero no toca nada durante largo rato. Sorbe apenas el cuenco del caldo, hace una mueca imperceptible. Tu madre lo observa con la devoción que se siente por los dioses caprichosos. Él pregunta si hay agua embotellada. Acepta una cerveza que mamá compró sólo para él. Por un momento, te aterra que, al ver el agujero de donde has salido, deje de desearte.

Comes en silencio. El *som tam* pica como un castigo.

Miras a tu madre.

Lo miras a él.

Y algo dentro de ti se rasga.

Un hilo tenso que empieza a romperse.

La vida nueva y la vieja no caben en un mismo cuerpo.

Y te das cuenta de que has perdido algo en el camino y que no sabes si podrás recuperarlo. Si querrás hacerlo. El precio a pagar por el premio.

Pero como siempre queda cobijo en el alma para la ternura y para la melancolía, cuando la noche llega, vas al cuartito que está al lado de la entrada para arropar a Wut, como hiciste tantas veces en aquella vida tan lejana. Su camita es una caja de madera con un colchón delgado, relleno con cáscara de arroz, que cruje cuando se mueve, invitando a sus sueños a hablar en murmullos de campo. Lo arropa una sábana deshilachada con dibujos de elefantes que hace tiempo perdieron el color.

Te mira con ojos de niebla. Tiene una pierna más corta, la derecha, y el pie se retuerce hacia adentro intentando esconderse

del mundo. Sus manos se enroscan en los bordes del colchón. Su aliento es rítmico. Inocente, en apariencia. Te arrodillas junto a él, acaricias su frente, pero su mirada cambia de repente. Su mano derecha se acerca con torpeza a uno de tus senos y lo aprieta con urgencia. Emite el gemido quedo de un animal en celo y su mano izquierda comienza a rozarse la entrepierna. Los Ecos estallan como fuegos artificiales a tu alrededor. Y te ves como te ve Wut ahora. Un espectro palpitante, una fruta abierta, un relámpago sordo en su columna vertebral, tus tetas latiendo, tu coño húmedo, tu piel cálida, tus labios rezumantes de saliva, calientes, suaves, febriles, una masa de carne jugosa, tórrida y convulsa que él folla torpemente en sueños. En la bruma pálida de los Ecos, Wut te monta como a una gata babada sin que tengas escapatoria. A este lado del espejo, sigue frotándose la entrepierna con desesperación y sus ojos brillan ahora atrapados en la raja de tu pecho con furia y con lascivia. Te incorporas espantada y sales tropezando de la habitación, dejando a tu espalda un rosario de graznidos secos.

Esa noche sueñas de nuevo con la abuela. La casa no está. O está, pero no donde debería. La madera cruje y flota. Los muebles se desvencijan con parsimonia. El reloj tiene manecillas que son cigarras alargadas y nerviosas. Y tú, mujer de trenzas gruesas y tobillos hinchados, sabes que estás soñando porque flotas sin llegar a caerte.

Tu voz vibra en el tambor de tu cuerpo.

—¡No soy una esclava para obedecerte!

Y ahí está el abuelo Chaiya, otra vez. Una sombra de licor barato. La cara que casi habías olvidado, sin arrugas, llena de furia sin edad. Tiene la camisa sucia y los ojos gélidos de un perro rabioso.

La sala gira muy lentamente sobre su eje. La mesa se estira y se encoge. Las tazas ríen entre sí en voz baja. Una cucaracha gigante cruza veloz el techo y te guiña un ojo. No sabes si estás despierta, si estás viva o si todo esto es el anverso de la bruma de tu memoria.

—¡Todo el mundo lo sabe, zorra! —grita él, con ese crepitar que ha perforado tus tímpanos toda tu vida—. ¡Hasta los perros te huelen la mentira!

—¡Mejor oler a mentira que a derrota, imbécil!

Y te sientes grande. Una estatua. Una serpiente. Una torre. Porque en los sueños las palabras pesan más. Aquí no tienes miedo. Aquí la rabia es tuya. Brilla.

Pero entonces, él se agacha. Toma la botella.

Y algo cambia.

Despiertas anegada en sudor, pero el pecho enorme de Yaron hinchándose en la noche no te reconforta en esta ocasión. Lo observas en silencio, con los ojos cerrados, con ese gesto tan suyo tapándose los oídos en sueños silenciando un pasado umbrío.

¿Seguirá deseándote, ahora que ha visto el agujero del que saliste?

Por la mañana, camináis por los campos de arroz que en tu infancia parecían océanos interminables, pero que ahora se te antojan minúsculos. Tu madre avanza delante, con el paso firme de quien conoce bien la tierra, señalando búfalos y sembrados de yuca, contando anécdotas, riendo como si el tiempo no hubiera pasado por todos como una losa. Krarok salta a su alrededor como un perrillo suelto, repitiendo todo lo que ella dice, inventando herramientas con palos y piedras mientras empuja el carrito de Wut, que barbotea en su idioma propio cuajado de felicidad pura.

Y entonces lo ves. Un espectro del ayer.

Tee.

Caminando por el borde del camino, con una bolsa de plástico en la mano y el mismo andar despreocupado de entonces, pero más lento. O tal vez más tímido. La camisa arrugada, la cara curtida por el sol, apenas una esquirla de hueso deambulando en la nada. Tu corazón da un pequeño brinco.

Él también te ve. Tarda un segundo en reconocerte, pero cuando lo hace, su cara se ilumina con timidez. Te mira, inclina la cabeza y

sonríe con ese gesto que un día casi amaste, tibio, honesto. Levanta la mano un poquito, como quien saluda un vago recuerdo.

Tee ha encogido. En significado. Parece un personaje secundario y vencido que se ha desdibujado con el paso del tiempo. Un saco sucio de escápulas y fémures frágiles y sudados. Y, sin embargo, no puedes evitar sentir en el fondo del pecho una punzada de ternura. Los dos recordáis a un tiempo los besos furtivos y la cabaña abandonada al pie del bosque.

Mamá sigue hablando y en su mirada crees vislumbrar por un momento a tu vieja amiga la ambición, cuyo nombre ya has grabado a fuego en tu memoria. Y Yaron ni siquiera se da cuenta. Camina al margen. Imponente. Una estatua militar en un altar de hierro. La camisa blanca remangada, los brazos cruzados, las gafas de sol ocultando sus ojos de acero. Cubre su mirada bajo un cristal opaco de indiferencia. Cada paso suyo por ese terreno seco, agrietado, es una coreografía de desdén.

Él no pertenece a aquí.
Y lo sabe.
Tú también.

Tu madre lo mira por el rabillo del ojo con orgullo mal disimulado. Ha visto el anillo de oro y jade imperial y la sonrisa no le cabe en la cara. En sus ojos lees que has triunfado. Que ese *farang* de mandíbula dura y mirada sin expresión es tu tabla de salvación. Le habla de ti en voz baja, mientras tú finges no escuchar. Le cuenta lo linda que eras de niña, cómo llorabas porque no te compraban un uniforme nuevo, cómo soñabas con florecer, le promete que eras la más inteligente y la más guapa de la clase. Que cocinas el *som tam* exactamente igual que tu abuela. Él asiente, sin entender del todo, o sin querer hacerlo. Krarok lo idolatra. Se cuelga de su brazo, le pregunta si sabe disparar, si ha estado en la guerra, si tiene una moto. Yaron responde que sí a todo con la ligereza de quien no le da peso a nada.

Wut te mira, con la boca entreabierta, y ahora sabes que no te reconoce ya.

Y tú, Nana, los empujas a todos por ese campo que huele a estiércol de búfalo y a una infancia que se disolvió en los vapores etílicos de un club de Bangkok.

Porque sí, los amas. Pero los ves tan pequeños. Tan ajenos.
Tan lejanos.
Y te odias por eso.
Te avergüenzas de tu vergüenza.

Y tú sabes que Yaron ni siquiera los juzga, porque, para él, no hay nada que juzgar: simplemente no existen. Y eso, más que todo, te duele. Porque, por un instante, temes que tú tampoco existas fuera de su deseo. Que lo único real en ti sea lo que él quiere que seas. Tu coño de nácar y coral, el contoneo de tus caderas, una muñeca bonita y estúpida que durará lo mismo que dure intacto el esmalte de su rostro.

Y que esta tierra, esta madre, este hermano sucio y ese otro de mirada limpia no tengan ya un lugar en la mujer que estás fingiendo ser.

* * *

El Lexus negro se traga la carretera como una serpiente de obsidiana. Tú estás sentada detrás, con el cuerpo tieso, tal vez sigues estando en Bangkok y todo a tu alrededor es una película proyectada para hacerte sentir culpable. Mamá se sienta delante, mirando desesperada a su alrededor para comprobar si por el camino se cruza con alguna vecina. Quería ir a la tienda a comprar cosas. Algo para el curry, tal vez. Azúcar. O sal. Una excusa. El trayecto es el espectáculo.

Yaron conduce con la mano izquierda sobre el volante y la derecha flotando, tocando en el aire un piano invisible. Mamá le pide que detenga el coche al pasar ante la señora Chalida, que está

removiendo estiércol rodeada de gallinas famélicas. Grita su nombre y la mujer levanta la cabeza sin saber muy bien de dónde viene la voz.

—Nuan, no te había reconocido en este coche tan bonito.

—Es del *farang* de mi hija —contesta mamá, dándole todo el peso posible a sus palabras.

—¿La de Bangkok?

—Saluda, Nana, saluda a la señora Chalida.

—¿Y a dónde vais?

—A comprar. Ay, qué tonta, no te he presentado. El *farang* de mi hija habla muy bien tailandés. Se llama Yaron.

—*Sawasdee kha*.

—*Sawasdee krap* —responde Yaron con su voz de tambor.

—Es un empresario muy importante de la capital —dice mamá, hinchada como un sapo.

Ambición.

La señora Chalida recorre de un breve vistazo la carrocería impoluta del Lexus, su tapicería de cuero, los brazos musculosos de Yaron tras el volante y sus gafas de sol de aviador. Es el tipo de mirada entrenada durante muchos años a base de espiar a las vecinas y sacar todo tipo de conclusiones sin que nadie apenas se dé cuenta. Sin embargo, sus ojos la traicionan y por una fracción de segundo revelan el rubor de una envidia infinita. Mamá está satisfecha: esta misma tarde todas las vecinas de la comarca tendrán en sus regazos un informe detallado del encuentro.

Al llegar al colmado, las viejas emergen de sus nichos como murciélagos viudos, escudriñando desde la sombra de los porches. El coche se detiene y el motor queda ronroneando con el gruñido de un animal negro que no quiere dormirse.

Mamá baja primero. Parece un pelícano extendiendo sus alas. Luego bajas tú y todas las miradas de babosa hambrienta se arrastran por tu cuerpo emitiendo juicios apresurados. Las mujeres cuchichean. Se inclinan para ver mejor. Algunas fingen ignoraros, pero todas os devoran con los ojos. Y luego lo ven a él.

Yaron.

Alto. Piel blanca. Camisa blanca. Gafas negras. Baja del coche sin sonreír. Eso le da todavía más poder.

Tu madre es un gato que se atusa satisfecho al sol.

Esa noche, en la cocina, mientras Yaron hace cuentas por teléfono con su *mamasan*, mamá remueve la sopa sin mirarte durante un rato. La cuchara de madera golpea el borde de la olla con un ritmo irregular que parece un corazón viejo, cansado de latir.

—No me da Ecos —te dice de pronto, casi sin mover los labios, tal vez hablando al caldo o a los espíritus del altar que crepita en el rincón.

Tú parpadeas. Pero ella sigue, la voz apenas un murmullo:

—Ni en los ojos, ni en la piel.

Entonces se vuelve y te mira. Esa mirada. Esa que usaba cuando eras niña y rompías algo y ella lo sabía antes que tú.

—A los hombres así, Nana... sólo se les sigue. Como a un río crecido. Como a una fiebre.

El vapor empaña el aire y la cocina se encoge.

—¿Lo quieres? —pregunta finalmente, con un deje de temor por conocer la respuesta.

Te quedas pensándotelo un rato largo.

—No lo sé.

—Quiérelo. Pero ten cuidado.

En la lejanía, el ladrido de un perro viejo y la respuesta de un sapo orgulloso.

—No hay Ecos —repite, negando suavemente con la cabeza—. Ten cuidado.

La habitación que tu madre os ha preparado huele a jabón de coco, a madera vieja. Fuera, en el arrozal, los grillos cantan su canción urgente y los gallos esperan impacientes el despuntar del alba. Hay una toalla doblada sobre la silla, un ventilador que gira lento. Yaron se quita la camisa sin mirarte. No hay palabras. Sólo esa energía suya que inunda el cuarto, densa, inevitable.

Cuando por fin se acerca, lo hace sin ternura.

Te toma de la muñeca, te pone de pie, te da la vuelta con firmeza seca. Levanta tu falda y te baja las bragas con urgencia. Te posee de pie, por detrás, sin decir tu nombre. Como si, al tomarte, se librara por un momento de su propio peso. Folláis como animales mudos. Su polla entra en ti con algo que te sabe a desprecio. Miras la pared donde cuelga una imagen de Buda riendo en su marco de plástico dorado. Una radio vieja. La cesta del arroz. La ropa colgada en clavos. La mosquitera inútil. Piensas en tu madre, durmiendo a pocos metros, soñando con nietos de piel clara y futuro rutilante.

Piensas en Wut ronroneando en sueños lascivos. En Krarok, que quiere ser fuerte como Yaron. En la abuela muerta.

Y en ti, que no sabes si existes en esta escena o sólo la contemplas desde otro mundo.

Cuando todo termina, él se aparta, se anuda los pantalones de lino y, sin mediar palabra, comienza a atarse las tiras de cuero en su brazo izquierdo. Su brazo más débil. Comienza a oscilar.

—Beyadkha afkid rují. Padíta otí Adonai, El emet...

Tú te cubres con la sábana de flores como si sirviera de algo. Te disuelves en sueños mientras lo oyes haciendo sus flexiones en pica.

—Ejád, shnáim, shlóshá, arbáá, jamishá, shishá, shivá, shmoná, tishá, asará.

Y seis semanas después, vomitando en el baño del Delilah, descubres que estás embarazada.

VIENTRE

Mírate, Nana. Sentada en el borde de la cama, las manos cruzadas sobre el regazo, una niña a punto de confesar un pecado. Llevas toda la tarde esperando en el piso de Rhythm Sukhumvit, envuelta en una bruma sorda de alegría casi supersticiosa, terror pálido, un atisbo de algo casi sagrado, un vértigo sereno.

Yaron entra con parsimonia, como siempre. Se quita la camisa, el reloj, la máscara. Esa noche los sonidos más cotidianos te resultan ensordecedores.

Hay un temblor invisible en las personas que no saben que su vida está a punto de cambiar. Un momento suspendido entre el antes y el después. Quien ya sabe observa al que no sabe, y el que no sabe respira ajeno a todo, como si el mundo siguiera girando indiferente. Los que saben observan al otro con compasión, vértigo, pánico, incertidumbre. Te recreas por un instante en la fragilidad de Yaron en su forma más pura: la de quien camina con confianza justo en el filo del abismo.

—Estoy embarazada —anuncias sin rodeos, antes de que el silencio se haga demasiado espeso para que las palabras se acobarden en tu garganta.

Él se queda quieto. Un segundo. Dos. No sonríe. No se enfurece. Sólo ladea un poco la cabeza, con el desconcierto del que contempla un cuadro que no entiende.

—¿Estás segura? —pregunta al fin, y su voz suena amortiguada como un rumor de fondo, sin interés, sin sorpresa.

—Sí.

Yaron se acerca, se sienta a tu lado. Te mira, pero no te toca.

—¿Es mío?

—Sí —no dudas ni un momento al responder. Lo sabes. Y él también.

—Bien.

Y en esa palabra no hay miedo, ni alegría, ni aceptación, ni reproche, ni eco. Sólo una especie de vacío calculado, como si ya supiera que esto pasaría o como si siempre hubiera contado con ello.

Luego añade, casi en un suspiro:

—Entonces, vamos a hacer las cosas bien.

Eso. Bien.

No pregunta cómo te sientes. No pregunta si es lo que quieres. Te mira con esos ojos suyos que no reflejan nada, que ven a través de ti hacia algún futuro que sólo él conoce. Por un instante, crees ver un Eco. Pero no en sus ojos. En los tuyos. En los tuyos, de luna rota. Reflejado.

Te ves obligada a ponerte el vestido negro, el de terciopelo que casi no te permite respirar, aunque el aire caliente de Bangkok se cuela por cada rendija del coche de lujo que Yaron alquila para la ocasión.

—Vamos a celebrarlo —te dice, con una sonrisa medida que parece comprada en una relojería suiza.

La terraza es una joya suspendida en el cielo. Una burbuja de lujo que flota sobre los esqueletos de hormigón. Es imposible no sentir el poder vibrando en el aire que respiras porque todo allá abajo —los tuctucs, las miserias, los mercados, los cables colgantes, los templos tapizados de musgo— se vuelve miniatura; un mapa borracho de luces y esmog. El suelo es de hormigón pulido y las mesas están vestidas con manteles blancos sin una sola arruga; iluminadas por farolillos de vidrio soplado que lanzan destellos dorados sobre los platos, bendiciendo cada bocado.

Os sentáis bajo unas palmeras enormes que tiemblan en la brisa cálida de la noche.

Él pide por ti. No te pregunta. Como siempre.

—Nada crudo. Nada picante. Nada con ajo —le susurra al camarero, como si tu estómago fuera suyo. Ahora lo es. Un poco. Es el precio que has de pagar por el premio que crece dentro de ti.

Brindáis con agua mineral importada.

Yaron te mira como si fueras un objeto raro, precioso, adquirido tras años de colección.

—Estás más guapa así —dice, tocándote el vientre con dos dedos. Los Ecos te llevan lejos, muy lejos. Un niño con siete años con el pecho hinchado de orgullo y un brazalete rojo. Su padre alzándolo en hombros delante de los otros niños mientras los demás aplauden. Esa noche, el niño y su padre duermen bajo un toldo militar en mitad del bosque. Sientes en tu piel los susurros de la brisa fresca, el umami de la comida enlatada y, en la punta de la lengua, se apretujan las reglas del campamento convertidas en salmos. Sientes la figura enorme de los hombros de tu padre dormido sobre el colchón militar, muy cerca de ti, el orgullo inmenso que casi no cabe bajo la lona. Sin embargo, los Ecos te transportan al año siguiente. El niño con los dedos entumecidos por la lluvia fría pelea con una cuerda que no consigue anudar. La mirada decepcionada de su padre, que es un cuchillo helado. La soledad del cuarto sin trofeo. La certeza naciente de que el amor puede ser una medalla que se oxida con un simple error.

Esa noche no te folla.

La siguiente tampoco.

En cambio, empieza a envolverte en un cuidado viscoso, una especie de terciopelo que al principio tiene un tacto suave, pero que poco a poco se va pegando a tu piel. Te sirve el desayuno sin que se lo pidas —arroz blanco, frutas cortadas en trozos muy pequeños, un té demasiado insípido— y se queda observando cómo comes, sin decir palabra, verificando que no omites ni un solo bocado. Al caminar juntos por la calle, su mano ya no se posa en tu cintura con ese gesto que sabía poseerte, sino que se convierte en una guía silenciosa. Protegiéndote de las aceras rotas, de los tuctucs que

pasan zumbando, de los mendigos lisiados, de los *farangs* borrachos, de las hosquedades del mundo. Te arrebata la bolsa del 7-Eleven, cuenta los cafés que tomas, te abre la puerta del taxi antes de que llegues a tocarla, te acomoda el cojín cuando te sientas, a veces incluso sin mirarte, con una eficiencia fría que no busca gratitud, sólo control. Observa a hurtadillas tu vientre con esos ojos grises que no hablan. En algunos momentos, pareces leer en ellos una especie de repugnancia involuntaria.

Y al amanecer, en la cama, Yaron jamás te toca como antes. Te arropa. Te besa la frente. Acompaña tus náuseas y te recoge el pelo cuando vomitas por las mañanas. Se queda a tu lado con la pose hierática de un guardián, de un dogo celoso que vela algo que todavía no existe o que ya ha dejado de ser tú. Te mira con desaprobación cuando le suplicas que comparta contigo la mitad de una raya sobre la mesa del salón.

La noche en que todo cambia, tú vuelves a bailar con la ambición empujándote desde dentro. La música golpea, la pista se abre, las luces te muerden en destellos rojos y violetas. Y tú te sientes ligera, suelta, ingrávida, despreocupada, fluyendo como el humo que no sabe a dónde va ni le importa.

Pero entonces ves acercarse al portero del Delilah. Ese tipo enorme con cara de mueble que nunca habla más de la cuenta. Se te acerca, se inclina y, con la voz baja de un juez recitando una condena, suelta:

—Yaron dice que vuelvas a casa. Ahora.

No hay más. No hay explicación. No hay mirada de advertencia. Sólo esa frase que se te clava como un anzuelo. Buscas a Yaron con los ojos, pero no está.

—Ahora.

Subes al taxi en silencio; las calles de Bangkok se arrastran a través de la ventanilla con la parsimonia de un río muerto. Yaron no llama. No escribe. Sólo estáis tú y el vacío que va llenando poco a poco el agujero helado de tu vientre.

Y cuando por fin regresa de madrugada, oliendo tenuemente a alcohol y a esa calma suya que precede a algo que no quieres oír, te

enfrentas al fin a la laguna gélida de sus ojos grises.

—Te vi —te dice, sin dramatismos, sin palabras de sobra—. Gorda.

Así. Sin anestesia.

—No puedes seguir bailando.

Tú no entiendes. O sí. Ojalá no entendieras.

Él se sienta, cruza las piernas, se enciende un cigarro y sentencia sin gravedad:

—Vas a quedarte en casa. Hasta que nazca el niño.

El niño.

Las palabras flotan en la habitación, pesadas, untadas en plomo.

No hay discusión. Yaron nunca grita. Nunca necesita hacerlo.

Sólo te mira. Con ojos que no hablan.

Esa madrugada te acuestas y sientes tu cuerpo como un traje ajeno. Y al cerrar los ojos, jurarías que tu madre, desde la cocina, te advierte algo sobre los Ecos. Pero ya es tarde. Mucho más tarde.

Cuando te deja en casa dándote el tipo de beso que se daría a un perro y se marcha al Delilah, te sientas en el sofá blanco, con las piernas cruzadas, las manos apoyadas en las rodillas. El reloj de la pared marca las horas con un sonido apenas audible, un tictac suave que parece marcar el ritmo de tu propio pulso.

Por primera vez, no tienes nada que hacer. Nadie a quien llamar. Ningún turno en el Delilah. Ningún cliente al que sonreír.

El apartamento se percibe inmenso y ajeno. Las paredes altas, los ventanales que dan al río Chao Phraya, las alfombras gruesas de Versace que amortiguan tus pasos, el aparato de música Bang & Olufsen que no sabes usar.

Y entonces te tumbas. Despacio. Sobre el sofá, con la cabeza girada hacia la luz del sol. Cierras los ojos.

Y lo sientes.

No es un movimiento. No es una patada. Aún no. Eso vendrá después.

Sientes la *presencia*.

Un calor tenue bajo el ombligo. Apenas un tímido rescoldo despertando en el colchón de cenizas de tu abdomen. Un latido que no es tuyo, pero que ahora es parte de ti. Algo pequeño, frágil y ajeno que parece haber prendido una vela minúscula en la cueva de tu vientre. Es un calor débil que vibra, una mariposa medrando inquieta en su crisálida.

No piensas en Yaron. No piensas en las palabras que dirá, ni en las órdenes que vendrán, ni en el futuro que te dibuja con líneas invisibles. Brota en el interior de tu cráneo una conciencia animal de tu propio cuerpo, de su fragilidad, del tiempo que ya no se detiene. Tu tripa ya no te pertenece del todo y, sin embargo, nunca fue tan tuya. Una sensación sorda, íntima pero ajena, una invasión sagrada.

Eres una diosa sucia y limpia a la vez.

Madre.

Por un instante, sólo eres tú. Y ese ser minúsculo, que respira contigo, que duerme contigo, que se alimenta de ti, que —sin saberlo— empieza a ocupar un espacio que nunca imaginaste.

Las horas se deslizan lentas. Te quedas ahí, con la mano posada sobre la curva del útero, respirando largamente con la sensación inerte de que algo se hubiese desencajado en el orden secreto del mundo.

Y cuando cae la noche oscura y el río refleja los destellos del cielo como si todo Bangkok ardiera en silencio, sonríes.

Porque por primera vez, Nana, entiendes que hay algo dentro de ti que no le pertenece a nadie.

Ni siquiera a Yaron.

Muchas horas después caminas muy despacio, desnuda, hacia el espejo del recibidor. Es un espejo enorme que te devuelve la imagen de alguien muy frágil y, a la vez, poderoso. Del salón llega la luz mortecina de una lámpara. No hay más luces en toda la casa.

En esa penumbra muda, tu cara sigue siendo la misma —la boca generosa de manzana de agua, los pómulos altos, los ojos de luna rota—, pero hay algo nuevo. Una suavidad. Una ternura que empieza a crecer desde dentro, como si el cuerpo supiera algo que tú aún no alcanzas a entender del todo.

Es cierto. Tu vientre ya no es plano. Es una órbita convexa rodeada de luciérnagas blancas. Una promesa silenciosa. Una redondez tibia, apenas perceptible, que engulle su propia belleza y la transporta a otro lugar.

Más antiguo. Más feroz.

Tus pechos también han cambiado sin que te dieras cuenta. Los sientes más llenos, más pesados. Las venas, casi imperceptibles, dibujan una retícula azul bajo la piel clara. Tus caderas se han ensanchado apenas. Como si la tierra se abriera sólo un poquito más para dar cobijo a un árbol que empieza a crecer.

Y en la mirada esa luz. Una mezcla de miedo, sorpresa y algo que se parece al orgullo. ¿Es este tal vez el premio?

Transcurren un par de horas, aunque el tiempo ha dejado de tener sentido. Te despierta de tu hipnosis el sonido electrónico de la cerradura.

Yaron se queda parado en el rectángulo de la puerta con esa sonrisa suya de quien se sabe observando a alguien insignificante.

—Estás gorda —repite, en la certeza de que esa palabra no tiene consecuencia alguna, porque la dice con una sonrisa leve.

La palabra flota un segundo. Luego se posa sobre ti como un insecto y te pica un poquito. Pero antes de que el silencio se convierta en piedra, Yaron cierra la puerta y te ofrece una caja envuelta en papel azul oscuro.

—Ábrelo.

Tú lo haces con dedos torpes. Dentro, una bata de seda, color crema, suave como un suspiro y ligera como una mentira hermosa.

Te acomoda el pelo detrás de la oreja, te besa el cuello y te observa desde el reflejo.

—Para que sigas mirándote. Aunque ahora estés gorda.

Tus ojos de luna rota se vuelven también hacia ese cuadrilátero de cristal. Y en esa imagen compartida —la de él, la tuya, la del vientre que se hincha— comprendes que no estás ni sola ni acompañada. Estás atrapada en un espejo donde él decide cuándo reír y cuándo acariciar.

Pez

Al principio, el piso es una pecera.

Silenciosa, translúcida, tibia. El entorno con la temperatura y la salinidad perfectas para hacer feliz a un pececillo exótico. Las paredes respiran lento, estrenando el aire contigo. Y tú flotas en ella, con el vientre apenas abultado y la ilusión de que aquello —el encierro, los cuidados, la quietud— es tan solo un breve paréntesis.

Después, con el paso de los días, cuando sientes la primera patada, la pecera se vuelve caja.

Los muebles dejan de parecerte suaves y comienzan a convertirse en objetos que observan y juzgan. Lápidas llenas de aristas cortantes que se ríen de tu torpeza. Las alfombras se cubren de ecos. El reloj, antes una presencia amable, se vuelve una cuchilla que parte las horas con precisión insoportable.

Y tu cuerpo cambia.
Tu vientre crece como una flor amarga, hermosa pero pesada.
Tus tobillos se hinchan. Tus senos duelen.
Yaron te trae vitaminas, fruta, zapatillas de seda, un sonajero de plata.
Y cada cosa que trae es una cadena nueva.

Semanas más tarde, la caja se convierte en útero.
Gigante, orgánico, palpitante, protector, pero hermético.

Afuera, Bangkok late con su caos habitual, pero para ti el mundo se reduce a techos altos, espejos sin consuelo y cortinas cerradas.

Yaron llega cada día con nuevas normas que se superponen como los estratos que va dejando un río infatigable.

—No camines tanto.

—No comas eso.

—No abras la puerta.

—No llames a nadie.

—No pienses.

Él habla poco, pero cuando lo hace, es alguien que escribe sobre la arena y espera que el mar no borre las letras. Cada frase suya queda grabada más honda que la anterior. Cuando un sudor frío e insoportable cubre tu frente, cuando te ve temblando y percibe en las cuencas de tus ojos una desesperación animal, te ofrece un poquito de cocaína. Una dosis ridícula que apenas es capaz de calmar tu ansiedad.

—Ya está. Para.

Te retira la cabeza y te limpia la nariz como un padre que cuida a un niño de una gripe.

Y con cada mes que pasa, el útero se vuelve tumba.

Tu tumba. La vuestra.

Nana empezó a hablar con las paredes. Les daba nombres. Se sentaba frente al espejo del recibidor durante horas y se observaba sin pestañear, como queriendo encontrar en su reflejo alguna grieta, una pista, una puerta. Precio.

precio precio precio precio nana pagará el precio el premio vendrá después el premio vendrá después nana ahora ha de pagar el precio

después después después ahora tal vez

nana lleva horas inmóvil está sentada en la alfombra las piernas dobladas como si quisieras volver al útero de otra mujer una que no fueras tú que no fuera ella tienes a tu lado un cuchillo de cocina sólo lo miras sólo lo miras después después premio premio después sólo

lo miras por un breve instante la mujer gorda GORDA cree que podrá rajarse el vientre y sacar de ahí a la criatura para que todo vuelva a ser como antes para que te folle el coño para que folle el agujero que vas a abrirte en el vientre y su polla se unte de tu sangre y de tu mierda para que la pecera se rompa no es un pecera es el terrario de una salamandra gorda gorda gorda no es una salamandra es un sapo con granos nana toma el cuchillo entre sus manos acaricia la curva gorda gorda gorda GORDA de su vientre con su filo dibuja sobre él un pájaro suavemente nana habló en voz baja es una especie de eco como si respondiera a una conversación que no ocurrió o que tal vez pasó hace días semanas en otra habitación antes antes antes después después

—No, Yaron. Te lo prometo. Seré buena...

Ríes. Esa risa.

Seca. Corta. De insecto. Un crujido de piano viejo.

Luego te arrastras hasta el baño.

te miras largamente en el espejo otra vez otra vez otra vez otra vez gorda gorda

Ahí está. Alguien que no es ella se contempla desde el otro lado. Una mujer con los ojos hundidos, el pelo pegado a la frente, el vientre como un tambor triste.

—Nana no va a salir —le espetas—. No, nononono. No, no hoy. Tiene que portarse bien. Tiene que esperar. Paga precio.

de repente nana se pega una bofetada no muy fuerte lo justo para sentir que todavía está aquí está aquí está aquí nana sigue aquí pagando el precio esperando el premio gorda sapo granos

Y la tumba se vuelve jaula.

La jaula no tiene barrotes. Es blanca, espaciosa, perfumada.
Pero es jaula.

Y cada noche, cuando él vuelve, su sombra alargada cruza el salón antes que él.

Y esa sombra, Nana lo sabe, es la que la abraza mientras duerme.

No él.
Nunca él.
Sino la sombra.

Llevas horas —¿días?, ¿semanas?— sin hablar con nadie. Sin otra compañía que el zumbido del aire acondicionado y el ritmo irregular del hijo que crece en tu interior, marcando sus propias estaciones.

Y entonces llega la madrugada. Y el hambre. Un hambre rara, que no viene del estómago, sino de otro lugar más profundo, más primitivo todavía.

Nana entra a hurtadillas en la cocina. No enciende la luz. Como si comer estuviera prohibido.

Se sienta en el suelo, en el triángulo de luz blanca que brota de la nevera, las piernas cruzadas, la espalda encorvada, un tarro de leche condensada entre las manos. Come con los dedos, lamiendo, y la leche condensada, lenta, pegajosa, empieza a pegar los pedazos que el encierro ha roto en ella. Chupa directamente de la lata con una lengua enroscada de lagarto en celo, untándose los labios con la ferocidad de los niños muertos de hambre y las putas que sorben semen de un cuenco. Al tragar hace un ruido húmedo, como dos cuerpos embarrados y torpes fornicando en una zanja de lodo.

Y entonces se abre la puerta. Un suspiro de cerradura.

Yaron mira a Nana desde el umbral. No dice nada al principio. Sólo la observa, la silueta recortada contra la luz azulada del pasillo. Tú levantas tu mirada de luna rota, los labios brillantes, los ojos hundidos en cuencas violáceas, el camisón arrugado, las lianas podridas de tus pelos apelmazados contra tu cráneo.

—¿Qué coño haces? —pregunta.

No contestas.

—Pareces una mona.

Lo dice con esa mezcla de asco y fascinación que provocan los mendigos devorados por la sarna, las carúnculas de las alimañas y las verrugas cubiertas de pelos.

Él no se acerca. Ni siquiera entra del todo. Sólo deja la puerta abierta, como si la noche se lo estuviera tragando.

Y Nana se queda ahí, en el suelo, con la leche condensada pegada a los dedos.

Has dejado de ser mujer, madre, amante, reina.
Sólo eres un cuerpo.
Una forma.
Una criatura que come furtiva, mientras el amor se deshace como el azúcar en agua caliente.

* * *

Nana, recuerda lo que los colores dicen:
El blanco es el abrazo de los que vinieron antes.
El rojo es el pulso que se acelera cuando algo acecha.
El amarillo es ese instante antes del cambio.
El verde es la mentira disfrazada de consuelo.
El azul es lo que se quedó atrás, pero aún respira.
El morado es la sombra del alma de otro, pegada a la tuya.
El rosa es la promesa que alguien rompió con desdén.
El negro es el fondo del hechizo donde a veces tú también brillas.
El gris es esa nada que avanza sin ruido.
Y el naranja es cuando por fin algo arde para que puedas ver.

* * *

—Recibimos el dinero. Wut murió. Krarok está bien. —Luego un breve silencio. Mamá sabe, como siempre—. Ten cuidado.

CRISTAL

Y esa tarde no avisas. Has decidido reclamar un premio sobradamente pagado y tan solo te vas. El aire te oprime el pecho y Bangkok se esponja como un tigre que ronronea al sol. Sales a la calle sin maquillaje, sin peinarte, sin bolso siquiera. Sientes que, si piensas un segundo más te quedarás, tal vez para siempre, atrapada entre almohadones y cortinas. Te convertirás en una estatua. Te disolverás en los cojines de ese apartamento impoluto donde todo tiene su lugar menos tú.

Cruzas Sukhumvit con los semáforos en verde y rojo al mismo tiempo, precedida por un globo de carne bamboleante que apenas te permite caminar. Entras en una tienda de baratijas sólo para oler el incienso. Te compras un café que no tomas. Miras sin ver. Una vieja te ofrece lotería y piensas que podrías ser cualquiera. Un número más. Una cifra extraviada.

Subes al Skytrain y te bajas en la estación equivocada. Caminas por una calle estrecha coronada de cables que cuelgan con la textura de telarañas eléctricas.

Te detienes frente a un escaparate sucio que te devuelve tu reflejo entre maniquíes mal vestidos y luces blancas que zumban como abejas moribundas. No te reconoces. O peor: te reconoces demasiado. El rímel seco, la camiseta sudada, la frente cuajada de granos, las trenzas rebeldes, la barriga inflada de cerda, ese vaivén derrotado con el que ahora vas de acá para allá trastabillando con torpeza. Te miras el cuello, las clavículas, los ojos. Piensas que no hay nada ahí que pueda gustarle a nadie.

Gorda.

En la calle, un grupo de turistas ríe con cervezas en las manos. Una mujer tailandesa a punto de reclamar su rincón en el reino de la noche se acomoda el escote y sonríe sin pestañear. Es tan bella al atardecer. Espejismo de reina. Tú bajas la mirada.

Sus manos. Las de Yaron. Manos que ya no te tocan. Por un momento, imaginas que despojas a dentelladas a esa reina de la noche de su piel y te la vistes tú, para volver a sentir el cuerpo de animal en celo de Yaron sudando sobre ti y corriéndose en tromba en tus entrañas. Como si el deseo fuera suficiente. Como si el deseo pudiera torcer el curso de las cosas.

En un recodo retorcido de Soi Sukhumvit 23 hay un tipo enclenque apoyado contra una pared desconchada como si formara parte del mobiliario del pecado. No tiene nombre, no lo necesita. Lleva una camiseta del Buriram United y un encendedor sin gas que no deja de apretar entre sus dedos de águila.

Sin mirarlo a los ojos, le ofreces unos billetes que no significan nada. Te escabulles entre los cubos de basura bullentes de ratas, oculta tras la carcasa oxidada de un aire acondicionado que gotea pus. Vuelcas el polvo sobre el dorso de tu mano como si fuera la última palabra de un testamento que no importa a nadie más que a ti. Te muerde rápido, te atraviesa la nariz con la urgencia luminosa de una flecha de fuego blanco, y sientes el mundo resquebrajándose en dos: la parte donde estás tú, invicta y reluciente, y la otra, esa que dejaste atrás hace rato y ya no sirve para nada.

En ese segundo congelado te crees intocable, con la belleza fugaz de los pájaros migratorios o las ramas de los árboles oreándose al viento. Pero luego baja el telón. El vacío se asienta de nuevo en tu pecho convertido en un animal que nadie quiere acariciar.

No sabes cuánto tiempo pasa. Pero el sol ya empieza a caer cuando decides regresar. Tienes los pies negros, las sienes palpitando. Sin relato que contar, sólo un eco que se repite: «No quiero estar ahí, no puedo estar ahí, no hoy».

La puerta del apartamento está entornada.

Cuando entras, está sentado en el sofá. El cuerpo rígido en la penumbra. El teléfono en la mano. Te ha llamado, quizás. No lo sabes. Ni siquiera llevaste el móvil.

—¿Dónde coño estabas? —pregunta sin mirarte.

Cierras la puerta con cuidado, como si eso pudiera amortiguar lo inevitable.

—Necesitaba salir.

—¿Y no pensaste en avisar?

—No. No pensé.

Se ríe con incredulidad. Con rabia contenida.

—¿Sabes lo que es preocuparse por alguien? ¿O sólo sabes desaparecer como una niñata?

—¿Preocuparte? —repites, y suena como si no supieras qué significa esa palabra en su boca—. ¿Preocuparte o controlarme?

Te mira ahora. Directo. Firme. Te arrepientes al momento de pronunciar esas palabras.

—No juegues a la víctima, Nana. Tú sabías desde el principio cómo era esto.

—¿Cómo es esto, Yaron?

—Una vida contigo que no implique dramas, escenitas, huidas. Tienes un puto anillo en el puto dedo. Tienes un hijo *mío*. Eso debería darte una pista.

Suyo.

Silencio. Largo. Denso. Su mandíbula tiembla un poco, como si estuviera apretando entre los dientes más cosas de las que es capaz de decir. Pero no te pide que te sientes. No te abraza. No te pregunta qué viste, con quién hablaste, si lloraste. Sólo quiere saber por qué te atreviste a huir de su cárcel sin su permiso.

—¿Te vas a ir otra vez? —pregunta.

—No hoy —respondes, mientras entras en la habitación para desnudarte.

Tienes que zanjar este asunto con urgencia. Harás lo que sea para que te folle de nuevo. El deseo de su deseo roba el oxígeno del aire. Te pintas los labios con torpeza. Te deshaces las trenzas. Irrumpes

en el salón desnuda, con el vientre hinchado y la boca dispuesta a arrancar de él el hambre que una vez tuvo por ti.

Él lleva la camisa blanca, la misma con la que se viste en silencio después de follar, pero ahora la tela está tensa e intenta huir de su piel. Lo rodea un coro de luciérnagas rojas enfurecidas, que giran sin cesar.

—¡Te dije que no salieras! —te grita.

—¡No soy una esclava para obedecerte! —respondes tú, y cada palabra tuya es un látigo de miel envenenada.

Os miráis como dos asesinos que no han pactado aún cuál de los dos será la víctima. Todo vibra. Las paredes sudan. Y él suda veneno.

Y en ese instante, adivinas las frases que va a decirte justo antes de que las diga.

—¡Todo el mundo lo sabe, zorra! ¡Hasta los perros te huelen la mentira!

Y tú, con la furia hecha carne, con las manos temblando de palabras no dichas, ruges:

—¡Mejor oler a mentira que a derrota, imbécil!

Mientras tanto, la ciudad ignora los gritos. Una silla se desploma. El reloj de la pared se cae y el tictac se revienta por dentro como un corazón hastiado de latir.

Y entonces el viento cambia.

Y lo sientes, Nana.

El rostro de Yaron se disuelve, se derrite, y debajo emerge otro. Espectral. Translúcido. Joven y viejo a la vez.

Y ya no estás en un piso en Bangkok. Estás en la casa de tu infancia, aunque no sea tu infancia, el arroz bullendo en la cocina, los gallos peleando fuera, las ranas protestando a voz en grito y el miedo disfrazado de silencio. Al otro lado del espejo estás acuclillada en un rincón, sudando y cubierta de mocos, rodeada de luciérnagas rojas que revolotean enfurecidas. A este lado, tomas un cenicero con manos que ya no son del todo tuyas. Es grande, pesado, un cráter

lleno de colillas torcidas, porros a medio fumar y envoltorios de caramelos que son la caspa de una fiesta olvidada. No sabes exactamente por qué lo haces, pero sientes que alguien —o algo— está guiando tus manos desde dentro, desde muy dentro, desde donde se guardan las voces viejas cuyo eco nunca termina de apagarse.

El cenicero cruza el aire como un pájaro de piedra que ha estado esperando años para estrellarse. Impacta en el cráneo de Yaron con un sonido sordo, húmedo, definitivo.

Él no grita. Sólo se tambalea. Como si comprendiera, en ese instante exacto, que no es a ti a quien ha ofendido, sino a alguien que fuiste antes. Y entonces cae de espaldas. Su cuerpo se derrumba sobre la mesa de cristal, que estalla en mil pedazos como un castillo de fuegos artificiales.

La habitación enmudece.

Es el tipo de silencio ensordecedor que quema, el que sólo permanece vibrando en el aire después de los exorcismos.

Te acercas con pasos torpes, vacilantes, protegiendo con los brazos tu vientre desnudo por si hay un monstruo de uñas afiladas agazapado en el silencio. El suelo es una trampa de astillas de cristal y manchas de sangre que empiezan a expandirse, tímidas, como un bloque de hielo que se da por vencido bajo el sol del verano. Cada crujido bajo tus pies suena como una advertencia. Te haces un corte pequeño en el pie derecho, pero en ese momento ni lo notas. Sigues avanzando, trémula.

—¿Yaron?

El cenicero se ha incrustado en su sien con la firmeza de un sello final. A través del boquete asoma algo blando, esponjoso, la materia íntima que alguna vez fue su mente: gris, pálida, casi inocente. Tiene un ojo cerrado, como si durmiera. El otro, abierto, fijo en un punto más allá del techo, más allá del cielo, más allá de ti. Una pupila dilatada que parece un grito o la cueva de un tesoro.

Emite un siseo, como un globo que se desinfla, un escape de aire y alma al mismo tiempo. La sangre brota lenta, con parsimonia. Se derrama espesa, cálida, sin urgencia.

—¿Yaron?

La palabra flota, temblorosa, sin destino, y se desvanece en la penumbra.

Nada responde. Sólo el siseo. Y ese movimiento casi imperceptible de su pecho, como un suspiro cansado, irregular. Luego, ni eso. El silencio cae de golpe, pesado, absoluto, definitivo, una tapa de ataúd. Te quedas un momento mirando la mole de carne que reposa inmóvil en el suelo del salón.

—¿Yaron?

Te arrodillas a su lado haciendo un enorme esfuerzo por mover tu abultada barriga y le tocas el brazo. Sus bíceps, siempre duros como rocas, ahora están blandos y desinflados. No obtienes respuesta. Tampoco hay Eco.

Y entonces, aproximas tus labios a su oído y hablas.

Con una voz que no es la tuya. Es más áspera. Más antigua. Más justa. Otra.

—Estamos en paz, Chaiya.

Te incorporas aturdida y te quedas mirando la mitad de su cara que permanece intacta, sin entender muy bien lo que está ocurriendo. Suena un largo pitido en el interior de tu cráneo, que amortigua los demás sonidos a tu alrededor. Entonces, actuando como un autómata, caminas desnuda hacia la entrada. Vistes una gabardina y coges tu bolso sin mirar ni lo que llevas en él. Descalza, sales al largo pasillo dejando un rosario de manchitas de su sangre y la tuya y caminas con la mirada fija al infinito hasta el ascensor. Detrás de ti, la puerta del apartamento se cierra con un chasquido. Por un momento, tu cerebro deja de actuar en piloto automático y piensas en las cámaras que están vigilándote en ese preciso instante desde los rincones del techo. Cuentas dos con el rabillo del ojo y descubres que una chica vulnerable y descalza seguramente pueda resultar muy sospechosa en la escena de un crimen. Mientras

esperas el ascensor, revuelves en tu bolso, que llevas meses sin usar y ahora pertenece a otra vida: cuatro condones, un pintalabios, un bote pequeño de lubricante anal —*ketsu wa dame!*—, un espray para el mal aliento. Eso es todo. Ni dinero, ni el teléfono, ni siquiera tienes la tarjeta para volver a abrir la puerta de casa.

Tu cerebro vuelve a ponerse en piloto automático y sales a la calle, aturdida. El pitido regresa a tu cabeza. Durante un rato caminas desorientada hacia la avenida Sukhumvit, pero entonces la parte de tu conciencia que todavía funciona te advierte de que esa zona estará también llena de cámaras apuntándote porque Bangkok es un mar de ojos de cristal, así que das la vuelta y caminas en sentido contrario con la mirada fija en el suelo.

Dejas atrás un pequeño 7-Eleven flanqueado por un moribundo patio de comidas, un almacén de reciclaje cubierto de roña, una lavandería de monedas iluminada por potentes fluorescentes y un gimnasio de *muay thai* que frecuentan los turistas. Sigues caminando calle abajo hasta alcanzar la avenida Rama IV. Sabes que al otro lado está el río Chao Phraya, con sus casuchas al borde de la desintegración y sus barrios humildes donde nadie tiene cámaras porque apenas tienen para comer. Atraviesas la avenida sorteando el colosal atasco sin que nadie se fije en ti. Descubres un canal angosto, de aguas oscuras y cubiertas de aceite, que decides seguir en la esperanza de que desemboque en el río. Es una vena sucia de Bangkok que serpentea entre los dientes cariados de un barrio que la ciudad prefiere ignorar.

El callejón huele a cosas que no deberían mezclarse: curry rancio, manteca de cerdo recalentada, pis fermentado, incienso barato, gatos muertos y *tom yum.* Los muros están cubiertos con grafitis a medio borrar, promesas de amor adolescente y amenazas en tailandés mal escrito. Los cables eléctricos cuelgan como racimos de raíces negras en postes de madera oscura que crujen bajo su peso. En los balcones, jaulas de alambre con pájaros que no cantan. Una señora vieja, con el pelo blanco como la cal, te observa desde una silla de plástico, esnifando *ya dom* con indiferencia.

El canal es angosto, sucio, rebosa de botellas, bolsas flotantes, sombras de peces que sobreviven por pura terquedad. Te acompañan gatos flacos, niños descalzos, el zumbido perpetuo de los tuctucs lejanos y el aroma de la goma quemada. Cada tanto, una pasarela de madera podrida cruza sobre el agua y tú la cruzas también, como si pasar al otro lado fuera a cambiar algo de tu destino. En el universo donde todo sale mal, te precipitas en el canal y mueres ahogada, pero a este lado del espejo no te queda más remedio que seguir viviendo.

El sol empieza a descender, la humedad se espesa. El cielo es un lienzo naranja violento, tiznado de gris.

Y entonces lo ves.
El Chao Phraya.
Inmenso.

El canal desemboca en él y el barrio entero, la ciudad misma, le hace una reverencia. El río es ancho, oscuro, majestuoso. Su superficie ondula con lentitud, como si pensara por sí mismo. Barcazas lo cruzan apesadumbradas, arrastrando historias paralelas. Hay templos al fondo, hoteles brillantes, rascacielos que observan altivos las chozas de chapa.

Te detienes. Todo dentro de ti se detiene. La sangre. El miedo. Incluso el recuerdo.

Es imposible no sentirse dolorosamente insignificante. Todo lo ocurrido —el cuerpo desplomado de Yaron, el cristal, la sangre, el silencio— es apenas una gota en esta arteria gigantesca. Y eso duele. A la vez, libera.

El río sigue adelante.
Igual que tú.

HAMBRE

Caminas un buen rato por la costra que deja el río. No tienes un destino fijo, sólo quieres alejarte del ojo de Yaron que ahora mira fijamente a la nada en un apartamento que está a eones de distancia. El sol comienza a ponerse entre nubes tan viscosas como el fondo de una olla olvidada. Desde las casuchas humildes que se apiñan junto al margen del Chao Phraya, el aire trae olores tibios. Arroz recién cocido, sopa de costilla con jengibre, ajo frito crepitando en aceite. Algo dulce también: plátano maduro tostándose en brasas o leche de coco con azúcar moreno. Y humo. Siempre humo. Del carbón, de las cocinas, de los días que se queman lentamente como papeles viejos. Te das cuenta de que llevas un día entero sin comer. El último plato que probaste fueron unos fideos instantáneos del 7-Eleven la noche anterior. El hambre se ha convertido en un animal que crece dentro de ti y roe tus entrañas desde dentro con un susurro silencioso.

La vieja.

Está sentada detrás de un carrito de acero que parece a punto de descoyuntarse. Las ruedas oxidadas, el toldo deshilachado de lona roja con letras doradas desvanecidas. Encima, humea una olla panzuda. El vapor se eleva garabateando una caligrafía compleja y preñada de promesas. El fuego de carbón crepita con desgana. La mujer revuelve el caldo con una cuchara de madera que parece un bastón de lisiado. A su alrededor, frascos con guindilla, cebolla frita, salsa de pescado, limones marchitos y lomo de cerdo cortado en lonchas muy finas. Hay una estampa de Buda pegada con cinta

aislante al borde del carrito. Lo perdona todo sonriendo, cubierto de grasa.

Te acercas sin hablar. Con los ojos grandes, brillantes. Los ojos del hambre.

—Tía, ¿me da un poquito de sopa? No tengo dinero.

Ella te mira como si ya te hubiera visto antes, en otra vida, en otra ciudad, pidiendo lo mismo. Hace un gesto con la cabeza. Apenas.

Toma un cuenco de plástico verde y vierte con lentitud un poco del caldo. Dentro, flota un huesecito de pollo, alguna hebra de carne, un trozo de col ya sin color. Lo adorna con un poco de cebolla frita y una pizca de cilantro fresco y te lo da. No dice nada. No hace falta.

Tú lo tomas con ambas manos. Temblando. Con la cautela del que recibe un recién nacido.

El primer sorbo te quema los labios. Luego la lengua. Luego el alma.

Y es hogar.

Es la sopa de mamá, con el inconfundible aroma de la hierba limón y del jengibre recién cortado. Es el calor de una casa que se quedó muy lejos, perdida en las praderas de Isan. Es la sensación de ser perdonada por algo que aún no sabes que hiciste. El cartílago del huesecillo de pollo cruje y tú lo chupas con la delectación de una loba mansa. Cierras los ojos. Y por un instante —mínimo, ínfimo, pero eterno— dejas de ser una puta rota, hambrienta, desnuda y frágil. Eres alguien que regresa al lugar que tal vez nunca debería haber abandonado.

Volver a Isan no es una opción. Es posible que pronto mamá reciba la visita de la policía. Sin teléfono, sin dinero, ¿cómo vas a prevenirla y cómo pretendes llegar hasta allá? A estas alturas, alguien debería estar echando de menos a Yaron. Tal vez el tipo que lleva la seguridad del Delilah le esté enviando mensajes, tal vez la *mamasan* lo esté esperando para repasar las cuentas del día anterior. Tal vez alguna chica que sucumbió a las mismas promesas

que te hizo a ti esté tumbada en alguna cama con el coño húmedo preguntándose cuándo llegarán los embistes de su *khuay* de carne. Es cuestión de horas que alguien llame a la puerta de su apartamento en Rhythm Sukhumvit para preguntar si todo está bien.

Cocaína. Todo sería más fácil. Nana, amor mío, tiemblas como si tu esqueleto quisiera salirse de la piel, cada nervio convertido en un cable pelado que chisporrotea en la humedad del aire. Lo sé porque lo oigo en tu respiración quebrada, en el rechinar de tus dientes que buscan triturar el vacío; lo sé porque tus ojos se han convertido en dos peces atrapados en la arena, desesperados por un buche de agua blanca, por ese polvo que te sostenía el alma y la ambición. Ahora cada minuto es un látigo que te recorre las entrañas, un dolor inexplicable porque no está en un lugar preciso; está en todas partes a la vez, en tu estómago abombado, en tus piernas que no saben si correr o quebrarse, en el sudor helado que empapa tu cuerpo. Sería todo tan fácil si pudieras refugiarte en un par de rayitas de cocaína...

Vuelves a repasar lo que tienes en el bolso. Condones. Lubricante. Pintalabios. Spray para el mal aliento. De repente, te fijas en tu mano derecha.

El anillo.

El anillo de oro que te regaló.

Ahí está, brillando con indiferencia y sin ser consciente de que está a punto de salvarte la vida. Lo rozas suavemente con tus dedos y emite un Eco muy débil. Te levantas con decisión y recorres tres kilómetros con las energías renovadas, casi flotando, hasta los lindes de Chinatown. Chinatown es un reino de cámaras agazapadas en cada rincón, observándote con sigilo. Las calles se retuercen saturadas de farolillos rojos, turistas sudando maldiciones y abuelas que venden amuletos con la mirada de quien está harto de reencarnarse mal. Los letreros en chino otean sobre el caos y los cables eléctricos dibujan constelaciones negras entre las aristas de los edificios. Todo vibra a tu alrededor cuando el sudor de tu cuerpo te suplica un pellizco de cocaína. Una simple rayita bastaría para

invocar la calma. Caminas con cautela por los callejones oscuros hasta que divisas un letrero que reza *Pawn Shop* encajado entre un pequeño templo con faroles rojos y una tienda de electrónica que quebró hace tiempo. Desde fuera, la casa de empeños parece cerrada, pero basta empujar la puerta con decisión para que ceda con un gemido largo, invitándote a pensártelo dos veces antes de permitirte entrar.

La luz es escasa, artificial, con tubos fluorescentes trémulos y fatigados. Todo está ordenado con una precisión enfermiza. Relojes dorados que no marcan ninguna hora desde hace décadas. Radios mudas. Budas dormitando. Cajitas lacadas. Collares de jade con una historia triste. Móviles aún calientes. Cámaras antiguas con rollos a medio disparar que atesoran en su barriga una fiesta de primavera y una visita a un templo lejano. Las vitrinas están cubiertas de polvo, como si el tiempo se hubiera empeñado a sí mismo, y en una esquina un enorme gato persa expresa su indiferencia lamiéndose el agujero del culo con fruición.

Tras el mostrador, el dueño —un chino enjuto, anciano, calvo pero con un tufo de pelo gris colgando de la nuca, con los ojos entornados y las uñas de los meñiques muy largas— te mira con el desdén del que sabe con certeza a qué has venido. Extiende una zarpa acostumbrada a intercambiar recuerdos por dinero. Depositas en ella el anillo y la esperanza, disimulando el temblor de tus manos. Toma una lupa de relojero que atrapa en su ojo legañoso y lo observa brevemente.

—No quielo —dice al fin con un fuerte acento chino devolviéndote la joya.

—¿Cómo?

—No quielo. Es mielda.

—¿Mierda? Pero si...

—Es falso, no engañas, vete.

Caminas sin descanso por la ribera del río con el anillo en la mano. Lo abandonas en una acera como si así pudieras deshacerte de tus malos recuerdos. Por un momento, imaginas lo que hará el superintendente Anurak si da contigo y aprietas el paso sin saber a

dónde. Pasas muy cerca del mercado de las flores, que hace bien poco fue testigo mudo de tus coqueteos con los *farangs*. El aire está espeso, el calor no se ha ido del todo, pero tú sigues caminando. Con los pies en carne viva o envueltos en polvo, ya no importa. Sólo avanzas. La noche se desparrama sobre los puentes y los tejados.

Las flores del mercado se quedan atrás y son reemplazadas por sombras y gatos esquivos. Calles vacías que susurran cosas que nadie escucha. Puentes dormidos como elefantes de hormigón. Casas de madera con las puertas abiertas, donde ancianos enmohecidos fuman en silencio, mirándote pasar con la levedad de un mal presagio o una canción olvidada.

La ciudad cambia de piel a cada paso que das. Primero son los templos, suspendidos en la penumbra. Luego los muros sucios y agrietados. Luego los bloques de cemento con ventanas rotas, donde los ventiladores giran al ritmo de peonzas cansadas. Sientes que Bangkok ni duerme ni vive: sólo respira hondo entre cada crimen sin resolver. Las luces de los barcos cortan la superficie tersa del río dibujando líneas de cobre sucio. Suena una música lejana, siempre lejana, el plañido de alguien invocando un *mor lam* triste y sereno desde el fondo del agua.

Sigues adelante sin pensamientos ni recuerdos. Eres sólo cuerpo, fatiga, una criatura que se va deshilachando con cada paso. Tus pies son muñones ardientes y tu abdomen está más inflado que nunca, pero sigues intentando avanzar a pesar de todo como una penitente sin altar ni credo. Cada farol es un sol que ha envejecido. Cada esquina huele a sopa vieja o a pis reciente. Hay perros que no ladran, sólo te siguen unos metros, husmeándote con cautela, intentando asegurarse de que aún estás aquí. A lo lejos, divisas el templo del Buda Esmeralda, con sus cuernos dorados apuntando indiferentes al cielo oscuro.

Y entonces, al filo del amanecer, aparece ante ti Khao San Road, que está empezando a dormirse.

Un espejismo de plástico y ruido, luces de neón y mochilas sucias. Turistas borrachos, bailando una música que aturde al son de un

recuerdo mal enterrado.

—¿Sabes cómo conseguir que un maricón se folle a una tía?

—¿Cómo?

—¡Te cagas en su coño!

Desde las sombras, miras fijamente con ojos hambrientos a un grupo de australianos que ríen en un idioma que apenas entiendes. Uno de ellos finalmente te observa. Abres la gabardina y le ofreces todo lo que tienes en el mundo.

—Hostia, mira esa.

—Pero qué cojones, si debe de estar a punto de parir.

—A esa se la metes y te la chupa el feto.

Los muchachos ríen a carcajadas empapadas de marihuana y se alejan cantando. Te han desechado. Como si fueras parte del mobiliario, como si tu cuerpo formara parte del decorado decadente de este teatro absurdo que es Khao San Road al alba.

Y ahí estás tú, Nana.

En tu rincón oscuro. Demasiado sucia para despertar el deseo. Demasiado rota para ser exótica. Demasiado inflada para escapar. Demasiado cansada para llorar. Demasiado asustada para pensar en una escapatoria. Demasiado aturdida para saber a dónde ir.

Sólo entiendes, con una claridad siniestra que arde más que cualquier bofetada, que todo lo que tuviste fue prestado. Ni premios ni precios. El furor, las miradas lascivas de los hombres, los tragos aguados, la música golpeando tu tripa, el poder que sentiste sobre la tarima palpitando en tu coño, las miradas que antes te envolvían como cintas de regalo cuajadas de deseo. Todo fue un espejismo. Un montaje mal iluminado.

Y en ese instante lo ves todo como si el aire se hubiera vuelto transparente:

La vida a veces te lo arranca todo de un zarpazo.

La cama donde te creías reina, los billetes arrugados como pétalos marchitos, las carcajadas de plexiglás, los ojos extranjeros que te

deseaban, las babas escribiendo palabras desesperadas sobre tu vientre, los susurros que te dedicaban inflados de lujuria, las promesas con el aroma del perfume caro.

Te golpea la belleza frágil de todo lo vivido.
Lo fácil que se construye un mundo sobre arena.
Lo rápido que la marea se lo lleva.
Lo lejos que quedó tu vieja amiga, la ambición.

Te gustaría poder volver atrás, recoger cada palabra que diste, cada caricia mal vendida, cada ilusión que intercambiaste por un poco de calor o un puñado de bahts. Pero no hay atrás. Sólo este ahora, este momento desolado en el que el sol empieza a salir sobre la ciudad y tú eres un jirón de mugre que nadie quiere recoger.

Vagas todo el día sin rumbo, buscando una concha donde refugiarte. Tus luciérnagas agonizan. Ahora son de color gris.

Y al llegar la noche, el viento cambia.
Y lo sientes, Nana.

* * *

Grábalo en tu piel.

Las luciérnagas no mienten.

El blanco es el eco de una casa donde ya no vive nadie.
El rojo muerde.
El amarillo arde cuando el viento cambia.
El verde susurra promesas que sólo aciertan a escuchar los ingenuos.
El azul pesa como una carta que olvidaste enviar.
El violeta huele a las tumbas mal cerradas.
El rosa duele donde nadie toca.
El gris es el olvido.

El naranja brilla cuando algo se revela, aunque no llegues a entenderlo del todo.

Monzón

El cielo se cuartea y se convierte en un espejo que ya no quiere reflejar nada. Bangkok aguanta el aliento. Todo se detiene. Hasta el humo se queda suspendido en el aire, temeroso de desplomarse. El río Chao Phraya se encrespa adoptando la forma de una tarántula vieja que se despereza hambrienta. Estás sola en la orilla, con la gabardina apretando tu abdomen convexo. Miras al cielo negro sin luna que resopla.

La ciudad parece tragar saliva. Un trueno grave y primitivo resuena dentro del útero del tiempo. Caen las primeras gotas. Tibias y pesadas como recuerdos que se pudren despacio.

La cocaína te falta con la urgencia de alguien que te hubiera arrancado una costilla y dejado el hueco abierto, sangrando aire caliente. Sin ella, cada segundo es una garra clavándose en tu estómago, un ejército de hormigas carnívoras en tu médula. Sin cocaína, tu lengua es de cartón, tus venas son túneles vacíos.

Las contracciones comienzan como susurros breves. Pequeños mordiscos en la parte baja del mundo y alrededor de tu ombligo. Pero crecen. Se vuelven ladridos de algo ancestral, algo que no tiene nombre, pero exige un camino hacia la luz.

—*Mae*... —murmuras: mamá.
Pero ya no hay nadie.

Todo sería mucho más fácil si tu cuerpo no estuviera reclamando a gritos un par de hileras de polvo blanco. El río empieza a subir, lento y decidido; es un dios ebrio que regresa a reclamar su altar. Las

ranas chillan enloquecidas, las ratas buscan refugio, los árboles se sacuden intentando arrancarse del suelo para salir huyendo.

—No, no... Ahora no —suplicas.

Primero, el aire se torna espeso. Se vuelve masticable, convirtiendo la atmósfera en una sopa densa de sudor y electricidad estática. Las palmeras tiemblan ateridas por un presentimiento. Los gatos callejeros se esconden indignados bajo los tuctucs. La gente, esa multitud de espíritus encarnados, corre, se encierra, reza, maldice. Los conductores de mototaxi se refugian bajo las lonas, las vendedoras de fideos recogen sus carritos a toda prisa y los monjes cierran de un portazo los templos.

Pero la lluvia no escucha. Nunca escucha.

Luego, el cielo se transforma en un lienzo enfermo: verde, gris, negro. Una paleta de muerte liviana. Y por fin, como si alguien abriera abruptamente una compuerta celestial, cae. Cae en todas direcciones. Rebota en los techos de zinc, se infiltra por las rendijas, entra en los taxis como una hábil ladrona, inunda los patios, empapa las lonas. Llueve en vertical, en horizontal, en diagonal, como si las leyes de la física estuvieran demasiado borrachas para funcionar con un mínimo de cordura. Los truenos retumban ensordecedores, los relámpagos ciegan y se desgarran desde dentro del cielo, el viento brama.

No hay advertencia, sólo un destello —una foto instantánea de la ciudad congelada en blanco puro— y luego el estallido: seco, cavernoso, con el eco de un tambor de guerra que baja por la espina dorsal de los edificios y se desliza por los viaductos y los balcones. Es Bangkok aullando. Es la selva que reclama su poder al cemento. El viento arrastra el olor de las hojas rotas, del asfalto caliente mojado de golpe, de la cloaca abierta. Las gotas golpean. Lavan. Casi lastiman.

Y tu vientre se contrae de nuevo en un mordisco muy largo.

La tormenta te roe los tobillos, te acaricia los pezones endurecidos bajo la gabardina empapada. Cada trueno es un espasmo eléctrico en el corazón del mundo. El viento te grita en lenguas que no existen. Orea tu gabardina intentando espiar de dónde va a brotar la vida. Las aguas del río se desbordan con lujuria, tocándote, lamiéndote, buscando arrastrarte con ellas muy lejos. Divisas un saliente de hormigón, muy cerca del cauce del río, en el ángulo de un pantalán retorcido y oxidado. Corres hacia él y te cobijas como una gacela asediada por una manada de lobos.

Y entonces gritas.

Gritas porque te estás abriendo como un mango demasiado maduro.

Eres una fruta. Una presa rota. Una grieta en la realidad.

Y el monzón no se detiene.

Y el río se ríe a carcajadas borrachas.

Surca el cielo una parvada de agujas cálidas disparadas por el arco de un dios ofendido. La ciudad, esa bestia de hormigón y luces indecentes, se rinde sin oponer resistencia. Se encoge y se abre con los latidos de una flor de loto carnívora, lista para ser devorada por el agua. Corren de acá para allá los oficinistas y las vendedoras de cupones, y se desbordan las piscinas de los rascacielos de Silom.

Los neones luchan por seguir brillando; son putas cansadas en un burdel sin clientes. Las cloacas vomitan su contenido: bolsas, cadáveres de ratas, recuerdos disueltos en mierda. Las calles se vuelven canales y los canales se vuelven océanos. Hay peces boqueando en las veredas. Hay coches flotando como juguetes olvidados en una bañera gigante.

Y en todo esto, hay un erotismo inútil. Una ciudad que se deja follar por la lluvia sin oponer resistencia. Una coreografía de rendición total. El agua entra en tromba por cada grieta, lava lo visible, pero, en lugar de limpiar nada, revela la mugre que siempre estuvo ahí. El miedo que se oculta bajo las sonrisas. La fragilidad del disfraz de la civilización.

El monzón viene a recordar.
Que todo, incluso la majestuosa Bangkok, puede sucumbir.
Que todo lo que un día brilla también sangra cuando llueve así.

Sientes un nuevo dolor atroz en el vientre, un nuevo rugido escondido. Te cobijas aún más bajo tu saliente de hormigón. Cuatro ratas aterrorizadas huyen del agua, trotan sobre tu vientre y se refugian contigo bajo la repisa. Su pelambre apelmazada, sus ojos vidriosos que te miran con una amenaza velada. Te encoges y te expandes, aprietas los dientes y tu respiración se confunde con las gotas de la lluvia y tus gritos flotan lejos de ti a lomos del viento. Aprietas tu barriga palpitante que se convierte en un nido de magma que hierve. El olor del humo parece inundarlo todo de repente y la figura adusta de papá te observa de repente desde los parpadeos de los rayos, susurrándote que todo irá bien, todo irá bien, *yai yen yen,* corazón frío frío. Un millón de luciérnagas amarillas te rodea en tromba, en formación, titilando suavemente a tu alrededor. Sería todo tan fácil con una rayita, sólo una.

Estás de rodillas, con las manos en el barro que ha dejado de ser tierra y ahora es una especie de carne viva y purulenta. Tu estómago se contrae en violentas arcadas y vomitas una mezcla de sopa y bilis. Desnuda bajo la gabardina que sólo te cubre por piedad. El agua te corre por los muslos intentando entrar de vuelta en tu cuerpo, como si el río, celoso, quisiera recuperar lo que cree que es suyo. Tus manos buscan el filo de una tarjeta invisible, dibujando líneas blancas en el aire.

El monzón grita. Empuja. Escupe. El cielo eyacula relámpagos como órdenes divinas, y cada trueno es una contracción universal. Tu vientre es una tormenta en sí mismo, redonda, temblorosa, preñada de relámpagos.

La lluvia aplaude.

El viento aúlla.

El Chao Phraya ríe a carcajadas.

El dolor explota. De tanto empujar te cagas y te meas, embriagada de dolor. Estás desplomada sobre un charco de tu

propia mierda, de tu sangre, de tus meados, de tu vómito y de líquidos que no sabías ni que existían. No hay tiempo entre un trueno y otro. Ya no hay mundo, sólo esa presión insoportable, ese abrirse ancestral, ese desgarrarse dulce. Ruges. Como mujer. Como madre. Ruges como ruge la tierra cuando pare volcanes.

Y de repente,
el río, enloquecido, desquiciado,
se detiene un segundo,
como si también él quisiera ser testigo.

Las ranas callan. Las hojas se pegan a tu piel convertidas en amuletos, en testigos de barro.

Tu hija brota. Se precipita hacia el mundo con la furia de un cometa herido de muerte. Envuelta en agua y placenta, vómito y mierda, gritando ya, gritando como si hubiera comprendido desde el primer aliento la vida que le espera.

Y ahí estás, con las piernas abiertas, con el alma expuesta, sangrando río, llorando risa, vomitando barro, amando con odio.

El cordón es un hilo retorcido entre dos mundos. Y en ese instante, entre el cielo podrido y la tierra que respira bajo el agua, todo se suspende.

Y entonces, Nana, el cielo —ese animal rabioso— se aquieta. Se rinde.

Se repliega con la ternura de una lengua cansada de lamer los vórtices del mundo.

Los neones enmudecen.

Ahí estás, con las rodillas hundidas en barro y mierda, y la violencia del agua se convierte, de pronto, en trémula caricia.

Ya no hay gotas, sólo un aliento tibio que flota, rendido.

Una pausa.

Un suspiro enorme de la ciudad, Bangkok exhalando contigo.

Y tú, corazón desbordado, tú la ves.
La ves por primera vez.

Tu hija.

Rodeada de luciérnagas blancas.
Tu pequeño universo aún húmedo.
Tu esperanza de barro.
Tu fruta recién caída del árbol del caos.
Princesa de las miserias. Reina de las ratas. Emperatriz del hambre.
Tan diminuta que cabe en el cuenco de tus manos, tan inmensa que te llena los ojos, la boca, la historia entera.

Miras su cara descifrando un secreto sagrado y primitivo.
Es perfecta, Nana.
Es perfecta, Nana.
Es perfecta, Nana.
Cuentas sus dedos. Uno por uno.
Uno —*nùng.*
Dos —*sóng.*
Tres —*sám.*
Cuatro —*sì.*
Cinco —*hâ.*

Hâ. Es perfecta, Nana.

Sus párpados aún cerrados como portales.
Su naricita, ese punto de interrogación que la vida dibujó con ternura.
Ella respira.
Y tú lloras.

Qué vas a hacer ahora, Nana.
Ahora qué harás, que sois dos.

Y la ciudad —ese monstruo eléctrico— se queda quieta, respetuosa.

Ni un claxon, ni una sirena, ni un grito.

Sólo el murmullo suave del río tornándose cuna.

La gabardina te cubre los hombros como si el cielo, avergonzado, quisiera darte cobijo.

El barro se enfría.

Y tú, Nana, no eres ya esa chica de Isan que vino buscando algo. Ni puta. Ni amante.

Eres madre.

Eres milagro mojado. Aterido.

Eres puente entre el agua y la carne.

Lloras. Tu hija llora.

Qué vas a hacer ahora, si ni fuerzas tienes para buscar un cuenco de caldo.

Hâ. Es perfecta, piensas mirando fijamente su quinto dedo.

Las cuatro ratas que han estado observándolo todo se acercan sigilosas y se disputan la placenta. Te arrastras, cubierta de barro, bajo la repisa de hormigón para evitarlas. Das unas débiles patadas que las espantan. Pero regresan pronto, a hurtadillas. Tu hija llora más fuerte y tú la abrazas, la envuelves con tus brazos para defenderla de esas bestias voraces que ahora se pelean por ese trozo de tu carne empapado de vómito y mierda.

Y entre la bruma de las lágrimas, surge una cara sucia que cubre de repente todo tu campo visual. Te mira con un deje de ternura y otro de locura.

La Dama del Vertedero.

—Ven, niña —dice, simplemente extendiendo su mano huesuda—. *Yai yen yen*.

Y entonces sabes que todo irá bien.

Dama

—Shhh, bonita, niña bonita. Muñequita.

El refugio de la Dama del Vertedero es una criatura que palpita como tú. Una matriz apocalíptica mascada entre ratas y neumáticos en la esquina donde la ciudad olvida su nombre: justo entre los pilares del paso elevado de Din Daeng y la acequia repugnante que marca la frontera invisible entre los vivos y los que se limitan a subsistir. Nadie sabe cómo llegó ahí. Algunos dicen que fue profesora de arte en Silpakorn. Otros, que fue puta de lujo en los setenta, amante de un general muy guapo que tenía los colmillos de oro ganados en una apuesta a un vampiro millonario de Silom. Da igual. Ahora es la enclenque diosa de los escombros. Y su palacio es una caverna de basura pensada con más lógica que cualquier apartamento de lujo; es un templo de detritus resollando con vida propia.

—Los desechos son sólo lo que otros desechan —canturrea con ternura ofreciéndote un cuenco de caldo de pollo.

Los cartones, vencidos por la lluvia y carcomidos por el tiempo, están encajados con la precisión de un arquitecto que ha sucumbido a la locura. Forman paredes flexibles, que crujen con el viento, pero no ceden. Han sido escritos, dibujados, cortados y remendados. Sobre ellos hay frases, fragmentos de vidas ajenas, trozos de poemas en tailandés, inglés, birmano y manchas que podrían ser de sangre menstrual o de curry. Cada uno parece estar esperando a que alguien lo lea, lo escuche, lo entienda. Las bolsas negras cuelgan del techo como cortinas de un burdel triste. Algunas están rellenas de botellas rotas, de ropa calcinada, de huesos pequeños. Otras están vacías, pero se agitan con la brisa con una cadencia

ritual, como si cantaran. Hay una que siempre está inflada, respirando. Nadie la toca.

Ahí es donde os aloja. Os acurruca.

—Shhhh. Niña bonita. Muñequita. Es en la mierda donde crecen las flores más fuertes —dice.

Luego te besa la frente con dulzura. Te arde la columna, te crujen las rodillas, te muerdes los labios hasta hacerlos sangrar porque todo, absolutamente todo, es ausencia de cocaína: los latidos en tu sien, el sudor helado que empapa tu cuerpo, la náusea que sube y baja como una marea putrefacta. Puedes sacar a la chica del bar, pero no puedes sacar el bar de la chica.

Del techo improvisado —una mezcla de lonas rotas, chapa oxidada y paraguas abiertos boca abajo— cuelgan botellas de plástico cortadas con esmero. Dentro de algunas hay agua; dentro de otras, insectos muertos. Muchas están llenas de cuentas de colores, amuletos, colillas de cigarro. Ofrendas de cristal para una diosa que no juzga el pecado ni cree en la redención. El suelo es tierra apisonada, mezclada con fragmentos de azulejo, vidrio molido y alfombras podridas que alguien alguna vez limpió con cariño. En las esquinas, lianas de carretes fotográficos y pequeños montículos de objetos clasificados durante décadas: una pila de encendedores sin gas, una colección de dientes humanos, un altar de muñecas sucias con las pupilas pintadas de rojo. Todo lo que Bangkok ha vomitado vive ahora ahí, ordenado en hileras torcidas.

Y en el centro, el trono. Un asiento de coche antiguo, destrozado, cubierto de saris raídos, de cintas de vídeo que cuelgan como intestinos relucientes, como cabelleras grasientas, negras y brillantes, emitiendo un susurro tenue con las caricias del viento. El trono está elevado sobre un palé de madera cubierto de espejos rotos, para que al sentarse uno se refleje fragmentado. El reflejo nunca coincide. Siempre falta algo.

La humedad lo invade todo, pero no sofoca. Es una humedad que cura. Que mantiene los recuerdos vivos. Huele a incienso viejo, a

tela mojada, a tiempo detenido.

Y la verdad está escrita por todas partes.

Sentencias como cuchillas, trazadas con marcador grueso, con tiza, con menstruaciones resecas, con carbón, con mierda, con champú, con lo que haya. Algunas son gritos; otras, epitafios. Algunas rezan:

«*Bangkok no es una ciudad, es una trampa con luces de feria*».

«*Dios vive en un burdel de Khlong Toei y llora cuando una niña aprende a sonreír con los ojos cerrados*».

Hay dibujos también. Esculturas hechas con huesos de pollo y encendedores rotos. Figuras vagamente femeninas con alas de paraguas y tetas de botellas. Una instalación de cucharas oxidadas formando un coño gigante en el suelo. Y siempre, siempre, ojos. Ojos pintados, recortados, modelados. Ojos que miran desde cada rincón vigilando a los vivos en nombre de los muertos.

«*No creas a los que huelen bien. Son los que más podredumbre ocultan*».

La Dama duerme en el centro del caos, envuelta en plásticos y periódicos viejos. A veces murmura en sueños. A veces canta canciones de amor en lao, en birmano o en una confusa mezcla de ambos. A veces reza, pero, en lugar de hacerlo a un dios reconocible, lo hace a la ciudad misma y su belleza podrida.

No sabes cuánto tiempo ha transcurrido. La luz entra por las rendijas del refugio y el Vertedero, por primera vez, no huele a muerte ni a mierda, sino a tierra tibia y plástico tibio y a leche tibia y sopa tibia, como si todo el mundo hubiera decidido callarse un rato para dejar dormir a una niña. La Dama del Vertedero ronca suavemente, enroscada entre sus esculturas de huesos y cable quemado, con una gata mestiza acurrucada sobre los pies y una flor seca en el pelo. Todo es extrañamente sereno bañado por la luz de la aurora.

Tú, Nana, estás sentada en un rincón, con las piernas dobladas de una mantis cansada, mirando cómo duerme tu hija.

La niña.

Esa criatura diminuta, flaca, pero viva. Tiene las mejillas sucias, los párpados agitados y el vientre que sube y baja con esa paz que disfrutan los que no han aprendido todavía a desconfiar del mundo. Tiene las uñas cuajadas de tierra, los tobillos pelados y, sin embargo, brilla con una dulzura limpia y serena. La ves respirar y sientes algo parecido a la esperanza.

Pero entonces algo se mueve en ella.

Un gesto.

Pequeño. Preciso. Antiguo.

Tu hija, en mitad del sueño, se lleva las manos a las orejas. Se las cubre. Como si el ruido del mundo incomodara sus sueños. Como si algo invisible le gritara desde fuera.

Tú te congelas.

Te acercas. Despacio. Con miedo de despertar a un espectro.

Te arrodillas junto a ella y la observas durante largo rato. Pero ella no se mueve. Sigue ahí, empeñada en taparse las orejas con las manos. Apoyas tu mejilla contra su pequeño pecho, en ese punto donde late algo que todavía no sabe que es corazón. Respiras. Hondo.

Y ahí está.

El olor.

No es el olor de la leche agria ni de la piel sucia. No.

Ese olor que no sabes nombrar, pero que reconoces al instante: a pólvora mezclada con el incienso del Wat Hua Lamphong. A soldados recién duchados y a furcias que llevan colonia de fresa para disimular la infección. A silencio, a *sheket*, ese olor imposible.

Y entonces llega el Eco.

Una imagen. Rápida. Brutal. Precisa.

Un desierto calcáreo. Una mesa rota. Un cenicero en el aire. Un cuerpo cayendo. Pero también ella. La niña. Los neones de Soi Cowboy chisporroteando, un chiquillo gritando en hebreo frente a un televisor apagado, rodeado del rugido de las metralletas, un fajo de trapos llorando de madrugada en las escaleras de un templo dorado, champán caro y tacones de aguja, altavoces Bang & Olufsen gimiendo, jazmines frescos en el altar de una madre desconocida, una radio que grita números en código morse y una casa en Isan con el suelo manchado de sangre.

Una mezcla. Una fusión.

Y comprendes.

Yaron ha vuelto.

Volvió así. Pequeño. Vulnerable. Inocente.

Y tú, Nana, no sabes si amar o llorar. Sólo sabes que la tienes. Que lo tienes. Que hay una segunda oportunidad que arde en el pecho, que quema. Que duele. Que salva.

La niña duerme. Y tú, con la cara hundida en su pecho, no te atreves a mover un solo músculo.

Sólo entonces la frase que escribió en un cartón la Dama del Vertedero antes de dormir cobra toda su dimensión. La lees cuidadosamente.

«*Los que mueren con odio vuelven cerca.*

Pero no siempre para hacer daño.

A veces sólo para entender».

La miras. Tan pequeña. Tan vacía de futuro. Y, sin embargo, tan llena de él.

¿Puede el instinto vencer los recuerdos? ¿Es redención? ¿Es castigo? ¿Precio o premio? ¿O es sólo una broma sucia del universo? Tal vez las culpas viajan en el alma como parásitos y un día se despiertan sedientos para reclamar su trono.

¿Se puede llegar a amar igual a alguien a quien has condenado?

Quieres protegerla del mundo, de ti misma, de lo que fue y lo que podría llegar a ser. Pero también bulle en ti una duda oscura. ¿Y si

todo se repite? ¿Y si ese cuerpo frágil es sólo la semilla del mal? ¿Podrías detenerlo antes de que llegue a florecer? ¿Y qué precio tendrías que pagar por ello? ¿Cuál sería el premio?

¿Estamos destinados a repetirnos?

¿De qué sirve cambiar de cuerpo si el alma sigue siendo la misma? ¿Qué esperanza nos queda si incluso los recién nacidos arrastran el lastre de las sombras de otras vidas? ¿Y si la rueda no se detiene jamás? ¿Y si sólo estás aquí para vivir ese mismo ciclo desde un ángulo distinto?

Tu hija se agita en sueños. Gime bajito. Como si supiera de tus dudas.

Tú le acaricias la mejilla. No decides nada. No puedes. A veces, la caricia es todo lo que nos queda frente al abismo.

Recuerdas por un breve instante tu pequeña escuela en Isan. Tienes apenas once años, tu maestra se llama Malee. Entre tiza y arroz levanta catedrales invisibles en cabezas descalzas. El suelo es cemento desnudo, cuarteado como la piel de un búfalo viejo; en las grietas del patio brotan briznas de hierba tímidas, verdes y obstinadas, que despuntan anunciando que ahí también falta algo por decir. A un lado, una estantería coja sostiene libros de inglés de hace veinte años, con páginas que se pegan entre sí, y cuadernos olvidados donde los dibujos de elefantes y templos ya se han desteñido hasta convertirse en espectros de tinta. En la esquina, una caja de cartón guarda tizas de colores, todas rotas por la mitad como huesecillos frágiles. Una hilera de pupitres de madera, cada uno con su propio inventario de cicatrices: iniciales talladas con navaja, corazones partidos, insultos a profesores que quizás estén muertos ya. El ventilador de techo se mueve sin apuro. Malee os recita dulcemente los versos del poeta Sunthorn Phu:

Aunque este mundo llegue a su fin,
seguiré pasando la eternidad contigo.
Aunque debas nacer de nuevo,
yo también naceré y volveremos a unirnos.

Ahora, años después, entiendes el peso de esas palabras.

Lo amas. La amas. Con una fuerza sin nombre, ni moral, ni geometría. Querrías tragártela entera para protegerla del mundo. Pero también querrías huir. O quemarla.

Los objetos del refugio flotan un instante: la cuchara oxidada, la muñeca sin cabeza, la cabeza sin muñeca, un frasco lleno de dientes cariados. Flotan, como si la gravedad hubiera olvidado cómo hacer su trabajo. Tu alma se parte en dos criaturas: una loba que aúlla de amor y una serpiente que muerde para protegerse del miedo. Quieres abrazarla hasta fundirte con ella. Quieres olvidarla de tu vida con un suspiro.

La niña gime. No habla. Pero su voz resuena en tu médula:

«Estoy aquí».

Y tú no sabes si es un rezo o una amenaza. Premio o precio.

El amor profundo es esa cosa maldita que no puedes rechazar, aunque tenga el rostro del diablo.

Y lloras. Sin lágrimas.

Como lloran las estatuas cuando nadie las mira.

* * *

Los días pasan con la calma del agua sucia por una alcantarilla rota: lentos, tibios, arrastrando los detritus pardos de lo que alguna vez fue vida. En el refugio de la Dama del Vertedero no hay reloj, ni calendario, ni planes. Sólo el zumbido de la ciudad al fondo, el de una mosca que no muere. Por las noches, la Dama regresa para arroparte.

Y tú, Nana, estás atrapada entre dos latidos. De vez en cuando, tu cuerpo se cubre de un denso sudor frío y de temblores que exigen un par de rayas blancas que te ayuden a distinguir la realidad del sueño.

Pero todo pasa cuando la miras.

La niña. Esa criatura frágil que amas con profundidad animal, que respira a tu lado, que chupa de tus senos con la confianza ciega y desesperada de los recién nacidos. En su llanto hay algo que te perfora las costillas. A veces, cuando duerme, te sorprendes acariciándole la cabeza, murmurando canciones que ni sabías que recordabas. Las luciérnagas blancas te insisten: es tu hija.

Y, sin embargo, cuando abre esos ojos grisáceos, cuando se lleva las manos a las orejas en sueños —ese gesto maldito que conoces de memoria—, tu alma se revuelve. Sientes náuseas. Sientes rabia. Porque sabes. Porque es él. Es ellos. Porque no hay perfume de hija que oculte el olor de la sangre, el cristal o la pólvora. Porque debajo de esa piel suave, de ese llanto trémulo, hay una historia que no has perdonado, ni en esta vida ni en todas las que te precedieron. Que no perdonaste ni tú, ni las que vinieron antes.

La amas.
La odias.
La amas más por odiarla.
Y la odias más porque la amas.

¿Y si la deuda con el karma no fuera tuya, sino de Yaron Tal y de tu abuelo Chaiya? ¿Y si han sido devueltos a ti para obligarlos a vivir en su carne frágil justo el mismo daño que causaron? ¿Y si el ciclo no tiene que ver con el bien o el mal, sino con el peso? ¿Y si Yaron y tu abuelo tenían un alma pesada y ahora han sido condenados a escarmentar en la fragilidad y en el abandono? Puede que las culpas no se vayan nunca, sólo aprendan a esperar su turno, acurrucadas en los ciclos del tiempo.

La Dama rebusca en los márgenes del mercado, hoza entre restos de ofrendas en templos de tercera. Cocina arroz mezclado con caldo de hueso, recoge fruta podrida y la pela con manos firmes. Te da de comer como el que alimenta a una gata herida, con paciencia, con distancia, con ternura salvaje. Arropa a la niña con camisetas viejas llenas de frases incompletas. A ti, te mira sin decir mucho, tal vez en

la certeza de que hablar sería empeorar lo que puede ofrecer el silencio.

Cagas en un cubo, duermes sobre periódicos, te lavas a duras penas con agua recogida en barreños rotos. Tu cuerpo huele a fiebre mal curada y a insomnio. A veces quieres huir. A veces quieres zambullirte en el río con la niña en brazos. Y otras, sólo quieres dormir un día entero con ella encima, convertida en un escudo o una penitencia.

El refugio no ofrece respuestas. Sólo espacio para escuchar los pensamientos que el ruido de la ciudad no deja pensar.

Y ahí estás tú, Nana.
Madre de un fantasma.
Amante de un enemigo.
Huérfana de ti misma.

La madrugada pesa como una piedra caliente sobre tus hombros. Bangkok duerme con los resuellos de un animal que se retuerce en sueños. Caminas con la niña en brazos, los pies descalzos, el alma dividida en dos mitades que se van desgarrando con cada paso que das.

No hay viento.

El Wat Hua Lamphong se yergue con el silencio lúgubre de una sombra antigua en la madrugada. Sus muros respiran, intuyen lo que vas a hacer. El templo mismo, ese lugar de paz y de muerte lenta, te juzga en silencio. No hay monjes. No hay mendigos. Sólo tú y el sonido de tus pasos sobre la grava mojada. Caminas brevemente al lado de una hilera de féretros para indigentes que te espían detrás de una verja.

La niña duerme en paz.

Tiene el pecho caliente. El pulso regular. La boca entreabierta que sueña con una vida que aún no le ha sido concedida. Las manos

apretando firmemente sus orejas de nata. Te quedas mirándola, incapaz de parpadear.

Al fin, te arrodillas en la entrada lateral del templo, donde los monjes duermen, donde los perros suelen echarse a la sombra durante el día. Dejas allí el bulto con cuidado, como si pudiera romperse. Tu cuerpo tiembla. Sientes de repente un vértigo tan vasto que no cabe dentro de ti.

—Perdóname, mi niña. Perdóname tú. Y si me vas a castigar... hazlo pronto. Hazlo ahora.

Pero no cae ningún rayo. Sólo silencio. Sólo indiferencia. Sólo el zumbido sordo de Bangkok y de tu propia culpa.

La niña se agita suavemente con sus manos pegadas a las orejas, apenas un pedacito de carne que gime envuelto en un pañuelo de seda azul.

Un murmullo.

Piensas que tal vez sea el alma de Yaron decidiendo si quedarse o marcharse.

Te quedas de rodillas un momento más. Esperando algo. Una señal. Un perdón. Un castigo. Un precio o un premio. Que alguien venga a azotarte si es que lo mereces. Un gesto de los espíritus que respondan a esa ofrenda, aunque nunca antes hayan atendido tus súplicas.

Nada.

Te giras. Lloras al fin.

Caminas.

No corres.

Porque cada paso lejos de ella es un crimen que te obligas a sentir entero.

Porque sabes que el karma no grita.

El karma espera.

Y cuando vuelva a por ti, no te hará pregunta alguna.

VACÍO

Esa mañana llueve como si el cielo estuviera intentando deshacerse de su propia alma. Y tú apareces en el umbral de su puerta como un espectro que ha conseguido cruzar todos los anillos del infierno. Empapada. Sucia. La ropa pegada al cuerpo intenta recordarte que un día fuiste humana. La mirada huera encajada en cuencas moradas. Ni culpa, ni miedo, ni remordimiento, ni esperanza, ni nada. Nada. Sólo ese abismo silencioso que queda cuando el alma se sienta en un rincón y deja que el cuerpo siga caminando solo.

Jay abre la puerta y se te queda mirando largamente sin preguntar.

No hace falta.

Te deja pasar, y tú obedeces como un perro mojado y abatido que ha olvidado que alguna vez supo pelear. El suelo cruje bajo tus pasos. El olor a té viejo y eucalipto se mezcla con el tuyo: cristal, humo, memoria. Pequeñas y tímidas luciérnagas de un pálido color rosa se asoman entre las revistas viejas, la hilera de mangas y manuales de mecánica, la piedra que da suerte, la caja de herramientas y la de los medicamentos caducados.

Jay calienta agua. Te sienta en un taburete de plástico en el diminuto baño, limpia tu cara con una toalla tibia y te da una camiseta que te queda grande. La camiseta huele a ella. A refugio. A otra vida. Tú no dices nada. Ni un gesto. Te dejas hacer. Un cadáver al que aún no le ha llegado la hora de pudrirse.

Esa noche, Jay no duerme contigo en la cama. Extiende una manta en el suelo, junto a ti, por si algo en tu interior decide volver.

Por si regresas. Por si en mitad de la noche gritas o lloras. Jay quiere estar cerca para abrir la puerta desde dentro, entrar y hacerse un hueco. Con la cautela de un gato oportunista.

No existes del todo. Te quedas mirando la pared de la habitación en penumbra, el cuadrado tenue y grisáceo de la ventana y las cortinas que se mecen suavemente, hasta que al cabo de un rato se disuelven en una nebulosa gris y en un sueño sin sueños. Tu vieja amiga, la ambición, ha muerto o te ha abandonado. Poco importa ya.

A la mañana siguiente, cuando abres tus ojos de luna rota, descubres que Jay ha bajado al 7-Eleven y ha traído esos mochis de chocolate que tanto te gustaban cuando bailabas en el Night Shift Nurs_s, hace hoy una vida y media. Porque Jay conoció y amó a una Nana que ya no eres. La Nana que Jay amó ya no está, pero debes fingir que sigues siendo ella. Sonríes débilmente mientras abres el paquete de los mochis, pensando que lo más probable es que no logres tragarte ni siquiera uno. Tal vez Jay antes te amaba por lo que creía que eras y ahora te ame por lo que cree que todavía eres. Nunca el motivo será el correcto, porque jamás conseguirás corresponderla.

Transcurre un día.

Luego, dos.

Jay te trae ropa nueva, te mira sin emitir juicios ni hacer preguntas, te habla de películas que ha visto, te ofrece cigarrillos y mango con azúcar y chile en polvo, y sigue comprándote mochis de chocolate que tú sepultas en la basura cuando ella no está mirando. Te peina largo rato, te deja sentada en la penumbra y se va a trabajar. Cuando regresa, tú sigues ahí, en la misma posición. Te confirma que la policía te está buscando. Que tu madre llama a Donut a diario. Que la estación de las lluvias está dándose por vencida al fin. Un parloteo incesante que pretende llenar tu vacío.

Jay te peina mil veces con dulzura. Siempre le gustó tu pelo. Ahora más.

Pasa otro día. Y tres más.

Y entonces intenta besarte. Lo hace con la prudencia de quien quiere cuidar un cactus y tiene miedo de clavarse sus espinas a pesar de que sólo busque su bien. Tú no te apartas, pero tampoco respondes. En la penumbra, la respiración de Jay se vuelve pesada y su lengua busca la tuya, pero es como besar una estatua de mármol mal pulida. Durante un rato que parece una eternidad, vuestros labios se juntan con un deje de deseo amortiguado por el peso de la culpa, del tiempo, de las palabras que ya nunca más se van a decir. Te levantas, vas al baño y vomitas porque eres incapaz de sentir nada.

Durante días, la ciudad sigue siendo un animal sonámbulo, pero tú, Nana, encuentras un pliegue en su lomo donde respirar no duele tanto. Jay te convierte en un pajarito maltrecho que no se sabe si va a sobrevivir. No habláis mucho. Aun así, ella siempre está ahí. Te trae *pad pak* sin preguntas, intenta limpiarte las heridas del alma sin torcer el gesto y duerme cerca, siempre a la espera de que esa puerta se abra un poquito para poder entrar.

Una mañana te duchas, porque quieres saber si ese cuerpo que no responde sigue siendo tuyo. El agua fresca te recorre la espalda como una disculpa triste que llega tarde. Esa noche, ríes. Sólo una vez. Sólo un poco. Algo mínimo. Jay te habla de las ratas callejeras a las que les ha puesto nombre y tú sueltas una risa rota, que no es más que un vaso de plástico arrugado, pero es una risa al fin.

En la penumbra, los ojos de Jay se iluminan de esperanza.

Al día siguiente, te pintas los labios. El trazo tiembla, pero está ahí. Una línea de resistencia en la cara de quien no sabe si quiere seguir adelante, pero no se va a dejar borrar del todo.

Jay te acompaña al mercado de Bang Kapi. El sol es amable, por una vez, y te recuerda a los soles de Isan. Entre montones de fruta, pescado seco y cestas de chiles, te compra un pequeño ramo de jazmines. Te lo pone en la mano, un corazón vulnerable, agrietado, apenas capaz de palpitar. Sólo espera que no lo dejes caer al suelo, donde se rompería en mil pedazos. Entonces, la vieja del puesto de mangos os mira, ladeando la cabeza como los perros del templo.

—¿Es tu novia? —pregunta a Jay.

Ella sonríe. Una sonrisa tranquila, sin miedo. Incluso orgullosa. Una sonrisa que no necesita explicar nada.

Tú te quedas en silencio, Nana. Porque las palabras se agolpan en la garganta y ninguna quiere ser la primera en salir. Y en ese instante, entre el aroma mareante de los jazmines y el murmullo quedo del mercado, te das cuenta de que el vacío no te permite decidir si estás empezando algo o si apenas aprendes a respirar de nuevo.

Siempre hay alguien que ama y otro que se deja amar.

Pero no así, Nana. Sabes que así no.

Esa noche Jay te busca entre las sábanas. Apartas su mano y te quedas mirando al techo.

Jay ya no vuelve a tocarte.

Nunca más.

Nunca más.

Transcurre un día.

Luego, dos.

Y al alba, el aire cambia.

El sol entra por la ventana con timidez. Jay ha vuelto de trabajar y se ha quedado sentada en el patio, en la silla de plástico que cruje con cada movimiento, mirando el móvil sin verlo, oliendo el arroz recalentado que no ha querido tocar.

Jay te espera.

Cuando regresas, no llamas a la puerta. Entras en casa como si el mundo fuera un pasillo sin salida. Eres un jirón de basura. El cuerpo de sábana tras un tifón. Los ojos vidriosos, ausentes, llorosos. El carmín convertido en un borrón rojo tras pasarte la noche entera chupando pollas ancianas y corroídas de sífilis. Olor a vómito, a semen y tequila. La nariz taponada de mocos y entumecida por la cocaína. Y los billetes: ahí, empapados de sudor, pegados a tu sujetador con la textura gomosa de las heridas mal cerradas.

Puedes sacar a la chica del bar, pero no puedes sacar el bar de la chica.

Jay te ve y algo en ella se quiebra sin ruido. Te grita. Llora. Suplica.

—¿Por qué me haces esto?

Y tú, con la voz baja, rota, sin entonación, respondes.

—Porque tú quieres verme, y yo ya no quiero ser vista.

La frase es una araña venenosa que se queda suspendida en su red. Jay te abofetea con desesperación. Como quien intenta reanimar un cuerpo que se hunde en una tumba de fango. Y luego, como siempre, te abraza. Se aferra a ti con toda la ternura que es capaz de seguir intacta después de todo. Espera que vuestros cuerpos se fusionen, pero en realidad siguen a océanos de distancia.

De repente, te das cuenta de una verdad fundamental, de esas alrededor de las que pivota el mundo y que quema lo poco que queda de ti, bien dentro de tus entrañas:

Jay nunca jamás volverá a hacer nada así por nadie.

Hay un número finito, íntimo, casi sagrado de veces en que abrimos el alma como si fuera una casa con la luz encendida, esperando que alguien entre en ella sin romper nada. Son oportunidades pequeñas y luminosas. Cada una es un acto de fe: en el otro, en el amor, en que no te hagan un daño irreparable. Cuando esas puertas se abren para quien no sabe mirar, para quien sólo

entra a revolver los cajones y llevarse un botín, cada intento deja una grieta. Las oportunidades se evaporan, se agotan, desfallecen y no vuelven más. Se gastan como monedas lanzadas a un pozo que nunca devuelve nada.

Y llega un día —tarde, casi siempre— en que aparece alguien que sí lo merece todo.

Pero, para entonces, estás vacío.

Y no porque no ames.

Sino porque ya no te queda nada con qué amar.

Y tú sabes que no mereces a Jay, Nana. Sabes que sólo estás gastando sus oportunidades de amar a alguien más. Eres ese pozo hambriento que traga monedas sin eco, donde ni los deseos se atreven a quedarse.

Jay nunca jamás volverá a hacer nada así por nadie, Nana. Y tú tienes la culpa.

—No hay nada aquí que merezca ser curado —murmuras finalmente.

Jay amanece tarde. El ventilador sigue girando con su ritmo lento, midiendo el tiempo en pulsos de abandono. El colchón aún conserva el hueco de tu cuerpo, tibio, reciente, pero Jay ya sabe que Nana no está.

En la mesa hay una taza de café, medio llena. Medio vacía. Flota en ella un mosquito que patalea débilmente. A su lado, un mechón de pelo, cortado con precisión, como si con él hubieras querido deshacerte de ti misma a pedacitos.

Y la nota.

Un papel rasgado por la mitad, tal vez porque te arrepentiste de algo en el último momento. No hay texto. No hay disculpa. No hay promesa. Sólo una línea trazada a lápiz. Recta. Perfecta. Sin temblor. El electrocardiograma de un corazón que se ha rendido. Un trazo sin retorno.

Jay ya no tiene preguntas.

La has dejado con la respuesta.

METAMORFOSIS

La encuentras sentada, como siempre, en su trono de plástico derretido, cintas de vídeo y bolsas negras, con la cabeza ladeada hacia el rincón donde colgaba su último collage de profecías, cabezas de muñeca y piezas de motor de tuctuc ensartadas en alambre. Pero sus ojos están vacíos. La boca entreabierta intentando dictar una última sentencia. La Dama del Vertedero ha muerto. Con las ratas de testigo y el humo del último cigarro aún flotando en el aire con la apatía del incienso débil de una plegaria inconclusa.

El refugio de la Dama del Vertedero es ahora una enorme crisálida tejida para ti.

Sin saber muy bien por qué, le quitas su sari roñoso, que huele a queroseno, y te lo pones tú. Arrastras su cuerpo apergaminado a un rincón y la basura se desploma sobre ella, cubriéndola de gloria. Desaparece tan abruptamente que incluso llegas a dudar si alguna vez existió.

Desde el techo te observa una mariposa grande. Es la Dama, que se ha reencarnado en ella, fugazmente, sólo para darte la bienvenida. Esa noche morirá estampada contra el parabrisas de un tuctuc y su alma se reencarnará en princesa. Está bien. Se lo merece.

Ocupas su trono y te sientas a esperar.

Justo en ese instante, olvidas el significado de la palabra ambición.

El sari raído envuelve tu espalda como una serpiente moribunda, las cintas de vídeo te rozan los hombros crepitando, pegándose a tu

piel húmeda, y son dedos largos hambrientos de caricias. Tus pies descalzos descansan sobre los espejos rotos y tu reflejo se fragmenta en versiones de ti misma que apenas recuerdas: la niña de Isan, la amante, la emperatriz, la asesina, la fugitiva, la hambrienta, la madre. Hay un mechón de pelo humano atado al reposabrazos con hilo dental y una vela encendida en una lata de leche condensada ilumina tu perfil. No dices nada. No te mueves. Pero todo en ti, desde la curva cóncava de tu espalda hasta la mirada fija en el suelo, sugiere que has dejado de ser huésped. Ya eres parte del altar.

La vibración del aire llega muy despacio.

Y de repente, el mundo se desploma hacia adentro, como si la ciudad se te colara en tromba por la garganta.

La piel.

Te arde.

Se agrieta.

Se cubre de palabras, con la urgencia de un demonio tatuando versos con fuego:

«*Bangkok no perdona, sólo recicla*».

«*Las que follamos en la calle también sabemos reinar*».

Tu piel se resquebraja y debajo hay carne roja y papel de periódico viejo, que palpita con titulares de crímenes olvidados y fotografías de chicas como tú, que alguna vez soñaron con ser reinas. Tus uñas se alargan, se doblan, se oxidan. Se convierten en ganchos para hurgar en los recuerdos ajenos. Tus pies se hunden lentamente en la basura que se convierte a tu alrededor en altar, trono y matriz de lo eterno. Las cucarachas trepan por tus brazos, son joyas vivas y titilantes. El barro te lame los muslos como un perro anciano que ha estado siglos esperándote. De tu espalda brotan cucharas oxidadas, y cada una recuerda un rostro distinto: uno te besó, otro te vendió, otro te echó de menos, otro te amó, otro sólo te deseó, otro te llamó hija antes de correrse en tu boca. El plástico se pega a tu torso y se convierte en una armadura. Los

gatos se acercan maullando con cautela, te rodean, te nombran con los ojos. Las estatuas de budas rotos, de Barbies mutiladas, de reyes decapitados, de vírgenes cubiertas de moho, todas te observan y asienten. Tus senos se vacían de leche y se llenan de tinta negra. Con cada espasmo, dibujan mapas invisibles sobre el aire. Mapas de Bangkok. Mapas de almas. Tus lágrimas al caer son perlas densas que ruedan hasta el suelo y se convierten en escarabajos. Corretean por tus piernas. Te visten. Te aceptan.

La voz de la Dama resuena en tu interior como una semilla que estalla o un tambor viejo pero poderoso:

«*No me llores, muñequita. Este reino nunca se abandona. Siempre se hereda*».

De tu ombligo brota un hilo plateado que se enrosca por todo el refugio. Palpa con cautela cada objeto para reconocerlo y hacerlo suyo. Cada palabra escrita por la Dama. Cada trapo, cada hueso, cada reliquia maldita. Y cuando termina su recorrido, el hilo se tensa y tira de ti hacia arriba. Eres una marioneta poseída por el alma del Vertedero. Tu cabello se trenza solo, con hilos de cobre, con cintas de *sabais* putrefactos, con lágrimas resecas. Tu olor cambia: ya no hueles a miedo ni a sudor. Hueles a leña quemada, a menstruación antigua, a hoja podrida que nutre. Tu sombra se separa de ti. Camina por el refugio. Te observa. Te niega. Luego te abraza compasiva. Tus costillas se acomodan en forma de cuna, una cuna blanda hecha de compresas, jazmines y plumerias, peluches amputados, pelucas medio calvas y el silencio que hay en los baños cuando las putas lloran sin hacer ruido. Y en esa cuna se lamenta tu bazo, el órgano de la tristeza. Tus labios se agrietan. Se parten. Dentro de ellos brota una lengua nueva. Hecha de voces: la de la Dama, la de tu madre, la de las otras que no sobrevivieron, voces en lao, en birmano, en inglés balbuciente y en tailandés hosco. Hablas y al hablar susurras desde todos los rincones a la vez.

Tu corazón se sale del pecho, late en tu mano como un animal. Lo ves. Le hablas. Te lo comes. Ahora eres pluma de cuervo cosida a un sujetador de niña.

Las paredes tiemblan.
Las luciérnagas huyen.
Los espejos se empañan aunque nadie respire.
Los pájaros se suicidan contra las ventanas del amanecer.
Tú, Nana, ya no eres quien llegó.
Eres quien quedó.
La heredera del Vertedero.
La nueva voz que dirá verdades con la lengua llena de cristales.
La reina de lo que sobra.
La santa de lo que se niega.

La Dama.

Ella

Años han pasado. Años sin nombre, sin lluvias ni sequías, sin estaciones ni calendario. En el Vertedero nadie cuenta el tiempo porque aquí todo lo que de verdad importa termina por descomponerse. El aire es espeso y dulce, y tiene ese olor a fruta podrida que sólo el calor perpetuo de Bangkok sabe fermentar con ternura. La ciudad se repite una y otra vez. La ciudad es un rezo elíptico susurrado por una garganta sin fe. Espejo de sí misma que nunca se rinde a la fatiga. Bangkok otra vez. Otra vez. Y otra. Infatigable.

Tú, Nana, eres ahora un punto fijo en ese ciclo. Sentada en tu trono de bolsas negras y maderas que huelen a mierda seca y ofrendas fallidas. El humo de tu cigarro se mezcla con el vapor del canal y, a veces, por un breve instante, pareces una diosa bellísima de algún culto olvidado, aunque nadie pueda verlo. Las polillas te espían en la distancia. Las ratas te respetan. Las muchachas te miran con recelo cargado de ternura. Las ancianas te traen caldo en tazas rotas. Las cucarachas te abren paso con reverencias. Nadie se atreve a decir tu nombre.

Ya no eres Nana.

Eres Ella. La que quedó.
La que sabe.

Recorres las calles escribiendo sentencias sin parar: en los cartones olvidados, en las paredes de hormigón, en los postes de la luz, en los carritos de sopa, en las aceras cuarteadas. «*Lo que baila por dinero no deja sombra*». «*No hay espejo que devuelva la cara*

después de cien mentiras». «*La cama no guarda secretos, sólo facturas*». «*Dios no entra a Soi Cowboy, se queda en la acera tocando una balada*».

Y es en una de esas noches —una noche calurosa, llena de grillos y espejos y neones y polillas y vapor y cuajada de historias rotas, donde el cielo parece una sábana negra pegada a la mejilla de la ciudad— que ocurre. Ocurre justo después de que hayas escrito una sentencia más con dedos temblorosos en la pared cuarteada del Suzie Wong, sin saber muy bien por qué:

«*Cada alma es el mismo perro atado a la misma estaca, ladrando en distintos cuerpos*».

Una figura cruza Soi Cowboy envuelta en una nube de luciérnagas blancas. Tacones baratos, sombra mal trazada en los ojos, juventud aún húmeda y los acordes de una balada triste pegados a su espalda como las alas de un ángel mensajero hebreo. La muchacha es muy bella y tiene una melena cobriza y muy larga. Tiene ojos grises de luna rota y labios de manzana de agua. Camina con esa vibración eléctrica de las que estrenan la desgracia. Su perfume llega antes que ella: fresa sintética y algo más. Algo que tú reconoces sin pensarlo: pólvora mezclada con incienso del Wat Hua Lamphong. Una fragancia preñada de pasado. La imaginas fácilmente durmiendo con las manos pegadas a las orejas.

Tropiezas porque el destino quiso que así fuera.

Porque al alba el aire cambia.
Y lo sientes, Nana.

Ella corre a ayudarte. Sus manos rozan las tuyas.

El mundo se detiene. La balada de Soi Cowboy enmudece. Los cables dejan de zumbar. Las ratas interrumpen su festín y las putas congelan su baile sobre la tarima. Incluso los perros levantan su cabeza cubierta de sarna y dejan de roer huesos de pollo.

Y entonces sucede.

Es un segundo sin tiempo. Un tambor lejano golpeando en la base de tu esternón.

El calor de su piel se mezcla con el tuyo como el fuego viejo de las memorias que no llegaron a apagarse.

Un rayo desciende de algún lugar que no tiene nombre y se mete en tus venas, atraviesa tu pecho y sale por tu mano, como si tu cuerpo fuera tan solo un conducto.

Una descarga de historia.

Ella ve.
Ve.

Ve los campos de Isan, esperando la lluvia bajo un cielo azul inmaculado, el olor a estiércol fresco, a chiles secos y arroz cocido. Una niña con trenzas, tú, huyendo del tedio con un paraguas roto en la mano. Besos largos en un cobertizo olvidado. Ve a Wut y a Wanchai muertos y riendo entre las flores; la albahaca sagrada que tienen un perfume fuerte, casi desafiante, como el de las mujeres de Isan. Ve a papá envuelto en llamas y a mamá llorando en soledad sobre un cuenco pequeño de ensalada de papaya verde. Ve la crisálida frágil rasgándose y la mariposa que grita y sangra. Siente el aroma pesado de los cuerpos que viajan en un autobús hacia Bangkok y oye la voz aguda y desgarrada de Krakok, corriendo al borde de la carretera, llorando, despidiéndose de ti con gritos rotos de marioneta de trapo.

El sueño aún intacto en tu mirada aún limpia. Sin precios ni premios. Sin ambición. Sólo eso.

Ve el Night Shift Nurs_s. La música de plástico, las luces estroboscópicas asaeteando tus ojos de luna rota, las manos que insisten sin pedir permiso y que, a pesar de su juventud, ya le resultan familiares. Una pistola hozando en un coño casi virgen. La

risa ensayada. Los cuerpos de usar y tirar. Los *shots* de tequila aguado. Los besos que se convertían en monedas de diez bahts. La muerte lenta. Aquella cama en la que fuiste reina y cortesana entre brumas de cocaína.

Ve a Jay.
Pobre Jay.
Sus ojos fieles, la ternura no dicha, el amor amargo de la medicina inútil. La oportunidad perdida. Aquella flor que nunca encontró un lugar donde echar raíces.

Huele el denso aroma de burdel caro del Delilah. La habitación secreta donde tanto te follaron y donde murieron tantas niñas birmanas con el coño relleno de lefa. La arena dorada de Phuket. Los ojos que te desearon tanto y la conciencia disuelta en una nube de drogas sintéticas. Siente el poder bullendo en tu entrepierna, que ahora es la suya. La sed de dinero. La ambición, vieja amiga. Y se ve a sí misma en los ojos grises de Yaron. El deseo. El nácar y el coral. El crimen. La furia. La sangre. El cuerpo desplomado. Los cristales rotos. El silencio espeso.

La caída al vacío.
La sopa.
El hambre. El monzón.
Las noches sin alma.
El río.
La transformación.
Y después, el silencio profundo del Vertedero. El reino de la soledad.

La chica tiembla.
La chica. La chica *sabe*.

Y tú lo ves en sus ojos. Que ya no son inocentes. Que ya no están perdidos. Que ahora están cargados de electricidad estática. Que ahora entienden. Porque en ese roce breve, el círculo ha sabido dar

su vuelta completa. Chaiya, Nattaya, Nana y Yaron se funden en uno solo.

La sangre viajó.
La historia fue contada.
La hija ha sido informada.
Yaron también.

No volverá a hacer el mal. Y un día, cuando tú faltes, escribirá sentencias en las paredes de Soi Cowboy.

Y eso está bien.

La muchacha se aleja tropezando sin preguntar nada. Pero lo hace con los hombros rectos. Con paso firme. Como quien lleva una semilla en la boca y sabe que algún día sabrá escupirla en tierra fértil.

Soi Cowboy es ahora una balada muy triste que se apaga en un bar a medio cerrar, justo en el instante antes del último acorde. No hay redoble final, no hay estribillo glorioso ni público pidiendo un bis. Sólo esa nota sostenida que se disuelve en la vibración del aire, mientras los últimos borrachos se tambalean hacia ninguna parte y las chicas recogen los bolsos de plástico que son en realidad los restos rotos de un naufragio.

Y tú, Nana, regresas a tu guarida, como un animal que ha comido bien. Vuelves a acurrucarte en tu trono de basura. Apagas el cigarro con lentitud.

Y sonríes.
Porque ahora sí, todo está dicho.

Y ahí sigue Nana sentada hoy.
Con la lluvia cayendo indiferente.
Con la balada triste que se extingue en Soi Cowboy.

Con Bangkok rugiendo detrás.

Este libro se dejó escribir en Bangkok, en Kuala Lumpur, en Seúl, y se remató en mi guarida de Pafos, Chipre. Era 2025 y hacía un calor infernal.

Glosario

Altar familiar. En muchos hogares tailandeses hay una casa de los espíritus llamada *San Phra Phum.* El *San Phra Phum* se construye normalmente en un rincón elevado del jardín, y es el hogar del espíritu tutelar del terreno. A este se le ofrece incienso, flores, agua, arroz o botellitas de Fanta roja. Dentro del hogar, muchas familias reservan otro altar en el que se pueden ver retratos de parientes fallecidos, junto con ofrendas de arroz, fruta, té, cigarrillos o aquellas cosas que les gustaban en vida. Muchas familias tienen el altar de Buda en el lugar más alto y puro, mientras que el de los difuntos está en otra parte, nunca por encima del de Buda. En las residencias más humildes, como la de Nana, a veces se combinan en una sola repisa con diferentes niveles. Como curiosidad, la mayoría de los rascacielos en Tailandia tienen a la puerta un *San Phra Phum.* Esta es tal vez la muestra más impactante de la mezcla de tradición y modernidad que se respira en el país.

Bardo. En el budismo tibetano, es el tiempo que transcurre entre la muerte y la reencarnación. En el budismo Theravada, practicado en Tailandia, no existe un equivalente exacto al *bardo* tibetano, pero sí hay ideas parecidas sobre el tránsito entre la muerte y el renacimiento. Al incluirlo en la novela, me he tomado una licencia literaria que espero los más expertos sepan disculpar.

Boran. Es el café tradicional tailandés: fuerte, denso y oscuro como una noche sin farolillos. Se prepara con una mezcla de granos tostados con maíz o semillas, colado en un paño de algodón y servido con leche condensada, evaporada o mucho hielo. Lo venden en la calle en bolsas de plástico con pajita.

Bun Bang Fai. Festival que se celebra en los pueblos de Isan entre mayo y junio, justo antes del inicio del monzón, para llamar a la lluvia. Los campesinos fabrican cohetes gigantes que luego se disparan al cielo. Es un ritual antiguo, caótico y descarado.

Chakhe. Cítara o laúd tradicional de tres cuerdas con forma de cocodrilo alargado, de sonido lastimero, que se toca sentado en el suelo con un plectro de marfil o metal atado al dedo.

Dok rak.*Dok* significa flor y *rak*, amor. La flor de la *Calotropis gigantea* se usa mucho en Tailandia para hacer amuletos y ofrendas. Es blanca o lila y de pétalos cerosos.

Farang. La palabra *farang* viene del término *frank*, usado históricamente en muchas lenguas del sudeste asiático para designar a los francos o europeos en general. Para convertirse en *farang,* la palabra se deslizó por el persa —*farangi*— y se revolcó en el árabe, acabando en el tailandés como *farang*. Su traducción más precisa sería guiri, en el sentido casi condescendiente que puede tener el vocablo para referirse a un extranjero blanco. En Tailandia, ser llamado *farang* no es necesariamente ofensivo, pero te coloca automáticamente en la categoría de «otro»: alguien externo que no se rige por las normas locales.

Isan es la vastísima región situada al noreste de Tailandia: rural, áspera y profundamente auténtica. El corazón olvidado del país. Es tierra de arrozales agrietados por el sol, búfalos adormilados, templos polvorientos y música *mor lam* brotando de altavoces oxidados. Hablan un dialecto propio —mezcla de tailandés y lao—, comen arroz glutinoso con sus manos curtidas y viven entre la sequía, la emigración y la dignidad solemne.

Jackfruit. La fruta más deliciosa del mundo, y esto no admite discusión. En español es conocida como yaca o jaca.

Jing jok. Pequeño geco doméstico tailandés. Flaco, pálido, casi transparente y omnipresente. Vive en las paredes, detrás de los cuadros, bajo las lámparas. Es inocuo, se come a los mosquitos y lo observa todo en silencio meditabundo. Su sonido, un clic-clic breve y seco, forma parte del paisaje nocturno de todo el país.

Kathoey. Término tailandés más común para referirse a las mujeres trans, es decir, quienes nacieron hombres pero adoptan apariencia femenina. A veces se traduce al inglés como *ladyboy*. Aunque este término puede tener otras connotaciones fuera de Tailandia, no se trata necesariamente de un insulto, porque las *kathoey* están integradas de forma relativamente natural en la vida cotidiana. En general, se usa de forma neutral o incluso afectuosa. Las *kathoey* pueden estar operadas o no, pero viven y se expresan con género femenino independientemente de ello. En un alto porcentaje de los casos resultan indistinguibles a simple vista, lo que puede provocar algunos malentendidos cómicos o violentos en los lupanares. A pesar de la gran visibilidad que tienen en la sociedad tailandesa, no siempre son plenamente aceptadas. Muchas viven marginadas, entre la admiración y la burla, lo exótico y lo marginal.

Khao man gai. Pollo hervido con arroz de Hainan, un plato originario de China pero que se consume en todo Asia. Una versión siamesa importada por inmigrantes chinos pero rebautizado en los callejones de Bangkok a base de sudor, ajo y caldo de hueso.

Khao niao mamuang. El plato más goloso de Tailandia. Sencillo pero profundo: mango fresco con *sticky rice* y un chorro de leche condensada.

Khop khun. Decir que su traducción es «gracias» sería simplificarlo demasiado. Es una expresión cotidiana pero poderosa y cargada de sentido. Puede pronunciarse al pagar, al recibir comida, al despedirte. Si quien lo hace es una mujer, dirá *khop khun ka*. Si es un hombre, *khop khun krub*. Pero siempre cantando y con una amplia sonrisa.

Khun kamkap. Término que se emplea para dirigirse a personas con autoridad. *Khun* es el título de cortesía más común y se usa antes del nombre o del cargo para mostrar respeto. *Kamkap* significa «dirigir», «supervisar».

Ladyboy. Véase *kathoey*.

Lady drink. Es la copa que se paga a una chica a cambio de una breve interacción, que puede limitarse a una charla casual a gritos para hacerse entender a duras penas sobre la música del local, o incluir cierto contacto físico. El precio está alrededor de los doscientos bahts —poco más de cinco euros—, dependiendo del local y la profesional. En un mismo establecimiento, algunas profesionales más demandadas —llamadas *coyotes*— pueden exigir el pago de dos *lady drinks* para poder disfrutar de su compañía. De cada *lady drink*, lo normal es que la profesional y el local se repartan el importe a partes iguales.

Lakorn. Telenovelas melodramáticas que los tailandeses consumen con devoción casi sagrada.

Lao khao. Es el licor del pueblo en Tailandia. Se trata de un aguardiente claro y potente, destilado del arroz fermentado. Su nombre significa literalmente «licor blanco», y es tan áspero como honesto. Se consume en las aldeas, en funerales, bodas y desayunos intempestivos. Se vende en botellas de plástico por pocas decenas de bahts. Huele a granero, a sudor seco, a tierra calcinada por el sol. Es la voz ronca del campo en forma líquida.

Long time. Al contrario que ocurre en el *short time*, en el que la chica regresa al local tras el intercambio carnal, en el *long time* se queda a pasar la noche con el cliente y tal vez desayunen juntos, asistan a algún espectáculo o den un paseo para simular que sienten algo el uno por el otro.

Loy Krathong es el Festival de las Luces de Tailandia, una de las celebraciones más hermosas y espirituales del país. Sucede en la

luna llena del duodécimo mes lunar, cuando el cielo nocturno se hincha de luz y los estanques se llenan de pecados envueltos en hojas de plátano. Los *krathong* son pequeñas balsas decoradas con flores, incienso, velas y a veces un mechón de cabello o una moneda y se depositan en la mansedumbre del río. Un acto de belleza inútil y necesaria: pedir perdón a la madre de las aguas, dejar ir lo viejo, lo que duele.

Mamasan es una palabra heredada del japonés, pero que en Tailandia tiene un peso propio. Se usa para nombrar a la mujer que dirige los burdeles. No es la dueña, pero actúa como si lo fuera. Reparte turnos, vigila a las mujeres, calcula propinas y tiempos y negocia precios con los clientes mientras mantiene una sonrisa gélida. También es la que decide qué chica puede salir con quién, quién se sienta con quién y cuándo es hora de largarse.

En ocasiones es una extrabajadora del lugar, alguien que se ganó ese puesto a base de persistencia y labia, otras veces es simplemente una figura de autoridad, sin pasado visible, con un moño apretado, dientes dorados y una mirada de halcón que lo vigila todo. Las chicas pueden temerla, respetarla u odiarla, pero jamás la ignoran. En algunos casos actúa con la ternura de una madre postiza y en otros con una frialdad marmórea. Pero siempre está allí, en la sombra de los neones, sosteniendo en su libro de cuentas el equilibrio entre el deseo ajeno y la necesidad propia.

Mor lam. Música del alma en Isan: un estilo popular que mezcla canto narrativo, ritmos sincopados y poesía improvisada. El nombre significa «el que sabe (*mor*) cantar (*lam*)». Nació en los arrozales para ser interpretada en bodas, funerales y fiestas, y ha evolucionado desde los cantos ancestrales hasta llegar a TikTok, convertido en un género electrificado, vibrante, con teclados baratos, bajos retumbantes y coreografías imposibles. En la actualidad hay un *mor lam* tradicional, lento y ceremonial, y un *mor lam sing* moderno, festivo y rebosante de sintetizadores.

Nam pla. Salsa de pescado fermentado. El condimento más empleado en la cocina tailandesa.

Nók khao. «Pájaro blanco». Son unas aves pequeñas, claras, que aparecen en los arrozales después de la cosecha, cuando el terreno queda desnudo o calcinado. Tienen un canto repetitivo y ascendente, «koo-oo» o «ko-el». Los machos son particularmente ruidosos al amanecer.

Ong. Tinaja o vasija grande de cerámica, tradicionalmente empleada para recoger el agua de la lluvia.

Perder la cara. Véase *sia naa*.

Pha sin. Es la falda tradicional que usan las mujeres en Laos y zonas de Camboya e Isan. Tejida a mano, frecuentemente en seda, envuelve la historia y la elegancia de las mujeres laosianas.

Phi Ta Khon. Festival que se celebra en el nordeste de Tailandia en honor a Phra Uppakhut y a los espíritus que traen la lluvia.

Pleng sao. Canciones interpretadas por mujeres dentro del género *luk thung,* la música campesina tailandesa.

Pong chu rot. Glutamato monosódico. Sal empleada con frecuencia en la cocina de Asia y que aporta ese característico sabor umami de sus comidas. Suele comercializarse con el nombre de Ajinomoto.

Prostitución en Tailandia. Seguramente sorprenderá saber que, en Tailandia, la prostitución es ilegal. Lo es desde 1960. Oficialmente, lo que se ve en sus calles sólo son bailarinas. Se calcula que entre el diez y el veinte por ciento del PIB turístico del país está vinculado al sexo, pero de vez en cuando alguien hace una llamada y al día siguiente aparece la policía, se hacen fotos con un cartel que dice «Aquí no hay prostitución», y esa es la imagen que llega a los periódicos. La sociedad tailandesa es budista,

conservadora en apariencia, pero altamente pragmática y tolerante con el sexo si hay dinero de por medio. Teniendo en cuenta que la base cultural de este país no es abrahámica, el coito no es pecado y la prostitución se ve, simplemente, como una forma de ascenso económico rápido. Las remesas de prostitutas que llegan de las zonas más pobres sostienen pueblos enteros, especialmente en la región de Isan. Hay madres orgullosas de que sus hijas trabajen en Bangkok, aunque nunca terminen de aclarar en qué. Durante la investigación para este libro, hice innumerables entrevistas a propietarios de clubs, y me llamó poderosamente la atención que, en apariencia, a sus ojos, lo que regentaban era poco menos que un McDonald's. Con las prostitutas con las que hablé ocurrió un poco lo mismo. Una ausencia total de drama o de carga simbólica. Resulta difícil discernir si, simplemente, han normalizado lo extraordinario y viven en una burbuja irreal, o si realmente las cosas son tan simples. Supongo que habrá un poco de todo.

Quema, época de la. La época de la quema en Tailandia —especialmente en el norte y noreste, incluida Isan— ocurre entre enero y abril, cuando los agricultores queman campos para limpiar rastrojos o preparar nuevas cosechas. El aire se llena de humo denso, el cielo se vuelve gris y la visibilidad es casi nula. En algunas zonas, el olor a humo se mezcla con el canto de los *tuk kae* y el crujido seco de la tierra.

Sabai. Pieza de tela tradicional, larga y sedosa, que las mujeres tailandesas envuelven alrededor del pecho y dejan caer sobre un hombro. Curiosamente, la palabra también significa «bienestar».

Sawasdee. El saludo tradicional de Tailandia. Sirve para decir hola y adiós. *Sawasdee khrap* lo dicen los hombres. *Sawasdee ka* lo dicen las mujeres. *Khrap* y *ka* no significan nada en concreto, funcionan como partículas de cortesía. Suavizan la frase y la hacen más respetuosa. Se suele acompañar de un *wai*. Si tienes una mano ocupada, lo haces con la que tengas libre, como cortando el aire.

Short time. Pasar una hora o dos con una *go-go girl* en una habitación de motel. El protocolo pasa por escoger entre las chicas que bailan en la tarima, que exhiben un número, y comunicarlo a la *mamasan*. Esta hace las presentaciones y ofrece un *lady drink* al cliente. Tras una breve interacción en un inglés torpe, el cliente debe pagar un *fee* al local, llamado el *bar fine,* por «rescatar» a la chica. La cantidad ronda entre los setecientos y los dos mil bahts, algo que depende de si la chica es una *coyote*, una bailarina, una modelo, o de lo que esté dispuesto a pagar el *farang*. Ese dinero se lo queda el local, en teoría, porque estás causándole un perjuicio económico al tener que renunciar a los servicios de la joven. Luego, cliente y *go-go girl* van a una habitación por horas —o al alojamiento del *farang* —. El coste del servicio suele ser de unos tres mil quinientos bahts. Al concluir el *short time*, la *go-go girl* regresa al local y sigue con su noche como si tal cosa.

Sia naa. Perder la cara. Es una expresión profundamente cultural que se refiere a ser humillado en público, quedar en ridículo o perder el respeto de los demás. En Tailandia, como ocurre en muchas otras culturas asiáticas, «guardar la cara» es fundamental. Es mejor callar, sonreír o incluso mentir antes que provocar un conflicto que exponga a alguien al deshonor público. En consecuencia, en Tailandia la dignidad es mucho más valiosa que la verdad. *Sia naa* es una grieta en la imagen social de alguien. Es muy muy grave perder la cara, por lo que humillar públicamente a un tailandés puede salirte muy caro. No te lo perdonará jamás.

Singha. La marca de cerveza más popular del país.

Soi. Un *soi* es un callejón. Pero si tuviera que pararme a explicar las sutilezas de las direcciones de las ciudades de Tailandia, posiblemente no terminaría de escribir nunca. En parte porque yo mismo no las comprendo bien. Ellos se entienden, y con eso debería bastar.

Soi Cowboy. Es uno de los callejones más icónicos de Bangkok. A pesar de que la ciudad tiene una inmerecida fama de ser un antro de perdición, en realidad hay sólo tres lugares que concentran la inmensa mayoría de los prostíbulos de la ciudad: Soi Cowboy, Soi Nana y Pat Pong Night Market. Y ni siquiera son muy impresionantes. Por ejemplo, Soi Cowboy mide sólo ciento cincuenta metros. Pero allí se concentran cuarenta bares de *go-gos* y un pequeño colmado que se resiste a dar su brazo a torcer.

Soi Cowboy vio la luz a principios de los años setenta, cuando un exmilitar afroamericano llamado T. G. «Cowboy» Edwards, alto, con sombrero tejano, gafas doradas e inconfundible carisma, abrió uno de los primeros *go-go bars* en una pequeña calle sin asfaltar, cerca de la intersección entre Sukhumvit y Asok. A T. G. Edwards lo apodaron «Cowboy» por su inseparable sombrero de vaquero y, con el tiempo, el callejón entero heredó su nombre. Antes de su llegada, aquel no era más que un lúgubre pasillo entre edificios. T. G. lo transformó con luces de neón, tangas fluorescentes y tragos baratos. Si se recorre de día, parece una callejuela decepcionante, tristona. Por la noche, en cambio, sufre una radical metamorfosis. A diferencia de Patpong —más turística— o Nana Plaza —cerrada y controlada por el poderoso Panthera Group—, Soi Cowboy se volvió un lugar ambiguo, donde la decadencia tenía —y sigue teniendo— un toque casi alegre.

Gran parte de mi investigación se la tengo que agradecer a Pedro, un español afincado en Tailandia que tiene un puesto de gran relevancia en Nana Plaza. Alguien enormemente generoso que me abrió las puertas de la trastienda de la noche tailandesa y que supo presentarme a muchas personas cuyas historias tal vez, o tal vez no, estén reflejadas de algún modo en esta novela.

Som tam. La ensalada más icónica de Tailandia, especialmente en Isan: picante, ácida, dulce, salada y cruelmente adictiva. Es tan evocadora que podría decirse que empecé a escribir este libro sólo cuando comí un plato, días después de mi llegada a Bangkok. Hasta que no la probé, el libro simplemente se negó rotundamente a ser escrito. El *som tam* se prepara con papaya verde rallada, machacada

en un mortero con chile, ajo, lima, azúcar de palma, salsa de pescado, cacahuetes, tomate y judías verdes. A veces lleva cangrejo fermentado o huevos salados. Siempre va acompañada de algo de sudor y, si es auténtica, alguna lágrima. *Som tam* significa «machacar (*tam*) ácido (*som*)», porque se hace golpeando con ritmo, como el que invoca al espíritu que vive en el fondo del cuenco.

Songkran. El año nuevo tailandés disfrazado de guerra acuática y rito de purificación. Tres días en que el país se convierte en una tormenta enloquecida de agua, flores y alcohol. En su origen, los tailandeses vertían agua perfumada sobre las manos de los ancianos y las estatuas de Buda. En la actualidad, las calles de las ciudades se convierten en un delirio donde nadie se salva de mojarse. Pistolas de agua, cada cual más sofisticada, cubos helados, camisas hawaianas, música estridente. Un bautismo colectivo. Una forma brutal y hermosa de olvidar lo que fuiste y renacer borracho y empapado.

Sum-saam. En tailandés, si quieren decir que eres algo torpe, emplearán esta expresión. Es casi una onomatopeya involuntaria. Proviene de *sum*, aislado, que actúa sin mirar bien lo que hace, y un refuerzo que da connotación de descuido, *saam*.

Sutra. En la cultura tailandesa, un sutra es un sermón atribuido directamente a Buda o a sus discípulos más cercanos. El término proviene del sánscrito *sutra*: «hilo» o «cordel» que ata las enseñanzas.

Takraw. Deporte muy popular en el sudeste asiático parecido al voleibol pero que se juega con los pies.

Tatuaje. Hay una idea cómoda, casi de manual, según la cual un judío jamás llevaría tatuajes. Yaron está vagamente basado en un militar judío al que conocí en Jerusalén, allá por 2011, que los tenía. Varios. Formaban parte de su biografía y, en cierto modo, su cuerpo se había convertido en un archivo gráfico de su propia memoria.

Tía. En gran parte de Asia, especialmente en el sudeste asiático, llamar «tía» a una mujer mayor es señal de respeto y cercanía. En Tailandia, por ejemplo, se usa *pa* para referirse a una mujer mayor, especialmente si está un poco por encima de tu edad, pero no tanto como para ser una abuela. Es común en mercados, restaurantes callejeros, o entre vecinos.

Tom saep. Sopa picante y ácida de la región de Isan. Su sabor combina los chiles ardientes, las hierbas aromáticas y el toque distintivo de acidez que aporta el zumo de lima.

T-pop. Música pop tailandesa. Un auténtico fenómeno juvenil con ídolos, coreografías y producciones pensadas para competir en el mercado asiático, una versión adaptada del *K-pop* de Corea del Sur.

Wai. Saludo ceremonial, juntando las palmas de las manos ante el pecho.

Yaai. Abuela materna.

Yaba. Droga muy popular en Tailandia. Su nombre significa «medicina loca» en tailandés. Se trata de una mezcla de metanfetamina y cafeína. Es la gasolina que muchos desheredados utilizan para seguir funcionando.

Ya dom. «Medicina (*ya*) para oler (*dom*)». Es un inhalador que casi todos los tailandeses llevan siempre en el bolsillo. Contiene una mezcla de mentol, eucalipto, alcanfor y aceites esenciales, y se usa para despejar la nariz, calmar mareos, espantar el calor o simplemente por tener algo que hacer cuando te aburres. Su aroma es fuerte, refrescante y casi adictivo. Ver a alguien esnifar *ya dom* en medio del tráfico, en el mercado o después de una emoción fuerte forma parte indisoluble del paisaje humano tailandés.

Ylang-ylang. Flor de la cananga. Su fragancia es tan sutil y compleja que es la nota de corazón del Chanel N.º 5. En Tailandia hay una expresión («*ylang-ylang* chamuscado») que se usa para describir a las mujeres que, a pesar su edad, siguen siendo más deseables que las jóvenes, porque el aroma de esta flor se vuelve más intenso al calentarse.

La balada de Soi Cowboy
Fabián C. Barrio

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© Fabián C. Barrio, 2026

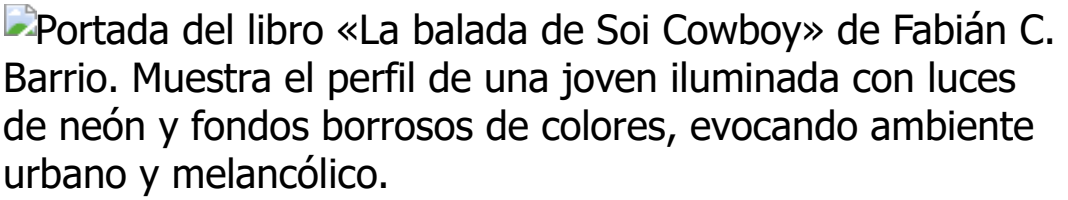
© Editorial Planeta, S.A, 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-670-8218-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «La balada de Soi Cowboy» de Fabián C. Barrio. Muestra el perfil de una joven iluminada con luces de neón y fondos borrosos de colores, evocando ambiente urbano y melancólico.